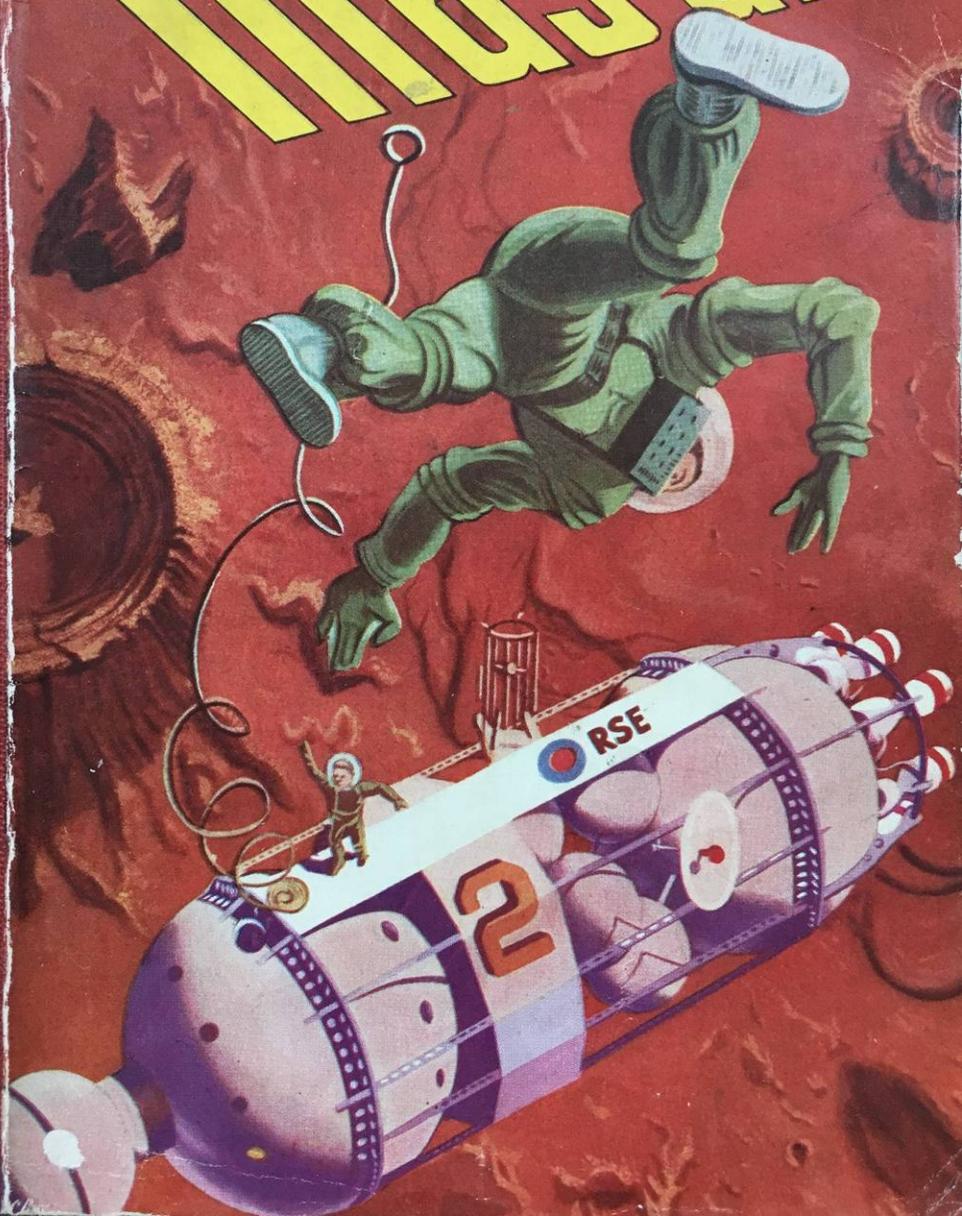


VOL. 1 N° 7

DICIEMBRE 1953

# Alas de Plata



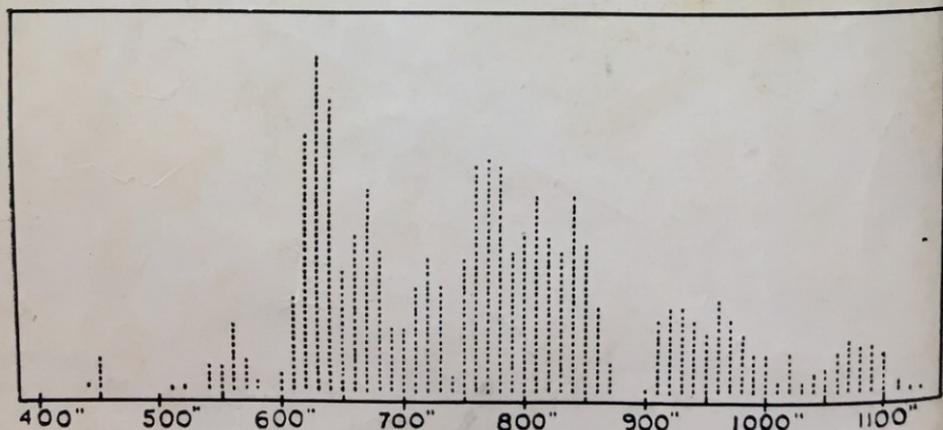
# EL SISTEMA SOLAR (VI)

## DISTRIBUCION DE LOS PLANETOIDES

Los planetoides no están uniformemente distribuidos en el sistema solar. La mayor cantidad de ellos se encuentran entre Marte y Júpiter. En el gráfico cada punto representa a un planeta. Están ordenados de acuerdo con los segundos de arco que recorren en un período de 24 horas, de manera que todos los que barren el mismo arco en ese tiempo están sobre la misma columna. Cuantos más segundos de arco recorren, más cerca están del Sol, en promedio. El último punto de la izquierda representa a Thule, que en un tiempo se consideró el más lejano del Sol. El planeta Eros, que

es el más cercano al Sol, aparecería en el gráfico mucho más a la derecha (2015").

En este gráfico aparece sólo una parte de los planetoides. Su distribución en los dominios del Sol es irregular: en cierto modo, ellos destruyen la armonía del sistema solar, como se la concebía antiguamente. Aunque la mayoría de ellos están entre Marte y Júpiter, hay algunos que se acercan a la Tierra y hasta a Mercurio, mientras que otros se alejan del Sol tanto como Saturno y Urano. El estudio de los planetoides presenta algunos problemas muy difíciles en la mecánica celeste.





**MAS ALLA DE LA CIENCIA  
Y DE LA FANTASIA**

Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica

**SUMARIO**

**ILUSTRACION  
DE LA TAPA**

por Mel Hunter

La pequeña espacionave ha salido de la Base Lunar para efectuar un salvamento: el naufragado del espacio estaba flotando en el vacío, satélite del satélite.

Redac. y Administr.:  
Editorial Abril S. R.  
L., Av. Alem 884,  
Bs. As., Rep. Arg.

**NOVELAS CORTAS:**

- PERO YA HEMOS COMENZADO, por RAYMUND Z. GALLUN  
*A cada cual su monstruo* ..... 88  
JARDIN DE INFANTES, por CLIFFORD D. SIMAK  
*Sin precio, sin sentido y desesperadamente necesario* 126

**CUENTOS:**

- REQUIEM, por ROBERT A. HEINLEIN  
*El último viaje de Delos Harriman* ..... 6  
MAL DIA PARA VENTAS, por FRITZ LEIBER  
*El buen vendedor nunca se rinde* ..... 53  
NO QUEREMOS EMBROLLOS, por JAMES H. SCHMITZ  
*La hidalguía del enemigo es un arma secreta* ..... 64  
¡ABAJO CON LOS RÉFEREES!, por DONALD COLVIN  
*En el principio fué el fútbol* ..... 74  
HOMBRES CONTRA MAQUINAS, por M. C. PEASE  
*Una máquina incoherente en un mundo extraordinario* ..... 116

**CUENTOS CORTOS:**

- NEMOBIUS FASCIATUS, por ABEL ASQUINI  
*El segundo cuento de la serie "Los crímenes del LIO"* 24  
BOOMERANG, por JORGE MORA  
*El mensaje macabro de la espacionave que vuelve* .. 48

**NOVEDADES COSMICAS:**

- LA CONQUISTA DEL ESPACIO (VII), por WILLY LEY y CHESLEY BONESTELL  
*Gusanos del espacio* ..... 30  
ESPACIOTEST ..... 62  
CONTESTANDO A LOS LECTORES ..... 71  
PEOR EL REMEDIO ..... 73  
SONSACANDO Y SONDEANDO (EDITORIAL) .. 3

Las pruebas de este número 7 estaban ya corregidas, y las páginas compuestas ya tenían su "visto bueno", cuando llegó al escritorio del Director un sobre, con una carta de Robert A. Heinlein acompañando una continuación de "El Hombre que Vendió la Luna". El Director tiene sus ideas acerca de las continuaciones: no le gustan, porque opina que cuando una obra está terminada, *está terminada*. Las continuaciones, en general, son repeticiones. Pero "Réquiem"...

Fué traducido en 2 horas 20 minutos (de las 8 a las 10.20 p.m.), ilustrado en cuatro (de las 10 p.m. del mismo día a las 2 a.m. del día siguiente), compuesto en 40 minutos, corregido entre las quejas del impresor, que sacudía la cabeza ante sus máquinas paralizadas, y las del grabador, que fabricaba afanosamente los "clisés" de las ilustraciones. Aquí tienen ustedes "Réquiem" en MÁS ALLÁ: una obra poética de fuerza descomunal, penetrante como un cohete y solemne como un coral de Bach.

*Requiem  
de última hora*

Imp. Cía. Gral. Fabril Financiera S. A.

# son sacando y sondeando

## EDITORIAL

Aquí están los resultados de la encuesta que realizamos en el número 4 de MÁS ALLÁ. La sencilla elocuencia de las cifras requiere pocos comentarios. Agradecemos a todos los que nos han hecho llegar su opinión sincera. Lo que hemos aprendido, ya se está comenzando a aplicar.

### Respuestas llegadas

El 19,4 % de la circulación neta del número de setiembre.

La proporción de lectores que ha enviado su opinión es excepcionalmente alta. Normalmente, a encuestas de este tipo contesta el 4 % o el 5 % del número de lectores. MÁS ALLÁ lleva un mensaje nuevo, y sus lectores desean enviarle su crítica, su aplauso, sus consejos.

### Fidelidad

El 89,5 % de los lectores había leído los 4 números publicados.

El 7,4 % había leído 3 números.  
El 2,6 % había leído 2 números.  
El 0,5 % había leído sólo el N° 4.

Muchos de los que no habían podido leer los primeros números se acercaron a nuestras oficinas para completar sus colecciones. La fan-

*tasía científica de categoría era casi desconocida en nuestro medio hasta la aparición de MÁS ALLÁ. Parece que el que lee una vez MÁS ALLÁ, no la abandona.*

### Sexo

Hombres . . . . . 87 %  
Mujeres . . . . . 13 %

### Ocupación

Estudiantes . . . . . 40,2 %  
Empleados . . . . . 23,9 %  
Profesionales . . . . . 11,6 %  
Comerciantes e industriales . . . . . 6,6 %  
Obreros especializados . . . . . 11,1 %  
Obreros . . . . . 2,6 %  
Otros y sin contestar . . . . . 4,0 %

MÁS ALLÁ es la revista de la gente que piensa, de los que viven con los ojos abiertos. Los estudiantes son el vivero de la cultura, de la ciencia y de las ideas, y ellos constituyen más del 40 % de los lectores. Los profesionales y los industriales representan la cultura, la ciencia y las ideas en su aplicación práctica, el sólido núcleo del progreso; y los obreros especializados — las manos expertas dirigidas por una mente inteligente — representan la creación material, el resultado concreto de la ciencia, de la cultura y de las ideas. En conjunto, todos ellos son el espinazo de nuestra civilización.

Pero la civilización no es solamente técnica: la nuestra es la época del papel. Entre los que manejan los infinitos formularios, esquelas, cartas, sobres, tarjetas, blocks, carpetas, billetes, cheques, letras, páginas, libros y estampillas, que son los fundamentos de nuestra organización social —es decir, entre los empleados y los comerciantes— hay algunos que saben levantar la mirada de ese océano papiráceo, para dirigirla a la orilla desconocida del porvenir; y la alcanzan con un vehículo, por supuesto, de papel: MÁS ALLÁ.

#### Edad

Hasta 14 años . . . . .	10,6 %
De 15 a 17 años . . . . .	18,3 %
De 18 a 30 años . . . . .	54,0 %
De 31 años o más . . . . .	17,1 %

#### Edad según ocupación

De 9 a 14 años . . . . .	23,1 %	2,3 %
De 15 a 17 años . . . . .	38,2 %	4,9 %
De 18 a 25 años . . . . .	36,3 %	37,5 %
De 26 años o más . . . . .	2,4 %	55,3 %

Para gustar de la fantasía científica hay que ser joven: joven espiritualmente, no cronológicamente. Los estudiantes son jóvenes tanto en espíritu como en años, y son sus lectores típicos. La lectura de MÁS ALLÁ exige una concentración y un poder intelectual algo superior al que requiere el promedio de las revistas y, por lo tanto, una considerable madurez mental. Los que aún en esta cualidad a la inquietud espiritual de la juventud son la parte más inteligente de la sociedad.

#### Tipos de cuentos preferidos

Cortos . . . . .	12,6 %
Largos . . . . .	27,5 %
Indistintos . . . . .	59,9 %

#### Ilustraciones

Prefieren los cuentos ilustrados . . . . .	92,1 %
No les interesan las ilustraciones . . . . .	7,9 %
Les gustan las ilustraciones . . . . .	56,4 %
No les gustan . . . . .	33,2 %
Indecisos o no contestaron . . . . .	11,4 %

La preferencia para los cuentos ilustrados es evidente. Pero también evidente es el espíritu crítico de los lectores: varios de ellos han escrito explicando por qué algunas o muchas de las ilustraciones no son de su agrado, y cómo interpretan ellos la labor ilustrativa en relación con el texto.

#### Otras lecturas

Leen sólo MÁS ALLÁ . . . . .	22,5 %
Leen habitualmente hasta 4 revistas . . . . .	25,5 %
Leen 5 revistas o más . . . . .	39,8 %
No contestaron . . . . .	12,2 %

“MÁS ALLÁ es la revista que esperábamos”. Esta frase es un lugar común en las cartas que recibimos. Ninguna otra revista se le parece, y estas cifras lo demuestran. Es sorprendente que el 22,5 % de los lectores no lea habitualmente otras revistas: ellos compran MÁS ALLÁ porque es diferente y única en su género. Los demás datos son sorprendentes por otra razón: los lectores de MÁS ALLÁ devoran papel impreso, y varios han agregado que también muchos libros.

#### Preferencias

El objeto principal de la encuesta era averiguar los gustos de los lectores. Y ellos han sido manifestados en forma muy clara y sencilla.

cias. Es impresionante la uniformidad de criterios que existe en los dos

extremos de la clasificación. (No se indica la clasificación intermedia):

LUGAR ASIGNADO	ESTUDIANTES TÍTULOS
1º	El día de los trífidos
2º	La conquista del espacio
3º	Notitas a pie de página
4º	Hijo de Marte
5º	Contestando a los lectores
17º	Profesor particular Raza de guerreros
18º	Filmando el pasado
19º	Un balde de aire No apto para menores Músculos vs. flores

#### OTROS LECTORES TÍTULOS

1º	La conquista del espacio
2º	El día de los trífidos
3º	Notitas a pie de página
4º	Hijo de Marte
5º	Contestando a los lectores Editoriales
17º	Un balde de aire Profesor particular Cuidado con el perro Departamento se alquila
18º	Raza de guerreros No apto para menores
19º	Filmando el pasado Músculos vs. flores

“La conquista del espacio”, por Willy Ley, ilustrado por Chesley Bonestell, y “El día de los trífidos”, por John Wyndham, comparten los honores del primer lugar. “Hijo de Marte”, por Cyril Judd, les sigue muy de cerca. Igualmente gustan mucho las secciones científicas: las notas cortas y las respuestas a las cartas de los lectores. Los editoriales, que ocupan un respetable 5º lugar en la clasificación general, son considerados dignos apenas del décimo puesto por los estudiantes. Este fenómeno merecería ser analizado; por supuesto, en un editorial. . .

Estamos de acuerdo con los lectores en cuanto a juzgar merecidos los honores asignados; pero nos ha sorprendido un poco la “cola” de la clasificación. “Un balde de aire”, por ejemplo, nos pareció en su oportunidad un cuento muy bueno. . .

por un sentimentalismo decadente y doloroso. “Filmando el pasado” y “Profesor Particular” son dos cuentos muy cortos, escritos en función de una pincelada humorística o paradójica, que aparece en las últimas palabras; no han gustado, y tomamos nota. También existe un íntimo parecido entre “Raza de guerreros” y “No apto para menores”: la imaginación fantástica aquí roza con lo absurdo. . . , y nuestros lectores son muy exigentes en cuanto a lógica. Según ellos, y según nosotros, no deben hacerse concesiones a la debilidad y a los prejuicios humanos: la calidad y la fuerza de un escritor de fantasía científica se juzga por la plenitud y riqueza de detalles de su mundo fantástico, que tiene que estar netamente separado de la realidad actual. Si algo de esta última permanece en su obra, es lastre pesado y peligroso. ✦

La realización de un sueño bien vale la muerte.

# REQUIEM

por ROBERT A. HEINLEIN

ilustrado por BARQUERO

"El hombre que vendió la Luna" culmina sus dramáticas aventuras. En una poética continuación de una de las más apasionantes novelas de nuestro tiempo, Robert A. Heinlein describe el último viaje de Delos Harriman, el Ulises de la era atómica.



EN una colina de Samoa hay una tumba. En la lápida están grabadas estas palabras:

*Bajo el ancho y estrellado cielo  
cava mi tumba y déjame yacer en*

*[paz.*

*Satisfecho viví y satisfecho*

*[muero;*

*por mi voluntad estoy tendido*

*[aquí.*

*Este es el verso que grabarás en  
[mi tumba:*

*"Yace donde anheló yacer:*

*"el marinero está en su hogar, a  
[salvo de las olas;*

*"en casa está el cazador, que ha  
[vuelto de las montañas."*

Estas líneas están escritas también en otro lugar muy remoto, sobre una etiqueta arrancada de un tubo de aire comprimido y clavada en el suelo con un cuchillo.

AQUELLA kermesse no era muy brillante. Las carreras de trotadores habían fracasado, y los puestos de golosinas y exhibiciones estaban casi desiertos.

El chófer de Delos Harriman no pudo entender por qué su patrón le ordenaba detenerse: en Kansas City le esperaba una reunión de directorio, y él mismo tenía algún asunto que atender en cierta cervecería. Pero Harriman no sólo se había detenido, sino que se paseaba por la feria.

### Televisión en el fondo del mar

No crean los lectores que se trata de divertir a los peces haciendo ver escenas terrestres por televisión, sino que, por el contrario, los hombres están estudiando aspectos de la vida de los peces en las grandes profundidades. Así, por ejemplo, se ha observado que las truchas de Arica habitan a 24 metros y medio de profundidad.

Un arco de madera recubierto de telas pintadas daba acceso a un gran cercado situado detrás de la pista de carreras. Letras rojas y doradas anunciaban:

PASE A VER

LA COHETONAVE DE LA LUNA

VEALA VOLAR

Exhibiciones dos veces al día  
*Este es el modelo que usó el primer  
hombre que llegó a la Luna*

USTED TAMBIEN PUEDE VOLAR EN EL  
POR 0,50 \$

Frente a la entrada, un niño de nueve o diez años miraba arrobado.

—¿Quieres ver la cohetonave?

—Sí, señor... ¡claro que sí!

—Yo también; vamos los dos.

Harriman pagó cincuenta centavos por cada uno de los billetes que le daban derecho a entrar en el cercado y a examinar la cohetonave. El chico tomó su entrada y entró corriendo, con la pertinacia propia de su edad. Harriman contempló las curvadas líneas de la cohetonave, que le daban cierto aspecto panzón. Advirtió que era un modelo de un solo cohete, con control fraccional en torno al diafragma. A través de los vidrios leyó el nombre escrito con letras doradas en el rojo sangre de la nave: "Despreocupado". Pagó una nueva entrada para ver la cabina de control.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la semioscuridad del interior, causada por los gruesos cristales destinados a filtrar los rayos, los posó amorosamente en el tablero de instrumentos. Cada uno de los aparatos estaba en su lugar. Harriman los había visto nacer uno por uno en la mesa de proyectos y había seguido con angustia los ensayos.

Mientras se entregaba a sus ensueños frente al tablero, sintiéndose bañado en una suave tranquilidad, entró el piloto y le dijo:

—Lo siento, señor. Tenemos que prepararnos para zarpar.

—¿Eh? —exclamó Harriman arrancado bruscamente a sus divagaciones. Frente a él estaba un hombre apuesto, de cabeza firme sobre anchos hombros, ojos intranquilos y boca sensual, pero de mentón decidido.

—¡Oh!, ¡discúlpeme, capitán!

—No hay por qué...

—Esto..., capitán...

—McIntyre.

—Capitán McIntyre, ¿podría llevar un pasajero en su astronave? —el anciano lo miró con ansiedad.

—Bueno, si usted lo desea... Haga el favor de pasar a la oficina.

El piloto condujo a Harriman a una barraca en la que se veía la palabra PRIVADO.

—Aquí hay un pasajero para revisar, doctor.

Harriman no esperaba este requisito, pero permitió que el doctor lo auscultase, sin dar muestras de sorpresa. El médico lo auscultó con su estetoscopio y le tomó la presión. Mientras desataba la venda elástica miró al piloto y movió negativamente su cabeza.

—¿No puedo hacer el viaje?

—No.

Harriman los miró.

—Mi corazón está perfectamente...; sólo estoy un poco agitado...

—¿De veras?... Pero no se trata solamente de su corazón...; a su edad los huesos no pueden aguantar el esfuerzo de un lanzamiento.

—Lo siento mucho, señor —añadió el piloto—, pero la Asociación de Ferias Rurales ha contratado al doctor para asegurarse de que no suba a la nave ningún pasajero que no pueda resistir la aceleración.

El anciano dejó caer sus hombros con desaliento.

—Ya me lo figuraba...

—Lo lamento mucho, señor —el piloto se dio vuelta para marcharse, pero Harriman salió tras él.

—Discúlpeme, capitán...

—Sí...

—¿Quisiera cenar conmigo cuando haya terminado su vuelo?

El piloto lo miró con cierta sorna.

—No tengo inconveniente; gracias.

LOS pollos asados, el excelente vino, los postres, el cognac y los habanos legítimos habían acertado las distancias entre Harriman y el piloto en aquel reservado del mejor hotel de la pequeña población de Butler.

—Le confieso, capitán, que me es muy difícil imaginar que alguien pueda abandonar la línea de la Tierra a la Luna...

—Pues a mí no me gustó.

—V a m o s, Mac —interrumpió Charlie, el mecánico de McIntyre, mientras se servía otra copa de cognac—, dile la verdad: si no hubie-

ra sido por el artículo cuatro, todavía estarías volando entre la Luna y la Tierra.

McIntyre respondió con disgusto:

—Bueno... ¿y qué hay si tomé alguna copita o dos de más?... Yo hubiera podido arreglármelas perfectamente si no hubiera sido por esos malditos reglamentos. ¿Y quién eres tú para echármelo en cara?... ¡Contrabandista!

—Claro que hice contrabando. ¿Quién hubiera podido resistir a todos esos diamantes como rocas, tirados por todas partes, que no esperaban más que ser recogidos y llevados a la Tierra? Si no me hubieran descubierto, ahora estaría en Ciudad de la Luna. Y también tú, pedazo de borracho... Nos pagarían copas en los bares, y las chicas nos harían proposiciones.

El mecánico apoyó la cabeza sobre un brazo y lloró en silencio.

McIntyre lo sacudió.

—Está borracho.

—¡Déjelo! Dígame... ¿de veras está usted satisfecho de haber dejado su puesto de piloto?

—¡Claro que no! Desde entonces estoy en la mala. Lo único que me queda es ese casco que usted vió. A cada lanzamiento perdemos una pieza. Hemos recorrido todas las ferias del valle del Mississipi... cuando no es el intendente con un embargo, es alguna sociedad protecto-

ra con una restricción que nos impide lanzar el cohete... ¡Ya estoy harto! Esto no es vida para un piloto de cohetes.

—¿Mejoraría su situación si pudiera volver a la Luna?

—Bueno... sí... Por supuesto que no podría entrar de nuevo en la Compañía, pero en Ciudad de la Luna siempre podría encontrar algún otro trabajo. Por ejemplo, transportar mineral... Siempre faltan pilotos de cohetes para este trabajo, y la Compañía haría la vista gorda sobre mis antecedentes. Si no volviese a probar el licor, con el tiempo tal vez me admitiesen de nuevo como piloto en la línea interplanetaria.

Harriman jugueteó con una cuchara, levantó luego la vista y preguntó al piloto y al mecánico:

—¿Puedo hacerles una propuesta?

—¿De qué se trata?

—El cohete que estaba en la feria, ¿es propiedad de ustedes?

—Sí, es nuestro; aunque tenemos algunas hipotecas pendientes. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque quisiera alquilarlo para un viaje a la Luna, con ustedes como tripulantes.

**C**HARLIE se incorporó de un brinco.

—¿Has oído lo que dijo, Mac?

¡Quiere ir a la Luna en el casco!

McIntyre sacudió la cabeza.

—Imposible, señor Harriman. Es imposible reacondicionarlo para combustible isotópico...; ni siquiera aguanta el combustible común. Nosotros usamos gasolina y aire líquido. Charlie se pasa el día ajustándolo. Cuando menos lo pensemos, estalla...

—Dígame, señor Harriman—preguntó Charlie—, ¿no podría usted conseguir un permiso y hacer el viaje en una de las espacionaves de la Compañía?

—No, muchacho; no es posible. Ya sabes las condiciones en que la UN concedió el monopolio a la Compañía: nadie que no reúna las aptitudes físicas necesarias puede salir al espacio. La Compañía es responsable por entero de la seguridad y salud de todos los ciudadanos más allá de la estratosfera. La razón oficial para conceder el monopolio fué la de evitar pérdidas innecesarias de vidas durante los cinco primeros años de vuelo interplanetario.

—¿Y usted no puede pasar el examen médico?

—No.

—¿Y por qué diablos no compra a algún funcionario de la Compañía? Ya lo han hecho más de cuatro. De todos modos, no le va a resultar más caro que contratarnos a nosotros.

Harriman sonrió dulcemente.

—Ya lo sé, Charlie, pero no puedo pasar inadvertido tan fácilmente: mi nombre completo es Delos H. Harriman.

—¡¡¡Como!!!... ¿Usted es de veras el viejo Harriman?... Entonces...

Entonces... el dueño de la Compañía...

ña y puede hacer lo que quiera, con reglamentaciones o sin ellas.

—Eso es lo que la gente piensa, pero están equivocados. Los hombres ricos son mucho menos libres que los hombres comunes. Yo intentaría lo que me aconsejas, pero los otros directores no me dejarían. Tienen mucho miedo a perder el monopolio; les cuesta mucho... mucho trabajo conservarlo.

—¿Te das cuenta, Mac? ¡Un tipo que tiene tanto dinero y no lo puede gastar en lo que a él mismo se le antoje!

McIntyre no respondió; esperaba que Harriman continuase.

—Capitán McIntyre, si usted tuviera una espacionave adecuada, ¿me llevaría a la Luna?

McIntyre se frotó la barbilla.

—Es contra las leyes...

—Le pagaré como para compensar ese riesgo.

—¡Claro que lo vamos a llevar, señor Harriman! —exclamó Charlie—; ¡por supuesto que sí!, ¿verdad Mac? ¡Huy..., Ciudad de la Luna!

—¿Por qué desea tanto ir a la Luna, señor Harriman? —preguntó el capitán.

—Desde que tenía diez años no he deseado otra cosa. No sé si ustedes podrán entenderse. Ustedes nacieron en la era de la espacionavegación. Soy bastante más viejo...: cincuenta años por lo menos. Cuando era niño, nadie creía que los hombres pudieran llegar a la Luna. Ustedes han visto cohetes durante toda la vida, y el primero llegó allí cuando ustedes eran todavía niños. Durante mi infancia, todos lo juzgaban irrealizable aventura de locos;

### Nuevo récord de altura

**R**ECIENTEMENTE un avión Douglas Skyrocket de propulsión a chorro se elevó hasta 27.370 metros. El piloto, Mario E. Carl, coronel de infantería de marina norteamericano, estaba provisto de un traje para vuelos en el vacío. Con esto, el hombre se va acercando paso a paso al límite práctico de la atmósfera.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

pero yo creí; leí a Julio Verne, a Wells, a Smith, y creí que podíamos hacerlo, que lo haríamos. Se me metió en la cabeza ser uno de los primeros hombres que pusieran los pies en la Luna, que la viesen de la otra parte y que mirasen desde allí a la Tierra colgada en el cielo. Dejaba a menudo de merendar para poder pagar mi contribución a la Sociedad Norteamericana de Cohetes, porque me parecía que de ese modo ayudaba a que estuviera más próximo el día en que llegaríamos a la Luna. Cuando ese día llegó, yo era ya viejo. He vivido más de lo que me corresponde, pero no quisiera morir... no quiero morir sin haber puesto mis pies en la Luna.

McIntyre se levantó y le extendió la mano.

—Consígame la espacionave y yo lo llevaré.

—¡Bravo! —gritó Charlie—. ¿No le dije, señor Harriman?

**HARRIMAN** dormitó y caviló durante la media hora que duró el viaje hacia Kansas City; dormitó con el sueño ligero y turbado de la vejez. Episodios de su larga vida desfilaban uno tras otro ante su mente: Una vez... ¡ah! sí, en 1910...

un niño mira al cielo en una cálida noche de primavera: “¿Qué es eso papá?” —“Es el cometa Halley, hijo.” —“¿De dónde viene?” —“No lo sé, querido; de algún lugar del cielo, muy lejos de aquí.” —“Es lindísimo, papito; lo quiero tocar.” —“Me parece que no vas a poder...”

Transición:

“Delos, ¿de veras piensas invertir en esa Compañía de locos el dinero que hemos ahorrado para la casa?” —“Sí, Carlota, pero la Compañía de Cohetes no es una locura: es una sólida inversión comercial. Pronto el cielo estará lleno de cohetes; los barcos y los trenes van a pasar de moda. Recuerda lo que sucedió a los que tuvieron la visión de invertir su dinero en las acciones de Ford.” —“Cuando los cohetes de

transporte comiencen a dejar dinero, nosotros ya estaremos bajo tierra.” —“No, Carlota. Algún día, los hombres llegarán en cohete a la Luna. Esto es sólo el comienzo.” —“Sí, pero no necesitas gritar.” —“Lo siento, ya sabes que me entusiasmo.” —“Tengo dolor de cabeza. ¿No puedes quedarte tranquilo ni siquiera en la cama?”

No pudo quedarse tranquilo en la cama. Se levantó para salir al balcón

### Cigarrillos futuristas



**EL** cigarrillo del futuro no tendrá necesidad de los anacrónicos fósforos para ser encendido. Existe ya una patente según la cual el cigarrillo se encenderá por frotamiento de su extremo. Llevará allí una pequeña cápsula de inflamables, que serán puestos en ignición por una superficie abrasiva. El único inconveniente que le vemos es para los fumadores distraídos: si se les llega a apagar el cigarrillo, no tendrán más remedio que buscarlos a los fósforos, tan despectivamente dejados de lado.

y mirar la Luna llena que se desplazaba majestuosamente por el cielo. El día siguiente sería un día difícil, pero ahora estaba con su antigua amiga. ¿Dónde estaba el *Mare Crisium*? Ya no lo podía descubrir a simple vista, como de niño...; probablemente necesitaba cristales nuevos; el trabajo de la oficina no era bueno para sus ojos.

Pero no necesitaba verlo; sabía que estaba allí, junto con los otros mares: el *Mare Crisium*, el *Mare Fecunditatis*, el *Mare Tranquillitatis*..., y los Cárpatos y los Apenninos...

Trescientos ochenta y cuatro mil kilómetros: unas diez veces la vuelta al mundo. Los hombres podían salvar fácilmente una distancia tan pequeña. ¡Si casi podía tocarla estimándose un poco!

Nueva transición:

“Hijo, quiero hablar en serio contigo.” —“Sí, mamá.” —“Yo sé que tú querías ir a la universidad el año que viene” (¡quería!, sí; durante años no había pensado en otra cosa: la Universidad de Chicago..., los cursos de Moulton..., el observatorio de Yerkes, para trabajar a las órdenes del Dr. Frost en persona), “y yo también esperaba que lo hicieras. Pero con la muerte de tu padre, y las chicas que están creciendo, es difícil arreglar nuestro presupuesto. Tú has sido un buen hijo y me has ayudado a afrontar las cosas. Espero que también ahora comprenderás.” —“Sí, mamá.”

Transición final:

“¡EXTRA! ¡EXTRA! UN COHETE ESTRATOSFERICO CRUZA EL ATLANTICO.” El hombre

delavado... ¡dijo... el día... y vol-

vio corriendo a la oficina. “Mira esto, Jorge.” —“Hum..., muy interesante. ¿Qué hay con ello?” —“¿No te das cuenta?... ¡El próximo viaje será a la Luna!” —“Muy bien; pero eres un ingenuo, Delos. Esas revistas de imaginación científica, que vives leyendo, te han calentado la cabeza. El domingo encontré a mi chico con una y le arreglé las cuentas... Tus padres deberían haber hecho lo mismo contigo.” Harriman se irguió ensanchando sus espaldas. Era entonces un hombre de edad mediana. “Llegarán a la luna.” —“Como quieras” (su socio rió); “si el nene quiere la Luna, su papá se la dará. Pero tú dedícate a tus descuentos y comisiones; de allí sale el dinero”.

El gran coche de Harriman entró en Kansas por el *Paseo* y siguió por el *Armour Boulevard*. El anciano se despertó malhumorado.

**P**ERO, señor Harriman...

Ashley, el joven del anotador, estaba completamente turbado. El anciano gruñó:

—Ya me oyó: venda. Quiero hasta mi último centavo en efectivo: *Espaciolíneas*, *Compañía Proveedora de Espaciolíneas*, *Líneas Artemis*, *Recreos de Ciudad de la Luna*: todas.

—Pero el mercado decaerá... Va a desvalorizar sus acciones...

—¿Se cree que no lo sé?... No me interesa. Venda como le digo.

—¿Y las acciones destinadas al Observatorio Richardson y a las Becas Harriman?

—Ah... esas no las venda. Constituya una fundación... debimos haberlo hecho hace años. Dígame al

hijo de Kamens que prepare los papeles.

La pantalla de televisión se iluminó.

—Esos caballeros están aquí, señor Harriman.

—Hágalos pasar. Nada más, Ashley. Que todo esté listo cuanto antes.

Ashley salió dejando el paso a McIntyre y Charlie. Harriman se levantó y salió presuroso a su encuentro.

—Adelante, muchachos, adelante. Mucho gusto de verlos. Tomen un cigarro.

—El gusto es nuestro —respondió Charlie—. La verdad es que necesitábamos verlo urgentemente.

—¿Algún inconveniente?

Harriman pasó la vista del rostro de uno de sus compañeros al del otro. McIntyre se encargó de responderle.

—¿Sigue con su idea, señor Harriman?

—Por supuesto... ¿Qué les pasa? ¿No se habrán echado atrás?

—Todo lo contrario. Ahora necesitamos su trabajo más que nunca. El *Despreocupado* está en medio del Ossage River, con el tubo de reacción metido en el inyector.

—¡Caramba! ¿No se han herido?

—No, excepto rasguños y quemaduras leves. Saltamos con paracaídas.

Charles sonrió.

—Al caer en el río, casi me trago una anguila.

Después de referida la aventura, pasaron a los negocios serios.

—Ustedes tienen que encargarse de comprar la nave: si lo hiciera yo, mis colegas se darían cuenta y se arreglarían para estorbarme. Cuen-

ten con todo el dinero necesario. Busquen algún tipo de estratonave que pueda ser reacondicionada para nuestro vuelo. Inventen un buen pretexto...: un yate estratosférico... una línea de polo a polo... Ustedes verán. Hay que evitar que sospechen que la queremos para un vuelo interplanetario. Cuando tengan ya en su poder el cohete y consigan la licencia del Departamento de Transportes para vuelos estratosféricos, lleven la nave a un lugar desierto, por ejemplo en el oeste. Yo les conseguiré una parcela de terreno. Cuando esté todo listo, yo iré a buscarlos. Entonces instalamos los tanques, cambiamos los inyectores, los controles, etc. ¿Qué les parece el plan?

—El trabajo mecánico va a ser complicado —dijo McIntyre—. Charlie, ¿te parece que lo podrás hacer sin taller?

—¡Claro que sí!..., siempre que tus bonitas manos no teman ensuciarse. Dame los materiales y las herramientas necesarias y no me apures demasiado. Por supuesto que no va a ser una broma.

—Nadie supone que sea un trabajo liviano. Lo único que me interesa es un cohete que no explote al apretar el arranque: el combustible isotópico no es un chiste ni nada parecido.

—No tengas miedo. A mí también me interesa que no estalle.

—Eso dijiste del *Despreocupado*.

—Es muy distinto. Ese era puro cascajo, y los dos lo sabíamos. Este va a ser distinto. Gastaremos lo que sea necesario, pero lo vamos a presionar hasta el límite. ¿Ustedes, señor Harriman?

Harriman le palmoteó la espalda.

—Claro que sí, Charlie. Cuenta con todo el dinero que necesites; no escatimes. Los salarios y compensaciones que les propuse, ¿les satisfacen? No quisiera defraudarlos.

—**C**OMO ustedes saben, mis clientes y sus parientes próximos están directamente interesados. Sos tengo que la conducta del señor Harriman durante las dos últimas semanas, como lo demuestran las pruebas aducidas, señala inequívocamente que su inteligencia, hasta hace poco excepcional, comienza a resentirse. Por esta razón, y con el mayor disgusto, me veo obligado a suplicar a este tribunal que declare al señor Harriman incapaz de administrar sus bienes y que nombre un tutor para proteger sus intereses financieros, los de sus socios y los de sus herederos naturales —el abogado se sentó, muy satisfecho de sí mismo.

Kamens tomó la palabra.

—Con el permiso del tribunal, si mi estimado colega ha terminado ya, quisiera hacer notar que sus últimas palabras anulan el valor de toda su tesis. Estas palabras han sido: "intereses financieros de sus herederos naturales". Es evidente que mi colega estima obligación de mi cliente manejar sus asuntos de modo que sus sobrinos y sobrinas, y sus vástagos, puedan pasar el resto de sus días en un lujo que no han ganado con su trabajo. La esposa de mi cliente ha fallecido: no tuvo hijos. Se ha demostrado irrefutablemente que ha atendido con generosidad a las necesidades de sus herederos y sobrinos. ¿Ustedes, señor Harriman?

pensiones para sus parientes próximos privados de recursos. Pero ahora, como buitres (peor que buitres, porque ni siquiera están dispuestos a dejarlo morir en paz), quieren impedir que mi cliente haga uso de sus recursos del modo que más le agrade durante los años que le quedan por vivir. Es cierto que ha vendido sus acciones; pero, ¿qué tiene de extraño que un hombre anciano desee retirarse de los negocios? Es cierto que al realizar estos valores ha perdido dinero; pero el valor de cada cosa depende de lo que proporciona: mi cliente necesitaba dinero en efectivo y para conseguirlo desestimó las pequeñas pérdidas provocadas por la baja del mercado; ¿qué tiene esto de extraño o alarmante?... He admitido que se negó a discutir su decisión con sus amantes deudos; pero, ¿hay alguna ley que pueda obligar a un hombre a consultar sus decisiones con sus sobrinas y sobrinos?... Por consiguiente, solicito al honorable tribunal: que confirme a mi cliente en el derecho a disponer a su gusto de lo que le pertenece; que deniegue la demanda, y que ponga punto final a las intrigas de sus desagradecidos parientes.

El juez se sacó los lentes y los limpió con prolijidad.

—Señor Kamens, este tribunal tiene un respeto tan vivo por la libertad individual como el que usted manifiesta, y puede usted estar seguro de que cualquier acción que se decida será exclusivamente en beneficio de su cliente. Sin embargo, los hombres envejecen, a veces pierden sus facultades, y en esos casos deben ser protegidos.

Voy a someter el asunto a una consulta. El tribunal levanta la sesión hasta mañana.

Del diario *Kansas City Star*:  
**DESAPARECE UN EXCENTRICO MILLONARIO**

“Delos D. Harriman no compareció al tribunal. Los oficiales de justicia regresaron, después de haberlo buscado en sus lugares habituales, informando que no se lo había visto desde el día anterior. La corte lo ha declarado en rebeldía y ha ordenado su captura y...”

**U**N atardecer en el desierto es un estimulante del apetito, más enérgico que la orquesta de un restaurant de lujo. Charlie lo demostró al limpiar con una miga de pan los últimos restos que de jamón con huevos quedaban en su plato. Harriman alargó un cigarro a cada uno de los jóvenes y encendió un tercero.

—Mi doctor dice que estos cigarros me dañan el corazón, pero me siento tan bien desde que estoy aquí con ustedes, que he decidido no hacerle caso.

Exhaló una espesa nube azul y prosiguió:

—Siempre he pensado que la salud de una persona no depende tan-

to de lo que haga como de que lo haga con gusto. Después de mucho tiempo, sólo ahora estoy haciendo lo que realmente me gusta.

—Eso es lo más que se le puede pedir a la vida —reconoció McIntyre.

—¿Cómo van los trabajos, muchachos?

—Muy bien —dijo Charlie—. Hoy hemos terminado con las pruebas de presión. Los tanques y los tubos de alimentación respondieron perfectamente. Las pruebas básicas ya están terminadas; faltan las de calibración. En cuatro horas de trabajo las puedo terminar. ¿Qué tal te va a ti, Mac?

Las provisiones y el agua ya están a bordo. Tenemos tres equipos de presión, las herramientas, el botiquín... El cohete ya traía todo lo necesario para vuelos estratosféricos. Todavía no hemos recibido el último calendario lunar con las tablas.

—¿Y entonces qué espera? —dijo Harriman.

—Podemos partir cuando usted lo desee, aunque no tengamos las tablas. Usted sabe que se exageran mucho las dificultades de la espacionavegación, para impresionar al público. La espacionavegación no es como la navegación marítima. Siempre se puede ver el punto de destino; no es como en el mar, donde

hay que guiarse exclusivamente con aparatos y cálculos. Con un sextante y un buen aparato de radar me comprometo a llevarlo al lugar de la Luna que usted desee, sin mirar para nada el almanaque o las tablas. Basta con conocer las velocidades relativas.

—No te hemos preguntado tus habilidades; sólo queremos saber si estás listo para partir —dijo Charlie.

—Estoy listo en cualquier momento.

—Si es así, voy a terminar las pruebas esta noche; ya estoy impaciente. Hemos perdido mucho tiempo. Si me dan una mano, antes de medianoche podemos dejar todo preparado e irnos a dormir.

—En cuanto termine este cigarro.

Fumaron en silencio durante un buen rato, meditando cada uno en el próximo viaje. Harriman trataba de no dejarse arrastrar por la emoción que le causaba sentirse tan próximo a realizar el sueño de toda su vida.

—Señor Harriman... —exclamó el mecánico.

—¿Eh?... ¿qué pasa, Charlie?

—¿Qué se hace para llegar a ser rico como usted?

—¿Hacerse rico?... No lo sé: yo nunca me preocupé de enriquecerme, ni de hacerme famoso o algo semejante.

—¿Cómo!...

—No, lo único que quise fué vivir mucho tiempo y ver qué pasaba. Mi caso no era excepcional; había muchos muchachos como yo: radioaficionados, aeromodelistas... Teníamos clubs científicos, laboratorios improvisados, revistas de fantasía

aventura en una revista científica que en todas las obras de Dumas juntas. Nuestro sueño era construir una espacionave... Y algunos de nosotros lo realizaron.

—¡Caramba, debe de haber sido emocionante! —dijo Charlie.

—Era emocionante, sí. Fué un siglo maravilloso, a pesar de todas sus fallas. Y cada año que pasaba, se hacía más maravilloso vivir. No, nunca busqué las riquezas; lo único que quise fué vivir lo suficiente para ver cómo los hombres llegaban a la Luna y, si Dios me lo quisiera conceder, para ir yo mismo a ella —depositó con cuidado la ceniza—. Ha sido una vida hermosa; no tengo de qué quejarme.

**E**L capitán McIntyre echó atrás la silla.

—Si estás listo, vamos, Charlie.

—Vamos.

Harriman se levantó también y abrió la boca para hablar. De pronto palideció y se encorvó llevándose la mano al pecho.

—¡Aguántalo, Mac!

—¿Dónde está su remedio?

—En el bolsillo de su chaqueta.

Lo arrastraron hasta un sofá, rompieron una ampolla de vidrio y acercaron a su nariz un pañuelo impregnado en el líquido de la ampolla. Pareció que Harriman reaccionaba: las mejillas cobraron algo de color. Sus compañeros hicieron lo que estaba a su alcance y se sentaron a esperar que volviera en sí del desmayo.

Charlie fué el primero en hablar.

—Mac, no podemos hacer el viaje con Harriman en tan mal estado de salud.

—¿Por qué no?

**Se acerca el día de los viajes interplanetarios**

**E**N las astronaves del futuro, las cámaras de combustión y las toberas deberán soportar temperaturas elevadísimas, y no hay metales conocidos que las puedan resistir. La última novedad en este campo es el descubrimiento de las excepcionales cualidades del dióxido de zirconio, que puede soportar temperaturas de hasta 3000 grados centígrados.

—Sería asesinarlo. Es imposible que aguante la aceleración inicial.

—Tal vez no; pero él quiere. Ya lo has oído.

—Pero no podemos permitirlo.

—¿Por qué no? No es asunto nuestro, ni tampoco de este maldito gobierno paternalista, decirle a un hombre que no arriesgue su vida, si realmente quiere hacerlo.

—A mí eso no me importa. No me parece bien arriesgar a una persona tan noble.

—¿Y qué harías entonces? ¿Lo vas a enviar de vuelta a Kansas City para que le echen mano las harpías de sus sobrinas y lo encierren en un manicomio hasta que muera de tristeza?

—¡Nooo...! ¡eso no!

—Pues apresúrate a terminar las pruebas que faltan. En seguida voy yo.

A la mañana siguiente, un prehistórico automóvil apareció entre nubes de polvo, por el camino de acceso, y vino a detenerse resoplando ante la puerta de la estancia. De su interior bajó torpemente un hombre de gran estatura y aspecto imponente, pero afable.

—¿Es usted James McIntyre?

—Sí.

—Soy el oficial de justicia de la Corte Federal. Tengo una orden de prisión contra usted.

—¿Por qué motivo?

—Se lo acusa de intento de violación a la ley de Seguridad en el Espacio.

Charlie se unió a su amigo.

—¿Qué pasa, Mac?

El oficial de justicia se encargó de responderle:

—Usted debe de ser Charles Cummings. También tengo orden de arresto contra usted y contra Delos Harriman. Además debo incautarme de su espacionave.

—No tenemos ninguna espacionave.

—¿Y qué tienen en ese galpón?

—Un yate estratosférico.

—¿Ah, sí? Bueno; me voy a incautar de él hasta que encuentre la espacionave. ¿Dónde está Harriman?

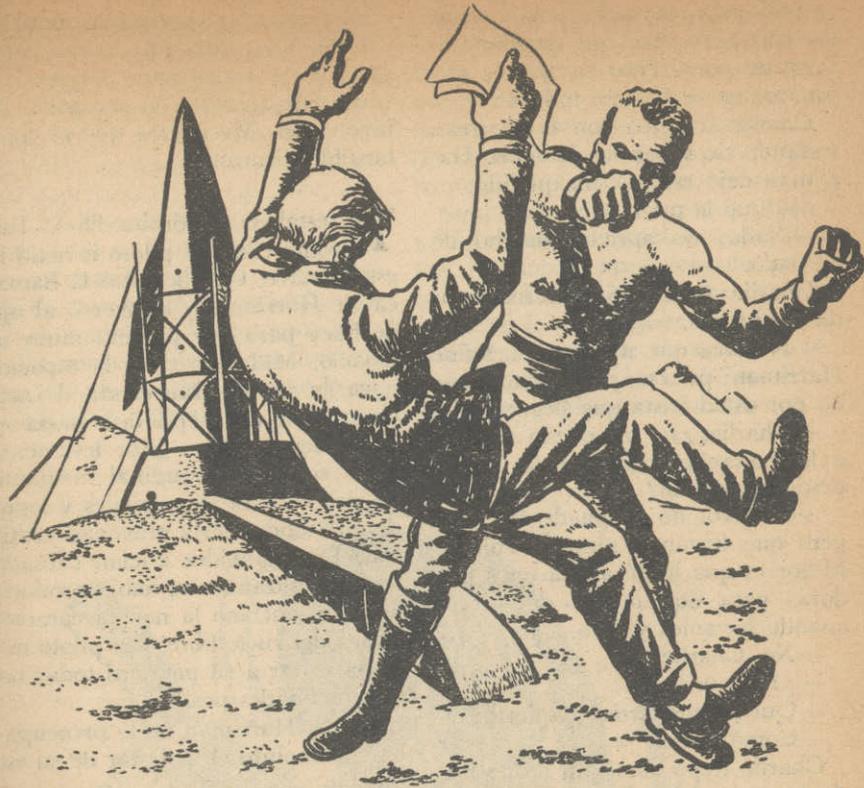
—Allí —señaló Charlie, pasando por alto las señas de su amigo.

El oficial de justicia miró en la dirección indicada. Charlie le descargó un certero puñetazo en la mandíbula, y el hombre cayó al suelo sin decir esta boca es mía.

—¡Maldito sea...! —exclamó Charlie frotándose los nudillos—, siempre me lastimo el dedo que me rompí al baseball. Nunca me voy a curar del todo.

—Lleva el viejo a la cabina y ajústale las correas de seguridad.

CON un tractor sacaron del hangar el cohete, lo orientaron y lo arrastraron la distancia necesaria pa-



ra zarpar. Subieron a la cabina y se aprestaron para el vuelo. Charlie vió desde la ventanilla al oficial de justicia que los miraba con desesperación.

McIntyre conectó el teléfono y preguntó a Charlie, que estaba en la sala de máquinas:

—¿Todo en orden?

—Sí; pero no podemos zarpar todavía: no hemos bautizado la cohetonave.

—No tenemos tiempo para supersticiones.

La voz de Harriman resonó en los

—Bauticémoslo *Lunático*; es el único nombre apropiado.

McIntyre apoyó su cabeza en las almohadillas, empujó dos palancas y luego otras tres, en rápida sucesión, y el *Lunático* despegó.

—¿QUE tal se siente, señor Harriman?

Charlie escrutó ansiosamente el rostro del anciano. Harriman se pasó la lengua por los labios y trató de hablar.

—Muy bien... No podría estar mejor.

—La aceleración ya terminó. Aho-

¡Allá van ceros!

LA energía consumida en los últimos diez años, es de 10.000.000.000.000 kilovatios hora.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ra será más suave. Le voy a soltar los correajes para que pueda estirarse un poco. Pero me parece mejor que no se levante todavía.

Charlie forcejeó con las correas, tratando de soltar las hebillas. Harriman dejó escapar un quejido.

—¿Qué le pasa?

—Nada; no aprietes mucho de ese lado.

Charlie manipuló con extrema delicadeza.

—No crea que me engaña, señor Harriman; pero no puedo hacer nada por usted hasta que lleguemos.

—Charlie, ¿no me puedo acercar a la ventanilla para ver la Tierra desde el espacio?

—Todavía no la puede ver. Espere que hagamos girar el cohete. Mejor es que le dé ahora unas píldoras para dormir. Lo despertaré cuando hayamos virado.

—No, Charlie.

—¿Por qué?

—Quiero quedarme despierto.

—Como guste.

Charlie trepó como un mono hacia la proa del cohete y se instaló junto al piloto. McIntyre le consultó con la vista.

—Sí, pudo resistir, pero está muy mal.

—¿Qué tiene?

—Por lo menos dos costillas rotas. Debe de tener otros huesos estropeados. No sé si llegará vivo. El corazón le latía como un tambor.

—Llegará, Charlie. Lo peor ya pasó.

—¿Estás seguro?... Es delicado como un bebé.

—Sí, pero quiere llegar. Eso es lo que interesa.

—Con todo, sería bueno que ate-

rizases lo más suavemente posible. —Sí. Voy a dar una vuelta completa a la Luna para decelerar y trataré de aterrizar en una curva de involución. Me parece que el combustible alcanzará.

**Y**A estaban en órbita libre. Tan pronto como el piloto invirtió la espacionave, Charlie soltó la hamaca de Harriman y la acercó al ojo de buey para que pudiera mirar al espacio. McIntyre situó la espacionave en un eje transversal, de modo que la cola apuntase hacia el Sol. Luego la hizo girar levemente sobre su eje longitudinal mediante los dos cohetes tangenciales y logró de este modo cierta gravedad artificial. La ingravidez inicial, causada por el deslizamiento, había producido en el anciano la náusea característica del vuelo libre, y el piloto deseaba evitar a su pasajero todas las incomodidades posibles.

Pero a Harriman no le preocupaba en absoluto el malestar de su estómago.

Ante su vista estaba el espectáculo que había soñado noche tras noche. La Luna refulgía majestuosamente, mucho mayor de lo que la había visto jamás. Todos los accidentes de su superficie se podían distinguir ahora con absoluta claridad. Cuando el cohete giró, apareció en el ojo de buey la imagen de la Tierra, la Tierra cual la había imaginado siempre, como una Luna mucho más ancha, mucho más luminosa y sensualmente bella que la verdadera Luna. El Sol se ponía en la costa del Atlántico; una línea de horizonte cortaba la costa de Norteamérica, cortaba a Cuba como un

cuchillo y obscurecía todo menos la costa oeste de Sudamérica. Harriman paladeó el pastoso azul del océano Pacífico, sintió en las yemas de sus dedos el untuoso tacto de las verdes continentes y admiró las albas caperuzas de los casquetes polares. El Canadá y los estados septentrionales de Norteamérica aparecían sombreados por las nubes. Una zona de baja presión se extendía por todo el continente. Vistas desde arriba, las nubes refulgían con una albura mucho más intensa que la de los casquetes polares.

A medida que la nave se desplazaba lentamente, la Tierra iba perdiéndose de vista, y las estrellas comenzaban a presentarse ante la ventana...; las mismas estrellas que siempre había conocido, pero ¡cuánto más brillantes, más firmes, más serenas!

Sintió un dulce gozo, muy distinto de todos los sentimientos análogos que había experimentado hasta la fecha. Sintió como si albergase en su pecho la embriaguez de todos los hombres que desde el comienzo de los tiempos han levantado su vista para contemplar las estrellas.



Transcurrieron las horas, y Harriman seguía ensimismado en su arrobamiento, mirando el cielo a ratos, dormitando otros y soñando. Por último debió de dormirse profundamente, porque se despertó de pronto, pensando que su esposa Carlota lo llamaba: "Delos", decía, "¡ven adentro!; ¡te vas a resfriar si continúas ahí!"

¡Pobre Carlota!... Había sido una buena mujer, una buena esposa. Estaba seguro de que lo único que la preocupó en el momento de morir fué que él no supiera cuidarse como ella lo había cuidado. No podía reconvenirla por no haber compartido los ideales y entusiasmos de él.

Charlie acomodó la hamaca de Harriman para que pudiera ver por la ventanilla de comando la distante faz de la Luna. El anciano descubrió con placer, uno tras otro, todos los rasgos familiares del paisaje lunar. Los había contemplado cien veces en fotografías y le parecía como si viera de nuevo el paisaje de su tierra nativa. McIntyre hizo descender lentamente la astronave sobre la cara que mira a la Tierra, y se dispuso a aterrizar al este del *Mare Fecunditatis*, a unas diez millas de la maravillosa Ciudad de la Luna.

El aterrizaje fué excelente, dadas las circunstancias. Pero Mac tuvo que aterrizar sin recibir ninguna indicación desde el suelo y sin tener siquiera un copiloto que vigilase el radar. Preocupado por aterrizar lo más suavemente posible, tomó tierra treinta millas más allá del lugar escogido, mas no pudo evitar un fuerte choque.

La astronave se detuvo envuelta en densas nubes de piedra pómez pulverizada. Charlie entró en la cabina de comando.

—¿Cómo está nuestro pasajero? —preguntó Mac.

—Voy a ver, pero no me fio nada... El aterrizaje fué terrible.

—Ya lo sé. Hice todo lo que pude.

**H**ARRIMAN estaba vivo, y conservaba el conocimiento; pero sangraba por la nariz, y en sus labios había una espuma rojiza. Lo encontraron pugnando por salir de la hamaca, y lo ayudaron entre los dos a ponerse en pie.

—¿Dónde están los equipos de presión? —fueron sus primeras palabras.

—Espacio, señor Harriman. No lo podemos dejar salir así; primero tenemos que hacerle una cura de emergencia.

—¡Le digo que me dé el equipo de presión! Ya habrá tiempo para curaciones.

En silencio le obedecieron. Su pierna izquierda estaba prácticamente inutilizada. Lo tuvieron que ayudar a salir por la escotilla, uno de cada lado. No les fué difícil: en la Luna, Harriman no pesaba más que treinta kilos. A unos diez metros de la nave encontraron un lugar donde depositarlo cómodamente. Lo acostaron y colocaron un trozo de escoria bajo su cabeza.

McIntyre inclinó la cabeza acercando su yelmo al de Harriman y le dijo:

—Lo dejamos un momento para que contemple el paisaje mientras nosotros preparamos la ida a la ciudad. Estamos muy cerca, y tenemos

que llevar sólo unas botellas de aire y algunas provisiones; en seguida volvemos.

Harriman asintió con un gesto y le estrechó las manos enguantadas con un apretón sospechosamente enérgico.

Se sentó tranquilamente y frotó sus manos contra el suelo de la Luna, disfrutando la curiosa sensación de ingravidez. ¡Por fin se sentía en paz! Sus heridas no le dolían ya. Estaba donde siempre había ansiado estar...; había cumplido su destino. Hacia el oeste, la Tierra en cuarto menguante refulgía contra el oscuro cielo; era como una luna gigantesca, de fulgor azul verdoso. Sobre la cabeza de Harriman brillaba el Sol en medio de un cielo oscuro y estrellado. Y bajo él estaba ¡la Luna!, ¡el suelo de la Luna!

Volvió a reclinarsse, mientras oleadas de dicha lo inundaban hasta los últimos rincones de su alma.

Su atención se debilitó de nuevo, y le pareció que alguien pronuncia-

ba su nombre. "Me estoy volviendo viejo", pensó; "se me va la cabeza".

**E**N la cabina Charlie y Mac ajustaban correas a una camilla.

—Bueno; ya está —exclamó Mac—. Vamos a traerlo; cuanto antes nos pongamos en marcha, mejor.

—Yo lo traeré —replicó Charlie—. Lo alzo y lo traigo en brazos; no pesa casi nada.

Charlie tardó más de lo que McIntyre había calculado. Apareció por fin, pero solo. Mac esperó a que entrase y cerrase la escotilla. Luego, le preguntó:

—¿Qué pasa?

—No te preocupes por la camilla: ya no hace falta. No hay nada que hacer. Ya hice yo lo necesario.

McIntyre, sin decir una palabra, se agachó a recoger los anchos barajones necesarios para caminar sobre el suelo recubierto de ceniza, y salió por la escotilla.

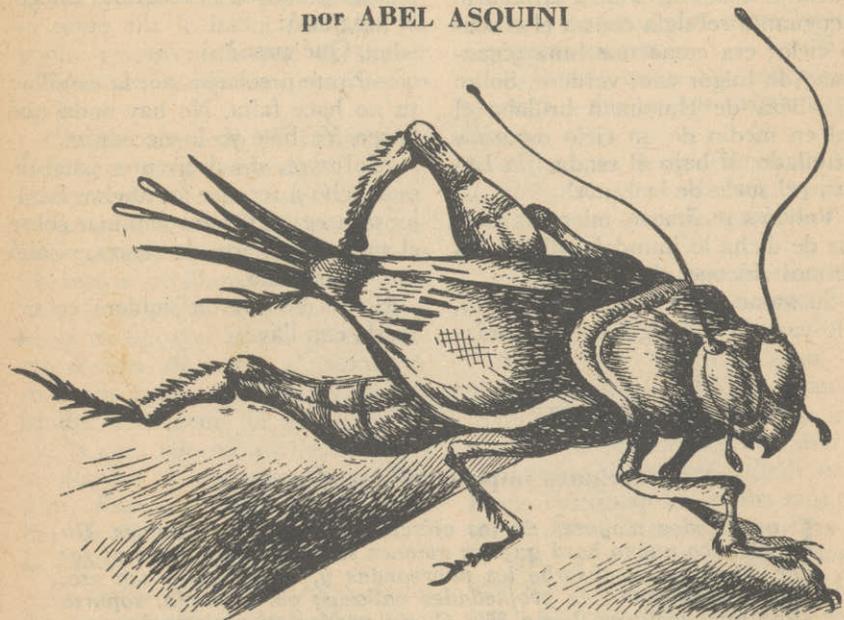
No se molestaron siquiera en cerrarla con llave. ✦

### Aviones imperceptibles al radar

**L**os estados mayores de los ejércitos están de parabienes. Un plástico nuevo hará que los aviones sean imperceptibles al radar. El material absorbe las microondas y, no contento con eso, posee un conjunto de propiedades valiosas; por ejemplo: soporta altas temperaturas, hasta 260° C, sin perder su resistencia, y es mucho más barato que los materiales actualmente en uso. Será ideal, pues, para los aparatos supersónicos que, como es sabido, a velocidades próximas a los 2.000 Km/seg y al nivel del mar, se calientan arriba de los 150° C, lo cual da lugar a una disminución de la resistencia de las aleaciones de aluminio comúnmente usadas. Demás está decir que, si anda bien para los aviones supersónicos, con mayor razón les vendrá como anillo al dedo a las astronaves, las cuales están aún esperando uno de esos plásticos fabulosos, tantas veces anunciados, que resuelvan de golpe los muchos problemas aun planteados.

# NEMOBIUS FASCIATUS

por ABEL ASQUINI



ilustrado por: OLMOS

EN realidad, las nubes se volvieron a juntar sobre la cabeza del Petiso Trapisóndez el día en que Nogler decidió revisar las tarjetas de control de sus empleados.

Aquel día, un lunes por la mañana, Nogler (el director del L.I.O.,

el liero N° 1) comprobó que Puntualini no hacía precisamente honor a su apellido.

El Flaco Puntualini, uno de los "cráneos" del laboratorio, era expertísimo en electrónica. Sus com-

pañerías eran famosas en el país. Trabajaba bajo las órdenes del

El raro mecanismo científico está listo; pero..., ¿quién lo hará funcionar?

que en su niñez habría vivido cómodamente en un tubo de aspirina amueblado; pero lo que tenía de flaco lo compensaba ampliamente con su impuntualidad, que era su gran defecto. Nogler comprobó, revisando su tarjeta, que el Flaco llegaba sistemáticamente tarde al trabajo, y a veces tan tarde que no alcanzaba a llegar.

"Este es el lado flaco de Puntualini. ¿Cuál no lo es?", pensó enojado. "Habrá que darle una frenada a fondo."

Lo llamó inmediatamente a su despacho, por el intercomunicador.

El Flaco llegó sonriendo como siempre; pero, al ver la cara de Nogler, su secreción interna de adrenalina aumentó, es decir, tuvo miedo.

—¿Usted se guía por el uso horario de Santiago de Chile?; ¿respeto la hora del 81?; ¿o todavía usa una clepsidra para regular su tiempo?

Puntualini quiso defenderse respondiendo que el transporte urbano era muy malo, pero recordó a tiempo que vivía a media cuadra del laboratorio y prefirió permanecer callado.

Nogler, al ver que no respondía, decidió aplicarle el castigo máximo, y le dijo:

—Desde ahora en adelante y hasta que se corrija, trabajará usted como ayudante, a las órdenes del Petiso Trapisóndez, en el diseño y construcción de los noctivisores infrarrojos.

Trabajar bajo las órdenes del

Petiso! Siberia, Dachau, Isla del Diablo y otros lugares de esparcimiento eran preferibles.

Pero Puntualini era orgulloso: decidió no pedir clemencia y aceptó su condena.

Por lo demás, la petición habría sido inútil, pues es bien sabido que los lunes por la mañana, como era el caso, los directores y gerentes se encuentran influídos por misteriosas corrientes astrales que los hacen inmunes a los pedidos de bondad o clemencia.

PUNTUALINI salió del despacho y fué recibido por toda la pandilla de lieros, que como siempre ya estaban enterados de todo lo acontecido, gracias a los buenos oficios de Gladys, la secretaria particular del director. Gladys, aparte de ser una beldad impresionante, era un tranceptor perfecto, es decir, retransmitía inmediatamente, amplificado y corregido, todo lo actuado en el escritorio de su jefe; pero, eso sí, pidiendo la máxima discreción.

Manuelski se acercó a Puntualini y quiso consolarlo.

—No te aflijas. Se conoce el caso de un ayudante del Petiso que aguantó casi una semana. Claro que había tres feriados intermedios y que al final se suicidó; pero los motivos que tuvo para hacerlo nunca se aclararon bien, y a lo mejor fué por otra causa.

Oscar le palmoteó afectuosamente la espalda a Puntualini, diciéndole:

—Dentro de tres meses tu domicilio legal será el manicomio; y entonces...

Fué interrumpido por la voz estridente del Petiso, que desde el otro extremo del laboratorio gritaba:

—A ver, Puntualini; ligerito y con buen modo, arréglame mi mesa de trabajo. Y ya te dije que...

Pasaron tres espantosos meses para Puntualini, y aunque trabajaba en el proyecto infrarrojo, empezó a verlo todo bajo la longitud de onda de 800 milimicras; es decir, que todo lo veía rojo. Quizá sería por influencia del Petiso. Y el odio que ya le profesaba subía *in crescendo*.

Para librarse de la obsesión del Petiso, fué a ver la colección de gigantes de un famoso circo extranjero; pero, a pesar de que asistió a tres funciones continuadas, no consiguió gran mejoría.

Era, pues, completamente natural y lógico que pensara en eliminarlo. Mas, ¿cómo hacerlo sin que sospecharan?

La electrónica quedaba completamente descartada. Todos conocían su pericia en la materia. Tendría que buscar un método distinto pero acondicionado al fin propuesto.

¿Acondicionado? ¿Condicionado? ¿Condicionados?...

Las dendritas cerebrales de Puntualini se conectaron, y la respuesta llegó de inmediato.

¡Reflejos condicionados de Pavlov!

**P**UNTUALINI era activo; tenía ya la idea, y, sacando fuerzas de flaqueza (otras no tenía), puso manos a la obra sin pérdida de tiempo. Rápidamente transformó el sótano

de su casa en laboratorio de experiencias fisiológicas y se compró un hermoso perro ovejero al que llamó Fusible.

“Trapisóndez era un perro cascarrabias, debía morir rabiando como un perro y mordido por un perro rabioso”, pensaba Puntualini. Esto parecía un trabalenguas, pero en realidad formaba parte de la idea del Flaco. Y el Flaco empezó a ensayar con Fusible noche tras noche.

Pasaron varias semanas, y una noche de verano estaba Puntualini en su sótano laboratorio aspirando las perfumadas ráfagas del jardín, que entraban por el ventano abierto.

“Hermosa noche tropical”, pensó satisfecho; pero el pobre Fusible no lo estaba tanto.

El animal estaba atado a un armazón especial, por medio de gruesas correas y sus patas posteriores se apoyaban en recipientes que contenían agua acidulada y de los cuales salían finos cables metálicos.

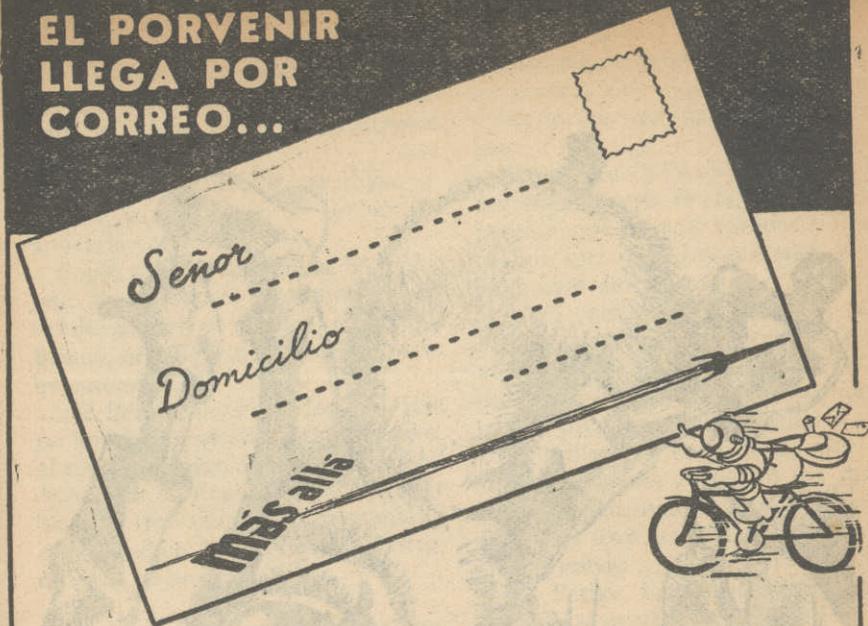
Puntualini se quitó de la boca su larga boquilla de ámbar y la examinó con atención. La pequeña cortadura, hecha con una microfresa, era casi invisible, pero bastaba para transformar a la inofensiva boquilla en un silbato misterioso. Sí, en realidad funcionaba como un pito de Galton: soplando fuertemente por ella, se producían sonidos de más de 20.000 ciclos, inaudibles para los oídos humanos pero no para los perros... ¡¡Ultrasonidos!!

Puntualini murmuró:

—Ya descansó bastante; le daré otra vez corriente a Fusible, a ver si salta.

Operó el conmutador que electrificaba los recipientes de agua con

## EL PORVENIR LLEGA POR CORREO...

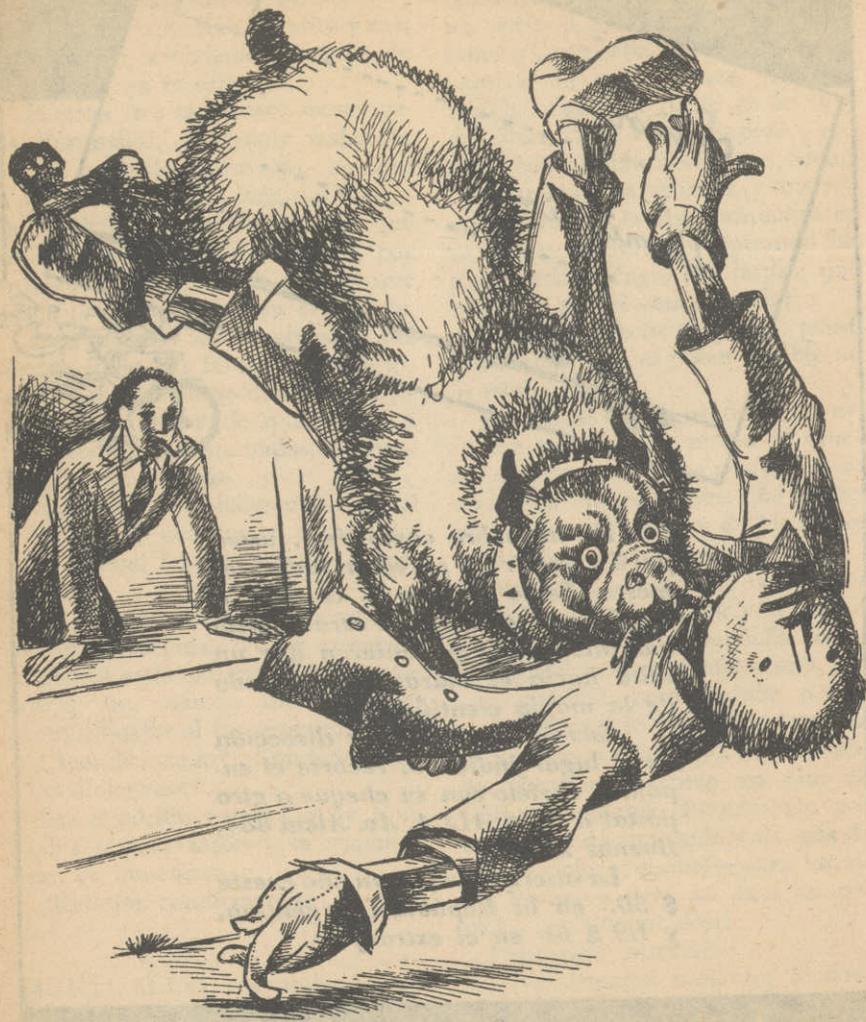


En un sobre como éste, usted puede recibir el porvenir todos los meses. Se lo llevará su cartero, a usted como a miles de otras personas inteligentes que quieren dar un salto hacia el maravilloso mundo de la magia científica.

Escriba su nombre y dirección en el lugar indicado, recorte el cupón, y envíelo con su cheque o giro postal a MAS ALLA, Av. Alem 884, Buenos Aires.

La suscripción por un año cuesta \$ 50.- en la República Argentina, y US \$ 5.- en el extranjero.

¡SUSCRIBASE A MAS ALLA Y RECIBIRA TODOS LOS MESES UN CARGAMENTO DE EMOCIONES Y AVENTURAS INCOMPARABLES!



dulada, y simultáneamente sopló con fuerza el inaudible silbato.

Al sentir la corriente, el pobre perro, enloquecido, saltó ferozmente sobre el maniquí de trapo y lo destrozó al punto entre sus poderosos dientes.

El Flaco, satisfecho, se dijo:

—Sí, ya es tiempo de probar sin aplicarle corriente.

Sopló nuevamente en su boquilla, pero sin apretar el conmutador, y el resultado fué el mismo: el animal brincó, mordió y desgarró con furia incontenible.

¡Reflejos condicionados! La fase preliminar ya estaba lista: el perro. al oír el ultrasonido y sin necesidad de recibir corriente alguna, se abalanzaba frenético sobre el maniquí, incrustándole los colmillos y triturándolo como a un ratón.

**E**L plan para matar o herir al Petiso era muy simple. Un día de éstos lo invitaría a su casa en compañía de otro amigo. Con un pretexto cualquiera dejaría al Petiso y al perro solos en el jardín. Llevaría al otro compañero a la sala, desde donde podría observar cómodamente al Petiso a través de la ventana. En el momento oportuno sacaría su boquilla para fumar; pero, como estaría algo obstruída, soplaría con fuerza en ella para destaparla, y entonces...

arían la culpa al pobre Fusible. Rabioso, sin duda.

Puntualini desató con habilidad las correas que sujetaban al perro, y éste se acurrucó mansamente a sus pies.

Sí; con el silbato ordenaría la muerte a través de la ventana. El pensamiento pareció agrandar a Puntualini, que miró instintivamente al ventanillo del sótano.

Algo, como una mole, entró veloz por el ventano. Puntualini miró aterrado. Quiso huir. ¡Ya era tarde!: ¡Fusible saltó como un tigre e hizo presa en su garganta!...

El grillo que entró luego por el mismo ventano, revoloteó un rato, emitiendo sus agudos chillidos audibles y los correspondientes ultrasonidos, y volvió a salir al jardín.

El Petiso Trapisóndez se había salvado otra vez. ♦

**NOTA DEL AUTOR:** El *Nemobius fasciatus* (grillo Campesino) emite sonidos audibles en 8.000 y 11.000 ciclos; emite también ultrasonidos armónicos de los primeros en 16.000, 22.000 y 36.000 ciclos. La intensidad de la emisión es muy fuerte. Se han hecho mediciones de ultrasonido a 30 cm. del insecto, que dieron valores de 90 db., o sea,  $10^{-7}$  w/cm. (Der Ultraschall. L. Bergmam).

El pito de Galton, perfeccionado por Edelman, emite ultrasonidos hasta de 40.000 ciclos. Se usaba para experiencias fisiológicas.

### No abusar

**E**STÁ bien querer desembarazarse de los insectos molestos, pero todo tiene límite. En los suelos, por ejemplo, no conviene abusar de los insecticidas, pues se corre el riesgo de disminuir la fertilidad de la tierra, al disminuir la descomposición de la materia orgánica.

# La Conquista del Espacio

por WILLY LEY



ilustraciones de Chesley Bonestell

## GUSANOS DEL ESPACIO

ERA la noche anterior al primero de enero de 1801. El cielo estaba claro sobre Italia, y las estrellas se mostraban distantes y heladas, como acompañando al frío invernal.

Por lo general, la noche de Año Nuevo no se utiliza para efectuar observaciones; los astrónomos prefieren pasar la velada en familia. Pero el profesor Giuseppe Piazzi era monje y no tenía familia. Después de los servicios se había ido al observatorio con un propósito especial. Un catálogo de estrellas recientemente publicado tenía un error de imprenta. Las condiciones

eran ideales para corregirlo. Mientras trabajaba descubrió una pequeña estrella de sexta magnitud, apenas visible a ojo desnudo, en un lugar donde no se había registrado antes ninguna estrella de sexta magnitud. Además, parecía estar cambiando lentamente de posición.

Estos dos hechos mostraron que no podía ser una "estrella", esto es, un sol lejano, sino un miembro del sistema solar. El profesor Piazzi pensó que había descubierto un nuevo cometa que estaba todavía demasiado lejos del Sol para desarrollarse. Lo siguió por varias

noches, midiendo sus posiciones aparentes de manera que la órbita pudiera ser calculada. Los cálculos fueron hechos por un joven que demostraba talento excepcional para las matemáticas. Se llamaba Karl Friedrich Gauss, y todavía sigue siendo el matemático más grande de todos los tiempos. A medio andar, Gauss ya se dió cuenta de que Piazzi había hecho un gran descubrimiento. El nuevo "cometa" no tenía la órbita elongada típica de los cometas. Por lo contrario, era más circular que la de Marte o Mercurio. Y su distancia al Sol era de 2,77 unidades astronómicas, es decir, 2,77 veces la distancia de la Tierra al Sol.

Este número tiene algo de raro. Cuando Kepler todavía era joven, creía, junto con todos los astrónomos de su época, que las órbitas de los planetas eran circulares. Pasó muchos años tratando de encontrar relaciones matemáticas entre los radios de estos círculos. Por fin creyó dar con la respuesta: allí estaban los "cinco sólidos regulares" de la geometría; y las distancias de los planetas parecían estar de acuerdo con cierta distribución de estos sólidos, uno dentro del otro. Pero había algo que no calzaba: la distancia entre Marte y Júpiter era demasiado larga. Había que suponer otro planeta entre ellos para que el esquema marchara. Kepler escribió simplemente: *Inter Jovem et Martem planetam interposui* ("Entre Marte y Júpiter yo pongo un planeta").

Su propio descubrimiento de la elipticidad de las órbitas planetarias volvió innecesario, y anticuado

el esquema anterior. Pero para sus sucesores seguía pareciendo que había un "agujero" entre estos dos planetas. Y luego Bode descubrió su ley (véase la contratapa), mediante la cual obtuvo una sucesión de números. Cada número de la sucesión correspondía a la distancia de un planeta al Sol. Pero entre el número que correspondía a Marte (16) y el que correspondía a Júpiter (52) había uno que no tenía planeta correspondiente. Era el 28: el 2,8 si lo decimos en unidades astronómicas.

PIAZZI había "puesto un planeta entre Marte y Júpiter". El nuevo planeta fué bautizado Ceres.

Que el planeta que por fin llenaba el agujero fuera tan pequeño —sabemos ahora que el diámetro de Ceres es de 760 kilómetros más o menos—, fué una sorpresa, aunque por lo menos explicaba el hecho de que no hubiera sido descubierto antes. Pero las verdaderas sorpresas todavía estaban por venir.

Un año después del descubrimiento de Piazzi, un médico de Bremen, Heinrich Wilhelm Matthäus Olbers, entusiasta astrónomo aficionado, encontró otro pequeño planeta cerca de la tan discutida distancia de 2,8 unidades astronómicas. Se conoce la fecha del descubrimiento: el 28 de marzo de 1802. Aparentemente el doctor Olbers estaba practicando la caza del cometa, y el descubrimiento del segundo planeta fué accidental. Se lo llamó Pallas y actualmente se le asigna un diámetro de 480 kilómetros. En 1804 un tercer planetita fué descubierto y bau-

tizado Juno. Su diámetro es de menos de 320 kilómetros. Tres años más tarde Olbers encontró un cuarto y lo llamó Vesta. Su diámetro es del orden de los 380 kilómetros.

Hubo un poco de asombro al encontrarse con cuatro planetas allí donde los más optimistas habían esperado sólo uno, pero el doctor Olbers tenía una respuesta. Afirmó que originalmente había habido un solo planeta en la órbita y que luego, por alguna razón desconocida, éste había explotado para formar Ceres, Pallas, Juno y Vesta. Esta explicación, después de haber permanecido enterrada durante medio siglo está nuevamente en boga entre los astrónomos, aunque ahora se considera más probable una serie de explosiones que una grande y única explosión.

Por alguna razón que ahora se ha olvidado los astrónomos pensaban que solamente podían existir cuatro de estos planetitas. Alrededor de 1830, otro aficionado, M. Hencke, de Driesen, se lanzó a la búsqueda del quinto y, después de 15 años de trabajo, consiguió lo que se proponía. Se lo llamó Astraea. Estimulado, Hencke siguió adelante, y dos años después localizó el número 6, Hebe.

Entonces otros se lanzaron a la tarea. Apareció el número 7: Iris. El 8: Flora. Cuando se cumplieron los cincuenta años del descubrimiento de Ceres, ya andaban por el 14: Irene.

**L**OS veinte años que van desde 1850 a 1870 produjeron una media de cinco pequeños planetas por año. Mientras fué posible, los

descubridores se atuvieron firmemente a la costumbre que se había impuesto: todos los nombres debían ser de mujer y clásicos. Por ejemplo: Antígona (129), Ariadna (43), Circe (34), Euterpe (27), Clitemnestra (179), Melpómene (18).

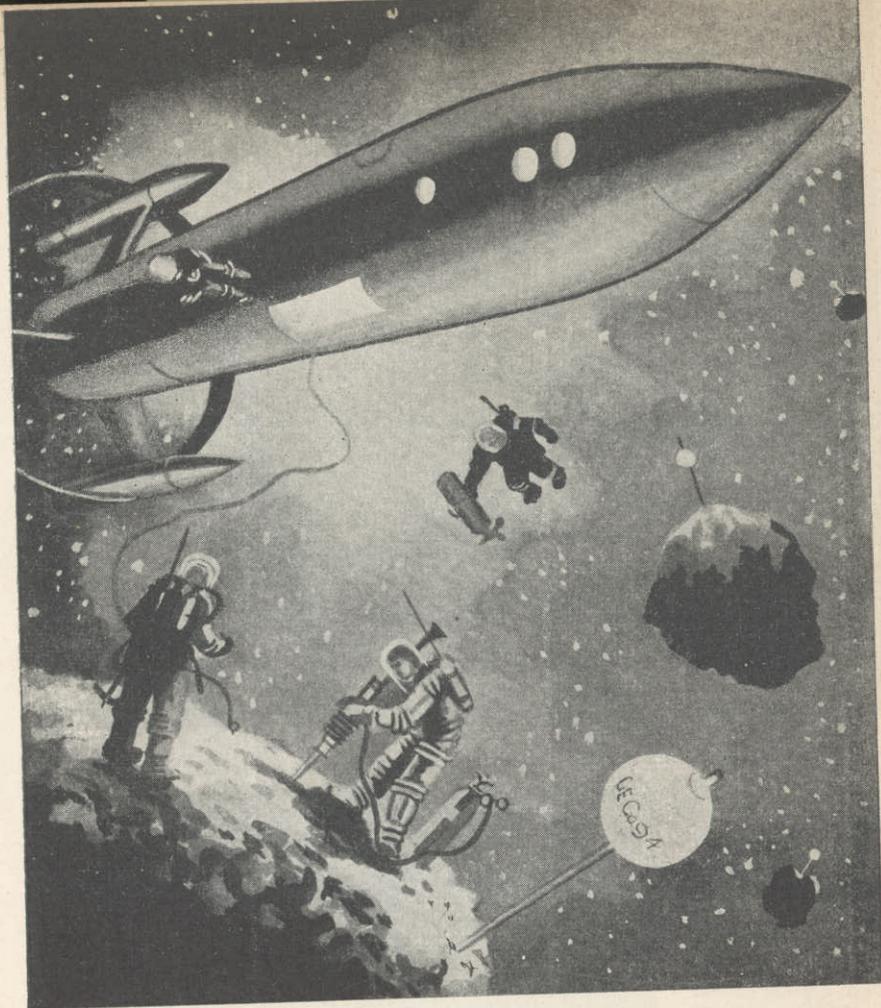
Pero para 1890 con un haber de 300 planetitas, la escasez de nombres se hacía sentir. Isabella (210) ya no era estrictamente clásico. Ni tampoco Lacrimosa (208) (¿En qué estaría pensando su descubridor?). Ese año el profesor Max Wolf, de Heidelberg, adoptó una sugerencia hecha por el doctor Isaac Roberts. Utilizó la placa fotográfica. Ahora, los llamados "asteroides", o mejor aún, planetoides, no tenían que ser cazados pacientemente, pegando el ojo al telescopio. Se podía usar la trampa fotográfica. Si uno sigue el movimiento aparente de las estrellas fijas con una cámara añadida al telescopio, las estrellas producen imágenes nítidas sobre la placa. Pero el planetoides se mueve durante el tiempo de exposición de alrededor de una hora, traicionando así su existencia, por una línea recta. Los resultados fueron satisfactorios o desesperantes, según el punto de vista. Los alemanes fundaron inmediatamente el *Rechen-Institut Kleine Planeten* (Instituto de Cálculo de los Pequeños Planetas) hacia el cual todo el mundo envió sus descubrimientos, observaciones y sospechas. Pero ellos también hablaron de la *Kleine Planetenplage* (plaga de los pequeños planetas), mientras un astrónomo norteamericano los llamó "gusanos del espacio". Probablemente, una



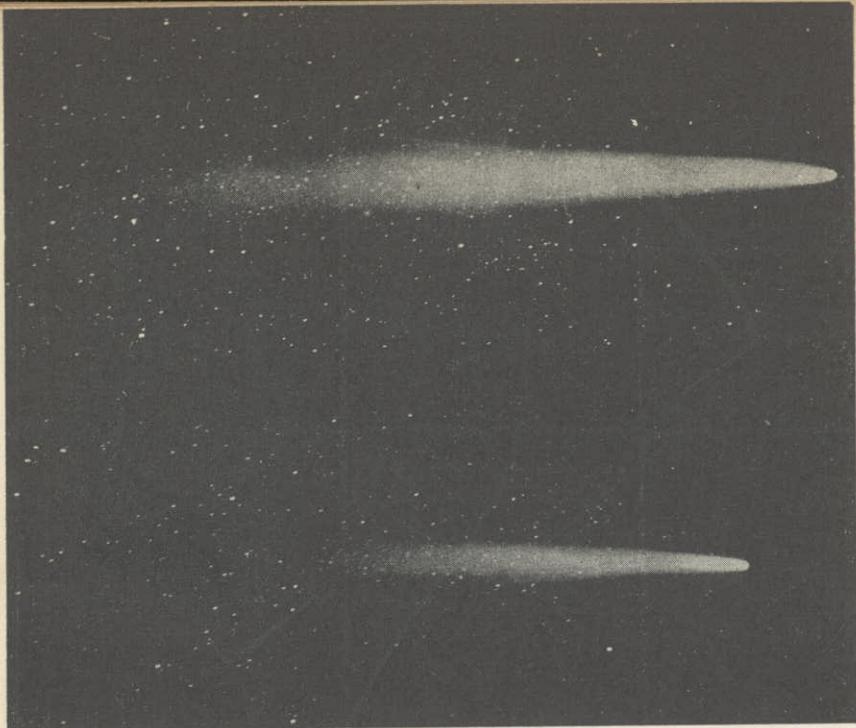
El Sol visto desde el planetoides Eros. Hasta su descubrimiento, todos los planetoides se encontraban entre Marte y Júpiter, y por tradición siempre recibían nombre de mujer. Eros fué el primer "hijo" varón. La razón es importante: su órbita se halla ubicada entre la Tierra y Marte.



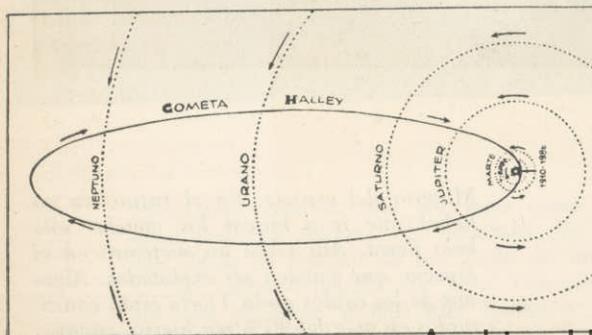
El sistema solar no está tan vacío como se cree. Contiene miles de millones de partículas, los meteoros, que van desde el tamaño de un grano de arena hasta masas de varias toneladas de peso. Cuando los meteoros son tan brillantes o más que Venus o Júpiter, se los llama bólidos. Este cruzó por delante de la cámara cuando se estaba fotografiando la nebulosa espiral de Andrómeda.



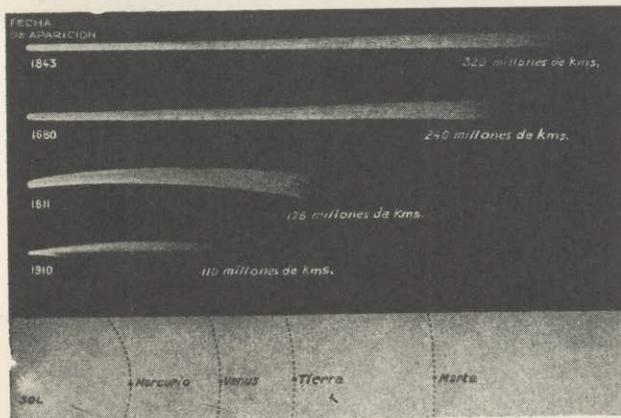
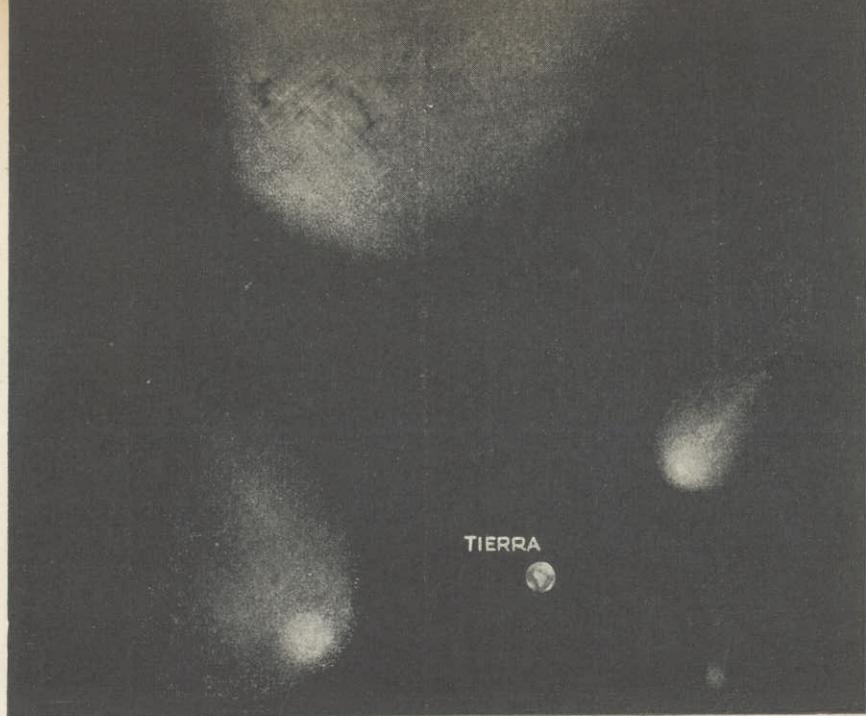
Mineros del espacio. En el futuro ya no habrá que ir a buscar los metales sólo bajo tierra. Allí están los meteoros en el espacio, que pueden ser explotados. Algunos de los caídos en la Tierra están constituidos en más del 90% por hierro, aunque, por desgracia, no son los más numerosos.



Otros de los habitantes del sistema solar son los cometas. Se dice que hay varios millones de ellos dando vueltas alrededor del Sol. Este es el más famoso de todos, el cometa Halley, llamado así en honor de sir Edmund Halley, en su época astrónomo real de Gran Bretaña, quien junto con Newton calculó su órbita en 1682.



Orbita del cometa Halley. Tarda 75 años en recorrerla. La última vez que lo vimos fue en 1910. Estará de regreso en 1986, si es que no le sucede ningún percance grave.

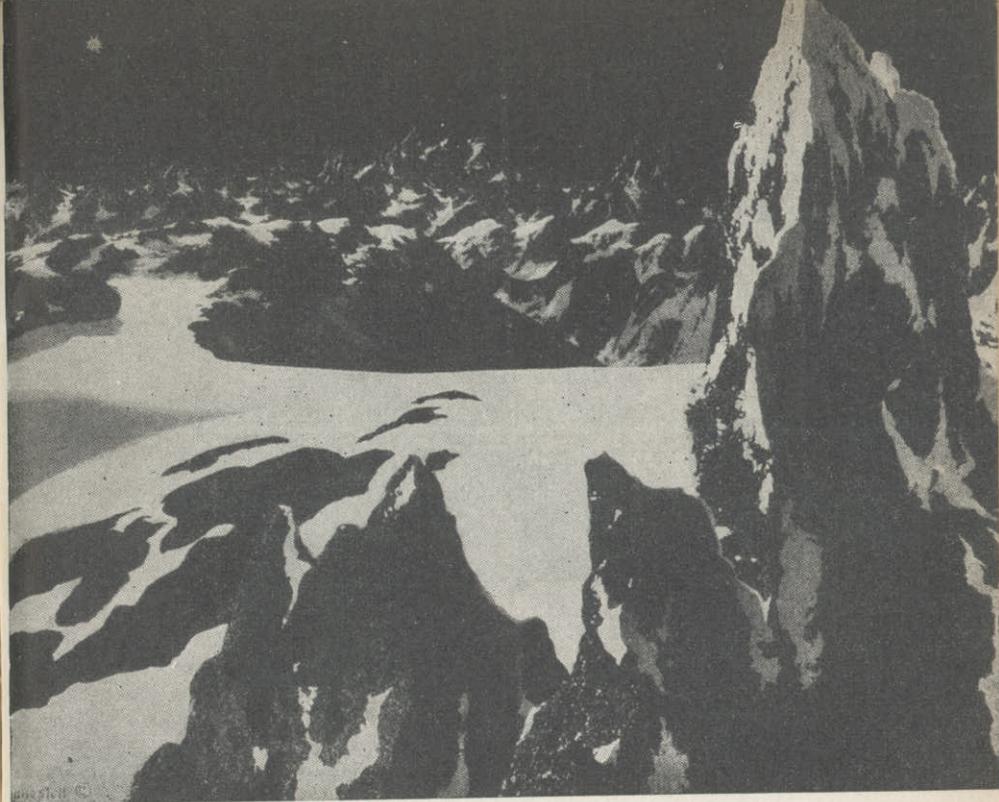


Dimensiones medias de las cabezas de los cometas comparadas con el diámetro de la Tierra. Las cabezas de los cometas alcanzan dimensiones enormes. Su diámetro medio es de unos 130.000 kilómetros. La más grande, observada en 1811, tenía 1.800.000 kilómetros, diámetro mucho mayor que el del propio Sol.

Longitudes de algunas colas de cometas comparadas con los radios de las órbitas planetarias.



Una vista de Júpiter desde su satélite más cercano. Los cuatro satélites que le siguen en orden de distancia fueron descubiertos por Galileo. Solamente 181.000 kilómetros lo separan del planeta. Las manchas negras visibles sobre la superficie son las sombras de otros satélites.



Plutón, el planeta más alejado del Sol. Hasta ahora no se le conocen satélites. Es pequeño y denso, y sin duda su atmósfera se ha depositado, congelada, sobre las rocas que forman la superficie. Desde Plutón, el Sol aparece como una estrella brillante de contornos borrosos.

placa fotográfica expuesta con algún propósito diferente, se le había llenado de gusanitos blancos.

Los nombres clásicos se habían acabado mucho antes de llegar a los 300. Empezaron a aparecer los nombres de países: Rusia (232), Alemania (241), Italia (477); de famosos hombres de ciencia, pero escritos como si fueran nombres de mujer: Piazzia (1000), Gaussia (1001). Al número 1010 se lo llamó Marlene, creo que por Marlene Dietrich.

A medida que pasaba el tiempo, los nombres eran más rebuscados: Fotográfica, Prisma, Centenaria, Fantasía. Otros daban indicios de donaciones: Carnegia, Rockefelleria. Pero en todos imperaba el mismo principio: debían ser femeninos.

Los primeros quince o veinte planetoides habían traído honor a sus descubridores; los cincuenta siguientes, reconocimiento; los doscientos siguientes todavía constituyeron alguna novedad. Después de eso, fué sólo rutina.

**P**ERO aun en este campo todavía había palmas que ganar. El siguiente gran acontecimiento fué un planetoide descubierto fotográficamente el 13 de agosto de 1898 por el doctor G. Witt, del Observatorio Urania, Berlín. El doctor Witt se dió cuenta inmediatamente de que había pescado algo excepcional. La línea era desusadamente larga, indicando una velocidad muy alta, lo cual a su turno, indicaba que el planetoide estaba extraordinariamente cerca. Todos los observato-

pado se lanzaron tras "1898 DQ" y poco después el doctor Berberich, del *Rechen-Institut*, publicó un cálculo de la órbita. Desde entonces ha sido mejorada, pero no mucho. Entonces el planetoide fué numerado oficialmente y se le dió un nombre: Eros.

El primer nombre masculino, y con justicia. G. Witt (si parafraseamos a Kepler), había "puesto un planeta" entre la Tierra y Marte. La distancia media de Eros al Sol es menor que la de Marte, la longitud del año es de 643 días y el perihelio está a 1,13 unidades astronómicas, con un movimiento diapuede aproximarse a la Tierra tanto como 17 millones de kilómetros (dos veces y media más cerca que Marte y dos veces más cerca que Venus). Para que Eros pase a esa distancia de nosotros, tiene que encontrarse en el perihelio en la última semana de enero de cualquier año. Desafortunadamente eso sucedió cuatro años antes de su descubrimiento. Y no volverá a ocurrir hasta enero de 1975.

Eros es interesante no sólo por su órbita. Algunas observaciones han indicado que podría no tener forma esférica. No es difícil de probar que un cuerpo celeste debe tomar una forma esférica, con tal de que sea lo suficientemente grande. Con masa suficiente las tensiones gravitacionales deben vencer la resistencia del material, de manera que, por ejemplo, un cubo del tamaño de Marte sería imposible. Los vértices se desmoronarían deslizándose hacia los costados para estar más cerca del centro. Naturalmente que, hasta cierto punto, la re-

Cómo se descubre un planetoide entre las estrellas entre las cuales se confunde; arriba: método visual por desplazamiento de A a A' de un día al otro. Abajo: método fotográfico por el trazo B resultado del desplazamiento del planetoide durante "la pose".

sistencia del material tiene importancia: un cubo de acero podría todavía seguir siendo cubo mientras la misma masa de roca ya se habría reducido a esfera. Se estima que Eros tiene alrededor de 172 kilómetros de diámetro. Con ese tamaño, una forma no esférica todavía sería posible.

El descubrimiento siguiente, Hungría (434), fué también un planetóide muy cercano al Sol; pero, como su distancia media era todavía superior a la de Marte, se le dió nombre de mujer. En esa época se vió claramente que había una brecha en el anillo de planetoides, similar a la división de los anillos de Saturno y por la misma causa de la atracción gravitacional. El perturbador en este caso era Júpiter.

A esta altura conviene dar algunos números. Expresada en unidades astronómicas, la distancia media de Marte al Sol es 1,524 y la de Júpiter 5,203. El espacio medio recorrido por Júpiter en su órbita, dentro de las 24 horas, es casi precisamente 300 segundos de arco. Hay 60 segundos de arco en 1 minuto de arco, y 60 minutos en 1 grado; en consecuencia Júpiter necesita casi 12 años para describir el círculo completo de 360 grados. El movimiento medio de Marte es 1887 segundos de arco (que se escribe 1887"). Eros, que se encuentra en promedio más cerca del Sol que Marte, tiene un movimiento diario medio de 2015"; pero Eros es un caso especial. Hungría, a 1,9 unidades astronómicas de distancia y con un movimiento de 1309" representa el límite inferior

de los planetoides hembras. El gruero del enjambre comienza alrededor de las 2,1 unidades astronómicas y 1100" de movimiento diario y se extiende hasta una distancia de alrededor de 3,6 unidades astronómicas con algo más de 500" diarios de desplazamiento. Todavía más lejos, a 3,9 unidades astronómicas y con un movimiento medio de 449", hay un grupo de media docena de planetoides llamado el grupo de Hilda; y a 4,3 unidades astronómicas, con un movimiento diario medio de 404", se encuentra el planetóide número 279. Se lo consideró el más externo, y teniendo en cuenta la *Ultima Thule* clásica, fué bautizado Thule.

MIENTRAS tanto seguía sin ser contestada la molesta pregunta: ¿por qué hay varios cientos de pequeños planetas en vez de haber uno solo grande? Como se ha mencionado, el doctor Olbers sugirió que los cuatro planetoides conocidos en su época, eran el resultado de la explosión de uno más grande. La idea tuvo bastante aceptación en ese entonces, pero poco a poco fué dejada de lado. La razón principal puede haber sido que esta hipótesis provocó la contrapregunta inevitable de qué era lo que había hecho explotar el planeta. Y eso hubiera sido muy difícil de contestar, especialmente teniendo en cuenta el hecho de que aun el planeta original había sido el más pequeño del sistema solar. Todavía ahora, que conocemos más de mil planetoides en vez de los cuatro de Olbers, la masa total no es nada del otro mundo. Si se pudieran juntar to-

dos, harían un planeta más pequeño que nuestra Luna.

Pero rechazar la teoría de la explosión no es aclarar el problema. Y había una manera, por lo menos teórica de decidir la cuestión fundamental. Debía de poderse decir si los planetoides eran o no los restos de un planeta mayor. Si lo eran, sus órbitas debían de guardar cierta relación; deberíamos de estar en condiciones de demostrar que todos habían partido de la misma órbita. Pero dado que cada una de las órbitas había sido cambiada y perturbada de muchas maneras desde "el acontecimiento", tal investigación involucraba una cantidad de trabajo escalofriante; terrible ya en los días de Gauss, cuando sólo había que desenredar apenas una docena. Más tarde el problema se volvió prácticamente inatacable, para quien no tuviera una paciencia infinita.

Pero entonces aparecieron indicaciones de que algunos de los planetoides parecían ser "fragmentos" también desde el punto de vista de la forma. Ha sido mencionado que Eros (433) podría no ser esférico. Claro que el planetóide es demasiado pequeño y está demasiado lejos para observar su forma irregular directamente con un telescopio situado en la superficie de la Tierra. Pero sus variaciones regulares de brillo lo tornan sospechoso. Más aún: Eunomia (15) y Tercidina (345) muestran cambios similares, en períodos muy cortos de pocas horas. Y cuando la idea de la explosión fué reavivada por H. J. Jeffreys, el profesor K. Hirayama emprendió la tarea que se le había ocurrido a

do: estudiar las órbitas de todos los planetoides bien conocidos para descubrir su origen común, si es que alguno había.

Hirayama anunció que no podía haber sido una sola explosión. No encontró un origen común, sino cinco diferentes para cinco "familias" distintas, recibiendo cada "familia" el nombre de su miembro más brillante. Quedó así la familia Flora (8), a 2,2 unidades astronómicas y con 57 miembros; la familia María (170), a 2,5 unidades astronómicas y con 13 miembros; la familia Koronis (158), a 2,9 unidades astronómicas y con 15 miembros; la familia Eos (221), a 3,0 unidades astronómicas y con 25 miembros, y la familia Themis (24), a 3,1 unidades astronómicas y con 25 miembros. El profesor Hirayama cree que cada familia fué producida por una explosión diferente. Esto torna el problema algo más difícil, ya que estos cinco planetas que explotaron debieron de haber sido todavía más pequeños que el único que se había supuesto antes. Y cuanto más pequeño es un planeta, más difícil es encontrarle causas para que explote.

MÁS recientemente se ha sugerido que en realidad no fueron explosiones propiamente dichas, sino que el planeta original, y luego sus cinco, seis, ocho o doce pedazos mayores se rompieron, por la fuerza gravitacional de Júpiter. Claro que también se podría decir que Júpiter impidió la formación de otro planeta mayor. Que Júpiter causó ciertos estragos entre los planetoides es cosa ya sabida. Hay

“brechas” en el cinturón de planetoides, que, aunque no están completamente vacías, tienen poca población, es decir, que en ellas el número de planetoides es bastante escaso.

Sabiendo que el desplazamiento diario de Júpiter es de 300”, uno podría predecir que debería de haber una brecha en el enjambre de planetoides a 600”, o sea 3,3 unidades astronómicas, porque los planetoides que presumiblemente revolucionaban allí en sus orígenes, fueron influenciados demasiado fuertemente por Júpiter y arrojados fuera de sus órbitas. Hay otra brecha a los 900” (tres veces Júpiter) y otra cerca de los 750” (dos veces y media Júpiter). Hay una muy pequeña cerca de los 1050” (tres veces y media Júpiter). Otra muy débil puede encontrarse a los 943”, causada por Marte, que se mueve dos veces más rápido.

Todo esto se conocía ya, aunque con muchos menos ejemplos de los que ahora tenemos, cuando, el 22 de febrero de 1908, el profesor Max Wolf descubrió otro planetoide. Las observaciones fueron enviadas al doctor Berberich, del *Rechen-Institut*, quien lanzó la sorprendente noticia de que había un planetoide más allá del enjambre principal, incluso más allá de Thule. Probablemente con algunas vacilaciones, el doctor Berberich añadió que este planetoide (588) *¡parecía moverse en la órbita de Júpiter!* Era algo jamás visto y apenas concebible. Aunque el 588, bautizado Aquiles, era bastante pesado para ser un planetoide —su diámetro es de alrededor de 240 kilómetros—,

no podía de ninguna manera competir con Júpiter.

**P**ERO el profesor Charlier, del Observatorio Lund, examinando la órbita que el doctor Berberich y/o sus ayudantes habían computado, notó que Aquiles, moviéndose aparentemente en la órbita de Júpiter, estaba unos 55 grados y medio delante de él. Hablando en sentido figurado, uno podría decir que se quedó con la boca abierta, porque ésta era la demostración de un concepto matemático puramente abstracto. Allá por el año 1772, Joseph Louis Lagrange había escrito un ensayo sobre “Tres Cuerpos” y el movimiento que les obligaría a realizar la fuerza de atracción gravitacional mutua. La mayoría de sus casos eran ejemplos de gran inestabilidad, pero había un sistema estable. Si los tres cuerpos formaban un triángulo equilátero, que revolucionaba en una órbita circular o elíptica alrededor de uno de los tres, el sistema permanecería siendo siempre un triángulo equilátero, aunque podría cambiar de tamaño en el transcurso del movimiento. Todo eso era matemática pura y de la mejor, pero, claro está, nada más que eso. No existía en la realidad... hasta que el profesor Charlier notó que Aquiles estaba 60 grados delante de Júpiter.

Ese mismo año se encontró el 617, también en la órbita de Júpiter, sólo que 60 grados atrasado respecto del gigante. ¡Incluso había un triángulo equilátero doble en el espacio! El 617 se llamó Patroclo. Este apareció el 624, que resultó estar muy cerca de Aquiles. Y ad-

que, prácticamente, la reserva de nombres clásicos masculinos no había sido utilizada, los astrónomos sacaron la *Ilíada* del estante y bautizaron ambos grupos con héroes de la guerra de Troya. Lo lógico hubiera sido que un grupo hubiera estado constituido nada más que por guerreros griegos y el otro por guerreros troyanos. Pero un error inicial arruinó todo. El 624 se llamó Héctor, acompañado por Néstor (659) y Agamenón (911). Como Aquiles, todos estos planetoides son más bien grandes, lo cual significa probablemente que los dos grupos contienen muchos miembros más pequeños que no pueden ser detectados desde aquí.

Ni siquiera los héroes de la guerra de Troya representan la *Ultima Thule*. El 944, Hidalgo, descubierto por el doctor Walter Baade, en Bergedorf, en 1920, tiene un afelio de 9,5 unidades astronómicas, o sea, llega hasta la órbita de Saturno. Debido a la enorme distancia que atraviesa, su período es de 13,84 años.

**M**IENTRAS tanto se fueron descubriendo más “machos” de este lado de la órbita de Marte, los cuales no sólo despertaron el interés sino también el miedo. El primero de ellos, después de Eros, fué descubierto por Palisa, en Viena, en 1911. Fué Alberto (719): un pequeño cuerpo de menos de 5 kilómetros de diámetro, que en el perihelio se acercaba hasta 36 millones de kilómetros de la Tierra, pero tenía su afelio a 4,2 unidades astronómicas. Se descubrieron otros dos con órbitas muy similares: el

Alinda (887) (algo anduvo mal con el nombre), que tiene más o menos el mismo diámetro, y fué encontrado por Max Wolf, en 1918, y Ganimedes (1036), de 36 kilómetros de diámetro descubierto por Baade, en 1924. Alberto se perdió después, y uno podría pensar que quizás no resulte tan sano visitar la órbita de Júpiter.

El 13 de marzo de 1932, Delporte informó que había descubierto un “objeto”. Este es un término que se usa cuando uno no quiere comprometerse demasiado. Dijo que se había acercado hasta 16 millones de kilómetros 9 días después de su descubrimiento. Era un planetoide: Amor (1221). Apenas se habían repuesto de su sorpresa, cuando Reinmuth, de Heidelberg, anunció a los astrónomos, el 24 de abril de 1932, que tenía otro “objeto”. Reinmuth había descubierto a Agamenón y estaba seguro de que éste era otro planetoide. Estaba en lo cierto. Se lo llamó Apolo, y se acercó tanto como a 10,4 millones de kilómetros. Su perihelio está dentro de la órbita de la Tierra, y es uno de los planetas machos más grandes.

Los astrónomos se excitaron bastante con todos estos descubrimientos. No es que hubiera ningún peligro, pues las órbitas de los planetoides no se cruzaban con la de la Tierra como se cruzan dos calles, sino mas bien como un puente de ferrocarril con una autopista que pasa por debajo. Apolo era considerado como el que más cerca se había colocado de la Tierra. Pero sólo lo fué hasta febrero de 1936, cuando, desde Bruselas, Delporte anunció

otro "objeto". Se trataba de Adonis, que pasaba a 2,08 millones de kilómetros. Y en los últimos días de octubre de 1937 creció la excitación con uno nuevo de Reinmuth, el planetóide Hermes, que pasó el 30 de octubre de ese año a 700.000 kilómetros más o menos. Cuando se calculó la órbita, resultó que todavía podía acercarse más. Hermes, con poco más de 1 kilómetro y medio de diámetro y con una masa de 3 billones de toneladas, puede ponerse a 350.000 kilómetros, es decir, a menos distancia que la Luna.

Las órbitas de todos estos planetoides son eclipses alargadas y, si no fuera por el hecho de que no "conducen a ningún lado", podrían utilizarse en los libros sobre cohetes como ejemplos de órbitas de astronaves. Todos tienen su perihelio dentro de la órbita de Venus; hasta ahora no se conoce ninguno que se coloque más cerca del Sol que Mercurio, pero Adonis casi toca la órbita de este último.

**C**UANDO apareció toda esta serie de planetoides uno detrás del otro, algunos periodistas se pusieron nerviosos y empezaron a escribir historias acerca de lo que pasaría si uno de aquéllos chocara con la Tierra. Otros, menos espantables, se preguntaron si no sería posible que la Tierra adquiriera una nueva luna de esa manera. Esto último es más fácil de contestar: ninguno de los asteroides machos conocidos hasta ahora podría transformarse en una segunda luna de la Tierra. Cuando cruzan la órbita terrestre, tienen una velocidad entre 27 y 29 kilómetros por segundo en relación

a nuestro planeta, estando además, por regla, más allá de nuestra Luna. Para que pudieran ser capturados, su velocidad debería ser, a esa distancia, de medio kilómetro por segundo. Claro que si alguno rozara la atmósfera, perdería mucha velocidad; pero en ese caso la alternativa sería que escapara con una órbita muy cambiada, o que volviera a entrar nuevamente en la atmósfera. En este último caso se estrellaría inevitablemente contra nuestro planeta, un día o dos después del primer roce con la atmósfera.

Con respecto a la primera pregunta, acerca del impacto directo de un planetóide, todo lo que los astrónomos pudieron decir fué que Hermes, Apolo, Adonis y Amor habían cruzado probablemente la Tierra miles de veces ya, que las órbitas "se cruzaban" sobre el papel, pero no en el espacio tridimensional, y finalmente, que las tres cuartas partes de la superficie de nuestro planeta es agua y más de la mitad de la tierra está deshabitada. Si alguno llegara a golpear en un área habitada, sería una catástrofe para la cual no habría palabras. Aun un "objeto" relativamente tan pequeño como el que produjo el cráter de Arizona, causaría una destrucción superior en mucho a lo experimentado hasta ahora. El "objeto" debe de haber tenido un diámetro de menos de medio kilómetro. Cayendo en una ciudad, habría aniquilado todo lo que se encontrase dentro de un área de un kilómetro y medio, devastado completamente una de 19 kilómetros y dañado una de 27 kilómetros por kilómetro.

Pero la probabilidad de que suceda una cosa así es infinitesimal.

Es poco probable que conozcamos todos los planetoides que tengan órbitas como las de Hermes. Ni como las de Hidalgo.

Tampoco sabemos si hay "Troyanos" que formen un "Equilátero Tierra", un "Equilátero Venus" o aun un "Equilátero Luna". Hasta ahora nadie los ha buscado aunque sería trabajo interesante para un astrónomo aficionado que tenga un telescopio más o menos grande. Si hay un "Equilátero Luna",

puede que sea fotografiado sin ser reconocido; recuerden lo que sucedió con Eros. Dado que un cuerpo así tendría que moverse con la misma velocidad que la Luna, su trazo accidental sobre la placa sería tan largo que se lo confundiría fácilmente con un meteorito.

Y esto termina la historia de los planetoides por el momento.

*Inter Jovem et Martem planetam interposui...*

Sí, la tercera era pondrá muchos "planetas" temporarios en el espacio. Y no solamente entre Júpiter y Marte. ✦

En el próximo número:

## COHETES Y TRAYECTORIAS



En la Tierra el ánimo se expande  
hasta el infinito. En los espacios  
siderales se reduce al mínimo.

# "BOOMERANG"

por JORGE MORA

ilustrado por OLMOS

**T**ENEMOS oxígeno para dos semanas, o sea que viviremos hasta un límite inexorable de 336 horas... Y nada más. Tal vez algún minuto extra, de agonía, para aquel que resuelva esperar hasta el fin.

Spencer está sentado pensativo, mirando al vacío a través de una pequeña ventana de la astronave. Durante un momento parece agobiado por una sensación de renunciamiento, de fracaso. Pero ha sido un segundo, un simple relámpago de debilidad. De inmediato recobra su sereno plomo de siempre.

Rocky, de pie, con las manos en los bolsillos, mira como abstraído el complicado tablero de control. Algo como desprecio se ve en su expresión.

Yo, Barry, acostado en mi litera, los observo distraídamente. Pienso en los minutos que vamos perdiendo; en el tiempo, que en esta quietud inmutable parece ser lo único con vida propia.

Un silencio total nos envuelve; silencio imposible, material. El más

leve movimiento provoca por contraste un ruido que alivia los nervios.

Pero no podemos hacer ruido constantemente. Momento llega en que el silencio vuelve a dominarnos, como enemigo físico. Parece ser cómplice del Tiempo. Y nos envuelve. Y poco a poco, sintiéndonos más incapaces de quebrarlo, aceptamos resignados nuestra derrota.

**H**OY hace un mes que partimos. La nuestra fué la tercera tentativa humana de llegar a Marte. De las dos anteriores no se supo nunca nada. De nosotros tampoco se sabrá.

Salimos hace un mes de Mindex, cerca de San Francisco. Del mismo lugar de donde Spencer inició conmigo el primer viaje a la Luna; viaje perfecto, cumplido con matemática precisión, sin el más pequeño contratiempo. Así nos pareció esta vez,

en un principio, hasta que establecimos nuestra posición.

Y ahora nos encontramos conde-



nados, incorporados a este vacío...

Miro a mis dos compañeros. Más que hombres de ciencia somos tres amigos, tres hermanos.

Spencer es ya un veterano en estos lances. Hizo cuatro viajes a la Luna, y a él se deben los cálculos y proyectos más avanzados que culminaron con el reciente establecimiento de una base estable en el satélite. Dejó en la Tierra a su mujer y tres hijos.

Rocky es un debutante. Es éste su primer viaje y será el último. Felizmente para él, no tiene familiares. Pero como físico de talento, ha de pasar mucho tiempo antes de que se lo reemplace.

Y yo, Barry, soy el inventor del procedimiento para regular la velocidad de desintegración de los átomos del nuevo uranio 313. Todas las astronaves han utilizado hasta ahora esa fuente de energía para el empuje inicial. Lo que llamo mi familia se reduce a Fadi, mi perro, y a Adams, mi ayudante. Extraño la ausencia de ambos y pienso en Spencer.

**COMEMOS.** La naturaleza sigue imponiendo su voluntad.

Cambiamos pocas palabras. Lo peor es la inactividad, unida a la certeza de estar presos y condenados en forma irremediable a morir a plazo fijo...

Ahora Rocky escribe. En su libreta garabatea a gran velocidad.

Spencer se entretiene jugando como un niño. Monótonamente lanza un filoso cortapapel, que se clava, cimbrando, en un tablero.

Yo, siempre acostado, pienso. En la Tierra todo era soñar en el espa-

cio; ahora, aquí, el pensamiento vuelve siempre hacia atrás...

**NO** nos dimos cuenta. También yo había pensado en ello, pero no lo creí posible de alguno de mis compañeros. Y estaba tan tranquilo allí escribiendo...

Su muerte fué instantánea. Debe de haber previsto que esto podría ocurrir y trajo consigo una cápsula mortal.

Oímos claramente su estertor. Cuando lo incorporamos ya estaba muerto.

En una nota nos decía: "Amigos, ¡hasta siempre! Los dejo y regalo a cada uno siete días de vida. He actualizado nuestra posición y comprobado que estábamos equivocados. La atracción de Marte comenzará a hacerse sentir y nos desviará de la órbita muerta en que derivamos. Según mi nuevo cálculo caeremos en Marte dentro de 612 horas 35 minutos. Desgraciadamente cada uno de ustedes tiene ahora para vivir 504 horas o sean 21 días; y eso no alcanza para que lleguen juntos. En cambio «uno solo» aterrizaría en Marte en el curso del día 26, a contar desde hoy. Dejo el problema para ustedes. Yo he resuelto el mío. Rocky".

**NOS** miramos en silencio. No habían falta las palabras. La muerte se nos planteaba mutuamente en forma inmediata para salvar la vida del compañero.

Ni por un momento pensé en su muerte. Y estoy seguro de que él tampoco pensó en la mía. Pero... Un momento, Barry... Spencer con su voz profunda y

tranquila—; dejemos "eso" para después. Verifiquemos primero lo que afirma Rocky.

Acostamos a nuestro amigo y nos instalamos en la mesa de trabajo.

Al poco rato sorprendí una rápida mirada de Spencer y vi el filoso cortapapel, clavado allí, sobre la mesa, al alcance de su mano... Una sospecha cruzó por mi mente, turbando mis ideas...

El cálculo que debíamos hacer requiere normalmente quince minutos. A su pedido convinimos hacerlo separadamente a fin de comparar los resultados. Pero mis pensamientos se perdían. Mi instinto de conservación gritaba previniéndome...

Ya no pensé más en morir por mi mano para salvarlo. Por mi mente se abrió paso la convicción de que el mismo mezquino instinto de conservación roía, como un gusano, la noble alma de mi compañero. Por momentos comencé a sentir en el cuerpo el golpe de muerte...

Mi trabajo se entorpece. Está mal. Vuelvo a empezar. Y ya Spencer parece haber terminado... ¿Dejaré que me mate? Pero, ¿por qué?... Y si yo... Lucho con el mal que quiere envolverme... Estoy agotado, allí, temblando, mientras él... Ahora ha hecho un levísimo movimiento; siento su mirada sobre mí... Lentamente cierro los ojos... El cuerpo quisiera defenderse, pero no... no...

Y de pronto sentí el golpe.

Lo vi caer, empuñando aún el puñal que se había clavado en el pecho. Me miró sonriendo, con paz infinita en la expresión.

Un momento, Barry... cálculo

lo... no valía la pena. Y llegarás a Marte... Serás el primero...

**EL** supremo sacrificio de Spencer ha de ser inútil.

Rocky estaba equivocado. Llegaré cerca de Marte, pero pasando tangencialmente por su zona de atracción. Por la enorme velocidad que traigo, aquélla solamente desviará mi marcha, casi en 30°, y seguiré adelante, hacia el insondable misterio, incorporado a una órbita fija alrededor del Sol.

**HAN** pasado dos días. Mejor dicho 48 horas, pues en esta monótona soledad ni siquiera hay noches.

Todavía bajo aquella impresión, he repetido periódicamente el cálculo de posición y he terminado por comprobar una deficiencia en el aparato de control del piloto automático. Tal como lo habíamos sospechado, debió de existir una falla al partir, que demoró el viaje en varios días. El impulso inicial fué insuficiente y nuestros esfuerzos posteriores agotaron las reservas y no alcanzaron a compensarlas. Por esa demora no se producirá el encuentro esperado.

**TODO** ha sucedido como lo preveía. Pasé cerca de Marte y con el antejo pude ver sus inmensas ciudades, sus fantásticos canales y las grandes extensiones habitadas, pero cubiertas por los hielos eternos.

Luego me fuí alejando. Y sin poder hacer nada por evitarla, comprobé una desviación de 28° 55' 37" y fracción.

**M**E queda escasamente una hora de vida.

Durante varios días, para distraerme, he realizado cálculos y más cálculos y he llegado a un resultado increíble: dentro de 1.478 años, mi órbita se cruzará con la de la Tierra. Por una ironía del destino volveré a mi punto de partida. Aunque un poco tarde...

Tal vez para ese lejano tiempo, sea realidad un sueño de mis noches mirando las estrellas. En mi querido jardín, allá, en los suburbios de San Francisco, he soñado con una época del futuro en la que, diariamente, partirán astronaves a estas regiones, cumpliendo itinerarios

fijos con el máximo de seguridad.

¿Tuve razón?

¡Adiós! ¡¡Hasta entonces!!

*Este diario fué encontrado junto a un cuerpo en perfecto estado de conservación, en el interior de una antiquísima astronave que descendió en la Tierra el año 3463, merced a su dispositivo de frenaje automático.*

*Como preparado para un largo viaje, el cuerpo estaba acostado en una litera, sujeto con el cinturón de seguridad. Parecía tranquilamente dormido. Tal vez él tampoco quiso esperar...* ♦

### ¿Qué es el "corrimiento hacia el rojo"?

**P**ARA muchos astrónomos y astrofísicos, el "corrimiento hacia el rojo" de las líneas espectrales significa que la fuente que emitió la luz se está alejando. Esta explicación, que es la inmediata desde el punto de vista físico, ha dado lugar a la famosa hipótesis de la "expansión del Universo", según la cual el Universo se está expandiendo como si fuera una pompa de jabón, a terribles velocidades, que en algunos casos pueden llegar, según las mediciones del corrimiento, hasta más de un décimo de la velocidad de la luz. En efecto, se han registrado velocidades de hasta 64.000 kilómetros por segundo, en capas gaseosas próximas a las estrellas.

Otra posible explicación es que la luz vaya perdiendo energía en el curso de su fabuloso viaje, que lleva desde hace millones de años a través del espacio. En este caso, su longitud de onda se haría un poco mayor y, por lo tanto, su espectro se correría hacia el rojo (pues el color rojo corresponde a mayor longitud de onda que el violeta), y ello ocurriría independientemente de que la fuente estuviera quieta o en movimiento.

Es de esperar que el telescopio de 508 metros de Monte Palomar ayude a resolver este problema fundamental para la cosmología y que ya tiene muy preocupados a los hombres de ciencia.

# Mal día para VENTAS

por FRITZ LEIBER

**Si pretendes triunfar,  
no esperes a que el ambiente  
sea propicio.  
Será demasiado tarde.**

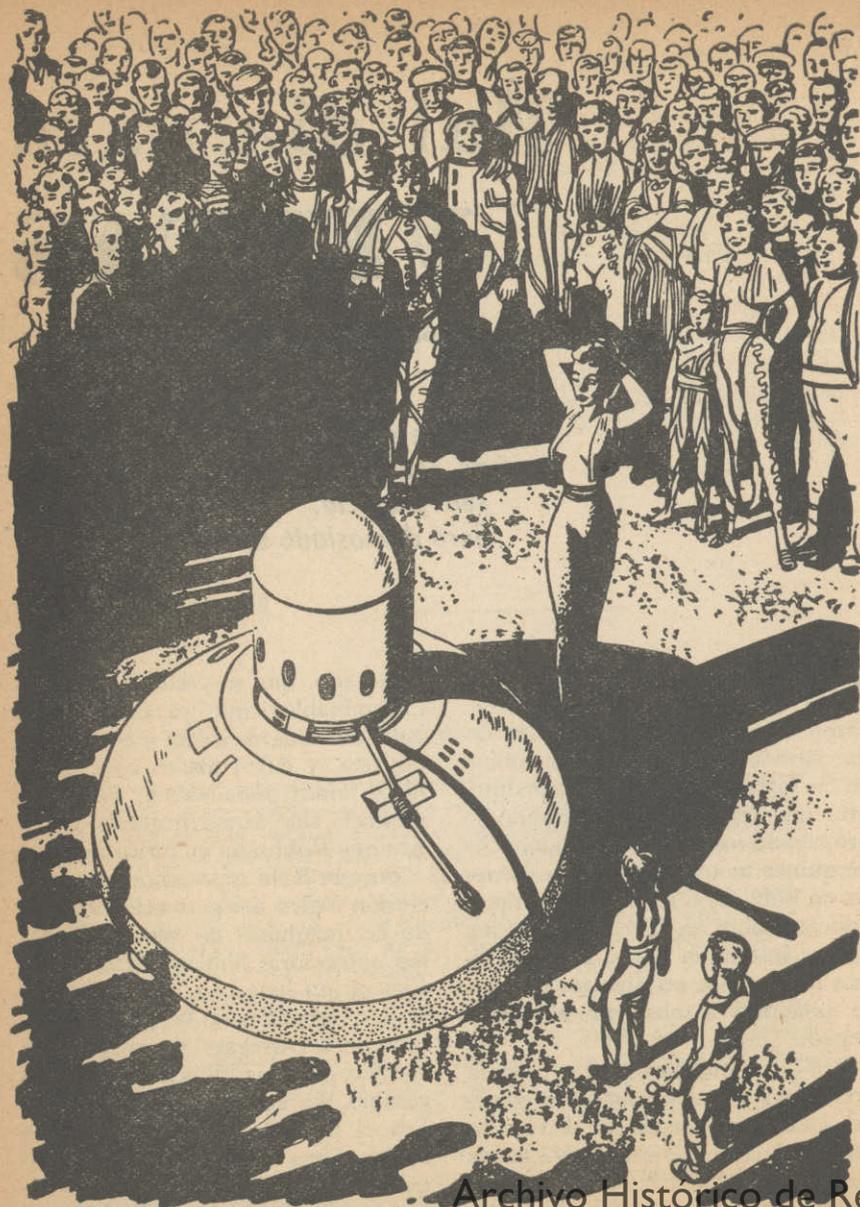
ilustrado por EMSH

**L**AS grandes puertas brillantes de la compañía comercial se separaron con ruido neumático para dejar paso a Robi, que se encaminó hacia Times Square. La muchedumbre, que había estado mirando la propaganda en que una muchacha de quince metros de estatura se vestía en público, o leyendo las últimas noticias sobre la Tregua Caliente, que se inscribían por sí solas en letras de noventa centímetros de alto, se precipitó a observar al recién llegado.

Robi era una novedad y todavía podía hacer que la atención general se desviara hacia él. Pero esto no lo volvía orgulloso. No era capaz de experimentar más emociones que

co rosado, que se vestía y desvestía interminablemente, ya estuviera la calle atestada de gente o totalmente desierta, y cuyos azules ojos mecánicos jamás pestañeaban. Pero ésta no hacía sino atraer negocios, mientras que Robi salía en busca de ellos.

Porque Robi representaba la conclusión lógica del perfeccionamiento de las máquinas de vender. Todas sus antecesoras habían permanecido fijas en un lugar, ya fuera sobre un piso o adosadas a la pared, limitándose a entregar la mercadería a cambio de unas monedas; Robi, en cambio, iba en busca de los clientes. Era el modelo destinado a las demostraciones de una serie de robots que la Compañía de Máquinas Vendedoras Shuler se proponía fabricar,



siempre que el público adquiriese acciones suficientes, que proporcionaran a la Compañía el capital indispensable para la producción en masa.

La publicidad que hacía Robi estimulaba satisfactoriamente las inversiones. Era divertido verlo aparecer en televisión y en la prensa, pero nunca tanto como entablar trato directo y personal con él. Los que tenían esta oportunidad, generalmente compraban de cien a quinientas acciones si disponían de dinero y estaban dotados de la perspicacia suficiente para prever que, a la larga, los robots vendedores estarían en todas las calles y caminos del país.

**ROBI** "radareó" a la multitud y, al comprobar que una masa compacta lo rodeaba, se detuvo. Con sentido innato de la oportunidad, esperó a que la tensión y la expectativa reinantes llegaran a su punto máximo antes de empezar a hablar.

—Mira, mamá, no parece un robot —dijo un niño—. Parece más bien una tortuga.

Esta observación no era del todo inexacta. La parte inferior del cuerpo de Robi era un hemisferio metálico terminado en una franja de caucho esponjoso, que no tocaba totalmente el suelo. La parte superior consistía en una caja de metal, con negros orificios alrededor. La caja podía girar e inclinarse. Su cuerpo se parecía a un miriñaque de cromo brillante, coronado por una torrecilla.

—Me recuerda mucho a los pa-

lisiado de la guerra persa; y, diciéndolo esto, se alejó rápidamente sobre ruedas parecidas a las que Robi llevaba bajo su miriñaque metálico.

Su desaparición facilitó el acercamiento de algunas personas de la muchedumbre que conocían a Robi. Pero éste se encaminó directamente al lugar vacío. La muchedumbre prorrumpió en gritos.

Se deslizó con lentitud por el camino que había quedado abierto, apartándose con gran destreza cada vez que amenazaba chocar con algunos tobillos recubiertos de skylon. El amortiguador de caucho de su miriñaque no era más que una salvaguarda adicional.

El niño que había comparado a Robi con una tortuga saltó a su encuentro y allí se quedó plantado, sonriendo con expresión maliciosa. Robi se detuvo a medio metro de distancia del muchacho. La torrecilla se inclinó. El público permaneció silencioso.

—Hola, criatura —dijo Robi, con voz acariciadora como la de un astro de TV; y en realidad era la grabación de la voz de uno de ellos.

El chico dejó de sonreír.

—Hola —murmuró en respuesta.

—¿Qué edad tienes?

—Nueve años... No; ocho.

—Perfectamente —un brazo de metal emergió de su cuello y se detuvo a poca distancia del niño.

Éste dió un paso atrás.

—Toma; es para ti —dijo Robi.

El chico tomó cautelosamente el rojo "chupetín" que le ofrecía la pulcra garra metálica, y comenzó a desenvolverlo.

—¿Y no dices nada?

—¡Uf!... ¡Gracias!

Después de una discreta pausa, Robi continuó:

—¿No te gustaría un agradable refresco de guindas para acompañar tu caramelo?

El chico alzó la vista, sin dejar de lamer el chupetín. Robi meneó ligeramente sus garras.

—Sólo tienes que darme una moneda de veinte centavos, y dentro de cinco minutos...

Una niña se deslizó entre la muchedumbre hasta emerger en medio del bosque de piernas.

—A mí también dame un chupetín, Robi —dijo.

—¡Rita, vuelve acá! —gritó enojada una mujer que se hallaba en la tercera fila de la muchedumbre.

Robi estudió gravemente a la recién llegada. Sus siluetas referenciales no eran lo bastante perfectas como para permitirle distinguir el sexo de los niños; de modo que se limitó a repetir:

—Hola, criatura...

—¡Rita!

—¡Dame un chupetín!

Desatendiendo ambas observaciones, pues un buen vendedor tiene un solo pensamiento y no malgasta

el cebo, Robi dijo en tono persuasivo:

—Apuesto a que lees *Los Jóvenes Destruidores del Espacio*. Mira; tengo aquí...

—No, yo soy una niña. A él le diste un chupetín.

**A**NTE la palabra "niña", Robi desistió y, al cabo de un instante, modificó ponderadamente su opinión.

—Apuesto a que lees *Las Modistas del Espacio*. Bien; tengo aquí el último episodio de esa emocionante historieta, que todavía no está a la venta en las máquinas vendedoras de impresos. Dame solamente cincuenta centavos, y dentro de cinco...

—Por favor, déjenme pasar. Soy su madre.

Una mujer joven, que hablaba arrastrando las palabras, se abrió paso, con sus hombros empolvados y calzada sobre plataformas de doce centímetros.

—Yo se los daré. ¡Escápanse, niños! —dijo lánguidamente.

Y alzando sus brazos por detrás de la cabeza, hizo una lenta pirueta delante de Robi, para demostrar

cuánto partido sabía sacar de su chaquetilla estilo bolero y de sus ceñidos pantalones que se fundían en skylon a la altura de las rodillas. A la niña le llamaron los ojos al mirarla. La mujer terminó de perfil su pirueta.

En personas de esa edad, las siluetas referenciales de Robi le permitían distinguir el sexo, aunque con ocasionales errores, que solían resultar divertidos y embarazosos. Emitió un silbido de admiración. La muchedumbre aclamó.

Alguien dijo a un amigo:

—Funcionaría mejor si estuviera construido de manera que se pareciera más a un verdadero robot; tú sabes...; me refiero a un hombre.

El amigo meneó la cabeza.

—No; en esta forma es más sutil. Ninguno de los presentes miraba las noticias, que ahora decían: "¿Témpano para la Tregua Caliente? Vanadin sugiere que Russ puede ceder en el Pakistán.

En ese momento, Robi anunciaba: —...en el salvajemente seductor tinte nuevo que hemos bautizado con el nombre de Sangre Marciana, completo con pulverizador y dediles que disimulan totalmente cada dedo, a excepción de la uña. Déme tan sólo cinco dólares (los billetes no arrugados pueden colocarse en los cilindros giratorios que se ven junto a mi brazo), y dentro de cinco segundos...

—No, gracias, Robi —dijo la joven mujer bostezando.

—Recuerde —insistió Robi— que, hasta dentro de tres semanas, la hechizadora Sangre Marciana no podrá obtenerse de ningún otro robot.

—No, gracias.

Sin perder más tiempo, Robi estudió a la multitud.

—¿Hay aquí algún caballero...? —comenzó a preguntar, cuando lo interrumpió una mujer que, abriéndose camino a codazos, llegó hasta la primera fila.

—¡Te dije que volvieras conmigo! —le gritó a la niña.

—¡Pero si todavía no me dió mi chupetín!

—¿...que quisiera...?

—¡Rita!

—Robi me estafó —y la niña rompió a llorar.

**E**NTRETANTO la mujer del boquerito había escudriñado por su cuenta a la concurrencia masculina. Decidiendo que había menos de un cincuenta por ciento de probabilidades de que alguno de los presentes aceptara la proposición que al parecer Robi iba a formular, aprovechó el forcejeo de la madre y la hija para volver a deslizarse graciosamente entre la muchedumbre. Una vez más, se abrió vía libre para Robi.

Sin embargo, se quedó en su lugar e hizo una breve recapitulación de las excelsas propiedades de la Sangre Marciana, incluyendo una notable frase sobre "las garras apasionadas de un amanecer Marciano".

No obstante nadie compró. No era tiempo aún. Pronto se escucharía el tintineo de las monedas de plata; los billetes entrarían en los rodillos más pronto que si fuera ropa para lavar y quinientas personas se disputarían el privilegio de dejarse sacar el dinero por el primer robot vendedor móvil de los Estados Unidos.

### No es tan duro como parece

**P**OR lo menos parte del núcleo del átomo no es ni tan duro ni tan sólido como se pensaba. Su meollo, que es como decir el núcleo del núcleo, es de cinco a diez veces más denso que lo estimado anteriormente; pero la periferia, en cambio, es mucho menos densa. Parece ser que en esta región los nucleones (partículas que constituyen la materia nuclear) dejan entre sí bastante espacio. Tal es lo que puede deducirse de experimentos realizados bombardeando al núcleo con electrones de muy alta energía (136 millones de electrón-voltios), provenientes de un poderoso acelerador lineal, en la Universidad de Stanford (California). El aparato con el que se han efectuado las mediciones (un espectrómetro de doble focalización) pesa un billonésimo de milímetro y mide un centésimo de un billonésimo de milímetro.

Pero Robi todavía debía realizar gratuitamente algunos trucos, antes de proporcionar al público diversiones más caras. Por eso siguió su camino hasta llegar al cordón de la vereda. La diferencia de nivel fué inmediatamente captada por sus detectores secretos. Se detuvo, y de cabeza comenzó a girar. La muchedumbre observó en medio de un silencio expectante. Este era el mejor truco de Robi.

Su cabeza cesó de girar. Sus detectores habían descubierto la luz del tránsito: era verde. Comenzó a avanzar, pero de pronto la luz se volvió roja. Robi volvió a detenerse, todavía en el cordón de la vereda. La gente prorrumpió en exclamaciones de asombro.

Era maravilloso estar vivo y contemplar a Robi en un día tan estimulante. Sentirse viviente y divertirse en el fresco aire, bajo control atmosférico, entre las hileras de inmensos rascacielos cubiertos por una bóveda celeste tan azul que parecía oscura.

Pero allá arriba, muy arriba, donde la muchedumbre no llegaba a ver, el cielo estaba aún más oscuro: tenía un intenso tono purpúreo tachonado de estrellas. Y de ese púrpura

oscuro, una cosa de color verde plateado, semejante a un capullo, se precipitó hacia abajo a velocidad superior a cuatro kilómetros por segundo. El tono verde plateado era un nuevo tipo de pintura que servía para amortiguar el radar.

Robi decía:

—Mientras esperamos que se enciendan las luces, hay tiempo para que los niños disfruten de un delicioso refresco de guindas. Y para los adultos, sólo para los que miden más de un metro cincuenta, hay un "fizz" de guindas muy estimulante. No tienen más que darme veinte centavos o, si son adultos, un dólar con veinte. Tengo licencia para vender bebidas alcohólicas, y dentro de cinco segundos...

Tres segundos más tarde, el pimpollo de color verde plateado se abrió sobre Manhattan, formando una flor esférica de tono anaranjado. Los grandes rascacielos fueron adquiriendo un brillo cada vez mayor: el brillo interior del Sol. Y en las ventanas empezaron a refulgir blancas flores de fuego, por millares de millares.

La multitud que circundaba a Robi también floreció. Sus ropas se desprendieron en pétalos flamígeros y

sus cabelleras se convirtieron en antorchas.

LA flor anaranjada crecía en tamaño, junto con su tallo. Entonces se produjo la explosión. Las ventanitas parpadeantes saltaron a pedazos y se transformaron en negros agujeros. Las paredes vacilaron y crujieron. De las cornisas caían torrentes de fino polvo. Las llameantes flores de la acera fueron arrasadas todas a la vez. Robi fué empujado unos treinta metros. Su mirriñaque de metal sufrió algunas abolladuras, pero no tardó en recuperar su forma.

La explosión terminó. La flor anaranjada, que había llegado a proporciones increíbles, se desvaneció en lo alto con su enorme tallo mágico. Cayó la oscuridad y la quietud. El polvo de las cornisas se desprendía produciendo un ruido acompasado. Algunos pequeños fragmentos de material rebotaban sobre el caparazón metálico de Robi.

Este hizo algunos movimientos inseguros, como si tanteara huesos quebrados. Buscaba las luces del tránsito, pero ya no brillaban ni el rojo ni el verde. Describió lentamente un círculo completo. Nada había que interesara a sus siluetas referenciales. No obstante, cada vez que trataba de moverse, sus detectores le advertían de la existencia de obstrucciones inferiores. Era muy desconcertante.

De pronto, el silencio fué perturbado por algunos gemidos y unos leves pasos que, al principio, se asemejaban al huido andar de los ratones. Era un hombre medio chamuscado, con las manos humedecidas,

a quien Robi escudriñó atentamente.

—Buen día, señor. ¿Le gustaría a usted fumar? ¿Un tabaco realmente refrescante? Tengo aquí una marca desconocida aún...

Pero el cliente había escapado profiriendo agudos chillidos, y Robi nunca corría tras los clientes, aunque pudiera seguirlos sin mayor esfuerzo. Continuó avanzando, por el flanco de la acera, cuidando de mantenerse a distancia de los obstáculos inferiores, algunos de los cuales se retorcián y lo obligaban a andar a saltitos. Al poco rato llegó a una boca de agua para incendios. La examinó. Su visión electrónica, si bien todavía funcionaba, había sido algo empañada por la explosión.

—Hola, criatura hizo una pausa—. ¿Te cortaron la lengua los ratones? Bien; tengo un regalito para ti. Un precioso chupetín —esperó un instante—. Tómalo, criatura. Es para ti. No tengas miedo.

Su atención fué atraída por otros clientes, que comenzaban a levantarse acá y allá, formas retorcidas que confundían las siluetas referenciales de Robi y no se dejaban examinar quietamente. Una de ellas gritó: "¡Agua!" Pero ninguna moneda tintineó en las garras de Robi cuando éste sugirió:

—¿Le gustaría un rico refresco de guindas?

El crujir de las llamas se había convertido en un terrible rugido selvático. De las ventanas comenzaron a brotar nuevas lenguas de fuego.

UNA niña avanzaba, pisando desprecupadamente sobre brazos y piernas diseminados en el suelo. Su vestido blanco y los cuerpos de ma-

### Extraña asimetría

EL electrón es una partícula muy estable, y juntamente con el protón y el neutrón, es el constituyente de la materia. En cambio, su contraparte positiva, el positrón, es una partícula elemental inestable, al extremo de que se aniquila muy fácilmente con un electrón, para desaparecer ambos dejando en su lugar rayos gamma. Este curioso fenómeno, especie de desmaterialización, no es, en realidad, sino una prueba más de que masa y energía son equivalentes; la masa, ya lo dijo Einstein, es energía concentrada.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

yor estatura que la suya habíanla protegido del brillo y la explosión. Sus ojos estaban fijos en Robi, y expresaban la misma imperiosa confianza, aunque no ya el deleite, con que lo había observado antes.

—Ayúdame, Robi —dijo—. Quiero encontrar a mi mamá.

—Hola, criatura —replicó Robi—. ¿Qué te gustaría? ¿Historietas? ¿Golosinas?

—¿Dónde está mamá, Robi? Llévame con ella.

—¿Globos? ¿Te gustaría que hiciera volar un globo?

La niña comenzó a llorar. Este sonido fué como un disparador que puso en acción otro de los novedosos circuitos de Robi, rasgo éste que le había valido mucha publicidad favorable.

—¿Te ocurre algo? —preguntó—. ¿Te has perdido?

—Sí, Robi. Llévame con mi mamá.

—Quédate aquí —su tono era tranquilizador—, y no te asustes. Llamaré a un policía.

Hizo sonar dos veces un agudo silbato. Pasó al tiempo, y nada. Vol-

vió a silbar. Las ventanas lanzaban rugientes llamaradas. La niña rogó:

—Llévame, Robi —y saltó a un escaloncito que había en el miriñaque del robot.

—Dame diez centavos —indicó éste.

La chica encontró una moneda en su bolsillo y la puso en manos de su amigo.

—Tu peso —dijo Robi— es de treinta kilos.

—¿Alguien ha visto a mi hija? ¿Quién la ha visto? —gritaba en ese momento una mujer—. La dejé mirando eso. ¡Rita!

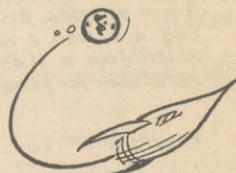
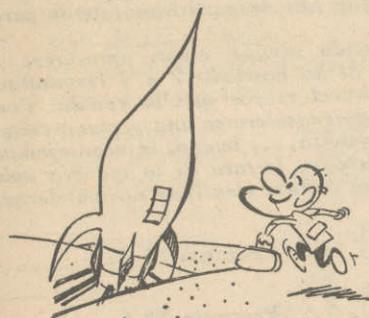
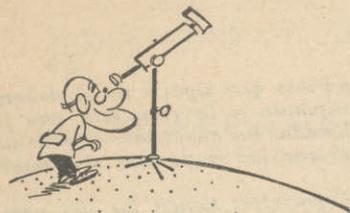
—Robi me ayudó, mamá —comenzó a balbucear la niña al ver a su madre—. Se dió cuenta de que me había perdido. Hasta llamó a la policía, pero no vino. Me pesó, además. ¿No es cierto, Robi?

Pero Robi se había marchado para ofrecer refresco de guindas a los miembros de una patrulla de salvamento que acababa de aparecer por la esquina y que, con sus trajes de asbesto, se parecían más a robots que él con su coraza metálica. ♦

### Respiración como las ranas

EN California, en el Centro de Respiración "Rancho los Amigos", un par de pacientes de poliomielitis, es decir, parálisis infantil en lenguaje más sencillo, ha descubierto que es posible respirar sin necesidad de pulmón de acero. Basta para ello usar de la lengua como si fuera una bomba, ayudándose con algunos músculos del cuello y la garganta. Esto representa, por supuesto, un proceso considerable, y el nuevo método se está enseñando a miles de pacientes. Falta ahora extenderlo a los periodos de sueño, que todavía deben ser pasados en el pulmón de acero, ya que la respiración "como ranas" no es práctica, como es fácil imaginárselo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



# Espaciotest

En cada uno de los cuadritos que siguen usted deberá indicar la letra que corresponde a la respuesta que le parece acertada. Una vez llenados los cuadritos —¡pero no antes!— usted podrá comparar las respuestas con aquellas de la página 135.

Las preguntas de este Espaciotest tienen las siguientes finalidades: a) entretener; b) torturar su cerebro; c) expresar de su memoria los conocimientos obtenidos de MAS ALLA y de otras lecturas, y d) medir sus progresos en los campos de las ciencias que son de particular interés para la fantasía científica.

Si usted no ha cometido ningún error, apresúrese a pedir un premio Nobel. Si ha acertado 7 a 5 respuestas, usted tiene un nivel cultural mayor que lo común. Con 3 ó 4 aciertos, usted puede considerarse una persona culta. Con dos, uno o ningún acierto... bueno, le aconsejamos suscribirse a MAS ALLA, cuya lectura es la manera más agradable de formarse una cultura científica ultramoderna.

- |                |                                       |                |                          |
|----------------|---------------------------------------|----------------|--------------------------|
| Pregunta N° 1: | <input checked="" type="checkbox"/> B | Pregunta N° 5: | <input type="checkbox"/> |
| Pregunta N° 2: | <input checked="" type="checkbox"/> B | Pregunta N° 6: | <input type="checkbox"/> |
| Pregunta N° 3: | <input checked="" type="checkbox"/> D | Pregunta N° 7: | <input type="checkbox"/> |
| Pregunta N° 4: | <input checked="" type="checkbox"/> D | Pregunta N° 8: | <input type="checkbox"/> |

1. ¿Cómo se puede saber que el Sol gira alrededor de su eje?

- A) Por el desplazamiento hacia el rojo de la luz de distintas partes de su superficie.
- B) Por las manchas solares.
- C) Por la sucesión de los días y las noches en la Tierra.
- D) Por las fases de la Luna.
- E) Por la sucesión de las estaciones en la Tierra.

2. ¿Qué es el mesón?

- A) Un individuo perteneciente a una sociedad secreta.
- B) Un elemento químico.
- C) Una partícula imaginaria.
- D) Un planetoide.
- E) Una partícula real.



3. El espectroscopio es un aparato para:

- A) Medir la electricidad.
- B) Analizar la luz.
- C) Ver más grandes a las estrellas.
- D) Medir el tamaño del Sol.
- E) Medir la aceleración de la gravedad.

4. En la actualidad no es posible todavía viajar a la Luna porque:

- A) La Luna no tiene atmósfera.
- B) No puede construirse un cohete tan grande como para transportar el combustible necesario para el viaje de ida y vuelta.
- C) El frío en las regiones interplanetarias es muy intenso.
- D) No se puede alcanzar la velocidad de escape.
- E) Las radiaciones cósmicas matarían a los tripulantes.



5. ¿A qué se deben las estaciones en la Tierra? A que:

- A) La Tierra se acerca más al Sol en verano que en invierno.
- B) El Sol irradia más calor en verano que en invierno.
- C) La Tierra gira más rápido en verano que en invierno.
- D) La Tierra se traslada más rápido en invierno que en verano.
- E) La Tierra se traslada conservando la misma inclinación respecto de su órbita.



6. Cuando se habla de la velocidad de la luz, se entiende que se trata:

- A) De una figura literaria.
- B) De partículas con masa que se mueven.
- C) De radiación que se propaga.
- D) De energía potencial que se transmite.
- E) De la velocidad de los electrones.

7. Según la explicación generalmente admitida, los llamados "cráteres" lunares son:

- A) Cráteres de volcanes extinguidos.
- B) Mares.
- C) Montañas.
- D) Impacto de meteoritos.
- E) Sombras de nubes.

8. ¿Qué se entiende por energía potencial de un cuerpo?

- A) Cierta forma de energía eléctrica almacenada.
- B) Su energía de posición en un campo.
- C) Su energía de movimiento.
- D) Mucha energía.
- E) Energía atómica.





*¿Cómo es posible combatir  
a un enemigo que insiste  
en pasarse a nuestro bando?*

# No queremos embrollos

por James H. SCHMITZ

ilustrado por ESMH

**B**UENO, ésa no fué lo que se podría llamar una entrevista muy larga, ¿verdad? —interrogó la esposa al profesor al llegar a su casa y encontrar a su marido mirando a través de las ventanas del living—. De todos modos no pensé que fué-

ramos a cenar antes de las nueve —agregó, dejando los paquetes sobre un sofá—. Prepararé la cena en seguida.

—No hay ningún apuro —contestó el profesor—. La cabeza—. Yo mismo no creí que

terminaríamos antes de las ocho.

Tenía las manos entrelazadas en la espalda y se balanceaba suavemente sobre sus pies, contemplando la calle; era una postura habitual en él y su esposa aún no había descubierto si aquello indicaba profunda concentración o simplemente estado de ensueño. Pero en ese momento tenía la incómoda sospecha de que era concentración muy profunda. Mientras se sacaba el sombrero, dijo con voz de inquietud.

—¿Consiguieron hablar con esa "cosa"?

—Sí —asintió el profesor—; los otros, por lo menos.

—¡Imagínate hablar con algo así! Es cierto que pertenece a otro mundo, ¿verdad, Clive? —sonrió nerviosa—. Claro, violarías las disposiciones de seguridad diciéndomelo. No puedes decirme ni una palabra...

El giró, sacudiendo apenas los hombros.

—Habrá un noticioso a las seis. Dentro de diez minutos todo el mundo oirá lo que hemos descubierto. Quizás no digan todo..., pero casi todo.

Ella lo miró por un momento en silencio. El miedo en sus ojos aumentó. Cuando habló, su voz era un hilo.

—¿Y por qué no todo?

—Diciendo la verdad, se correría el riesgo de producir el pánico.

Volvió de nuevo a la ventana, fijando la vista en la calle como si al-

go en ella retuviera poderosamente su atención.

Ella buscó alguna palabra que cuadrara con su actitud y resolvió que "resignación" era el término más adecuado.

—Clive —la desesperación asomaba a su voz—, ¿qué ocurrió? ¡Dime algo, Clive!

El la miró frunciendo distraídamente las cejas y caminó hasta la radio. El aparato comenzó a emitir débiles zumbidos mientras Clive hacía girar los botones con lentitud. El zumbido era monótono.

—Parece que han despejado el éter —dijo.

La frase continuó repitiéndose en la mente de su esposa; sin ningún significado, al principio. Pero con cada repetición, el sentido de aquellas palabras iba materializándose hasta convertirse en algo sólido que amenazaba partirle la cabeza. Esta noche, sobre toda la Tierra, ninguna onda de radio cruzaría el espacio hasta que fuera transmitido el noticioso de las seis.

La voz de su marido hizo cesar abruptamente el torbellino.

—Lo que verdaderamente ocurrió es un poco difícil de entender y de explicar. Aún ahora sigue siendo algo asombroso —hizo una ligera pausa—. Querida, ¿te acuerdas del caso de Milt Caldwell?

—¿Milt Caldwell? —ella buscó vanamente en su cerebro algún re-

## Moradores del Valle de la Muerte

**P**ARECE ser que los mastodontes han estado viviendo en el Valle de la Muerte durante la Edad de Hielo, hace unos 10.000 a 15.000 años. Así lo sugiere el descubrimiento de un colmillo allí encontrado.

cuerdo de ese nombre—. No, no recuerdo.

—Era un antropólogo bastante conocido —dijo él en tono de leve reproche. Milt se perdió en medio del desierto australiano hace un par de años. Pero nosotros sabemos que no se perdió. Ellos lo recogieron.

—¿Ellos? —dijo su esposa—. ¿Quieres decir que hay más de uno?

—Es de suponer que son más de uno, ¿no te parece? De todos modos, cuando esa criatura nos dijo eso, pareció más razonable el hecho de que sepan hablar inglés... Faltan siete minutos para las seis.

—¿Cómo? —murmuró ella.

—Que faltan siete minutos para las seis —repetió el profesor—. Siéntate, querida. Creo que en estos siete minutos puedo contarte aproximadamente todo lo que pasó...

Y en cuanto comenzó a hablar, el profesor fué reviviendo en su mente los fantásticos detalles de lo ocurrido.

**E**L visitante del espacio estaba sentado en su jaula. Sus grandes manos grises asían flojamente los barrotes. Hacía dos minutos que el profesor había entrado en el cuarto con los demás. Las posturas y movimientos del extraño ser le recordaban los de un pesado gorila. La prensa le había puesto el apodo de "El Sapo de Marte", basándose en las primeras descripciones que habían circulado sobre "aquello". Su fofa apariencia, el colgante y verrugoso pellejo y su redonda y córnea cabeza hacían de aquel apodo una descripción bastante exacta.

Con la fascinación de un zoológico ante una especie completamente nueva, el profesor registró en su

mente estos contradictorios detalles. Pensó que "algo así" habitaría aún la Tierra si ésta hubiera permitido que las criaturas que la poblaban en el período carbonífero hubieran seguido existiendo. Pero lo más incongruente era que esta criatura hablara.

—¿Qué quieren saber? —había dicho. Y las puntiagudas quijadas se movieron dejando entrever entre los pequeños dientes una ancha lengua amarilla que iba articulando las palabras. Era una voz gangosa y deliberadamente humana.

Aun sabiendo que "aquello" podía hablar, todos los presentes permanecieron mudos, ingratamente sorprendidos. Poco a poco y con vacilaciones comenzó el interrogatorio.

El profesor prefirió ubicarse al fondo del salón, para dominar toda la escena. Las primeras preguntas y respuestas que llegaron hasta sus oídos no tenían ningún significado. Se le había borrado el pensamiento ante el frío terror que le inspiraba el fantástico personaje. Llegó a la conclusión de que, en estas circunstancias, el miedo no era un sentimiento enteramente irracional. Esta idea y su inmediata comprensión atenuó en algo los efectos de aquel temor.

Sin embargo, la escena seguía llegando a sus sentidos con agudos matices de irrealidad. Creía estar contemplando un escenario deficientemente iluminado, sobre el cual el monstruo, en su brillante jaula, constituía un mórbido primer plano, y las figuras que lo rodeaban, meras sombras que se movían incesantemente sobre un fondo oscuro.

"¡Esto no sirve!", se dijo severamente. "Estoy aquí para observar, llegar a ciertas conclusiones e informar... Fuí elegido como un hombre que piensa y actúa de un modo estrictamente racional."

Desvió su atención de la jaula para concentrarla sobre los otros seres humanos que lo acompañaban. Había sido presentado a ellos hacía escasos momentos. Un joven y despierto mayor del Servicio Secreto era el que de un modo u otro dirigía la investigación. Había, además, un general y una bonita capitana del Servicio Femenino de la Armada, que hacía las veces de taquígrafa y a la cual el mayor había presentado como su prometida. Los otros hombres de ciencia aparentaban ser, más que lo que verdaderamente eran, expeditivos hombres de negocios, mientras que los dos importantes funcionarios del gobierno parecían dos cansados y viejos profesores. Tuvo que contener una sonrisa. Todos eran convincentemente reales. Este seguía siendo un mundo habitado por seres humanos. Volvió a dedicar su atención al intruso.

—¿Por qué no he de objetar? —dijo aquella voz inverosímil con un dejo de perezoso buen humor—. Me han enjaulado como un animal

salvaje, sin siquiera haberme informado sobre los cargos que pesan sobre mí. No será por violación de propiedad... ¿eh?

La boca de sapo pareció sonreír, y los brillantes ojos negros se posaron sobre cada uno de los presentes, uno por uno. La sonrisa era inexpresiva. Y no era una sonrisa: sólo era una mueca formada por aquella boca sin labios. Aun así, concordaba con el tono de satisfacción malicia que el profesor creyó percibir en las últimas palabras que había dicho el monstruo.

Pero aquella voz seguía siendo algo que ningún adjetivo podría calificar. Simplemente no armonizaba con el repugnante conjunto.

El miedo invadió de nuevo al profesor. Estaba temblando. Con pánico repentino se dió cuenta de que iba a gritar si aquel ser lo miraba. Uno de los hombres que estaba cerca de la jaula, decía algo en tono bajo y monótono. La taquígrafa dió vuelta una página de su libreta y siguió escribiendo, su rubia cabeza inclinada levemente; estaba un poco pálida pero muy concentrada en su trabajo. Por un momento, el hombre de ciencia sintió gran envidia hacia aquellos seres que aparentaban tener tanto coraje y autodominio. Trató de con-

### Lindo método de concentrar selenio

**U**NA maleza parecida a las arvejas, puede convertirse en eficaz productor de selenio, el cuerpo químico tan usado en electrónica, así como también en las industrias del petróleo y de la goma. La hierba posee la propiedad de concentrar en sus tejidos al elemento, aun cuando el suelo en que crezca no contenga concentraciones suficientes para que su extracción sea económica. Así, por ejemplo, si hay 0.005 % en el suelo, la hierba puede llegar a tener 1,5 %.

vencerse de que actuaban así porque eran insensibles. Ellos mismos no sabían lo que era la Naturaleza y sus leyes. "Nunca podrán sentir como yo el terrible significado que encierra todo esto".

En ese momento, los saltones ojos del Sapo se posaron sobre él.

**I**NSTANTÁNEAMENTE, la imaginación del profesor quedó paralizada por un terror indescriptible. No se movió, pero más tarde tuvo que reconocer que no se había desmayado por no quedar en ridículo delante de los demás y sobre todo porque había una mujer joven presente.

Oyó al oficial del Servicio Secreto hablar en voz animada. Los ojos dejaron lentamente de mirarlo. El suplicio había acabado.

—Usted presume —el monstruo se dirigía al mayor— que puede forzarme a decir algunas cosas que no quiero revelar en este momento. Pues bien; se equivoca. Un cuerpo como éste no reacciona ante ninguna de sus drogas.

—¡Pero reaccionará ante el dolor! —respondió el mayor en tono cortante.

Ante estas palabras, el profesor se dió cuenta de que no era el único a quien este ser provocaba primitivos sentimientos incontrolables. Hubo un imperceptible movimiento de inquietud entre los demás, pero nadie protestó.

El ocupante de la jaula permaneció silencioso por un momento, contemplando al mayor.

—Este cuerpo reaccionará ante el dolor —dijo— cuando yo disponga dejarle sentir dolor. Algunos de ustedes conocen el efecto anestésico que puede tener una barrera hip-

nótica ante una sensación dolorosa. Pues bien, mis métodos no incluyen el hipnotismo, pero son mucho más efectivos. De modo que, repito, para mí no existe el dolor a menos que yo quiera experimentarlo.

—¿Elige usted experimentar la destrucción de sus tejidos? —gritó el militar.

La muchacha levantó bruscamente la cabeza, mirándolo; pero el profesor no podía ver la expresión de su rostro. Nadie más se movió.

El deforme ser seguía mirando fijamente a su interlocutor.

—¿Y elige usted experimentar la muerte? —gritó el mayor con la cara enrojecida.

En un destello de perspicacia, el profesor comprendió por qué nadie intervenía. Cada uno, a su modo, estaba sintiendo lo mismo que él: que había algo tan atrozmente extraño en todo esto, que ningún causal de experiencia, ni tabla de valores, podía guiar a un ser humano a determinar el procedimiento que debería seguir. El joven oficial lo estaba haciendo, de un modo bastante chabacano por cierto, pero lo estaba haciendo al fin. Los demás, sin otra solución que ofrecer, permanecían inmóviles, sin querer o sin poder detenerlo.

En un tono lento y aplastado, el monstruo habló nuevamente:

—La muerte es algo que yo nunca experimentaré a vuestras manos. Les estoy previniendo: no contestaré más a ninguna de sus amenazas, así como tampoco contestaré a sus preguntas. En cambio, les diré lo que ocurrirá. Informaré a mis compañeros de que ustedes son los que nosotros pensábamos que eran: irresponsables e incapaces de

causarnos daños ni en el menor grado. Su mundo y civilización sólo son de interés moderado, no dejando de ser por ello una novedad que muchos de nosotros quisiéramos conocer personalmente. Llegaremos y nos iremos de aquí cuando y comoelijamos hacerlo. Si intentan detenernos o entrometerse con nosotros, tendrán que arrepentirse de ello más tarde.

—¿Está seguro de eso? —gritó el mayor, temblando—. ¿Está usted seguro?

**E**L profesor dió un violento respingo ante los cuatro disparos que en rápida sucesión partieron del arma que tenía en la mano el joven oficial. Una convulsa masa de personas se arremolinó alrededor de él mientras alguien gritaba:

—¡Idiota! ¡Condenado e histérico idiota!

La muchacha había dejado caer la libreta y escondió el rostro entre sus manos. Por un instante, el profesor la oyó decir entre sollozos:

—¡Jack! ¡Jack! No lo hagas...

Pero en realidad, el asombrado hombre de ciencia estaba mirando "aquello" caído de espaldas dentro de la jaula. Tenía la parte superior de la cabeza destrozada por los proyectiles, y un líquido oscuro se iba esparciendo lentamente sobre el suelo.

En ese momento sentía una satisfacción que no podía ni quería dominar. Estaba tan orgulloso por la acción del mayor, como si él mismo la hubiera hecho.

Uno de los funcionarios del gobierno y dos hombres de ciencia se movían dentro de la jaula examinando con curiosidad el objeto que

habían agrupado alrededor de la silla en que habían sentado al pseudo asesino del extraño visitante. El profesor permaneció donde estaba, y esa actitud suya le permitió ver, antes que ningún otro, lo que sucedió a continuación. La joven capitana del Servicio Femenino se puso de pie y comenzó a desnudarse. Lo hizo rápida y silenciosamente.

"En este momento", pensó el profesor con renovado pánico, "el clímax de la locura ha sido alcanzado en esta habitación." Deseó fervientemente que pudiera conservar siempre esa ilusión de irrealdad que lo envolvía como una capa protectora. ¡Era algo terrible no estar loco!

Con extraña y desaprensiva curiosidad, deseaba saber qué pasaría cuando los demás descubrieran lo que él ya sabía.

Las voces que venían del grupo que había dominado al mayor callaron repentinamente. Los tres hombres en la jaula eran la imagen perfecta del asombro. La joven enderezó el flexible cuerpo y los enfrentó a todos sonriente. El hombre sentado en la silla comenzó a gritar su nombre.

Hubo otro pequeño tumulto alrededor de la silla, y los gritos fueron ahogados como si alguien hubiera tapado con la mano la boca del que los profería.

—Yo les previne —el profesor oyó que la joven decía claramente—. Para nosotros la muerte no existe.

Alguien gritó algo que parecía una pregunta desesperada. El profesor no entendió las palabras por el rugiente torbellino que formaba la sangre en sus oídos, pero llegó a oír la respuesta.

—Podría haber sido cualquiera de ustedes. Pero dió la casualidad de que me gustó ESTE cuerpo.

Un disparo más atronó el ambiente.

EL profesor apagó la radio. Por unos instantes continuó mirando fijamente a través de las ventanas.

—¡Ya lo saben! —dijo—. El mundo entero lo sabe ahora. Quizás no lo crean, pero de todos modos... —su voz se desvaneció.

Las sombras habían invadido la estancia, y tuvo la idea de encender las luces, pero desistió de ello: la penumbra ofrecía una ilusión de seguridad.

Miró al pálido óvalo que formaba el rostro de su esposa con las facciones borradas por la creciente oscuridad.

—No será tan malo —explicó— si no vienen muchos de ellos. Es claro que no sabemos cuántos de ellos hay entre nosotros actualmen-

te. Quizás sean millones. Lo fundamental es no meterse con ellos... No quieren líos —hizo una pausa.

La muerte del oficial del Servicio Secreto no había sido mencionada en el noticioso. En proporción a lo que había ocurrido, no era un hecho muy importante. Oficialmente sería un suicidio. Pero la verdad era que había logrado escamotear un arma a uno de los hombres que lo sujetaban, y otro de ellos lo había matado sin esperar a ver qué haría con ella. Lo importante era, por el momento, que nadie tenía que interferir de modo alguno con los visitantes del espacio.

Sintió que su rostro se convulsionaba repentinamente en una incontrolable mueca de horror.

—Pero no hay ningún modo de estar absolutamente seguros —oyó que su voz le decía a la creciente oscuridad que lo rodeaba—, de que no decidan que algún día les agraden NUESTROS cuerpos. ✦



### Leche peligrosa

Los antibióticos son una cosa muy linda, pero también presentan sus problemas. Por ejemplo, la leche proveniente de vacas tratadas de mastitis con dichas drogas, puede dar lugar a la sensibilización a los antibióticos en los seres humanos que la beben. Por esa razón, se ha recomendado que no se beba leche de esos animales hasta tres días después de terminado el tratamiento.

# CONTESTANDO A LOS LECTORES



MAS ALLÁ contesta a todas las cartas que contengan preguntas sobre temas científicos. Algunas de las respuestas se publican cada mes, indicando también nombre y dirección de los firmantes, a menos que se pida de no hacerlo. Las preguntas deberán ser claras y, en lo posible, breves; cada carta no debe contener más que una sola pregunta.

Escriba a MAS ALLÁ, Avenida Alem 884, Buenos Aires.

### PREGUNTA:

¿Cómo se evitará el efecto de los rayos ultravioleta en el viaje a la Luna?

José E. Urbanega,  
Hotel Excelsior, Av. España 1068, Mendoza

Respuesta: De una manera muy sencilla: absorbiéndolos con un material al cual no atraviesen, como, por ejemplo, el vidrio.

### PREGUNTA:

¿Es cierto que Júpiter tiene algo de luz propia, a pesar de ser un planeta?

Jorge Alberto Romero,  
Av. 17 de Octubre 3783, 1er. piso. Capital

Respuesta: No, no es cierto. La temperatura de su superficie es de unos -90° (noventa grados bajo cero), a lo sumo.

### PREGUNTA:

¿Pueden viajar los seres microscópicos a través del espacio cósmico, sirviéndoles de vehículo el rayo de luz?

Rodolfo Héctor Esquivel,  
Av. Rivadavia 1373, Tostado, Santa Fe.

Respuesta: Arrhenius propuso una teoría para explicar cómo llegó la vida a la Tierra: se habría producido como consecuencia de la migración de esporas ("cosmozoos") portadoras de vida, las cuales habrían podido viajar a través del espacio empujadas por la presión de radiación de la luz, emitida por alguna estrella o por el Sol. Hay, no obstante, un fuerte argumento en contra de esta teoría, y es que los rayos ultravioleta del Sol —que a la Tierra apenas llegan, porque son absorbidos por la atmósfera terrestre— destruirían inmediatamente cualquier organismo sometido a su acción. A su vez, contra esto puede argumentarse que la acción mortífera de los rayos ultravioleta se ha observado sobre microorganismos o esporas terrestres y que nada obsta para que los cosmozoos hayan podido desarrollar defensas formidables contra la radiación penetrante. En conclusión, que no hay prueba definitiva en contra de la hipótesis de los cosmozoos,

aunque, sí, fuertes argumentos que inclinan a la mayoría de los científicos a no darle mucho crédito. Por lo demás, siempre subsistirá el problema de averiguar cómo se originaron dichos cosmozonos.

#### PREGUNTA:

¿Qué sucedería si por algún factor desconocido, el mecanismo de una astronave no funcionara?

Héctor W. Torres,  
Augusto López 255, Córdoba.

Respuesta: La nave se vería sometida al campo gravitatorio de los demás planetas y estrellas, de los cuales, alguno sería más intenso y predominaría. Por lo tanto, la astronave, o se convertiría en satélite de ese astro, o iría a caer en definitiva, sobre él. Claro está que la tripulación podría intentar soluciones eventuales, tales como disparar cohetes, etc., procurando recuperar el control o tomar un rumbo conveniente.

#### PREGUNTA:

¿Cuál es el aumento máximo del telescopio de Hale (o de Monte Palomar), y de qué tamaño tendría que ser un edificio en la Luna para poder ser visto por dicho telescopio?

Mario O. Ramos,  
Miralla 3131, Capital.

Respuesta: Lo importante no es sólo el aumento del telescopio: hay otros factores que intervienen, tales como la luminosidad, el poder resolvente, la escala de la imagen en el plano focal del objetivo, etc. Lo que determina la posibilidad de observar planetas o estrellas lejanos es el conjunto de todo eso, además de una adecuada elección de las condiciones más propicias para la visibilidad, del momento de observación, etc. El telescopio reflector de Monte Palomar tiene un espejo para

bólico de 508 centímetros (200 pulgadas) y una distancia focal de 16,5 metros (650 pulgadas); por lo tanto, su aumento es 8.000 diámetros; la mínima distancia angular que puede resolver, o separar, es  $4'' \frac{5}{200} = 0,0223$  segundos de arco. O sea que, para ser visible, el edificio tendría que tener una altura:  $a = x'' D/206.265 = 0,022 \times 390.000/206.265 = 0,042 \text{ km} = 42 \text{ m}$ .

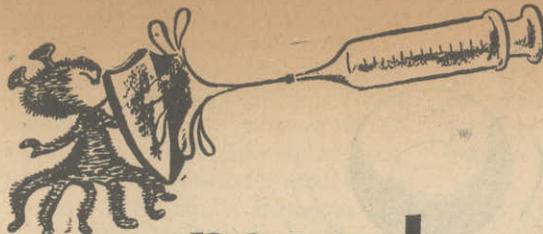
#### PREGUNTA:

¿Cuáles son los fundamentos de la teoría según la cual la Luna se acercará a la Tierra, hasta que en cierto momento se partirá en pedazos sola?

Virgilio J. Gatti,  
Calle 16 Nº 1263, Eva Perón.

Respuesta: La teoría se basa en lo siguiente: La Luna se está alejando de la Tierra, y se calcula que alcanzará su distancia máxima, que será un 20% mayor que la actual, dentro de unos 20 mil millones de años; paralelamente, aumentará la duración del día lunar hasta ser de 47 días terrestres. A su vez, la Tierra continuará disminuyendo su velocidad de rotación hasta que la duración del día terrestre sea de un año, debido a la acción de frotamiento de las mareas solares. Y entonces la Luna deberá comenzar a acercarse lentamente a la Tierra: proceso que le llevará unos cien mil millones de años. Cuando esté suficientemente cerca, se romperá en pedazos y probablemente formará un anillo como el de Saturno, alrededor de la Tierra.

Esta teoría, sin embargo, no toma en cuenta las variaciones en la actividad del Sol, en particular, que dentro de unos diez mil millones de años aumentará su calor muchas veces y finalmente explotará, no sin antes haber fundido las capas internas de las planetas del sistema solar.



## peor el remedio...

EN otra oportunidad mencionamos el tremendo problema de la guerra contra los insectos: que los insecticidas más poderosos van perdiendo su eficiencia a medida que transcurren los años. Como confirmando las teorías de la evolución por selección natural, las nuevas generaciones de insectos son cada vez más resistentes a los venenos usados. El mecanismo aceptado generalmente es así: en toda especie de insectos hay individuos anormales que son resistentes a los venenos, ya sea por nacimiento o por inmunización casual. Como sus compañeros de especie mueren en gran cantidad, sus descendientes tienen más facilidades para prosperar, y poco a poco van constituyendo una proporción mayor, hasta que los anormales son los no resistentes.

El asunto ya es para preocupar, pero el verdadero susto se lo lleva uno al enterarse de que exactamente lo mismo está ocurriendo con las bacterias patógenas. Por ejemplo: cuando se introdujo la penicilina en 1943, resultó eficazísima para combatir las infecciones producidas por estafilococos. Hoy esas bacterias son prácticamente inmunes a la penicilina en los Estados Unidos, que es donde más se usó este antibiótico, y lo más probable es que esta resistencia se extienda a todos los estafilococos del globo.

Naturalmente, los microbios resistentes a una droga pueden ser combatidos inventando otra o, a veces, utilizando alguna abandonada mucho tiempo atrás, hacia la cual los microbios han "olvidado" su inmunidad. Pero si al poco tiempo se vuelven resistentes también a ella, no sabemos quién va a ganar el partido al final. ¿Qué soluciones hay?

La más lógica es llevar de golpe un ataque a fondo contra la bacteria que sea, usando todas las drogas que puedan y en todas partes a la vez, hasta eliminar la especie por completo. Las condiciones sociales de nuestro planeta hacen imposible llevar ese plan a la práctica.

Otra actitud es que finalmente las bacterias se cansarán de combatir tanta droga y decidirán dejar en paz a los hombres y no causar más enfermedades. Esto, que no es tan absurdo como parece, sería muy lindo, pero por desgracia no es más que una esperanza. ¿Quién inicia las negociaciones de paz con las bacterias?

Y mientras tanto, hay que seguir encontrando nuevas y nuevas drogas, cada vez a paso más acelerado.



# ¡abajo con los

*El deporte puede servir para civilizar una raza indomable.*

ilustrado por BARTH

**B**ILL Bradley alejó a puntapiés un grupo de *cuaxas* que se habían precipitado dentro de la cancha. Con las caras fruncidas por extravagantes muecas, se marcharon, por supuesto en la dirección equivocada, y formaron un sonriente semicírculo en torno a los backs. Entonces uno de los semisalvajes *trags* (animales domésticos muy semejantes a los bueyes) rompió el cabestro y entró en la cancha trotando cómicamente sobre sus cinco patas. Ray Bush aprovechó el tumulto para correr varios metros la pelota que se disponía a patear en un tiro libre.

Sonó de nuevo el silbato, y Bush ejecutó el tiro libre. Gust Mustas tomó la pelota e inició un rápido avance. Sorteó otro *trag*, cuyo cabestro demasiado largo le permitía adentrarse algunos metros en la cancha, tropezó en un pozo excavado por uno de los *cuaxas*, y tiró al arco finalmente. Los *cuaxas* vociferaron de deleite.

Bill se sentía muy satisfecho: era su primer partido después de semanas y semanas de tediosa exploración por valles y montañas. Sentía

Divisó entonces a Candy Mathews, que caminaba entre las carpas neumáticas del campamento. Su anterior euforia se desvaneció y se sintió nuevamente envuelto en húmeda neblina.

**D**URANTE catorce meses, Bill se había alimentado de las imágenes que Candy Mathews había dejado grabadas en su memoria: sus ojos turquesa, su cabellera castaña que caía en cascadas sobre los hombros, sus labios carnosos besados la última noche que pasaron bajo la cuádruple luna de Vensor III...

Hoy había venido acompañada por los setenta y cinco integrantes, hombres y mujeres, del equipo clasificador, el último contingente del destacamento de exploración. Bill había esperado su llegada como un escolar, y también como un escolar, estaba sumido en el más oscuro desaliento al ver sus sueños de intimidad desvanecidos.

Porque la Candy Mathews que salió del refugio en el Campamento Avanzado, no era la Candy Mathews de Vensor III. Era en cambio una

# referees!

por DONALD COLVIN

sus músculos flexibles y el benéfico sudor del juego que empapaba su equipo. Su mente estaba despejada y concentrada por completo en las peripecias del juego. Pensó que debía de ser mucho más difícil la vida para las razas no humanas que no habían descubierto el deporte.

mujer segura de sí misma, tal vez excesivamente audaz, que no sentía más que una indiferente camaradería por un joven alto llamado Bill Bradley. En cambio, se consumía en veneración casi fanática por un recién llegado, elegante cerebro científico, niño mimado del Consejo,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahra.com.ar](http://www.ahra.com.ar)

¡ABAJO CON LOS REFEREES!

Vance Montgomery, que ostentaba el pomposo título de "Evaluador de Planetas".

"Es sencillamente encantador", había dicho, y esas tres palabras agotaron el deseo de vivir de Bill Bradley.

El grupo clasificador había llegado de pronto al campamento y, para celebrar la visita, decretó feriado, el primer feriado que tenían en el planeta. El programa para la tarde había sido un partido de fútbol, y Bill había aceptado, algo contra su conciencia, jugar de centro forward. Sabía que antes hubiera debido preparar los informes para que Montgomery los revisase al día siguiente, pero no tenía especial interés en apurar su entrevista con él.

Bill volvió a pensar en el partido. Un cuaxa se había aproximado al arco contrario y lo observaba con la mayor atención y arrobamiento. El arquero lo palmeó alegremente y le indicó que se retirase.

El dueño del trag que había cortado el cabestro trataba de hacerlo caminar arrastrándolo con todas sus fuerzas, pero la terca bestia se resistía haciendo fuerza con sus cinco patas poderosas. Una docena de cuaxas contemplaban de cerca la pugna: sus simpatías estaban evidentemente de parte de su hermano de raza, pero no por ello hacían el menor movimiento para ayudarlo. El silbato anunció el intervalo.

Pat Reed salió de la cancha en compañía de Bill.

—Tus amigos —señaló a los cuaxas—, no parecen muy inteligentes.

—Pues lo son, y bastante. Más aún: son casi tan inteligentes como nosotros; lo que les sucede es que no han salido de la cultura de su

rebaño. El desarrollo de la inteligencia es en gran medida función del tipo de cultura: si pueden superar la cultura actual, pronto los verás desempeñarse igual que nosotros.

—Mira Bill: yo soy especialista en silvicultura. Si me das una astilla de madera te puedo decir qué edad tenía el árbol de donde salió, qué terreno le conviene, dónde se lo puede plantar y cuánta madera aprovechable se puede sacar de él; pero eso de la culturología no lo comprendo.

—Desde un punto de vista sociológico, son como los pingüinos o las focas de la Tierra: les gusta vivir agrupados, pero no establecen ninguna relación o colaboración entre sí. Lo que está al alcance de las fuerzas de cada uno lo pueden hacer perfectamente, pero no saben ayudarse unos a otros.

—¿No comprenden la importancia de la colaboración?

—Ni siquiera tienen una palabra para ese concepto. He visto una vez a cuarenta lamentándose y llorando en torno a uno de ellos mientras un horal lo destrozaba.

—¿Qué son los horales?

—La otra forma de vida dominante en este planeta. Son bestias desprovistas casi por completo de inteligencia, con un cuerpo como de hormiga y con tentáculos. Su altura es unos dos tercios del hombre normal. Son los bichos más peligrosos que conozco. Un cuaxa puede dominar a un horal, pero lo malo es que siempre andan en rebaños.

—¿Quiere decir que los horales están exterminando a los cuaxas?

—Sí; en un par de siglos no que-

**MIRARON** nuevamente a los nativos. Y valía la pena observarlos bien. De aspecto general muy semejante al de los hombres, aunque bastante más pequeños de estatura, su piel estaba moteada por grandes manchas de diversos colores. Los anticuarios los comparaban con antiguos payasos de circo por su piel abigarrada y sus sonrisas distendidas.

—Te confieso que me daría pena verlos desaparecer —dijo Bill cavilosamente—; son seres alegres, de muy buen carácter. Sólo he tropezado con uno menos agradable. Hemos hecho todo lo posible para ayudarlos; pero si no quieren cooperar ni en asuntos de vida o muerte, ¿qué incentivo puedes ofrecerles?

El silbato del referee interrumpió sus reflexiones.

—¡A la cancha, Bill! —exclamó su compañero levantándose.

**LOS** cuaxas, que habían estado agolpados junto a las líneas, gritaron entusiasmados al ver que uno de los jugadores al entrar en la cancha les arrojaba la pelota de un puntapié. Uno de ellos se desprendió del grupo y recibió la pelota como había visto hacer a los humanos. Reed hizo ademán de cerrarle el paso, pero el cuaxa lanzando un chillido de júbilo, le pasó con toda limpieza la pelota por sobre la cabeza y prosiguió su avance hacia el arco. Tres jugadores más intentaron arrebatarla, pero los sorteó con increíble agilidad. Estaba solo frente al arquero. Bill, entusiasmado le gritó:

—¡Tira al arco, Adlaa, tira al arco!

Adlaa lo escuchó sonriendo, pero



# ESTE ESPACIO ES SUYO...

...utilicelo para decirnos qué piensa de MAS ALLA. ¿Qué cuento le ha gustado más, y cuál menos? ¿Qué opina del ESPACIOTEST, de las ilustraciones y de la nota científica sobre "El sistema solar" que publicamos en la tapa? ¿Qué le interesaría ver publicado en los próximos números? Si este espacio no le alcanza, añada una hoja suya.

Escriba a

**más allá**

Av. Alem 884 — Buenos Aires

sin comprender. Bill hizo además de patear, y Adlaa respondió con una mueca de placer, significando que había entendido. Se detuvo, apuntó... y disparó un shot violentísimo, pero no hacia el arco, sino en dirección al grupo de sus hermanos.

Éstos se abalanzaron sobre la pelota e iniciaron un avance endemoniado y completamente anárquico. El que tomaba la pelota echaba a correr con ella o la pateaba con extraordinaria violencia, dentro o fuera de los límites del campo. Finalmente se detuvieron, pues un puntapié desde corta distancia impulsó la pelota directamente al vientre de Montgomery, que avanzaba hacia el campo. Montgomery recibió el inesperado impacto y cayó doblado sobre el césped. Candy Mathews corrió despavorida a atenderlo, como si en vez de un pelotazo hubiera recibido un tiro. Bill lo miró con desesperación. En torno suyo, los cuaxas gritaban saltando frenéticamente:

—¡Más pelota, Bill, más fútbol!

**P**ESE a su profunda aversión por Montgomery, Bill se sintió dominado por la admiración ante su método de trabajo.

La función de Montgomery era determinar si el planeta debía ser colonizado de inmediato, mantenido en reserva para una futura expansión o descartado por completo. Se lanzó sobre los informes de Bill con la avidez con que un niño se lanza sobre unos merengues. Sus preguntas, aunque engoladas, eran minuciosas y sagaces.

Veinticuatro horas después termi-

naba su tarea y estaba en condiciones de regresar al campamento principal. Antes de despedirse, convocó una conferencia.

Frente al grupo, elegantemente plantado con una mano en un bolsillo, hablaba estudiadamente, arrullándose con el sonido de su propia voz. Detrás de él, Candy Mathews bebía sus palabras en completo éxtasis. Bill se roía las uñas en un rincón.

Durante cuarenta y cinco largos minutos, Montgomery expuso los datos que necesitaba recoger. Su voz tenía un ligero tono de reproche, como para dar a entender que cualquiera que no fuera un bobo hubiera podido conseguir todos esos informes mucho tiempo antes.

—Y ahora —prosiguió— pasemos al problema de los antropoides habitantes de este planeta, los llamados cuaxas. Muchos de ustedes pensarán tal vez que los cuaxas no merecen que los ayudemos a preservarse de la destrucción; y en sí mismos, no lo merecen. Sin embargo, mis primeras conclusiones, lamentablemente basadas en datos insuficientes, me hacen pensar que este planeta será utilizado para colonización dentro de los próximos quinientos años. En ese caso será muy conveniente que exista una forma de vida dominante, favorable a los futuros colonizadores y capaz de llegar a algún tipo de simbiosis con ellos. Por consiguiente debemos buscar algún sistema para proteger a los cuaxas contra los horales. En este respecto, el Grupo Adelantado ha fallado lamentablemente —se detuvo en derredor—. ¿Qué sistema pro-

pongo para lograrlo?... El que la Historia nos enseña. ¿Qué hace una nación cuando se encuentra en gran peligro? Busca un conductor, se coloca bajo su dirección y espera que la saque del peligro. Cuando la antigua civilización occidental se encontró frente al mayor peligro después de la caída de Roma, los pueblos se juntaron en torno a los hombres fuertes, los hicieron reyes, duques y condes, y de este modo se salvaron de la barbarie. Voy a hacer lo mismo con los cuaxas: los cuaxas tendrán un rey —sus ojos buscaron los de Bill—. Mi estadía aquí ha sido muy breve; debo valerme de la opinión de ustedes. Bradley, ¿a quién recomendaría para rey de los cuaxas?

—Bueno —dijo lentamente Bill—; Mohalo es el más inteligente, tiene un buen carácter y es muy amable. Además tiene bastante talento artístico. Algunas de sus esculturas serán llevadas al Museo Galáctico.

—¡Un artista! —exclamó Montgomery con disgusto—. Bien; vamos a verlo.

**M**OHALO se encontraba dedicado a pulir una estatuilla, cerca de uno de los sinuosos senderos que los cuaxas habían formado, no por plan sino por mero hábito de pasar por los mismos lugares. Junto a él, un grupo de nativos contemplaba admirado su trabajo.

Por el sendero apareció Ratakka, el más corpulento de los cuaxas, con sus hombros orgilosamente echados hacia atrás y una terrorífica mueca en el rostro. Bill lo conocía y lo detestaba. Intuyó que la pacífica escena iba a ser perturbada por el gi-

gantón. Ratakka era el único entre los cuaxas dotado de un temperamento desapacible, producto de sabe Dios qué anomalía genética. Ratakka decidió que la estatuilla le molestaba en su camino y, con desdén ademán, plantó su pie encima y la redujo a fragmentos. Mohalo se levantó para reclamar, pero Ratakka no le dió tiempo: le descargó un tremendo puñetazo y lo dejó desvanecido en el suelo. Dos de los espectadores esbozaron un gesto de protesta; Ratakka los tomó por el cuello e hizo chocar sus cabezas.

—Para salvar una cultura, Bradley, hace falta energía y no finura de sentimientos —dijo Montgomery que había contemplado la escena con admiración—. Ratakka será rey de los cuaxas.

Montgomery salió corriendo tras el gigante.

Los otros oficiales del Grupo Adelantado miraron con desaliento a Bill. Éste se limitó a alzar los hombros con indiferencia y salió de la tienda. A la puerta estaba Adlaa esperándolo con el mismo ruego:

—¡Fútbol, Bill; más fútbol!

En el estado en que estaba, a Bill le daba lo mismo el fútbol que cualquier otra cosa.

—Bueno, vamos a jugar al fútbol;

pero debes hacer como yo te diga. Tú no puedes tirar la pelota a cualquiera ni correr por donde se te ocurra: tienes que correr al arco y meterla dentro de él. Al fútbol no se juega solo, sino con otros y contra otros. Si tú, o cualquiera de los que juegan contigo, hace un gol, está bien. Si lo hacen los contrarios, está mal. Vamos a jugar tú y yo de compañeros contra esos cuatro.

Adlaa maduró largamente su respuesta. Por la expresión de su rostro se veía que había entendido, pero algo le preocupaba.

—Cuaxas no hacer nada juntos. Cada cuaxa jugar solo.

—Pues entonces, los cuaxas no pueden jugar al fútbol —respondió Bill—. Fútbol no es patear la pelota. Fútbol es llegar al arco y meterla en él. Tú juegas con otros, pero es para jugar mejor tú. No puedes comer sin comida ni bañarte sin agua.

Adlaa no estaba muy convencido, pero su ansia por jugar fué más fuerte que su oposición innata a la colaboración. Bill señaló dos arcos con piedras a poca distancia uno del otro y puso cinco cuaxas a cada lado. Pacientemente les fué haciendo entender cuál era la esencia del juego.

Llevaban jugando un buen rato

### Así da gusto soldar

**E**L indio es un metal blando, parecido a la plata, que hasta ahora se usaba muy poco, al extremo de que, fuera de servir para algunos trabajos científicos, no se utilizaba prácticamente en nada. Sin embargo, ha resultado ser un excelente material para soldaduras, dado su bajo punto de fusión (155° C) y su capacidad para adherirse a gran número de metales cuando está fundido; además, herencia que conserva luego al solidificarse. Le añadimos el hecho de no necesitar fundente, ya vemos que nuestro indio es un magnífico auxiliar para soldar.

cuando apareció el camión oruga en que Montgomery regresaba al campamento central acompañado por Candy y Ratakka. La mirada que la muchacha dirigió al infortunado Bill fué simplemente desdeñosa.

**A**HÍ está una banda de nativos con camisetas de fútbol. Dicen que quieren jugar —dijo Pat Reed a la mañana siguiente.

—Diles que estamos ocupados.

—¿Por qué no les dejas que se diviertan mientras pueden? No les va a quedar mucho tiempo para fútbol ni para ninguna otra cosa cuando vuelva su rey.

—Tienes razón —respondió Bill.

**D**ARIA cualquier cosa por que estos payasos nunca hubieran conocido una pelota de fútbol —se quejó días después Rudy Peters, el mineralogista—. Fíjate un poco, Bill; tengo las piernas hinchadas de tanto fútbol.

—Están enloquecidos... ¡Ojalá les hubiera dado por otra ocupación más provechosa!

—¿Más provechosa? Te juego cincuenta unidades a que puedo formar un equipo de cuaxas superior al tuyo.

—¡Aceptada la apuesta!

—¡Pues estás listo!... He conseguido el mejor arquero de todo el planeta...

**A**QUÍ tienes tus cincuenta —dijo Rudy Peters una semana después—. ¿Cómo iba a imaginar que mi arquero sólo quería pasar la pelota al wing?

—Hubieras tenido que preocuparte más de la coordinación del equi-

po... ¿Quieres hacer otra apuesta?

Peters no apostó más, pero Bill nunca se divirtió tanto en una exploración; y nunca, recordó entre divertido e indignado, había conseguido tan poco. Los cuaxas estaban tan deseosos de fútbol, que habían llegado a descuidar por completo sus miserables huertos. Enflaquecían a ojos vistas. Por último, muy a despecho, Bill tuvo que ordenar una pausa en el fútbol.

—Bill decir que no más fútbol hasta terminar trabajo —dijo tristemente Mohalo a Adlaa.

Adlaa estaba ocupado en cultivar su huerto con la ayuda de un trag. El animal tenía sus propias ideas sobre la explotación agrícola; se negaba a avanzar en línea recta, y arrastraba a su dueño en círculos excéntricos.

—Adlaa querer terminar trabajo, jugar fútbol —comentó el cuaxa—. Pero trag, no gustar fútbol. Adlaa muy viejo antes que terminar trabajo.

Mohalo contempló a Adlaa.

—Adlaa no poder con su trag; Mohalo tampoco poder con el suyo: Mohalo ayudar a Adlaa y Adlaa ayudar a Mohalo. Trabajo terminado pronto.

Adlaa rechazó la revolucionaria innovación.

—Cuaxas no hacer eso.

—Pero nosotros hacer lo mismo en fútbol —insistió Mohalo—. Adlaa solo no poder hacer gol; si Mohalo pasar pelota a Adlaa, entonces Adlaa hacer gol. Adlaa solo no poder dirigir trag; Mohalo solo no poder dirigir su trag; pero Mohalo y Adlaa poder juntos dirigir sus trags.

Adlaa se sumió en otra de sus pe-

nosas digestiones de ideas. Por fin desarrugó el entrecejo y esbozó una sonrisa: acababa de hacer la inferencia mental más ardua de su vida y que marcaría una fecha insigne en la historia de los cuaxas:

—¡En trabajo poder hacer como en fútbol! Nosotros trabajando jugar contra trag... ¡Nosotros un mismo cuadro!

Los dos cuaxas echaron mano al trag. Incapaz de resistir a sus fuerzas combinadas, la bestia se sometió, y los dos cuaxas prosiguieron alegremente su trabajo.

**B**ILL había observado el incidente desde su tienda neumática, con alegre sorpresa. Después de todo —pensó—, quizá su trabajo podía servir para facilitar la admisión de la cultura que Montgomery quería imponer a su regreso. No dudaba del éxito de Montgomery.

Montgomery tampoco tenía la menor duda. Las cosas iban sobre rieles en el campamento principal.

Éste se encontraba casi en los últimos confines del territorio de los cuaxas, pero Ratakka salió de caza y regresó con ocho cuaxas nómadas, a los que comenzó a enseñar los deberes de los súbditos. Su método era muy simple: o el cuaxa obedecía las órdenes que él a su vez recibía de Montgomery, o era derribado de un golpe. Si volvía a resistirse, lo derribaba nuevamente. A las tres semanas Ratakka les hacía ejecutar cosas que ningún cuaxa había hecho jamás. A disgusto y muy mohinos, pero las hacían.

Candy estaba entusiasmada con los resultados del método.

—¡Están trabajando juntos.

exclamó—. Montgomery, ¿qué van a hacer los cuaxas para agradecerle lo que has hecho por ellos?

—Bueno —respondió Montgomery tratando de disimular su satisfacción—, me convertirán en algún dios cultural, como hicieron los griegos con el marciano Proma Ss Thaa que les enseñó el uso del fuego.

Con el correr del tiempo, la joven empezó a desconfiar.

—¡Pero lo están haciendo todo para Ratakka! Cada uno de ellos, individualmente tomado, es más desdichado ahora que antes.

—Así es como debe organizarse una cultura feudal, querida. Los reyes les dan las leyes y los guían en las batallas; por su parte, los súbditos proveen al bienestar temporal del rey.

—¡Pero parecen tan tristes!

—No podemos tener en cuenta los sentimientos de un pequeño grupo cuando se trata del porvenir de una raza entera. Tal vez dentro de unos trescientos años se habrán acostumbrado y serán felices.

Un incidente, que sobrevino en esos días, barrió con las últimas ilusiones de Candy.

Uno de los descontentos súbditos de Ratakka logró cortar durante la noche las ataduras con que se lo mantenía sujeto, y huyó del campamento. Al amanecer, Ratakka lo advirtió y salió tras el transfuga, al que no tardó en dar alcance y arrastrar de nuevo al campamento. En presencia de todos lo golpeó y apaleó sin dar la menor muestra de indignación y con el más escrupuloso refinamiento.

Candy presenció el espectáculo

que no pudo más y trató de intervenir. Montgomery la retuvo de un brazo.

—Estamos salvando una raza; no es posible hacer una tortilla sin romper algunos huevos.

Candy se dió vuelta y regresó sollozando al campamento, sin poder borrar de su memoria el cuerpo ensangrentado que se revolvió en el suelo.

**E**L día siguiente era el señalado para levantar el campamento. Se había dispuesto que los vehículos y utensilios demasiado estropeados o gastados para llevarlos de vuelta a la Tierra, quedasen abandonados para que los nativos los utilizasen. Todo ese material debía ser trasladado al campamento avanzado, donde estaba la mayor concentración de los cuaxas. Montgomery había elegido ese día para presentarles su nuevo rey.

Candy quería hacer el viaje sola. Unos minutos antes que la caravana, salió del campamento en un desvencijado camión oruga, y se dispuso a recorrer los 160 kilómetros que separaban ambos campamentos. Se dijo a sí misma que su prisa se debía a que el día era muy hermoso y quería aprovecharlo.

Durante los primeros cincuenta kilómetros se llamó a sí misma mentirosa. Durante los terceros cincuenta kilómetros se entregó sin disimulo a pensar en Bill Bradley, en su sonrisa, su caballerosidad, la gracia de sus movimientos desmañados. No era un hombre como para incendiar un planeta, pero ¡qué agradable

estar a su lado!

Candy se preguntó si Bill podría

olvidar la forma en que lo había tratado, y a ratos le parecía que sí.

El estrecho sendero por el que avanzaba el vehículo, pasaba por un bosque de helechos gigantes. Ya no falta más que subir y bajar esa cumbre, pensaba Candy, y ya llevo. ¿Estará Bill esperando?

El camión oruga chocó con una roca, se tambaleó, perdió una cinta de transmisión y salió del camino.

Candy no se preocupó: los cuaxas podrían usar el vehículo aunque quedase en el lugar en que estaba. Ya faltaba muy poco, y decidió seguir a pie. Una rama caída rozó su tobillo. Sin prestarle atención, la apartó de un puntapié. Comenzó a reconstruir a Bill, rasgo por rasgo: los rizos que le caían sobre la frente; sus cejas, arqueadas y regulares; sus

Un regalo  
divertidísimo  
para las chicas

PIDALE A SU CAMILITA

El diario de mi amiga  
**ALICIA**  
en el país de las maravillas

por Walt Disney

\$ 2.- SE VENDE TAMBIEN EN LAS LIBRERIAS

APARECE EL 1º DE DICIEMBRE

anchos y rasgados ojos, en los que brillaban alegres fulgores; su nariz recta y más bien...

Otra rama se enredó en su pie; lo levantó para soltarse, pero la rama no cayó. Un nuevo tentáculo avanzó hacia ella, apretándole el brazo derecho contra el cuerpo. Se dió vuelta aterrorizada, y se encontró en las garras de los horales.



**HABÍA** una docena de esos monstruos, con las antenas erectas y las mandíbulas abiertas. Exhalaban un olor acre, indicio de que estaban hambrientos. Candy lanzó un alarido y trató de alcanzar la pistola que llevaba en el costado derecho. Nuevos tentáculos se lo impidieron. Gritó y gritó, sacudiendo el cuerpo para librarse del abrazo y tratando de apartar al monstruo con los pies.

En la cresta de la colina aparecieron unas figuras. Candy sintió que renacían de nuevo sus esperanzas, sofocándola casi de júbilo. Tal vez algún miembro de la expedición la había escuchado y acudía en su ayuda. Cuando vió que los recién llegados eran cuaxas, su esperanza se desvaneció por completo. Morir en las garras de los monstruos era malo, pero peor era morir ante la vista de esos zopencos con cara de caballo, que gritarían y sollozarían en torno a ella, pero que no serían capaces de hacer nada para sacarla de su desesperada situación.

En su agitación, no advirtió que los cuaxas eran once y que vestían camisetas de fútbol.

—Hay que matar al referee —gritaron cargando sobre los horales en perfecto orden, armados con palos y piedras. Golpearon y golpearon hasta que Candy quedó libre en medio de una docena de horales que se debatían en el suelo. El jefe de los cuaxas hizo una reverencia y saludó cortésmente a la joven:

—¿Cómo te va? Nosotros matar referee... , ahora dar los hurras.

Los cuaxas formaron un círculo pasando cada uno su brazo sobre el hombro del otro, y dieron los hurras de práctica, con gran vehemencia.

—Somos el cuadro de los "gatos" —explicó—. Los gatos animales importantes en planeta de Bill.

—Mucho gusto; estoy segura de que juegan muy bien.

Un suspiro de dolor se escapó de las once bocas.

—Desgraciadamente no —confesó el capitán—. Treinta y tres equipos de cuaxas. Los gatos en puesto treinta y tres. Ahora salir de caza. Cazar nueve cuaxas y enseñar fútbol. Tal vez entonces no perder más.

El team hizo una nueva reverencia a Candy y se alejó trotando alegremente.

Candy, llena de júbilo, corrió hacia el camino. Cuando llegó a la cima de la colina, se detuvo admirada.

La ciudad de los cuaxas se había metamorfoseado por completo desde que la dejó. Las viviendas no estaban ya desparramadas a la buena de Dios. En vez de las parcelas irregulares semicubiertas por las malezas, donde los cuaxas trataban penosamente de conseguir su alimento, se veían anchos campos subdivididos por paredones de piedras sobrepuestas, en los que trabajaban grupos de cuaxas. Las moradas estaban separadas por bien trazadas calles, y otros cuaxas trabajaban en la construcción de nuevos edificios. Toda la ciudad estaba siendo rodeada por un vallado de zarzas, impenetrable a los horales. Junto a los campos de cultivo se extendía una serie de hermosas canchas de fútbol.

A un lado del camino estaba un cuaxa con camiseta de fútbol. Al ver a Candy le dijo sonriendo como saludo:

—¡Buen día para todos!

**MUDA** de sorpresa, la joven miró hacia las mejoras realizadas.

—Bill hacer todo —le respondió el cuaxa—. Él enseñarnos. Trabajar una a uno, dice, es trabajar todo el día para llenar panza, tal vez llenar panza de horales. Trabajar todos juntos, ir más rápido, tener tarde para fútbol.

La sombra del sol tocó un jalón de madera clavado en el suelo.

—¡Cinco minutos! —gritó el cuaxa.

Los trabajadores dejaron el trabajo y pusieron a un lado sus herramientas en perfecto orden. Los labradores llevaron los trags a un corral de sólida construcción. Los nativos se reunían en grupos y miraban con codicia hacia los campos de fútbol.

—Ayer yo engañar Bill —confió el cuaxa—. Él creer que yo pasar pelota, pero yo cortarme y tirar al arco. Bill ponerse rojo y decir...

—No te preocupes por lo que dijo —interrumpió Candy con presteza.

La sombra tocó un segundo jalón.

—¡A la cancha! ¡A la cancha! —ordenó el cuaxa, y luego se volvió hacia Candy—. Tú venir cancha..., mirar tableros, conocer jugadores..., especialmente a mí —añadió entre avergonzado y audaz.

La forma desgarbada de Bill apareció sobresaliendo de un corralillo de cuaxas. Divisó a la joven, examinó la expresión de su rostro y en él vió algo que le satisfizo, pues acudió a toda carrera. En un primer momento hablaron los dos a la vez, embriagados por la satisfacción del encuentro. Pronto logró Candy sobreponerse y refirió a Bill su aventura con los horales.

ES UN CUADERNO DE GATITO ES UN CUADERNO

**Los chicos...  
¡me esperan!**

PIDALE A SU CANILLITA

# CAPERUCITA ROJA



**Págueme \$ 1.-  
...¡y lléveme!**

Se vende también en librerías

ESTE ES UN CUADERNO DE GATITO ESTE ES UN

DE GATITO ESTE ES UN CUADERNO DE GATITO ESTE ES UN CUADERNO

—Es el fútbol que hace milagros —le respondió Bill—. Cuando los cuaxas comprendieron qué era el juego, toda su vida se transformó: sólo entonces tuve un término de referencia para hacerles comprender nociones que no poseían. Como tomaban el fútbol con tanto entusiasmo, pronto comenzaron las protestas contra el referee. Yo aproveché sus reacciones para enseñarles a combatir contra los horales. Ahora no salen nunca solos de la ciudad, sino en equipos. Cuando encuentran un horal, el capitán del cuadro da señal de cargar contra él, al grito de “¡Abajo con los referees!” Puedo asegurarte que dentro de muy pocos meses los horales no se verán más que en el jardín zoológico de los cuaxas. Ahora estamos constitu-

yendo un gobierno representativo. Cada equipo elige un capitán, y los capitanes integran el Concejo Deliberante. Esta noche van a votar una moción para bautizar la ciudad con el nombre de *Nueva Brooklyn*. —¿Sabes? —dijo Candy—: no me extrañaría que te convirtieran en dios cultural.

**E**L curtido rostro de Bill Bradley se tiñó de rojo.

—Bueno... Mohalo esculpió una estatua, y la van a colocar frente al edificio de la Liga de Fútbol, es decir, la Intendencia. No le salió muy parecida, porque querían representarme cabeceando, pateando y atajando al mismo tiempo, de modo que tengo dos cabezas, tres piernas y seis brazos.

Candy deslizo su mano entre las de Bill.

—¿Hay por aquí algún sitio —preguntó en voz baja— donde un dios pueda llevar a una joven para... hablar con ella?

—Aquí al lado. Ven conmigo...

Un pesado objeto chocó contra él. Se dió vuelta para verlo.

—¡Oh... Ratakka! —exclamó Bill con voz chillona.

El rey de Montgomery había regresado para unirse a sus súbditos. Estaba solo (sus esclavos habían huído durante el viaje) y de pésimo mal humor. Con maligna expresión se dirigió al campo de juego. Recordaba una máxima que Montgomery le había enseñado: “Tienes que sobresalir en todo aquello que interesa a tus súbditos; así conseguirás que te respeten y podrás gobernarlos más fácilmente.”

—¿Qué hacen esos tontos? —pre-

guntó—. Ratakka hacerlo mejor.

El anterior entusiasmo de Bill se desvaneció. Con su tremenda fuerza y sus excelentes reflejos, el terrible bruto se convertiría sin lugar a duda en la estrella de las estrellas, se haría de admiradores y destruiría todas las magníficas perspectivas de la labor realizada. A pesar de todo, Bill debía darle su oportunidad...

—Voy a ver qué cuadro necesita un suplente, Ratakka. Tal vez te quedes algunos partidos sin jugar, pero poco a poco podrás imponer tus méritos.

El gigante no lo dejó proseguir.

—Ratakka no cuaxa vulgar: ¡Ratakka rey! Ratakka no jugar con siervos. Ratakka querer puesto importante.

Una idea siniestra se apoderó de Bill. En las canchas había más de doscientos cuaxas, la mayoría de ellos llenos de justificada aversión por la truculenta torre de músculos que tenía ante sí. En otro tiempo no hubieran podido hacer nada contra él.

Pero los cuaxas habían aprendido a luchar en equipo. Si Bill podía

proporcionarles la sombra de un pretexto para que concentraran en Ratakka la indignación colectiva, estimulada por el amor que sentían hacia el fútbol, Ratakka recibiría su merecido, terminaría su tiranía, y el fantasma del autoritarismo desaparecería para siempre.

**B**ILL sonrió de oreja a oreja.

—Desde luego que hay un puesto para ti, viejo.

Se quitó un silbato que llevaba colgado al cuello, y ordenó a uno de los presentes que trajese una camiseta blanca.

—En cada cancha hay uno solo que lleva estas insignias —explicó—; en cierto sentido es el rey de la cancha. ¿Estás seguro de que quieres ocupar este puesto? A veces los jugadores irán contra tí...

—Nadie poder contra Ratakka —exclamó el gigante, mostrando uno de sus gigantescos puños—. Ratakka derribar. Ratakka rey, dueño de la cancha.

—Muy bien, viejo; ¡tú lo has querido! —dijo Bill colgándole al cuello el silbato—. ¡Serás el referee! ✦

## ¡Cuidado con las manzanas!

**U**NO de los métodos de combatir las plagas que atacan a las manzanas es usar compuestos a base de arsénico, como por ejemplo, el arseniato de plomo. Pero resulta que el arsénico es también un veneno muy activo para los seres humanos, al extremo de que, dosis aun menores de 300 miligramos de ácido arsenioso, son letales para un adulto. Por consiguiente, no hay que entusiasmarse y comer exceso de manzanas con cáscara, porque siempre pueden quedar restos de la peligrosa droga, que, al irse sumando, superen la dosis letal. Por suerte, en particular para aquellos que gustan mucho de las manzanas, el arseniato de plomo se ha ido sustituyendo poco a poco por otros compuestos no tan tóxicos. Recobren, pues, la calma los lectores aficionados a las manzanas.

¡ABAJO CON LOS REFEREES!

# Pero ya hemos comenzado

por RAYMOND Z. GALLUN  
ilustrado por KOSSIN

*Es curioso, pero la mayoría de los monstruos suponen que los hombres son los monstruos. Tienen, según parece, su propio punto de vista.*

**D**IEZ minutos después de la catástrofe, alguien telefoneó solicitando la ayuda del ejército. Naturalmente, tuvimos que ir allá. El humo negro del incendio y los residuos aceitosos, que fueron analizados más tarde, demostraron la presencia de un posible derivado del petróleo. Aquel aceite estaba muy cargado de radioactividad. Probablemente era el combustible de los extraños y retorcidos motores a chorro cuyo sistema de funcionamiento quedó oculto para nosotros, a causa de la catástrofe.

La nave estaba construida principalmente de aluminio, magnesio y una especie de acero inoxidable, lo cual demostraba que, al enfrentar problemas similares a los nuestros, los seres de otros mundos los solucionaban en forma parecida. Entre



las piezas destrozadas que encontramos en aquella colina de Missouri, Klein descubrió un método ya conocido para hacer más livianos los soportes y los ajustes. Habían hecho en ellas agujeros circulares a distancias determinadas.

Pensé que, por primera vez en la historia, estábamos a punto de develar el misterio de otro planeta. Podríamos encontrarnos en el comienzo de una nueva era, una era de horizontes inmensamente ampliados, y de extraordinarias aventuras... que tendría también su lado sombrío. El cielo ya no constituiría un límite. Había cosas en el más allá con las que deberíamos contar de ahora en adelante. Pero, ¿cómo sería el encuentro entre desconocidos?... ¿Y si esos seres extraños carecían de manos que pudiéramos estrechar?

Los restos de la nave ardían como restos de basura, y crujían como desperdicios en un horno hirviente. Surgían columnas de humo negro. Había trozos de materia calcinada que parecían huesos. Las finas láminas de material chamuscado podrían haber sido carbón prensado. Largos tubos de hierro, cubiertos de una fina capa de plomo, contenían materias químicas identificables como proteínas, hidratos de carbono y grasas. Supusimos que se trataba de alimentos.

**N**NATURALMENTE, creímos encontrar aquí una maravillosa clave para el estudio de la vida animal y vegetal en otros mundos. Tomemos, por ejemplo, una lata común de nuestro guiso de ternera. Se pueden ver allí las fibras musculares, la estructura grasosa de la car-

ne, los componentes celulares de los vegetales. Y lo mismo aparecía aquí, aunque en menor grado. Había delgados filamentos y pequeños cilindros segmentados que podían ser restos de plantas. Pero la mayoría era una masa gelatinosa.

Sin duda hubo tres tripulantes en la nave. Pero el choque y el incendio casi habían destruido sus formas. Craig, nuestro biólogo, extrajo cuidadosamente trozos de los restos; clasificó algunos como epidermis córnea, otros como nervios y cerebro, otros como huesos y uno como músculo de un miembro táctil: el original era tan delgado como un tallarín y estaba ennegrecido de sangre chamuscada.

Bajo el microscopio las células musculares demostraron ser muy largas y finas. Las células nerviosas eran grandes y extremadamente complejas. Sin embargo podía suponerse que la naturaleza, empezando desde la nada en otro planeta y trabajando tal vez un número de millones de años aun mayor que en el nuestro, había llegado a resultados muy parecidos a los obtenidos en la Tierra.

Me pregunto cómo podría explicarse en otro mundo, desconocedor de las costumbres humanas, la presencia de un tubo de crema de afeitarse, o de un lápiz de labios.

Probablemente por idénticas razones, fué incomprensible para nosotros mucho del material que encontramos destrozado después de aquella catástrofe. Podíamos comprender las tenazas y los destornilladores, aunque los mangos de estos instrumentos no estaban nunca ser agarrados por *manos*. Encontra-

mos también tornillos y tuercas. Apareció algo que había sido un simple diafragma de vidrio con detalles de metal: una radio. También encontramos extraños fusiles. ¿Dios sabe cuánta gente se habrá preguntado alguna vez cómo eran en otros mundos los equivalentes de los instrumentos humanos!... Bueno, aquí teníamos la respuesta.

Algunos instrumentos tenían diales y señaladores. Y el número 1 utilizado en ellos era una barra vertical, muy semejante a la que usamos nosotros. Pero el cero estaba representado por un signo de adición. Y contaban en grupos de doce y no de diez.

Todas estas semejanzas con nuestra cultura quedaban canceladas automáticamente por el hecho de que, aunque la nave hubiera estado en perfectas condiciones, ningún hombre hubiera podido entrar en ella. La dificultad era menos cuestión de tamaño que de forma y de procedimientos físicos. Parecía que la nave había sido circular, con compartimientos en forma espiral, como caracol subdividido.

**E**STA total discordancia con las cosas conocidas me produjo escalofríos en la espina dorsal. Y provocó este comentario de Blaine:

—Yo creo que las emociones, las intenciones y los propósitos de las inteligencias que no pertenecen a la Tierra deben ser totalmente incomprensibles para nosotros.

Estábamos reunidos en el gran coche vagón en el que debíamos vivir preliminar de los restos.

—Sólo a medias, Blaine —contes-

tó Miller—, si tenemos en cuenta que la vida química de esas inteligencias es igual a la nuestra... La necesidad de comida crea el impulso del hambre. La conciencia de la muerte está equilibrada por la necesidad de evitarla todo lo posible. Y de ahí surgen el miedo y la agresión. ¿Es acaso tan difícil imaginar impulsos de curiosidad, inventiva y ambición, cuando sabemos que esos seres han construido una nave capaz de atravesar el espacio? Una inteligencia, dentro de cualquier forma exterior y en cualquier planeta, será en el fondo muy semejante a la nuestra. Claro que habrá grandes diferencias de detalle... con amplitud de variaciones respecto a los puntos de vista. Es posible que esos seres sean horribles para nosotros... y que nosotros seamos igualmente horribles para ellos.

Comprendí que Miller tenía razón. Un duplicado de la raza humana en otros mundos, que hubiera seguido distinto proceso evolutivo, era muy poco probable. Y suponer que podíamos entendernos con esas entidades sobre una base humana era sumamente ingenuo.

Pese a nuestros conocimientos científicos, cuando se trató de examinar, fotografiar y anotar todo lo encontrado entre los restos de la catástrofe, tuvimos clara evidencia de la torpeza con que investigábamos lo desconocido, pues en el primer momento descuidamos el hallazgo principal.

Era un trozo redondo de barro rojo reseco, del tamaño de una pelota de baseball. Cuando Craig lo examinó finalmente con los rayos X, aparecieron en las placas indicacio-

nes de un interior menos compacto, y algunas marcas plumosas sugirieron una estructura huesosa blanda. Sin seguridad de que fuera conveniente hacerlo, Craig abrió cuidadosamente la cáscara.

Pensemos en un alcaucil, de naturaleza no vegetal, de color rosa oscuro, con finos y transparentes filamentos moviéndose levemente. La sangre de las pequeñas arterias era muy roja: rica en hemoglobina, como para enfrentar una atmósfera diferente a la nuestra.

Cuando niño, yo había abierto una vez un huevo de gallina diez días antes de la aparición del pollito. Aquella pelota me lo recordó.

— Parece el embrión viviente de algo — dijo Klein.

— Vuelve a cerrarlo, Craig — ordenó Miller suavemente.

El biólogo obedeció.

— Una raza de seres de inteligencia altamente desarrollada no encerraría sus gérmenes en barro, ¿verdad? — murmuró Klein.

— Estás juzgando de acuerdo a los conceptos de los seres humanos — replicó Craig—. En realidad el barro puede ser tan profiláctico como la gasa médica más desinfectada.

LA discusión se desenvolvía en oscuras derivaciones. La cosa que estaba en el polvoriento trozo de barro rojizo, ya se tratara del germen de alguna especie dominante, o de un mero animal inferior, había nacido, surgido y comenzado a vivir probablemente durante las semanas o meses del largo viaje sideral. Nadie podría saber nada sobre su verdadera naturaleza hasta que esta se manifestara. Y no teníamos idea

de cuál sería esa manifestación. La criatura podía surgir como niño o como adulto; amistoso o enemigo, y quizá mortífero para nosotros.

Blaine se encogió de hombros. Un miedo instintivo se reflejó en su cara.

— ¿Qué hacemos con esto? — preguntó—. Guárdenlo, y veamos qué sucede. Sin embargo, tal vez fuera mejor destruirlo... con cloroformo, veneno o con un golpe de pala.

Miller sonrió muy amable.

— Tal vez tengas razón, Blaine.

Jamás Miller había dominado o presionado a ninguno de nuestro grupo. Sólo por reflexión nos acordábamos de que era el coronel. Realmente no tenía temperamento militar: era un hombre de ciencia cuya colaboración solicitó el ejército para encargarlo de dirigir los detalles de un proyecto largo tiempo esperado: el de los viajes siderales. Miller era el hombre ideal para esta tarea. Hasta en las arrugas que rodeaban sus profundos ojos grises llevaba grabado su idealismo.

Blaine, en cambio, no era apropiado para la empresa. Era un técnico muy eficaz; entendía mucho de maquinarias, de radar, de cosas por el estilo; era igualmente simpático; pero quizás había perdido fuerza... vacilaba, estaba nervioso. Yo sabía que ningún informe sobre él diría jamás "Psicológicamente inepto para la tarea", pero también sabía, con toda certeza, que lo trasladarían sin comentarios. En un asunto tan importante como éste, Miller quería estar rodeado únicamente por hombres que tuvieran

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nuestros laboratorios en las afueras de San Luis. Cada residuo extraterrenal de la catástrofe fué empaquetado y clasificado con suma delicadeza. Klein y Craig construyeron un recipiente especial para aquel trozo de barro y su contenido. Ambos eran hombres eficientes en su labor. Pero yo había entrado a trabajar con Miller por casualidad, y suponía que habían de reemplazarme por alguien más experto. Verdad es que yo podía ostentar una educación universitaria, pero esto no significaba nada.

Yo opino que no puede abandonarse una gran aventura sin cierto pesar. Sin embargo, no me preocupaba demasiado. Me complace que las cosas sean como siempre han sido: me gusta beber cerveza, salir los sábados de noche con Alice. Y en aquella empresa la atmósfera se estaba volviendo demasiado rica y futurista.

ESA misma noche, Miller me llamó aparte.

— Usted ha preparado palomas mensajeras y ha adiestrado perros, Nolan — me dijo—. Hizo ambas cosas bastante bien.

— Aquí me tiene usted, listo para regresar a la vida de granja.

— En cierto modo así es, Nolan. Pero esta vez extenderá usted sus ocupaciones: se especializará en vida animal extraterrena.

— Vea, Miller — interrumpí—: hay diez mil profesores más calificados que yo para ocuparse de esto y que además están deseando hacerlo.

— Probablemente ellos piensen que están capacitados... cuando todavía

nadie puede saber si lo estarán realmente o no. Eso no sirve, Nolan. El hombre que se ocupe de esto deberá tener humildad... estar pronto para enfrentar cualquier contingencia. Creo que haber tratado con animales podrá ser útil. Es lo que más me conviene, Nolan.

— Gracias, Miller — me sentí orgulloso y algo azorado.

— Todavía no he terminado de hablar — dijo Miller—. Sabemos que el contacto entre nosotros y los habitantes de otro planeta no puede estar muy lejano. Ellos enviarán otra nave, o nosotros construiremos una en la Tierra. La idea me place, aunque también me asusta. La gente ha tenido ya bastantes dificultades con grupos étnicos de su propia especie, a causa de prejuicios, malentendidos o sincera desconfianza. ¿Cómo será el primer encuentro entre dos especies cada una de las cuales creará estar alucinada al ver a la otra? Sospecho un atroz e inevitable sentimiento de enemistad mutua, y que nada podrá acercarlas... exceptuando quizás algún impulso asesino.

Puede tal vez tratarse de una verdadera amenaza; pero no es seguro que lo sea. Tenemos que descubrir, si podemos, contra qué debemos luchar. Tenemos que prepararnos y trazar un plan. De otro modo, aunque las intenciones de ese otro mundo sean amistosas, puede surgir algún incidente en el primer encuentro, que estropee para siempre la posibilidad de contacto entre los mundos y que haga que los viajes interplanetarios no obtengan el éxito que normalmente deberían obtener y sean un peligro constante.

¿Comprende cuál es nuestro principal objetivo, Nolan?

Comprendí, y así se lo expresé a Miller.

Esa misma noche, Klein y Craig pusieron el trozo de barro en una pequeña urna de vidrio, de la cual se habían extraído dos tercios del aire que contenía. El resto se mantuvo deshidratado y helado. Fué un trabajo casi adivinatorio, que se apoyaba en algunas evidencias: la calidad herrumbrosa del barro rojizo; el alto contenido de hemoglobina de la desconocida sangre que habíamos visto; muertas las células huecas, resistentes al frío, que habíamos encontrado en los trozos de epidermis córnea que examinamos. Y después se tuvo también en cuenta la proximidad de las órbitas de Marte y de la Tierra.

Mi trabajo no comenzó realmente hasta la tarde siguiente, cuando Klein y Craig trajeron una especie de fanal o urna de vidrio, mucho más grande, al cual fué transferido mi extraterrestre pupilo. Miller me proporcionó un traje apropiado, con refuerzos de alambre y con casco para oxígeno, como los que los aviadores usan en altitudes extremas. Bueno; lo que se llama un traje espacial. También me proporcionó una pistola automática a gas, y un cuchillo.

Todo este armamento era tal vez exagerado frente a aquel trozo de protoplasma, al parecer indefenso, de dos pulgadas de diámetro. Y, sin embargo, esto puede servir de ilustración sobre la forma en que nos preparábamos a enfrentar a un ser desconocido. No podíamos calcular sus poderes, o su falta de poderes, porque carecíamos de elementos de juicio.

Hice una vida de monje: mi armadura era mi hábito; el helado semivacío dentro del fanal, mi celda. Mis noches de salida con Alice se espaciaron.

**E**N la tercera noche, aquel trozo de barro seco, que descansaba sobre un suelo seco también, se rompió por la línea donde Craig había hecho el corte original. En el suelo de la celda se arrastró aquello, que fué registrado con el nombre formado por las iniciales de Vida Ajena a la Tierra: VAT. Aquella vida se había desarrollado bajo la costra de barro que le permitió sobrevivir a un impresionante desastre y a un incendio.

Craig, Klein, Miller y una cantidad de periodistas miraron desde afuera el recipiente de vidrio. Yo no tenía nada que hacer, fuera de vigilar al pequeño monstruo, y tratar de leer, en sus movimientos torpes

y pesados, algún detalle que revelara sus muchos enigmas.

Aunque tal vez se hubiera reducido algo desde que lo vi, en conjunto parecía más acabado. El rosa oscuro de su arrugada piel era más profundo. Tenía docenas de pequeños tentáculos, apenas más gruesos que una cerda de caballo, y se arrastraba sobre ellos. Había perdido algunos trozos laminares de epidermis. Lateralmente le brillaban dos ojos claros y de pupilas protuberantes. Sus mandíbulas, cortadas en plano horizontal, se abrían y cerraban entre carnosidades colgantes. A través del delgado material plástico de mi casco de oxígeno oí un quejumbroso "chip, chip, chip" que me recordó el quejido de un murciélago recién nacido.

El Vat se arrastró cojeando, por el suelo de la jaula, de regreso hacia una de las mitades del cascarón de barro que lo había guarecido. Trató de trepar sobre el cascarón, tal vez para encontrar un punto de vista más elevado. Pero perdió equilibrio y cayó de espaldas. Quedó con la superficie del vientre hacia arriba; movió los tentáculos furiosamente mientras trataba de enderezarse. Me recordó a un gran cangrejo, patas arriba, pataleando desesperado. Pero la forma y el movimiento de este ser eran aun más extraños.

Después de un momento y obedeciendo a un impulso debido en parte a mi trabajo y en parte a un sentimiento de piedad, volví a colocar al pequeño monstruo con el vientre para abajo y me alegré de tener guantes que evitaran el contacto de aquella cosa con mi piel. Después hice lo mismo que hubiera hecho con un

gatito o un perrito: coloqué frente al Vat un plato de comida, químicamente preparado para reproducir exactamente la que encontramos en los tubos después del desastre.

Vat revolvió un poco la comida y después, probablemente a causa de una fuerza de gravedad dos veces y media mayor que aquella para la que estaba constituido, quedó casi pegado a la comida. Pero consiguió librarse. Los colgajos de su boca comenzaron a moverse mientras chupaba el alimento.

Me sentí prematuramente aliviado. Aquello no era un mago vencedor, dentro de un cuerpo extraño, sino un simple animalejo.

Por el radiófono de mi casco (fuera del fanal había un transmisor para comunicarse conmigo) oí a Miller decir a los periodistas:

—Instinto de alimentación. Ellos también lo poseen. Ahora sabemos con certeza...

**C**REO que Vat sufrió un cólico después de la primera comida, aunque, como se hace con cualquier perrito de raza, procuré no dejarlo comer demasiado. Se retorció un rato, como si sufriera dolores. Yo estaba sobre ascuas. ¿Cómo podía saber qué clase de alimento era el mejor para que aquella cosa sobreviviera? Todo era trabajo adivinatorio, tanteos, fórmulas diversas. Y esto no se aplicaba únicamente a la comida. Debíamos descubrir el grado de temperatura, la presión del aire y el punto de sequedad en el que Vat se sentía más cómodo. También se hicieron pruebas con la composición de la luz y con sus intensidades, utilizando diversas lámparas

## Tatuaje

**H**oy consideramos el tatuaje como costumbre bárbara. Sin embargo, hace 4.000 años, la practicaban los egipcios, y, hace 3.000 años, los chinos. Al ganar el historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar fertilidad de la tierra, al disminuir la descomposición de la materia, ese tratamiento de belleza.

de sol, mientras procurábamos encontrar la más apropiada.

Parece que acertamos en todo... o que el monstruo era de constitución bastante recia. Cambió varias veces de piel y adquirió actividad. Su tamaño aumentaba lentamente. Otras cosas comenzaron a crecer también en el recipiente. Extrañas lianas verdeazuladas, de constitución bastante dura; grupos de líquenes, secos como polvo; invisibles microbios no terrenales... Y todas estas cosas no dañaban, más bien parecían beneficiar a mi pupilo.

¿Cómo pudo brotar todo esto? Miller y Craig examinaron al microscopio los restos de la costra de barro de Vat. Examinaron también cada partícula de polvo que pudo extraerse de la catástrofe y que no había sido demasiado dañada por el fuego. Buscaban bacterias, semillas y microbios. Y no pasó mucho tiempo antes de que clasificaran varias formas biológicas del otro mundo. Transplantaron las más comunes al fanal.

Frecuentemente yo dormía dentro de aquella urna de cristal protegido por mi armadura. Esto demuestra hasta qué punto tomaba en serio mi tarea. En cierto modo aquello era como vivir en un trocito de Marte. Con frecuencia me aburría mortalmente.

Pero sucedieron muchas cosas. Casi desde el principio, Vat demostró una intensa curiosidad hacia todas las cosas que lo rodeaban. Algunas de las costumbres de su especie estaban escritas en sus instintos. Se regocijaba ante la luz muy fuerte, pero también parecían atraerlos rincones oscuros. Por la noche, es

decir, cuando apagábamos las lámparas de sol, se enterraba en el suelo polvoriento. Quizá buscaba de esta manera protegerse contra el frío nocturno.

**M**ES y medio después de salir de su cáscara, Vat intentó erguirse verticalmente sobre sus tentáculos. Perdió equilibrio una y otra vez. Tal vez intentaba "caminar". Pero sus tentáculos carecían de huesos y, además, la fuerte gravedad de la Tierra lo derribaba.

Muchas veces quise ver lo que Vat era capaz de realizar. Un hombre de ciencia llamaría a esto "hacer experimentos". Pero yo le llamaba "pasar el rato". Lo obligué a preparar a un taburete en busca de comida. Al principio pareció estudiar cuidadosamente el asunto y después subió de un solo impulso.

Durante una de las raras noches que yo pasaba en la ciudad procurando, en compañía de Alice, olvidar todas las cosas extraterrenas, compré algunos juguetes. Cuando regresé para relevar a Craig, que durante mi ausencia me había reemplazado en el cuidado de Vat, dije:

—Vat, aquí tienes una pelota de goma. Vamos a jugar.

El la tomó a la segunda tentativa, en sus rápidos y hábiles tentáculos. Había algo salvaje en el modo con que se apoderó de la pelota. Me recordó a un perro atrapando a un moscardón en el aire. Sin embargo yo ya no creía que Vat fuera únicamente un animal.

Tomé la costumbre de hablarle, pero él no me había hablado a un punto. Frases siempre repetidas. Era

vo. Vat." "Muy bien." "Aprendes rápido, ¿verdad?" Y frases por el estilo.

Le permití que trepara por mi traje espacial. Vat tenía finas uñas como garras a lo largo de sus muchos tentáculos. Yo podía sentir las arañando la ruda tela especialmente preparada, como las uñas de un gatito. Al hacer esto, emitía un ruidito especial, que tal vez significaba algo afectuoso.

Pero una vez me mordió. No sé por qué motivo lo hizo, a menos que fuera porque guardé demasiado tiempo su pelota. Con sus flojas mandíbulas color tiza, se apoderó de mi dedo a través del guante, mientras emitía un ligero silbido.

Muy pronto mi mano se hinchó hasta alcanzar dos veces su tamaño natural, y me sentí enfermo. Klein tuvo que reemplazarme durante algún tiempo en el fanal. La mordedura resultó ser levemente venenosa. Antes de esto yo había sufrido una especie de erupción en los brazos; probablemente algo alérgico: algunas sustancias marcianas que, introducidas casualmente por entre las mangas, me habían rozado la piel. ¡Quién sabe! Tal vez la carne humana, al sentir una materia orgánica extraterrestre, se irrita por autodefensa. Esta es una de las desventajas del contacto con mundos desconocidos.

**L**A mordedura venenosa no fué importante. Pero la ira de Vat mostró su confusa naturaleza, surgiendo de las sombras del enigma. Allí se reveló la causa emocional que induce al asesinato. Estas acturas tenían esas reacciones emocio-

nales, igual que nosotros. Y tal vez sean necesarias en todo ser que deba desarrollarse de la nada.

Después de este hecho la gente no se sintió tranquila. Desde entonces la opinión pública solicitó que el fanal estuviera constantemente rodeado por cuatro ametralladoras apuntando hacia adentro. Y tanques de cianógeno estaban preparados para poder llenar de gas la celda en caso necesario.

En cierto aspecto, yo pensaba que estas precauciones eran exageradas. Siempre, en todo público hay un sector que es fácilmente presa del pánico. Y a mí la cobardía me enojaba.

Pero, en otros aspectos, yo estaba de acuerdo con Miller cuando éste decía:

—Estamos en la oscuridad, Nolan. Es posible que nos encontremos ante un caso de madurez muy rápida de memoria hereditaria. Tenemos que seguir experimentando con Vat... por medio de juguetes, aparatos psicológicos, instrumentos y maquinarias preparados especialmente... Supongamos que él pudiera "recordar" las habilidades de sus antepasados y construir nuevos y peligrosos instrumentos o hacer trabajar los antiguos. Si su especie se inclina a ser enemiga, es mejor que lo averigüemos lo antes posible. No, en realidad no espero que se produzcan grandes acontecimientos, Nolan. Pero, nunca se puede estar seguro, ¿verdad?

**P**ASÓ un año sin que realmente sucediera nada de importancia, como no sea el hecho de que me casé con Alice. Pero esto no me hizo

ningún daño, y más bien debo reconocer que elevó mi moral. Alquilmos una casita en los alrededores del laboratorio.

Por otro lado, se habían obtenido varios resultados positivos. Dejé en una ocasión que Vat jugara con mi revólver, descargado, naturalmente. Pareció muy interesado; pero, en cambio, no prestó mayor atención en otra oportunidad, cuando coloqué una pistola en lugar del revólver. Descubrió cómo se manejaban los simples instrumentos marcianos, introduciendo sus miembros táctiles en los agujeros de los manubrios. Pero los instrumentos complicados de la misma índole parecían intrigarlo más aún que a nosotros. De este modo se desvaneció nuestra idea de la memoria heredada.

A Vat le gustaba trabajar con sus delgados tentáculos. La habilidad y velocidad con que aprendió a construir muchas cosas con instrumentos apropiados, demostró que su raza se había dedicado tal vez por siglos enteros a esas actividades. Yo solía construir una torre o un puente, mientras Vat observaba. Después él intentaba hacer lo mismo, utilizando atornilladores preparados por Klein con manubrios especiales.

Naturalmente, le hicimos decenas de pruebas intelectuales, generalmente de ingenio, como rompecabezas de extrañas piezas para formar una esfera o un cubo. Era difícil clasificarlo según las escalas humanas. Aun para un ser humano, estas escalas no son muy eficaces. Para juzgar con exactitud una inteligencia, existen muchos factores que se des-  
cuidan en los juegos de ingenio.

Con Vat el asunto era aún más

difícil. Al terminar el primer año, el número de puntos que Miller otorgaba a Vat llegaba a 120, juzgándolo de acuerdo a la mentalidad normal de un niño de cinco años. Esta clasificación asustó mucho a la gente, porque demostraba casi la existencia de una raza de seres superiores.

Pero Miller no se apresuraba a sacar conclusiones. Manifestó a los periodistas que la raza de Vat parecía desarrollarse muy rápidamente. La clasificación de 120 señalaba sólo veinte puntos por encima de lo normal, lo que no era una cifra desusada entre los niños de la Tierra, especialmente entre los de las familias mejor dotadas.

Evidentemente, Vat debía de haber pertenecido también al grupo de privilegiados en su planeta, y sus antepasados debieron de ser realizadores de grandes empresas. Por lo pronto habían realizado un viaje expedicionario a través del espacio, ¿no es cierto?

**V**AT podía piar, gritar y lanzar salvas sonidos animales. El lenguaje humano, sin embargo, parecía imposible para él, aunque yo averigüé que podía entender simples órdenes. Tenía en el vientre una gran membrana como tímpano, que le servía de "oído". Naturalmente, nos preguntábamos cómo los marcianos se comunicaban entre sí. La forma en que se apoderaba de mis dedos con algunos de sus tentáculos, nos dió la clave. En las extremidades tenía pequeños nervios, como hilos. Al verlos, Miller se decidió a hacer al-  
Llamó a un cirujano e hizo que

pusiera al descubierto un nervio de su propio brazo. Probablemente le dolió muchísimo, pero permitió que Vat le tocara el nervio con los filamentos de sus tentáculos.

Yo fuí bastante loco como para seguir el ejemplo de Miller y comprobar en mi propio cuerpo cuán grande era el dolor. La idea era establecer un canal nervioso, de cerebro a cerebro, a través del cual pudieran pasar los pensamientos. Pero lo único que obtuvimos fué una serie de indecisos interrogantes, unidos al dolor de nuestro experimento.

—Con nosotros esto no produce efecto, Nolan —dijo Miller tristemente—. Nuestros nervios no están preparados para esta clase de contactos o quizás las células nerviosas de Vat son demasiado diferentes a las nuestras.

Derrotados, tuvimos que volver a utilizar métodos más sencillos de comunicación. Intentamos enseñar a Vat a hablar por señas; pero el asunto no marchaba bien, porque los tentáculos no son manos. La inventiva de Klein y algunas insinuaciones más acerca de la manera en que Vat usaba sus tentáculos, facilitaron la solución del problema.

Klein construyó un aparato cilíndrico, que producía un zumbido tonal y que se manejaba eléctricamente desde uno de los extremos. A lo

largo del cilindro tenía decenas de resortes de parada y control, con calibradores en forma de pequeños anillos metálicos.

Al principio tuve que aprender cuidadosamente a manejar con mis grandes dedos aquel instrumento. El asunto era lograr que los zumbidos tonales salieran modelados, del mismo modo que los labios y la lengua modulan y articulan los sonidos producidos por las cuerdas vocales, de manera que se conviertan en sílabas y palabras.

—Hoolaaa..., Vaaat... ¿Veeces... looo... queee... teengooo?

Fué para mí más difícil que para un niño de diez años aprender a tocar el saxofón. Y los ruidos eran casi igualmente desagradables.

Pasé el aparato a Vat en cuanto pude. Dejé que por sí mismo descubriera cómo debía utilizarlo. Yo me limitaba a darle las palabras, las ideas. Naturalmente, Vat tenía que ser educado, aprender a leer, a escribir y las cuatro reglas de la aritmética, como cualquier niño de la Tierra, aunque él proviniera de otro mundo. En cierto modo ésta es la ley. No se puede dejar a un niño capaz de aprender, sin concurrir a la escuela.

Yo fuí el maestro de Vat. Pensé en la absurda situación que vivíamos: un ser de otro planeta educa-

### Radiografías en colores

**L**AS radiografías del futuro, en colores, no sólo serán más bonitas, sino más útiles que las actuales, en blanco y negro. Éstas, por ejemplo, no permiten localizar en la carne algunos cuerpos extraños, como astillas, esquirlas de vidrio, etc., que aparecerán netamente visibles en las nuevas placas. Por lo tanto, los cirujanos podrán actuar más rápida y eficazmente.

PERO YA HEMOS COMENZADO

do por un hombre, y este ser no tenía idea de sus propios semejantes, y no podía ponerse en contacto demasiado estrecho con los seres que lo cuidaban. Era extraño, cómico y un poco triste.

Por algún tiempo tuve la sensación de tener a mi cuidado a un loco tartamudo.

—Hoolaaa. . . , Nooolaaan. . . , hoolaaa. . .

Vat nunca perdió la costumbre de repetir. Pero progresó en sus estudios.

—Un. . . , do. . . , te. . . , cuato. . . , cico. . . , sei. . . Un po un. . . : uuun. Un po do. . . : dooo.

Imaginad la escena: yo, vestido con aquel traje apropiado para atravesar el espacio, agachado junto a Vat en el frío y liviano aire de dentro de la urna, trazando números y palabras en el suelo polvoriento, mientras él leía en voz alta con su cilindro, o copiaba las palabras con un palo puntiagudo. Fuera de la urna nos observaban las máquinas de la televisión. Y yo pensaba que, en cierto modo, Vat era como Tarzán educado por los monos.

**T**RANSCURRIERON cuatro años. Tuve hijos propios: Patty y Ron. Dos chicos encantadores y bonitos. Pero Vat era mi ocupación; tal vez más que eso.

Después de dos años cesó de crecer. Pesaba unos veinte kilos y era un ovoide cartilaginoso, gris rosáceo y horriblemente feo. Sosteniendo entre sus tentáculos el cilindro, podía hablar como un hombre.

Podía tomar el reloj más fino y complicado, desarmarlo y repararlo en un tiempo brevísimo. Y esta era

una habilidad entre muchas otras. A fines del cuarto año, un profesor, llamado Jones, venía regularmente, se vestía con ropa para el espacio y daba a Vat lecciones de física, química, astronomía y biología. Vat tenía algunas dificultades con las matemáticas.

Pudo al fin imitar la parte exterior de los pensamientos y los sentimientos de los hombres. Me decía algunas cosas características, aunque surgían de una aparente torpeza que, según colegí, encerraba semillas de crimen:

—Eres mi amigo, Nolan. Eres como un tío para mí. No diré que eres como mi padre: a ti no te gustaría.

Un sentimiento agradable y levemente turbador. Tal vez se tratara sólo de una fría imitación. . . , una mente inteligente tomando formas humanas sacadas de la observación que hacía de mí y de mis hijos, y pensando algo que parecía lo mismo, pero que no era lo mismo en modo alguno. Sin embargo, en cierto modo, yo confiaba en que Vat era sincero.

Casi desde el momento en que se construyó la jaula, pusimos en el interior fotografías y dibujos de Marte para que Vat los viera.

Cientos de veces le dije cosas como ésta:

—Hay noventa y nueve por ciento de probabilidades de que los de tu raza vivan en ese mundo. Antes del desastre de la nave que te trajó a la Tierra no estábamos seguros de que Marte estuviera habitado, y el planeta es todavía un misterio para nosotros. Supongo que querrás ir allá. Tal vez puedas ayudarnos a establecer un comercio de bienes y servicios.

tasos con los habitantes. . . , si alguna vez podemos llegar.

Durante aquellos cinco años, según mis conocimientos, no volvieron otras naves a la Tierra. Creo que los marcianos entendieron la enorme dificultad de establecer amistad entre dos mundos que siempre habían estado separados. Había diferencias de forma y, seguramente, diferencias de sentido estético. Las costumbres tenían que ser totalmente distintas. No teníamos siquiera la más leve sospecha de lo que podía ser la civilización marciana.

**E**N el tercer año de la vida de Vat ocurrió un suceso. Y la presencia de Vat en la Tierra fué culpable de ello. Un serio interés por los viajes siderales había vencido a la inercia humana que se oponía al conocimiento, largo tiempo sabido, de que tales viajes eran posibles. Se aplicó a una nave en forma de proyectil un motor a reacción por fisión hidrogénica, que fué lanzado hacia la Luna.

Miller viajó allí, aparentemente para establecer la primera estación experimental del ejército, pero en realidad para adquirir la práctica necesaria para un viaje más largo.

En cierto modo me hubiera gustado ir, pero, después de todo, los misterios de la vida de Vat eran mucho más intrigantes que los cráteres muertos y sin aire y las llanuras de la Luna.

Antes de que Miller y los otros expedicionarios regresaran, se comenzaron a construir en Detroit las piezas de una nave mayor y más potente, que debía lanzarse desde

Cuando Miller regresó, estuvo demasiado impaciente y ocupado en hablar mucho de la Luna. Durante dos años y medio permaneció casi todo el tiempo en White Sands.

Pero, en el primero de los pocos encuentros que tuvimos entonces, nos dijo a Craig, a Klein y a mí:

—Cuando vaya a Marte quiero llevar a mi antigua pandilla como tripulación. Quiero tener a mi lado hombres con los que esté acostumbrado a trabajar y que entiendan los problemas que tendremos que resolver. Tengo un plan bastante bueno. Lo malo es que, para unirse a esta expedición, es necesario estar medio loco.

Klein dijo riendo:

—Puedes contar con parte de mi locura.

Craig tomó la mano de Miller y la apretó con fuerza.

Miller dió a Vat la oportunidad de rehusar.

—Puedes quedarte en la Tierra si lo deseas, Vat.

Pero la criatura dijo:

—Toda mi vida he deseado ir, Miller. Gracias.

**M**ILLER nos informó brevemente de su plan. Después él, Klein, Craig y yo hicimos algunas pruebas psicológicas (preguntas capciosas y demás) para ver si se revelaban defectos de convicción o de control. Pero todos estábamos bien seguros y convencidos: Vat había pasado ya tantas pruebas que, en caso de que aún tuviera algunas fallas ocultas, nunca se descubrirían.

Marte y la Tierra se acercaban nuevamente en sus respectivas órbitas. Un mes antes de la fecha esta-

blecida Craig, Klein y yo llevamos a Vat, en un pequeño receptáculo con aire acondicionado, a White Sands. Allí estaba la nave, plateada, ya concluida. Conocíamos a la perfección su estructura y el funcionamiento de su maquinaria, pues habíamos estudiado los planos. Pero debíamos también conocerla en la realidad. Por tanto, bajo la dirección de Miller, la examinamos una y otra vez.

Miller escribió un último mensaje para entregar a los periodistas antes de la partida:

“Si por alguna acción marciana no regresamos, no culpen precipitadamente a los marcianos, ya que existen diferencias y dudas entre ambos mundos. Fomentar el mutuo contacto es más valioso que sembrar el veneno de la discordia...”

Dije adiós a Alice y a los niños, que habían venido a despedirme. Quizás era egoísta que yo los dejara de esta manera. Pero, por otra parte, tal vez no había que juzgar los hechos únicamente así, pues las caritas de Patty y de Ron brillaban orgullosas de su papá. Quien sufría realmente era Alice, porque estaba al tanto de los peligros a que yo me exponía. Sin embargo, ella también se sentía orgullosa. Y no se echó a llorar desesperadamente.

—Si no fuera por los niños yo también iría, Loui —me dijo—. Cuidate, por favor.

Alice sabía que un hombre debe seguir sus impulsos. Creo que el motivo básico e inicial de todas las exploraciones estriba en la más rica de las posibilidades humanas: el deseo de la gran aventura. Las riquezas metálicas y otros resultados de su

rácter comercial son únicamente motivos secundarios. Hacer una realidad de los viajes espaciales constituía nuestro motivo principal. Pero igualmente importante era que desapareciese el peligro que éstos implicaban.

**P**ARTIMOS entre cataratas de fuego, que habrán destruido varias cámaras automáticas de televisión. Soportamos el sofocante agobio de la aceleración y, después, experimentamos el desahogo de marchar a velocidad normal. Vimos las estrellas y el oscuro cielo del espacio. Vimos achicarse a la Tierra detrás de nosotros.

Pero el viaje en sí mismo, aunque duró noventa días, no fué una verdadera aventura... relativamente. No encontramos nada imprevisto. Las condiciones del espacio nos eran conocidas. Hasta sabíamos la nostalgia que íbamos a tener. Pero igualmente sabíamos que hay una actitud mental que aminora la tristeza. Cruzar el espacio hacia otro mundo, bajo el tremendo poder de la fisión atómica y bajo la preciosa guía de las matemáticas y las máquinas, reduce prácticamente todo el proceso a una simple fórmula. Si todo marcha bien se llega adonde uno se ha propuesto; si no es así, no se puede hacer mucho. De todos modos, teníamos el sentimiento de que la parte técnica de los viajes interplanetarios era la más fácil.

Cerca del ecuador de Marte hay una marca en forma de vórtice de un ciclón gigantesco. Este es el rasgo más destacado del planeta rojo, y abarca, probablemente, el territorio

y frío. Esta parte se llama Gran Sirte. Los astrónomos han supuesto siempre que es el fondo de un antiguo mar. Hacia allá orientamos nuestro piloto automático.

Sobre aquella planicie los carburadores ardieron por última vez. Las alas retráctiles surgieron de sus nichos y planearon sobre la tenue atmósfera con un hondo y suave susurro. Sobre nuestras grandes ruedas de goma, la nave marchaba ahora horizontalmente, como un aeroplano. Nos detuvimos en un amplio valle que quizá fué limpiado de montículos tiempos atrás por los ingenieros marcianos.

Nuestra nave se detuvo. Por las ventanas de las cabinas vimos el cielo profundamente azul y el Sol, más pequeño, pero brillante. Vimos ligeros remolinos de polvo, monolitos tallados y muy viejos, y una extraña vegetación azul verdosa, algunas de cuyas especies pudimos reconocer. Hacia el este brillaba una torre de metal. Y, como a dos kilómetros de distancia de la torre, se erguía un colosal edificio liso con reluciente techo de vidrio. Algo, que podía ser un sendero, se curvaba a la distancia, como una cinta blanca.

El escenario era tranquilo, hermoso y triste. Se podía sentir el peso de tal vez cien civilizaciones, que habían vuelto a hundirse en el polvo. Marte no era más antiguo que la Tierra, pero sí más pequeño; se había enfriado con mayor rapidez; seguramente estuvo antes habitado. Quizás alguna de sus antiguas culturas había llegado a efectuar viajes interestelares. Pero, en tal caso, el hecho fué olvidado hasta épocas recientes. Muy pronto sabríamos

ahora a qué nos había conducido nuestra audacia. El encuentro de seres mutuamente extraños estaba a punto de producirse.

Miré a Vat, todavía encerrado en su urna de aire acondicionado. Sus ojos saltones resplandecían y se movían inquietos. Aquí estaba su hogar: el planeta que nunca había conocido. ¿Estaba ansioso, asustado?, ¿o ambas cosas a la vez?

Su educación y su experiencia eran terrenales. No sabía más que nosotros acerca de Marte. Sin embargo, ahora que nos encontrábamos aquí, probablemente en su lugar de origen, ¿podrían las diferencias estructurales y emotivas hacerle sentir que nosotros éramos enemigos, demasiado distintos para contactos amistosos? El corazón empezó a latir apresuradamente.

**A**LTO en el cielo brilló una especie de avión. A lo lejos se veían vehículos resplandecientes, que desaparecían de la vista tras una franja de vegetación.

Miller sonrió nerviosa y tensamente.

—Recuerden, muchachos —dijo—: pasividad. Tres hombres no pueden luchar contra todo un planeta.

Nos pusimos los trajes espaciales, que serían necesarios en caso de que alguien dañara nuestra nave. Desde años atrás se sabía que el aire de Marte era demasiado tenue y pobre en oxígeno para pulmones humanos. Hasta Vat, en su encierro, tenía una máscara de oxígeno que Klein le había fabricado expresamente. Hicimos esto porque la atmósfera de Marte, desvaneciéndose a través de

los años, podía ser aun más liviana que la mezcla que dábamos a Vat en la Tierra. Esa mezcla se había basado en análisis espectroscópicos a setenta u ochenta millones de kilómetros de distancia, lo cual no representaba seguridad alguna.

Lo único que podíamos hacer era esperar los acontecimientos. Sabíamos que algunos marcianos arriesgados intentarían establecer contacto con los habitantes de un mundo extraño. Quizás saludarían algunas veces y harían señas. Pero si en lugar de ser recibidos tranquilamente se disparaba contra ellos, se sentirían también obligados a disparar. Y, si sobrevivían, su odio sería eterno. Tuvimos la inteligencia de no exponernos a esto.

Sin embargo, la palabra *pasividad* no me agradaba del todo. Parecía desprovista de sentido. El equilibrio entre la confianza ingenua y el duro cinismo, para obtener un resultado sensato, no es siempre fácil. Aunque sabíamos algo de los marcianos, distábamos mucho de saber lo suficiente. Nuestro plan podía estar equivocado, podíamos ser tontamente asesinados en breve tiempo. Sin embargo, no hallábamos otro mejor.

Transcurría la tarde. Con el descenso de temperatura, un resplandor perlado comenzó a formarse en el horizonte. El paisaje que nos rodeaba era demasiado tranquilo. Y había en los alrededores bastante vegetación para que alguien se ocultara. Tal vez fué un error aterrizar aquí. Pero tampoco podíamos suponer que un lugar árido fuera mucho mejor. En ese caso, posiblemente, hubiéramos llegado a alguna región no habitada.

Sólo en una ocasión vimos a un marciano, deslizándose por un espacio abierto, manteniéndose erguido sobre sus rígidos tentáculos. Aquí, donde la gravedad era sólo un treinta y ocho por ciento de la terrestre, aquello era posible. En realidad fué bastante tranquilizador conocer de antemano el aspecto de un marciano: aquel ser era idéntico a Vat.

**D**ESPUÉS oímos un golpe atrozador sobre el costado de nuestra nave. También aquí había, pues, individuos provistos de armas. Recordé que, en la Tierra la urna de Vat había estado rodeada de ametralladoras y tanques de cianógeno, dispuestos para matarlo instantáneamente si era necesario. Aquello no había sido maldad, sino precaución contra lo desconocido. Y, ¿no era acaso lo mismo el hecho de que nos rodearan aquí con armas, si se veían las cosas desde otro punto de vista? Sin embargo, justificada o no, la situación no era muy agradable.

Durante media hora no hubo nuevos disparos. Pero nuestra inquietud aumentó con la espera.

Finalmente Klein dijo, por el radiófono de su casco:

—Tal vez convendría que Vat fuera a investigar un poco.

Desde luego, Vat era el único de nosotros que tenía posibilidades de buen éxito.

—Si quieres ir, que sea por tu propia voluntad, Vat —dijo Miller—. Puede ser peligroso hasta para ti.

Pero Vat se había puesto ya su máscara de oxígeno. El aire silbó en la válvula de escape. La presión, cuando Vat abrió la válvula.

Después abrió la puerta de la urna. No sufrió daño alguno por la breve exposición al aire de la Tierra, en el momento de atravesar nuestra nave. Poco después se irguió sobre sus tentáculos, como un verdadero marciano.

Según el plan establecido, dejó en la nave su pistola, especialmente fabricada para él. Teníamos armas, pero estábamos dispuestos a no utilizarlas a menos que todo marchara muy mal.

Los tentáculos de Vat tocaron la polvorienta superficie de Marte. Minutos después desapareció tras unos matorrales. Luego, durante diez minutos, nos mantuvimos en expectante silencio. Fué interrumpido por un disparo que, a través del aire enrarecido, llegó débilmente hasta nosotros.

—Tal vez lo hayan matado —dijo Craig ansiosamente.

Nadie contestó. Yo recordé la antigua historia de un niño criado por los lobos y cuyos movimientos eran tan semejantes a los de un animal, que los cazadores dispararon contra él. Entró muerto en la civilización. Quizás no era posible que las cosas ocurrieran de otra manera.

Al anochecer, Vat no había regresado. Tres causas eran posibles: que lo habían asesinado; que lo habían capturado; que se había unido a los de su especie. Medité. ¿Y si todos nosotros éramos tontos? ¿No existiría algo más que simple diferencias de cuerpo y educación, aparte del temor a lo desconocido, que impidiera la amistad entre los seres humanos y los marcianos?

—Y si los marcianos eran más que simplemente malos?

Pero era inútil reflexionar ahora. Teníamos que actuar. Teníamos que seguir la línea trazada.

Cenamos frugalmente. El breve crepúsculo se transformó en helada noche de frías estrellas. La oscuridad continuó hasta que la tenebrosa luz de Fobos, la luna más cercana, surgió hacia el oeste. Entonces vimos dos seres corriendo hacia nuestra nave, como para guarecerse a su amparo. Pero en seguida se escondieron tras unos arbustos cactiformes. Recuerdo que los vi un solo instante, con sus extrañas máscaras y sus equipos resplandecientes, mientras sus tentáculos parecían girones de trapo a la confusa luz de Fobos.

**A**PAGAMOS la luz en nuestras cabinas, para que no pudieran vernos a través de las ventanas. Pero oímos suaves ruidos como si estuvieran arañando la cubierta exterior de nuestra nave. Probablemente los marcianos estaban intentando entrar. Empecé a sudar, porque conocía las intenciones de Miller. Habíamos previsto de antemano esta situación.

—Sería mejor dejarlos afuera hasta el amanecer, Miller —dije rudamente—. Todos nos sentiremos mejor si el encuentro tiene lugar de día. Y habrá también menos ocasión de que las cosas marchen mal.

Pero Miller respondió:

—No podemos prever lo que harán entretanto en la oscuridad, Nolan. Tal vez se estén preparando para hacer estallar la nave. Es mejor aclarar la situación cuanto antes.

Comprendí que Miller tenía razón. La resistencia activa nunca podría salvarnos de los marcianos, si

éstos estaban decididos a terminar con nosotros. Podríamos sacar la nave de aquel lugar, como si fuera un aeroplano, y buscar seguridad por algún tiempo en las alturas, si lográbamos despegar en esa forma de aquel terreno frágil. Pero la utilización de los propulsores podía matar a alguno de los marcianos que estaban afuera. Y ellos podían interpretar esto como un acto hostil.

Nosotros no éramos gente demasiado importante, como no fuera para nosotros mismos, y nuestro principal objetivo era establecer relaciones amistosas con los seres de aquel planeta, sin fricción alguna, si esto fuera posible. Si fracasábamos, los viajes siderales se convertirían en verdadera amenaza para la Tierra.

Siguiendo las órdenes de Miller, Craig encendió las luces de las cabinas. Miller oprimió los controles de la escotilla. La válvula externa se abrió de par en par, y la válvula interna se separó y avanzó lentamente hacia nosotros. Nuestro aire salió fuera.

La abertura de la válvula interna significaba que dejábamos entrar el peligro. Nos mantuvimos fuera de la línea de posibles disparos que pudieran penetrar por aquella escotilla.

Teníamos la intención de frenar nuestras reacciones instintivas ante lo desconocido, de permanecer pasivos, dando a los marcianos la oportunidad de vencer su propio temor, al comprobar que no teníamos intención de atacarlos. De lo contrario corríamos el peligro de asesinarlos mutuamente.

La larga espera fué una agonía.

Pese al poder deshidratante de mi traje espacial, sentí que el sudor que corría por mi cuerpo formaba charcos en los zapatos. Diez o doce veces oímos suaves golpes y arañazos en el exterior, seguidos por el rumor de una rápida retirada.

Por último, una masa rojogrisácea de tentáculos surgió en el umbral. Y vimos los movedizos ojos, ligeramente fosforescentes en la penumbra de la nave. Con un salto grotesco sobre sus tentáculos, el monstruo pareció volar hacia la cabina. Sobre sus palpos bucales llevaba un aparato calciforme, que debía de ser la máscara de oxígeno.

Algo, semejante al cañón de una pistola de sencillo mecanismo, fué empuñado y apuntado rápidamente por una masa de tentáculos que parecía la cabellera de Medusa. Detrás del primer monstruo apareció un segundo, igualmente armado; luego un tercero; después perdí la cuenta, mientras la precavida horda, decidida a dominar la situación en un solo e impetuoso movimiento, irrumpía en la cabina cual torbellino de hojas secas.

**T**ODO mi instinto me impulsaba a sacar la pistola automática y disparar contra aquella horrenda invasión. Ese, sí, ése fué mi impulso, pese a mi convivencia con Vat durante más de cuatro años. Los psicólogos afirman que ninguna influencia volitiva puede impedir mucho tiempo en el hombre los reflejos que lo obligan a retirar la mano del fuego. Y el buscar mi pistola era casi un acto reflejo.

Muchas razones apoyaban también a la necesidad de atacar. Por

que, en presencia de lo inescrutable, ¿cómo pueden reemplazarse las defensas instintivas con ideas intelectuales de buena voluntad?

Por otra parte, disparar en aquel momento era un acto suicida que, además, arruinaría nuestras esperanzas. Tal vez fueran necesarios sacrificios humanos para establecer la fe entre los planetas. Si cumplíamos el plan trazado, nuestra fe quedaría probada, para bien o para mal. Si no actuábamos pasivamente el fracaso sería en parte culpa nuestra. De todos modos, si no regresábamos a la Tierra, el miedo y el odio contra los marcianos surgiría allá inevitablemente, ya fuéramos nosotros o los marcianos los responsables del fracaso. El mensaje que había dejado Miller a los periodistas serviría tan sólo para convencer a la gente de que las intenciones de los humanos habían sido buenas. Cualquier otra expedición que volviera a Marte, dispararía contra el primer marciano que se presentara, y quizá sería destruída a su vez.

Pero, ¿cómo podíamos suponer que los marcianos no preparaban una invasión a la Tierra, como se ha anunciado frecuentemente? Era una idea maligna, pero difícil de desechar. Marte estaba moribundo. ¿No era lógico que los marcianos buscaran un nuevo planeta para vivir en él?

Todos estos pensamientos se precipitaron en mi cabeza en aquel instante. Y, si yo tenía ganas de disparar, ¿qué sentirían Craig, Klein y Miller, que no tenían como yo años de intimidad con Vat? Tal vez hubiéramos debido poner las armas

sión de este incidente. Entonces no correríamos peligro de usarlas.

Pero rápidamente perdimos la libertad de movimientos. Los marcianos nos rodearon en una oleada. Millares de tentáculos oscuros, con espinas como serruchos, se prendieron a nuestros cuerpos. Me alegré de llevar un traje para el espacio, no sólo por la leve protección que representaba, sino también por el asco que hubiera experimentado ante el contacto directo con aquellos seres.

**E**STOY seguro de que el pánico fué la causa fundamental de aquella salvaje acometida marciana. Nos redujeron en un instante a la impotencia, pese al terror que experimentaban ante nuestras horrendas formas humanas. ¿Fué acaso ilusión el temblor que creí percibir en esos tentáculos? ¿Y la tendencia a retirarse ante mi contacto? Yo temblaba y sudaba. Sin embargo, mis impresiones eran vívidas. Los monstruos nos echaron al suelo, como si fueran malayos sujetando una serpiente pitón. Tal vez tenían previa idea del aspecto humano... quizás lo conocían por haber realizado expediciones secretas a la Tierra. También nosotros teníamos idea de los marcianos por haber conocido a Vat. Pero, de todos modos, la escena era horrenda.

O quizás ni siquiera sospechaban que proveníamos del planeta vecino. Aunque era obvio que teníamos que ser de otro mundo: nada en su propio planeta tendría tan extraño aspecto.

Nuestras reacciones ante la situación fueron algo discrepantes.

Craig lanzó juramentos por el radiófono de su casco.

Miller, como animándose a sí mismo, dijo:

—Tranquilidad, muchachos; tranquilidad.

Yo no pude decir una palabra.

No fué difícil para nuestros capturadores reconocer nuestras armas. Nos desarmaron; nos sacaron fuera de la nave, y nos hicieron rodear una colina. Nos colocaron luego sobre una plataforma metálica. Un vehículo debajo de nosotros empezó a trepidar y se puso en marcha; podía llamársele un camión, a falta de mejor nombre. La naturaleza de su mecanismo se revelaba únicamente por un leve y helado vapor que surgía al frente. O tal vez aquel vapor provenía de algún escape. Los marcianos continuaban sujetándonos tan ferozmente como al principio. De vez en cuando algunos unían los extremos de los tentáculos, quizá para conversar. Otros cuchicheaban o gritaban, aparentemente sin motivo.

El camino se extendía ante nosotros, bajo la luz de Fobos. Veíamos edificios, tan vagos como suelen ser los edificios durante la noche en un camino. Lo mismo sucedía con la vegetación. Unas luces, tal vez eléctricas, deslumbraban mis ojos y desaparecían. En un profundo valle que recorrimos durante nuestro corto viaje, una niebla densa y estratificada se interpuso entre las luces y nosotros. Observé, abs-trayéndome de nuestra situación, que la niebla estaba formada por innumerables trozos de cristal helado, que resplandecían bajo la luz de las extrañas lámparas. Traté de fijarme en el camino que recorríamos.

Comprobé que nos dirigíamos hacia el este. En la noche se oían ruidos y silbidos que podían provenir de algunas fábricas.

En una oportunidad Miller me preguntó:

—¿Están todos bien?

Las respuestas de Klein y de Craig resonaron hoscas e inquietas en los radiófonos.

—Claro que sí...

—Más o menos... , si no sufro un ataque al corazón.

—Me parece que todavía estamos vivos y sanos —dije yo.

**F**INALMENTE entramos en un largo túnel descendente, lleno de suave luminiscencia que parecía emanar de las blancas paredes embaldosadas. Mi atención se amortiguó un poco. Es posible que mi mente se replegara en sí misma, como pájaro que oculta la cabeza bajo las alas para protegerse. En este estado de semiinconsciencia tuve una alucinación: supuse que era una larva arrastrada a las profundidades de un hormiguero.

Pero una larva pertenece mucho más al hormiguero que lo que yo pertenecía al lugar adonde nos dirigíamos. Esto se hizo evidente cuando terminó el amplio túnel y fuimos arrastrados por un tortuoso laberinto de tubos que no tendrían ni un metro de diámetro. Casi todos estaban embolsados; pero, a menudo, las paredes eran de desnuda roca o de tierra. Dos veces atravesamos compuertas.

No me es posible describir con toda exactitud las cosas que vi u oí en los túneles. Sólo recuerdo un resplandor incandescente y unas

ruedas que giraban. En una habitación de techo muy bajo, con rayos de sol artificiales, crecía un jardín de extrañas plantas. La arquitectura de la ciudad no era enteramente utilitaria y no carecía de cierta gracia. Vi muchas más cosas, pero mi mente estaba confundida, a causa de la sorpresa y de la fatiga.

Sé que atravesamos otra cámara donde había una especie de bandejas llenas de trozos de barro sostenidos en unos soportes. Indudablemente una incubadora para niños marcianos.

Unos minutos después, mis compañeros y yo fuimos depositados en un cuarto pequeño, apenas bastante alto para que pudiéramos permanecer de pie. Allí los marcianos nos soltaron. Nos dejamos caer boca abajo en el suelo. Habíamos tenido un día terrible, y nuestra energía estaba agotada.

La desesperación penetraba en todos mis pensamientos. Debo de haber caído en una especie de coma debido al cansancio. Tuve sueños de conflictos con Alice y los niños, y de mi casa, y casi imaginé que estaba allí de regreso.

Semidespierto me llamé por mil nombres, insultándome. ¡Tener una actitud pasiva ante la gente de otro mundo!... ¡Tranquilizaos!... ¿Cómo se nos ocurrió nunca cosa semejante? Estuvimos locos. ¿Por qué no habíamos utilizado nuestras armas cuando pudimos hacerlo? ¡Qué más daba que nos hubieran matado en el momento!

Y ahora éramos los corderos sacrificables en el altar de la frágil mundos, que habían estado siempre

separados, podían llegar a ser amigos, conseguir intercambios y beneficiarse con las diferentes fases de sus diversas culturas. ¿Cómo era posible que los marcianos, que surgían de trozos de barro, pudieran llegar a parecerse a los seres humanos?

Klein, Craig, Miller y yo estábamos solos en aquel cuarto. En las paredes había ventanillas de vidrio que permitían espiarnos. Tal vez nos observaban todavía.

**M**IENTRAS yo dormía habían cerrado la entrada con un trozo circular de material vidrioso. En el suelo había aberturas, por las que el aire penetraba en la habitación. Bombas ocultas, rápidamente preparadas para nuestra recepción, funcionaban sin cesar.

Miller, que estaba a mi lado, se había quitado el casco de oxígeno. Su sonrisa era algo forzada cuando me dijo:

—Bueno, Nolan, aquí encontramos otra semejanza con lo que sabíamos de antemano. Nosotros tuvimos que conservar a Vat vivo en un arca. Ahora ocurre lo mismo con nosotros.

Esto podía interpretarse como servicio o favor. Sin embargo, yo me sentía más inclinado a considerarme como animal encerrado en un zoológico. Además, el caso de Vat era algo distinto. Porque lo único que Vat había conocido en toda su vida era la urna.

Me quité hasta el casco de oxígeno, especialmente para que conservara intacta la cantidad de aire que le quedaba y que yo pensaba utilizar muy pronto... en la huida.

—No estés tan triste, Nolan —di-

jo Miller—. Aquí tenemos exactamente lo que necesitamos: una oportunidad para aprender, observar y llegar a conocer mejor a los marcianos. Y lo mismo les sucede a ellos con respecto a nosotros. Esta es la mejor situación posible para ambos mundos.

Yo pensaba principalmente y con desesperación en mi mujer y en mis hijos. En aquel momento Miller era para mí un tarado, un maniático, un individuo cuyas ideas filosóficas sobrepasaban la medida del cerebro normal y sano. Y pronto descubrí que Klein y Craig estaban de acuerdo conmigo. Algo había cambiado en nuestra actitud general.

No sé cuánto tiempo permanecimos en aquel cuarto cerrado. Quizás una semana. No podíamos ver la luz del día. Nuestros relojes habían desaparecido junto con nuestras armas. A veces había ruido de mucho movimiento en los túneles que nos rodeaban; a veces, en cambio, no oíamos casi nada. Pero la variación era demasiado irregular para indicar un cambio que se basara en actividades diurnas y nocturnas.

Muchas cosas nos ocurrieron. El aire que respirábamos olía a química. Y los marcianos cambiaban continuamente la composición y la densidad... experimentaban, indudablemente. Algunas veces la atmósfera era terriblemente pesada y húmeda; otras, era tan seca y débil que empezábamos a sentirnos enfermos. También variaba la temperatura, desde frío más intenso hasta el calor del más cálido desierto de la Tierra. Y sospecho que a veces ponían alguna droga en el aire. Descendían nuestra comida en

unos recipientes de metal por una abertura circular del techo. Era la misma materia gelatinosa que habíamos encontrado entre los restos del navío marciano que trajo a Vat a la Tierra. Sabíamos que ese material podía alimentarnos. Su suave dulzura era desagradable a nuestro paladar, pero teníamos que comerlo.

También nos bajaron varios aparatos, entre los cuales había juegos mecánicos que me hicieron pensar cuán grotescas eran las actitudes científicas de terrenales y marcianos. También había un pequeño globo, pendiente de un alambre, cuyo uso jamás descubrimos, aunque Miller recibió un choque eléctrico al tocarlo.

**YO** buscaba a Vat entre los marcianos que venían a observarnos por las ventanitas, esperando volver a encontrarlo. Había notado que el aspecto de los marcianos variaba como el de los seres humanos: ojos más grandes o más chicos, tentáculos más claros o más oscuros... Esperaba reconocer a Vat, pero Vat no se presentaba.

Todos estábamos trastornados. Hasta Miller, cuyo interés científico por las cosas que lo rodeaban parecía sustentarlo aún en el cautiverio, estaba fuera de sí. Yo ya había perdido todo interés. Y Klein y Craig no estaban mucho mejor. Una terrible nostalgia me invadía y, además, me sentía un poco enfermo.

Logré arrancar la suela de metal de una de mis botas, y con esto, cuando suponía que los marcianos no me observaban, comencé a socavar el tapete de caucho que rodeaba el disco de vidrio circular con que



estaba cerrada la entrada principal de nuestra habitación. Craig, Klein y yo trabajábamos en esto esporádicamente. La verdad es que no creíamos poder escapar. Pero algo habíamos de hacer.

—Nosotros tres trataremos de llegar a la nave, Miller, si todavía existe —murmuré una vez—. Tal vez no tengamos suerte, pero... ¿Quieres unirse a nosotros?

Realmente yo no veía ahora a Miller como jefe. Y él parecía estar de acuerdo, porque no protestó contra mi manera de hablar. Y tampoco protestó contra un proyecto que podía llevarnos a la muerte. Posiblemente comprendía que nuestras vidas, en la actualidad, no valían mucho.

Sonrió levemente.

—Yo me quedaré, aquí, Nolan. Si logras llegar a la Tierra, no pintes demasiado mal a los marcianos.

No lo haré —contesté, sintiendo un extraño arrepentimiento.

Aflojar el disco que cerraba la entrada no fué una tarea demasiado difícil. Esperamos un momento

de quietud en la actividad de los túneles que nos rodeaban. Todos, incluso Miller, nos colocamos los cascos para oxígeno, porque la presión de aire en nuestra "urna" iba a descender en cuanto retiráramos el disco. Apoyamos en él los hombros y empujamos. El disco saltó bruscamente. Entonces nosotros tres, dejando a Miller detrás, nos arrastramos a gatas por el túnel que teníamos delante.

**U**NA suerte loca parecía acompañarnos. No tuvimos que recorrer la complicada ruta por la que habíamos descendido a nuestra prisión. En un minuto llegamos a un amplio túnel ascendente. Daba acceso al túnel una compuerta de material semejante al vidrio, que se abría con un sencillo mecanismo. Naturalmente, el aire de la ciudad debía mantenerse a cierta presión hasta para los mismos marcianos.

El corredor principal no estaba exactamente desierto, pero lo atravesamos a la carrera y a grandes saltos, aprovechando la escasa gravedad marciana. Algunas formas, murmurando o chillando, se deslizaron ante nosotros sin vernos.

Llegamos rápidamente a la superficie. La noche era helada. Nos precipitamos afuera. Nos amparamos tras unos matorrales como líquenes, mientras buscábamos el camino principal. Éste apareció claramente bajo la luz de Fobos. Corrimos hacia él atravesando un campo sembrado. Una capa de cristalina escarcha cubría aquellos recios matorrales resistentes al frío. Por un momento, precisamente en el instante en que se oyeron dos dispa-

ros, estuvimos completamente ocultos tras ellos.

Pensé que, para los marcianos, éramos como tigres o leopardos en libertad... y aun peor. En cierto momento me pareció como si hubiéramos saltado de la sartén al fuego. Cuando logramos llegar al camino principal, mi ánimo mejoró. Quizás... , quizás vería dentro de poco tiempo a mi familia. Trenes de grandes vagones sobre suaves neumáticos transitaban a lo largo del camino, arrastrados por poderosos vehículos. Me pregunté si, como sucedía en la Tierra, se hacían aquí también transportes nocturnos para evitar la congestión del tránsito.

—Cuando yo iba al colegio me gustaban las grandes caminatas — dijo Craig.

—No creo que sea eso lo más adecuado ahora; pues lo único que podemos hacer aquí se parece más a saltos de canguro — contestó Klein.

Orientándonos por las estrellas, encontramos la dirección oeste que buscábamos. Las constelaciones, desde luego, eran las mismas que en la Tierra. Nos escondimos detrás de unas hojas crujientes y secas como papel y esperamos que pasara el próximo tren de camiones. Cuando pasó, usamos la agilidad que nos permitía la gravedad marciana, corrimos hacia el vagón de cola y trepamos allí. Nos ocultamos debajo de una cubierta de ruda contextura.

Por entre bultos y cajones observamos atentamente el camino. Vimos unas extrañas placas, que tal vez servían de señales. Otra vez vimos luces y edificios.

Naturalmente, fuimos unos tontos al suponer que podíamos salir de allí

con facilidad. Nuestros nervios sobrecitados nos habían arrastrado a la rebelión, y nos lanzamos a ella sin reflexionar.

**N**UESTRA última esperanza se desvaneció cuando vimos las luces que iluminaban nuestra nave. Sentí un sabor amargo en la boca. Tres cosas podíamos hacer ahora, y ninguna de las tres era muy atractiva.

Podíamos regresar a la prisión. Podíamos ocultarnos en los alrededores hasta que nos encontraran, o hasta que la provisión de oxígeno de nuestros cascos se agotara y nos ahogáramos. O podíamos intentar llegar hasta nuestra nave, que estaba ahora rodeada de marcianos. Cualquiera de las tres alternativas parecía ofrecer sólo una perspectiva: la muerte.

—Yo quiero llegar a la nave — murmuró Klein, con voz ronca.

—Yo también — contestó Craig—. Allí es donde queremos ir. Si han de matarnos o apresarnos, es mejor que sea allí.

Súbitamente, sin saber por qué, se me ocurrió algo: no había guardianes fuera de la habitación cerrada donde estuvimos prisioneros. La huida había sido fácil. ¿Qué significa esto?

—Está bien — dije —; tal vez tengan ustedes el mismo presentimiento que yo. Marcharemos lentamente hacia nuestra nave. Entraremos en la luz lo antes posible. ¿Les parece razonable? Debemos volver al plan primitivo. Y tal vez podamos cumplirlo.

—Está bien — contestó Klein.  
—De acuerdo — asintió Craig.

Saltamos del vagón de transporte en el momento oportuno y corrimos hacia la nave. Nada de lo que habíamos hecho en Marte, ni siquiera nuestro primer encuentro con sus habitantes, tuvo tan extraordinaria emoción.

**P**ASO a paso nos acercamos al área iluminada, manteniéndonos muy juntos para enfrentar a aquella horda que seguía pareciéndonos horrenda. Teníamos a nuestro favor el hecho de que los marcianos de aquí habrían sido prevenidos de nuestra fuga, por medios de comunicación desconocidos para nosotros. Les sería fácil, pues, adivinar que intentaríamos llegar a la nave. Por lo tanto nuestra aparición no los sorprendería violentamente.

Un marciano disparó un tiro sobre nuestras cabezas. Pero nosotros continuamos marchando, procurando que nuestros movimientos fueran lo menos alarmantes posible, para contrarrestar el terror que debíamos producirles.

El pánico y el terror instintivo ante lo desconocido luchaban contra la razón en nuestros cerebros. Llegamos a la proa de la nave y vimos las compuertas abiertas. La horda retrocedió ante nosotros cuando trepamos al interior. Las miradas de los marcianos parecían inquietas, pero no volvieron a atacarnos.

Las cabinas habían sido desmanteladas. Faltaban casi todas las cosas... , hasta el retrato de Alice y de los niños.

—¡Qué importan los detalles! — murmuré—. Toquemos madera, muchachos. Creo que hemos ganado. Y también ellos.

—Tienes razón —dijo Klein sin aliento—. ¿Por qué no han saltado sobre nosotros? La estrategia pasiva de Miller debió de producir buen efecto en el primer instante. Habrá corrido la voz de que no intentamos hacerles daño. Y ellos tampoco quieren hacerlo. ¿Quién que tenga sentido común querría hacerlo?

Me sentí tranquilo. . . , demasiado tranquilo. Me pregunté si los marcianos sentían la misma fascinación que nosotros por los problemas del espacio, pese al mismo terror que sentíamos nosotros ante lo desconocido. Decidí que así era en efecto. Indudablemente ellos deseaban también que las relaciones interplanetarias fueran pacíficas. Ellos podían controlar su desconfianza instintiva, para lograr ese resultado. Si deseaban apoderarse de los recursos de la Tierra, el momento de su realización estaba aún muy lejos. Además, ellos poseían un organismo adecuado para vivir en las rudas condiciones de su extraño planeta. El comercio era la sola posibilidad entre los seres humanos y los marcianos.

Súbitamente Marte dejó de ser para mí una región hostil, perdida en el espacio. Seguía siendo un lugar misterioso, lleno de enigmas. Y también era hermoso. El conocimiento de aquella belleza y de aquel misterio se había logrado al fin, pese a algunos errores. El plan que habíamos trazado, y que Miller había hecho cumplir, daba resultados. Se había quebrado la primera barrera inevitable entre los habitantes de ambos planetas y ahora podíamos comenzar a buscar las similitudes tal vez innumerables.

Habían retirado parte de nuestros

alimentos, probablemente para hacerlos analizar. Pero quedaba comida de sobra en la nave. Cerramos la compuerta, dimos presión a la atmósfera de la cabina, con los tanques de aire, y nos preparamos la comida. Después dormimos por turno, dejando siempre a uno de nosotros de guardia.

Al amanecer, Miller golpeó en la ventana. Lo habían traído desde la ciudad. Su presencia no nos sorprendió demasiado.

**V**AT se presentó a mediodía. Llegó en una especie de aeroplano, que aterrizó junto a la nave haciendo mucho ruido. Yo lo reconocí inmediatamente: sus ojos protuberantes eran inolvidables. Además, cuando descendió del aeroplano traía el tubo para conversar que Klein le había fabricado.

Lo hicimos entrar a la cabina.

—Hola, amigos —dijo manipulando el tubo con sus tentáculos—; veo que han pasado las pruebas casi tan bien como pasé yo aquellas extravagancias que me hicieron hacer en la Tierra.

—¡Conque eran pruebas! —dije.

—Naturalmente. ¿Por qué creen que no vine antes? Dijeron que ustedes tenían que resolver los problemas por sí mismos.

—¿Cómo te trataron? —inquirió Miller.

—En su gran mayoría mi gente me ha tratado bien. Me llevaron a una gran ciudad en el desierto, muy lejos de aquí. Es una especie de capital de Marte. Está situada en un "oasis" donde convergen una serie de ríos. . . . De acuerdo con una vieja teoría de los

astrónomos de la Tierra. Son cintas de vegetación irrigada. Y el agua se bombea bajo tierra. Yo hablé con mi gente en la forma que ustedes pensaron que podría hacerlo, y traté de convencerlos de que ustedes eran buena gente. Pero me parece que ustedes se encargaron de demostrarlo mejor que yo.

—Pese a muchos errores, tal vez lo hemos conseguido, Vat —contesté secamente—. ¿Qué planes tienes ahora? ¿Piensas quedarte aquí? ¿O quieres regresar con nosotros?

Comprendí que iba a quedarse. Era natural. Y tal vez percibí también en él algo lejano, remoto. . . , no inamistosos precisamente; pero ambos comprendimos que nuestros caminos se separaban.

—Es mejor que sea así para lo que estamos intentando, Nolan —dijo.

—Yo podré hablar de la Tierra a mi gente, y ustedes podrán hablar de Marte a los suyos. Además, me gusta vivir aquí. Pero, alguna vez regresaré a la Tierra. Y ustedes también vendrán aquí. Gracias por todo.

—A mí también me gustaría quedarme —dijo Miller sonriendo—, si me dejaran. Bajo las instrucciones de Vat, quizás pudieran mejorar las condiciones de mi habitación.

**Y** así quedó arreglado. Yo también sentí cierta nostalgia al irme. Pero tengo familia, y la vida de hogar está en mi sangre. Klein y Craig

no tenían vínculos como yo, pero se sentían atraídos por muchas razones hacia la Tierra. Además, alguien tenía que informar a los humanos acerca de lo ocurrido.

Permanecemos todavía dos días en Marte, aunque sólo visitamos la ciudad vecina. Tomamos millares de fotografías. Se nos dieron muestras de los aparatos marcianos más comunes, trozos de piedras preciosas con extrañas y hermosas tallas, hechas millones de años atrás, y barras de metal radioactivo.

La Tierra estaba todavía bastante cercana en su órbita como para llegar a ella sin demasiadas molestias. Pusimos nuestra nave en posición vertical, para poder efectuar un arranque interplanetario. La cabina, moviéndose en sus resortes, se niveló. Los marcianos observaban muy interesados, pero, evidentemente, todavía incapaces de desechar sus sospechas. Sin embargo, supimos que una nave marciana, al otro lado del planeta, hacía también su salida y nos seguiría en nuestro regreso a la Tierra. Embajadores, naturalmente, y agregados comerciales.

El retrato de Alice, Patty y Ron quedó en poder de algún coleccionista marciano. Pero yo ya sabía que iba a verlos pronto. . .

El contacto amistoso entre la Tierra y Marte puede todavía echarse a perder por la torpeza de alguien, claro está. Humano o marciano. Hay que ser prudente. ¡Pero ya hemos comenzado!

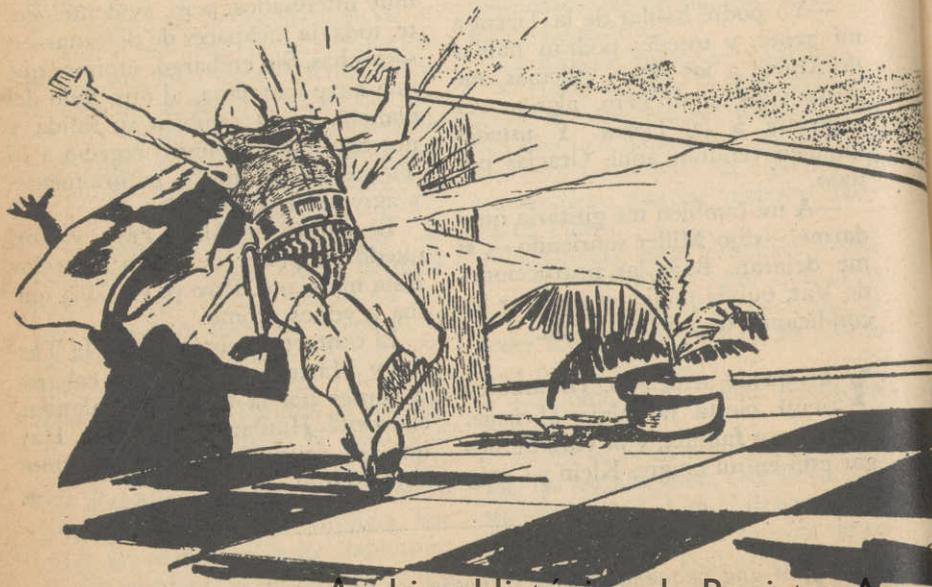
**E**N una pequeña ciudad francesa, un rayo cayó en un corral de ovejas. Todas las ovejas negras murieron y todas las blancas se salvaron.

# HOMBRES contra MAQUINAS

por M. C. PEASE

ilustrado por CSECS

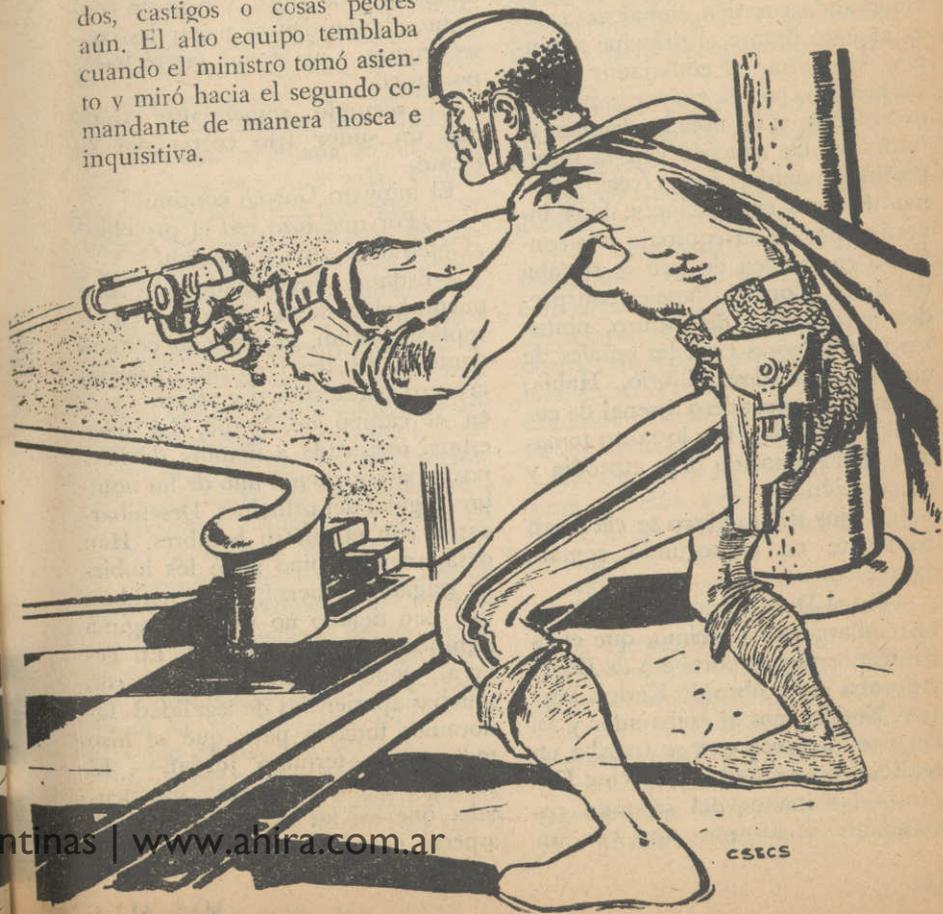
*El ministro estaba desorientado:  
¿podía el ingenio del Príncipe  
hacer que su perfecta máquina  
se equivocará?*



LA oficina del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Federación Mundial se hallaba en una terrible confusión. Hombres de todas las categorías entraban y salían, cruzándose, con caras preocupadas y miradas sombrías. Las secretarias teleaban a toda velocidad. Las teletipos, en los rincones, trabajaban sin pausa.

La puerta se abrió de pronto y entró el ministro en persona, echando a su alrededor una mirada que llevaba advertencias de despidos, castigos o cosas peores aún. El alto equipo temblaba cuando el ministro tomó asiento y miró hacia el segundo comandante de manera hosca e inquisitiva.

—Bueno, Jordán, dígame qué es lo que ha pasado —dijo sombríamente.  
—Sí, señor Gorrell —respondió el segundo comandante—. De acuerdo con los mensajes e informaciones que hemos recibido en forma directa, o a través de nuestro embajador en Dorn, el arribo del príncipe Kallin era esperado para estos días. Desde que esperábamos llegar a obtener de él grandes concesiones en el nuevo tratado, estábamos preparados para recibirlo con todos los



honores y homenajes posibles. Usted recordará, señor ministro, que ése era el camino recomendado por la Máquina Calculadora en Ciencias Políticas como resultado de una acumulación de todos los factores conocidos.

El ministro sacudió impacientemente la cabeza.

—Sí, sí. Conozco todo eso. Prosi-ga usted.

—Ayer por la tarde recibimos información de que un hombre se había registrado en el Hotel Biltwood como el príncipe Kallin. Descando evitar toda cuestión embarazosa para cuando llegara el príncipe auténtico, sin avisar al embajador Lorin procedimos con la mayor rapidez y ordenamos a la policía detener al impostor. De acuerdo con la información reunida, éste ofreció solamente vagas explicaciones. Una investigación de su equipaje nos confirmó en la idea de que se trataba de algún anormal. Papeles con predicciones acerca del futuro, pinturas y otras cosas eran las señales de un evidente desequilibrio. Había, además, un verdadero arsenal de cuchillos y pistolas. Por lo tanto tomamos al desconocido bajo custodia y observación.

Los ojos del ministro se clavaban fríamente en el segundo comandante.

—En el Departamento de Policía, sin embargo, establecimos que efectivamente su pasaporte era de Dorn, y llevaba el nombre de Kerlon Peynor. Notificamos al embajador y así llegamos a saber que se trataba en realidad del verdadero príncipe Kallin —las manos del segundo comandante se alzaron aquí con un

gesto desconsolado—. Desde luego que lo dejamos en libertad inmediatamente, con las más amplias excusas oficiales, las cuales pareció aceptar, lo cual fué muy correcto, después de todo, por su parte. Pero, aunque esto no nos traiga más dificultades, estamos obligados a preparar nuevos planes en forma inmediata.

—Realmente —dijo el ministro— no tengo mucho por qué culpar a usted. Trataré de salvarlo, si puedo. Pero el Gran Director quiere apoderarse de Dorn, y si no lo consigue, alguno deberá pagar las consecuencias, y no sé qué podré hacer por usted.

El segundo comandante sintió que un sudor frío corría por su frente.

El ministro Gorrell continuó:

—¿Por qué hizo eso el príncipe? ¿Cómo llegó aquí y para qué?

—Estamos investigando lo que puede haber detrás de todo esto —replicó Jordan, el segundo comandante—. El llegó en un pequeño crucero estratosférico y aterrizó ayer en el campo de Narob. La nave estaba registrada a nombre de Peynor, aparentemente uno de los nombres legales del príncipes. Desembarcaron con él cuatro hombres. Han desaparecido como si se los hubiera tragado la tierra, y los nombres que han dejado no tienen ninguna significación para nosotros. En general, todo estaba arreglado con muchas apariencias de legalidad. Ignoramos todavía para qué se hizo todo esto —terminó Jordan—. El príncipe dice sencillamente que pensaba que así las cosas tendrían un aspecto novedoso, y ha venido por el

que esperaba que lo arrestáramos. Todo esto no tiene sentido para mí, señor ministro. Hemos dado el problema a la Máquina Calculadora en Ciencias Políticas, pero no hay respuesta todavía, naturalmente.

**E**RA ya de noche cuando el ministro Gorrell se presentó en la residencia del príncipe Kallin. La diplomacia normalmente, se desarrolla de acuerdo con las estrictas normas del protocolo. Y, ciertamente, no es costumbre de un embajador, de cualquier categoría que fuere, recibir una visita oficial hallándose con un brillante smoking color verde y con un cocktail en la mano. Y, mucho menos todavía, tener una rubia muchacha reclinada en un sofá, como ornamento de la sala. El hecho de que ella fuera presentada como una periodista a la caza de noticias, no mejoraba las cosas. Cuando el príncipe insistió en que ella no se retirara de la sala, la comitiva que acompañaba al ministro Gorrell se sintió completamente desconcertada.

Pero Gorrell era un hombre duro. Debía serlo para conservar su puesto de ministro del Gran Director. Debía ser capaz de mantener vivo su ingenio y tranquilo el pulso en medio de las más confusas y difíciles circunstancias, y éste era uno de los principales requisitos de su tarea. Luego de un instante de confusión, su rostro volvió a ser impassible y sus ademanes corteses. Los subordinados de su comitiva siguieron su ejemplo de discreta cortesía.

Realizadas las presentaciones y servidas las bebidas, Gorrell presentó las excusas de la Federación por el

príncipe agitó sus manos, quitando toda importancia al asunto.

—No son necesarias excusas formales —dijo—. Comprendo perfectamente que no podía esperar otra cosa que lo sucedido. De hecho lo esperaba así. No habrá dificultades por esta cuestión.

Gorrell esperaba algún otro comentario, pero como éste parecía no llegar, decidió abordar la cuestión por sí mismo.

—Para decir la verdad, Alteza, nos hallamos confundidos por la forma de su llegada. Eso estaba completamente fuera de lo que se acostumbra para personas de su jerarquía.

—¿Desea usted alguna explicación? —preguntó el príncipe, con una sonrisa.

Gorrell movió la cabeza con afirmativa deferencia.

—Es muy simple —prosiguió el príncipe—. Era claro, de acuerdo con la forma en que se iniciaron las negociaciones, que ustedes deseaban obtener algo de nosotros. Y era también claro que ustedes estaban tratando de ganar el control de la Liga de los Estados Fronterizos.

El ministro trató de adelantar alguna objeción, pero el joven príncipe, serio de pronto, lo ignoró completamente.

—El único camino de ustedes para lograrlo pronto es destrozarnos la Liga. Hemos pensado que éste será el movimiento de apertura de este juego. Normalmente, en circunstancias parecidas, nosotros habríamos arribado aquí con todas nuestras fuerzas, en un enorme crucero estratosférico, equipado con nuestra más grande máquina de Cálculos

Políticos, para enredarnos en un largo duelo de palabras, y usando las máquinas para analizar las implicaciones de éstas en cada cosa que ustedes dijeran, y tratando de no cometer equivocaciones por nuestra parte. Todo esto hubiera estado muy bien si nosotros hubiéramos tenido un punto de partida favorable para nuestros intereses, pero no era así...

El príncipe prosiguió hablando con frialdad mientras el atento círculo bebía pausadamente los licores servidos.

—En el caso presente, sin embargo, hemos considerado que ésa no era nuestra mejor posibilidad, y que seríamos puestos rápidamente fuera de combate. Vuestra máquina siempre sería superior a la que nosotros podríamos embarcar en nuestra nave estratosférica. Podríamos haberlos negado a discutir con ustedes, pero eso hubiera debilitado nuestra posición, aunque este sacrificio hubiese sido el menor de los males.

El ministro se sentía cada vez más desconcertado ante estas desusadas manifestaciones.

—Analizando la situación —finalizó el príncipe—, llegamos a la con-

clusión de que, eliminando las máquinas y tratando de hombre a hombre el asunto, podríamos arreglarnos mejor. Y yo pienso —y aquí el príncipe se sonrió extrañamente— que mientras yo esté aquí la máquina de ustedes no ha de servir para nada.

—Pero —inquirió Gorrell, completamente desorientado—, ¿qué tiene que ver todo eso con su manera de llegar a nuestro país?

—Este es un pequeño problemita para que usted se entretenga en resolverlo —contestó el príncipe.

El resto de la entrevista fué todavía más insatisfactoria para el ministro. El joven ignoró suavemente todas las tentativas para arrancarle otras declaraciones. Las preguntas directas las contestó con negativas más directas todavía. Gorrell levantó el campo sin haber logrado nada más que formales acuerdos para iniciar conferencias a fondo dentro de los días siguientes.

**M**UY pronto tuvo Gorrell ocasión para preocuparse. En primer lugar, descubrió que aquella afirmación del príncipe sobre la incapacidad prevista de la Máquina Calculadora en Ciencias Políticas no

### Icaro

**E**N 1968, el planetoide Icaro se acercará hasta unos 6,5 millones de kilómetros de la Tierra; es decir, una distancia cuatro veces más cercana que la calculada para cualquier otro planetoide. Icaro es muy chico: su diámetro es de unos 800 metros, y se aproxima bastante al Sol, pudiendo llegar hasta unos 27 millones de kilómetros del mismo. Por eso se le ha llamado Icaro, como aquel joven mitológico que pretendió llegar hasta el Olimpo volando por medio de alas de cera, que se derritieron por el calor del Sol. Como consecuencia, el planetoide Icaro se estrella contra la Tierra. Menos mal que Icaro, el planetoide, no tiene alas de cera.

había sido una ligereza como había pensado, y que el príncipe no era tan tonto como él se figuraba en un principio. La máquina no daba soluciones para ninguna de las cuestiones que se le planteaban con relación al príncipe Kallin. Formuladas las interrogaciones, la máquina relampagueaba una inmediata respuesta: "Habrá una corta espera mientras se realiza el proceso de integraciones". Solamente que el proceso no era corto y parecía continuar indefinidamente. La necesidad de resolver otras cuestiones hacía urgir la devolución del problema Kallin. Y volvía el problema, pero con una mención inquietante: "Sin solución".

La dificultad se agravó rápidamente. Comenzaron a aparecer en la máquina contestaciones irrazonables. Cuestiones ya contestadas y vueltas a preguntar, obtenían diferentes respuestas. La organización del Gran Director comenzaba a mostrar incertidumbre y los jefes se daban cuenta de que la máquina ya no era segura.

Se tomaron medidas. La palabra sabotaje fué pronunciada y los ametralladoristas de la policía detuvieron a sospechosos que, al fin de cuentas, ninguna culpa tenían. Los más rigurosos exámenes evidenciaron que la máquina no tenía ningún defecto comprobable.

Gorrell pensaba únicamente en el sabotaje. Desesperadamente trataba de apresar a los cuatro misteriosos que arribaron con el príncipe Kallin y que desaparecieron sin dejar rastros. Gerry, la muchacha repórter que estaba con el príncipe en

da cuidadosamente. Pero nada contrario a su probada fidelidad a la Federación Mundial pudo compróbarsele.

La caza de los cuatro desconocidos fué sumamente dificultosa. Habían desaparecido sin dejar ni un solo rastro. Sin embargo, a través de una complicada pista uno de ellos fué localizado en el Hotel Granter. Estaba solo, pero cuando descendía por las escaleras automáticas los hombres de la Sección Seguridad que lo llevaban rodaron muertos, limpiamente tocados por un tirador oculto detrás de una puerta electrónica.

La casa estaba rodeada por un cordón de urgencia que aseguraba que los desconocidos, cuantos fueran, no podrían huir. Xenon, el jefe de la patrulla, desparramó sus hombres rápidamente por el interior del hotel, cuya distribución facilitaba la acción de los perseguidos. El desconocido liberado pudo ser definitivamente acorralado en el último piso. Xenon trató de capturarlo vivo, pero uno de sus policías, enfrentado por una pistola atómica que había ya derribado a tres de sus colegas, lo eliminó, cuando ya prácticamente lo tenían asegurado.

El tirador que había hecho fuego desde la puerta electrónica seguía disparando furiosamente, atrincherado en su refugio. Xenon logró contener a su gente y preparó un ataque de bombas de sueño. Tres de ellas fueron arrojadas con firme puntería. Veinte segundos después dos policías con las caretas de seguridad arrastraban el cuerpo inerte del asaltante. Estaba muerto.

Xenon, al informar con la visión

de los campos de concentración ante los ojos, no podía explicarse cómo pudo ser muerto un testigo tan necesario. Ni cómo se habían desvanecido en el aire sus dos compañeros, que lógicamente debían haber estado con ellos. El ministro Gorrell, que aguzaba su inteligencia, dió la solución cuando pidió hablar con los hombres que asaltaron el refugio bombardeado con los proyectiles de sueño. No se les pudo hallar. No formaban parte del grupo que participó en la lucha.

Las cosas se reconstruyeron rápidamente. Mientras el primer desconocido moría acorralado en el último piso y el segundo se defendía como un tigre en su atrinchamiento, los dos restantes, aprovechando la confusión, se habían apoderado del equipo de los dos policías caídos, se habían incorporado a la tropa, copando el asalto, para liquidar al compañero ya sin salvación.

La orden de captura se reiteró con la máxima energía. Se sumaron a las secciones todos los grupos auxiliares menores. El nuevo plan de acción fué trazado por los mejores técnicos en un febril esfuerzo. El mismo Gran Director los examinó, a pedido de Gorrell, para lograr una movilización total.

Las pesquisas se reanudaron desesperadamente. Millares de investigadores cerraron una tupida malla que abarcaba las más dilatadas fronteras de la Federación Mundial. Prácticamente, ni el más in-

significante ser quedaba fuera del control de las oficinas especializadas. Centenares de sospechosos fueron detenidos y cuidadosamente revisados. El esfuerzo tenía que dar resultados. Y los dió, aun cuando, al fin de cuentas, los propósitos perseguidos no pudieron ser satisfechos tal como lo deseaban.

Seis días después del gran tiroto del Hotel Granter, en el campo de aviación Oeste, uno de los dos restantes desconocidos, en traje de oficial naval, fué ubicado en el momento mismo en que se apresaba a partir el estratosférico internacional. Cuando la nave aérea recibió la orden de detención de urgencia, el desconocido, con una pistola electrónica, apuntó a la cabina de comando obligando a los tripulantes a no abandonar sus puestos, pero no logró convencerlos para iniciar la marcha. Desgraciadamente para Xenon, en el avión habían embarcado dos altos funcionarios que iban a morir sin remedio si se iniciaba el asalto. Todo el aparato oficial fué movilizado en pocos minutos y una vez controlados todos los campos posibles de aterrizaje, el avión recibió autorización para la salida. La nave estratosférica, cuidadosamente vigilada por los cazas aéreos, especialmente destacados, navegó dos horas. Cuando el avión perseguido hizo un aterrizaje de emergencia en el campo de Krosser, el desconocido ya no estaba en él. Al partir,

### Torio en el mar

El torio 230, elemento de gran interés en el desarrollo de la energía atómica, ha sido aislado de sus minerales del fondo del mar.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahra.com.ar](http://www.ahra.com.ar)

éste había inutilizado los transmisores radiales; y media hora después, en el banco de nubes de la región 38 había saltado de la nave, con el equipo de salvamento especial, siendo recogido por un "Centella" de los Estados Fronterizos. Hacía muchos años que no se registraba una hazaña de esta naturaleza, y, aunque los detalles de la acción no llegaron al gran público, la cuestión causó una gran impresión y fué muy comentada por la audacia y la decisión de que había hecho gala el incógnito personaje en vuelo tan difícil.

El cuarto y último de los acompañantes del príncipe Kallin pasó la frontera bajo las mismas narices de los policías de Xenon, al frente de una delegación de miembros del congreso de matemáticas, exhibiendo el pasaporte especial de la Federación. Cuando el indignado profesor, cuyo pasaporte había servido para el fugitivo, fué hallado bajo los efectos de una inyección estupefaciente, éste ya había pasado la línea neutral y se hallaba a salvo, escudado en los pactos internacionales, aun cuando a pesar de ello y como una garantía suplementaria, destinada evidentemente a evitar reclamaciones oficiales, tuvo buen cuidado en no exhibirse y desapareció sin dejar rastros de su identidad.

Los desconocidos no fueron los únicos en desaparecer. Dos semanas después que la pesquisa se clausuraba con los resultados conocidos, un nuevo jefe tomaba a su cargo la dirección de la Policía Federacionista. Pocos días después ingresaban en un campo de custodiados doce

quiera sido posible reconocer al fracasado jefe y a la plana mayor que con tan poca fortuna lo secundara en la desgraciada aventura.

Las conferencias, entretanto, se sucedían sin éxito. El príncipe se limitaba a escuchar las argumentaciones de los federacionistas, mientras hacía garabatos en un papel. Cuando se le hacía una proposición contestaba simplemente con un "sí" o un "no", sin dar nunca las razones que tenía para ello.

—La contestación primera fué "no" —decía plácidamente— y "no" quedará. Es muy claro. Veamos otra cosa.

Otras veces decía:

—He dicho sí, ¿es verdad? Hay un montón de razones para este acuerdo. Usen ustedes cualquiera de ellas. Sigamos con otro punto.

Y lo tremendo era que rehusaba cláusulas simples y aceptaba las trampas, desorientando completamente a sus adversarios. Y la máquina guardaba ahora el más completo silencio. Ya no daba soluciones.

Gorrell se desesperaba. La anulación de la máquina desquiciaba toda la organización, y poco a poco se extendía la idea de que él era el responsable de todo. El mismo Gran Director había hecho sombrías apreciaciones y el Ministro de Propaganda, que tenía la máquina a su cargo, echaba toda la culpa a Gorrell para sacar de su garganta el lazo que la iba apretando.

Gerry, la repórter, por fin trajo entre otras muchas cosas sin importancia, una gran información a Gorrell.

—El príncipe estaba borracho —dijo—. Se burlaba de usted —Gorrell se movía incómodo en su asiento con deseos de estrangular a la muchacha—. Riéndose y jactándose —prosiguió ella— me mostró una carpeta en la cual, me dijo, había cosas que serían muy valiosas para usted. Le pregunté qué era, y respondió que allí estaba el tratado por el cual usted rogaría dentro de muy poco. Estuvo grosero y dictatorial. Arrojó la carpeta en un armario, lo cerró, y de pronto me preguntó: “¿Cuánto duraría el Gran Director en la Máquina Calculadora?”, y luego se metió en la cama.

La muchacha mostró entonces la carpeta.

—¿Cómo la consiguió usted si él la dejó bajo llave? —preguntó Gorrell.

—Vi el saco en el que echó la llave. Hoy cambió su traje y estaba muy bebido para recordarlo, por supuesto.

—O bien él deseaba que llegara hasta mí la carpeta —murmuró Gorrell—. ¿Dónde está él ahora?

—Anda en una jira de cortesía —replicó ella—. No sé si lo hizo a propósito, pero pensé que de todas maneras debí traer el documento.

—Naturalmente —dijo Gorrell—. Sacaremos copias fotoestáticas y lo devolveremos inmediatamente.

El ministro no era hombre de perder el tiempo. Podía, si la ocasión lo hacía necesario, discutir por detalles y pelear por una coma, pero prefería los medios expeditos. Esa misma tarde, en la conferencia con el príncipe presentó como proposición suya el tratado que la muchacha había sustraído del armario.

El príncipe examinó el documento. Estaba claro que sólo le interesaban determinados párrafos. Finalmente, pareció satisfecho.

—Caballeros —dijo—, ya me sentía aburrido aquí, francamente hablando. Yo estaba en conflicto con intereses diversos, pero creo aceptable lo que aquí se propone. Firmemos.

Se liquidaron rápidamente las formalidades menores, y en el banquete de celebración Gorrell habló con el príncipe acerca de sus dudas sobre lo ocurrido.

—No le diré nada —dijo el príncipe con una amplia sonrisa—, porque deseo estar lejos con el tratado para cuando ustedes averigüen los hechos. Pero tienen ustedes aquí un hombre, el doctor Albert Fenross, que puede aclarar todas las incógnitas. Sé que él está mal visto por hablar con excesiva claridad y franqueza. Sin embargo, es lo mejor que ustedes tienen. Pídale una explicación; él aclarará su significado.

**E**L ministro era un hombre eficiente. Apenas el príncipe se embarcó en su nave estratosférica, un camión llegaba al domicilio del doctor Fenross, cargado con todos los documentos relacionados con el asunto. Férreos e insalvables cordones de guardias, armados hasta los dientes, rodearon la casa mientras trabajaba el científico.

Veinticuatro horas después se presentaba éste ante el ministro, con el trabajo terminado.

—¿Resuelto el problema? —preguntó Gorrell.

—Sí —contestó Fenross con idéntica sequedad.

—Ha sido un trabajo rápido. Lo felicito.

—Supe lo sucedido con sólo leer el sumario por usted preparado. Me he demorado, para presentar estas notas, con objeto de lograr la reparación de la máquina calculadora, dentro de lo posible.

—¿Puede explicármelo? Naturalmente, siento mucha curiosidad por conocer sus conclusiones.

—El hombre que ha estado aquí no era el príncipe, sino el más destacado matemático de la Liga de los Estados Fronterizos. Nuestras máquinas calculadoras son superiores a las de ellos. Pero nuestras máquinas, si pueden reemplazar al cerebro con ventaja en los análisis, no pueden, como el cerebro, desechar las cosas ilógicas. Peynor el matemático, conociendo las limitaciones de la máquina, comenzó a despistarla con una llegada espectacular fuera de toda costumbre. Aceptó y rechazó las cláusulas del tratado, diciendo “sí” o “no” caprichosamente, según se le ocurría en el momento y sin ninguna razón para ello, como si arrojara una moneda al aire para decidirse. La incoherencia de sus respuestas enloqueció a nuestros aparatos. La máquina sabía que Peynor quería quebrantarla. Un hombre que se halla frente a esta situa-

ción, y la comprende, se retiene, esperando en tensión a que llegue su oportunidad. Pero la máquina no conoce sus limitaciones. Peynor no le daba ningún indicio razonable para que ella comenzara sus deducciones: sumó y restó todos los datos que se le ofrecían, vaciló, se equivocó y finalmente quedó dislocada frente a los absurdos.

—¿Podría el príncipe Kallin volver a paralizar la máquina?

El científico miró al ministro con aire de burla.

—No sólo Kallin —contestó—. ¿No hay acaso teóricos matemáticos entre los grupos revolucionarios?

El ministro saltó en la silla.

—¿Qué quiere usted decir?

—En cualquier momento de crisis podría hacerse fracasar a la máquina. Y entonces la organización del Gran Director...

—Pero si finalmente el tratado realizado da a la máquina el elemento razonable que le devuelva su eficiencia...

—Será entonces demasiado tarde —dijo el matemático, y añadió—: Creo que ha llegado el momento de que el Gran Director cambie de modos y trate de subsistir de otra manera en vez de como hasta ahora.

Y lentamente, con una sonrisa burlona, salió de la sala. ✦

### Procedimiento para recuperar uranio

**S**E ha patentado un procedimiento para recuperar uranio de minerales o de materiales que lo contienen. Se trata de un proceso de flotación mejorado, que captura al material radioactivo previamente pulverizado con el mineral y mezclado con agua; eso se consigue con el agregado de un detergente y una sal de un ácido graso, y luego, agitando para formar espuma. El uranio y sube a la superficie.

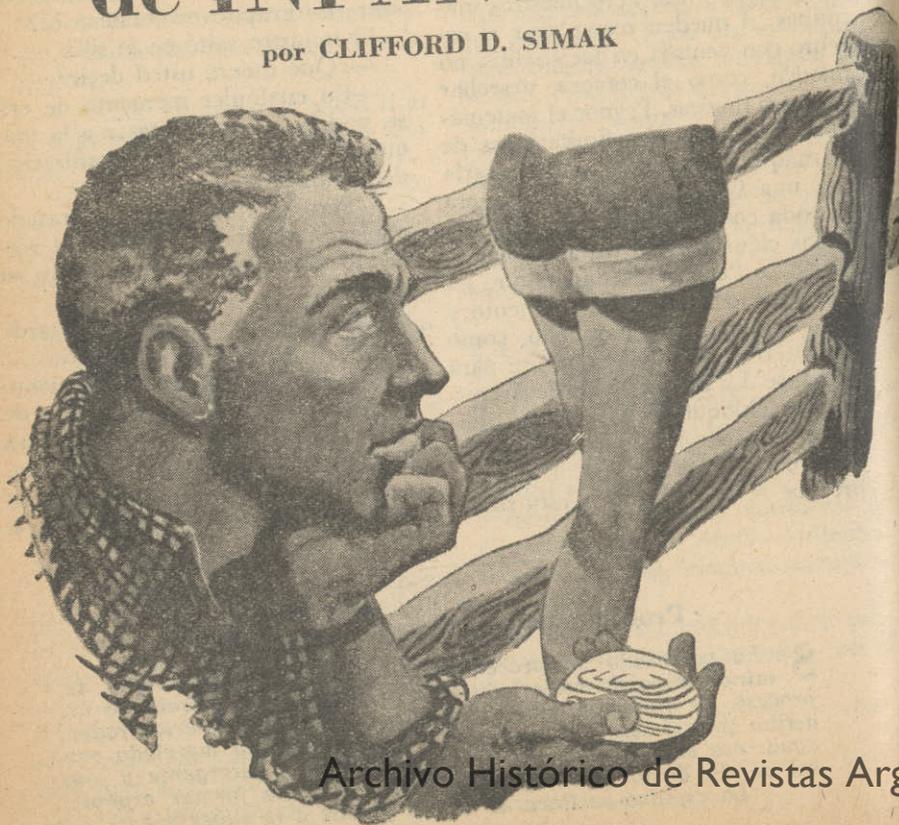
¿Por qué iban a temer un objeto  
destinado a hacer felices  
a las gentes?  
Por ningún motivo, excepto...  
¿quién lo envió, de dónde  
y con qué fines?



Ilustrado por SILBEY

# JARDIN de INFANTES

por CLIFFORD D. SIMAK



SE fué a pasear de madrugada, antes de que el Sol hubiera salido allá tras el viejo y abandonado granero. Atravesó el arroyo y subió hacia el prado, hundiéndose hasta el tobillo en la hierba salpicada de flores, sobre un campo húmedo de rocío y pleno aún de frescura nocturna en el aire.

Había salido tan temprano porque sabía que no le quedaban ya muchas mañanas como aquella; cualquier día, el dolor podría acentuarse, y él estaba dispuesto ya a solucionar aquello cuando ocurriera... Llevaba bastante tiempo dispuesto a solucionarlo.

No tenía prisa. Daba cada uno de sus pasos con cuidado, como si fuera el último, sin perderse un solo detalle: las

caritas de las rosas del prado vueltas hacia él con lágrimas de rocío en sus mejillas, o los trinos de los pájaros en los setos que bordeaban las zanjás.

Encontró aquella máquina junto al camino que atravesaba un bosquecillo, en la parte alta de una barranca. Al principio, le irritó el verla, porque no solamente era algo desconocido, sino que estaba también fuera de lugar, y en su mente y su corazón no quedaba sitio más que para las cosas vulgares. Lo vulgar, lo esperado, la realidad básica de la Tierra, era lo que había ido a buscar en aquella granja abandonada donde ahora vivía: lugar que había elegido para enfrentarse con su fin.

Se detuvo en el camino y se quedó mirando la extraña máquina, mientras las rosas, el rocío y los cantos de los pájaros huían de él y lo dejaban solo con aquello, que parecía escapado de una fábrica de artefactos eléctricos para el hogar. Pero, al mirarlo empezó a ver en él pequeñas diferencias y comprendió que no se parecía a ninguna de las máquinas de aquella clase que había visto hasta entonces; que no era un lavarropas fugitivo, o una licuadora evadida de la fábrica.

ANTE todo, la máquina brillaba no con lustre metálico o de porcelana, sino como si despidiera resplandor interior. Si uno la miraba, le daba la impresión de que la veía hasta el fondo, pero no con la claridad suficiente para distinguir la forma de lo que había dentro de ella. Era rectangular y mediría aproximadamente un metro de an-

cho por metro y medio de alto, y medio de fondo; pero no tenía ningún tirador, palanca o dial para hacerla funcionar: nada que sugiriera que aquella máquina estaba destinada a funcionar por mano del hombre.

Se acercó a ella, se inclinó y le pasó la mano por la parte superior, sin pararse a reflexionar por qué lo hacía, pensando, cuando ya era tarde, que habría sido mejor no acercarse. Pero por lo visto no había ningún mal en tocarla, porque nada sucedió... al menos inmediatamente. El metal, o la substancia de que estuviera hecha, era suave al tacto, y, bajo la lisura de su superficie, le pareció sentir una terrible dureza, una fuerza espantosa.

Apartó la mano y retrocedió.

La máquina hizo un ruidito seco, sólo uno, y a él le dió la impresión de que lo hacía no porque necesitara hacerlo para funcionar, sino para atraer la atención, para que él supiera que era una máquina que funcionaba, que tenía una función e iba a cumplir con ella. Y tuvo la sensación de que cuando tuviera que cumplir con sus funciones, lo haría con gran eficiencia y mínimo ruido.

Entonces, la máquina puso un huevo.

Nunca pudo explicarse por qué había pensado en aquello de ese modo, ni siquiera más tarde, cuando volvió a reflexionar.

Pero, sea como fuere, el caso es que puso un huevo, un huevo que era un pedazo de jade verde, con vetas de blanca lechosa, exquisitamente labrado con extraña apariencia simbólica.

Se quedó un momento inmóvil,

mirando el jade. En medio de su excitación, olvidó cómo había surgido y quedó deslumbrado por la belleza de la piedra y por el modo soberbio con que estaba labrada. Era la más hermosa pieza que había visto, y él sabía exactamente cuál sería su textura bajo sus dedos y cómo, al examinarla de cerca, descubriría que había sido tallada por mano maestra.

Se inclinó y la levantó, poniéndola con amor en su mano, comparándola con otras piezas que había visto y manejado durante años enteros en el museo. Pero ahora, aunque tuviera el jade entre las manos, el museo le parecía un lugar nebuloso, perdido en los corredores del tiempo, aunque en realidad hacía escasamente tres meses que había salido de él.

—Gracias —le dijo a la máquina; y, un instante después, pensó que era una tontería hablarle a una máquina como si fuera persona.

La máquina siguió en su lugar, sin producir ningún otro ruido.

Finalmente, él se dirigió de nuevo a la vieja granja que se erguía en lo alto de un montículo, más allá del granero.

**E**NTRÓ en la cocina y dejó el jade en el centro de la mesa, para poder verlo mientras trabajaba. Encendió el fogón y lo alimentó con ramas cortas y secas, para que ardiera pronto. Luego puso a hervir agua, sacó los platos de la despensa y preparó la mesa. Frió el tocino, lo secó con un papel y echó en la sartén los huevos.

Se sentó a la mesa y se inclinó delante, admirando una vez

más su textura, tratando de descubrir el significado del simbolismo de su talla y, finalmente, preguntándose cuánto valdría. Mucho, pensó... aunque de todas las consideraciones, aquella era la menos importante.

La talla le intrigaba. No se parecía a ninguna de las que había visto o de las que conocía por lecturas. No podía imaginarse qué quería representar. Y, sin embargo, aquel jade poseía belleza, fuerza y carácter, que lo acreditaban como producto de una cultura altamente desarrollada.

No oyó a la muchacha que subió los escalones y atravesó el porche, ni se enteró de su presencia hasta que ésta llamó con los nudillos en la puerta. Entonces alzó del jade los ojos y la vió en el umbral de la puerta de la cocina y, aunque le pareciera un absurdo, se dió cuenta de que estaba pensando en ella en los mismos términos que en el jade.

El jade era frío y verde, y ella fresca y blanca, pero sus ojos, pensó, tenían la misma suavidad de aquella maravillosa piedra, aunque eran azules.

—Hola, señor Chayá —saludó la joven.

—Buenos días —replicó él con evidente agrado.

Era María Martel, la hermana de Juanito.

—Juanito quería ir de pesca con el chico de los Álvarez —dijo María—. Por eso yo le traje la leche y los huevos.

—Me alegro de que lo hiciera —dijo Pedro—; pero no debería haberse molestado. Yo podía haber

ido hasta allí. Me habría hecho bien.

Se arrepintió de la última frase, porque era algo en lo que pensaba demasiado, últimamente: que el hacer tal o cual cosa, o el dejar de hacerla, le haría bien, aunque sabía con toda certeza que nada podía hacerle bien. Los médicos se lo habían dicho con toda claridad.

**T**OMÓ los huevos y la leche, e invitó a María a entrar, mientras guardaba la leche en la fresquera porque no tenía electricidad para una heladera.

—¿Desayunó ya? —le preguntó.

María contestó que sí.

—Mejor —dijo él—; porque yo vivo aquí como un ermitaño.

Y se arrepintió también de haber dicho esto.

Chayá, se dijo, basta ya de quejas.

—¡Qué cosa tan hermosa! —exclamó María—. ¿Dónde la compró?

—¿El jade? Eso es lo más curioso... Lo encontré.

Ella tendió la mano hacia la piedra.

—¿Me permite?

—¡Cómo no! —dijo Pedro.

Se quedó mirando la cara que ella ponía al tomarla y levantarla en sus dos manos, con tanto cuidado como él.

—¿Usted encontró esto?

—Bueno, exactamente, no lo encontré, María. Me lo dieron.

—¿Un amigo?

—No lo sé.

—¡Qué cosa más rara!

—No es tan rara. Me gustaría

mostrarle... al personaje que me lo dió. ¿Dispone de un minuto?

—Sí, claro que sí; —dijo María— aunque tendré que apurarme. Mamá está haciendo dulce de duraznos.

Bajaron juntos la cuesta, pasaron frente al granero y atravesaron el arroyo para entrar en el prado. Mientras subían por él, Pedro se preguntó si lo encontrarían allí, si seguiría estando en el mismo lugar..., si había estado allí alguna vez.

Estaba.

—¡Parece una cosa fuera de este mundo! —dijo María.

—Esas palabras tuyas me parecen muy apropiadas —convino Pedro.

—¿Qué es, señor Chayá?

—No lo sé.

—Usted dice que le dieron el jade. No querrá decir que...

—Sí, exactamente —contestó Pedro.

Se acercaron a la máquina y se quedaron mirándola. Pedro se fijó de nuevo en su brillo y sintió otra vez la extraña sensación de que podía ver dentro de ella..., no muy

lejos, sólo un poco, y tampoco muy bien. Pero, aun así, se podía penetrar con la mirada el metal, o lo que fuera, y eso lo intranquilizaba a uno, sin saber por qué.

María se inclinó y le pasó las manos por la parte superior.

—El tacto es normal —dijo—. Parece como porcelana o...

La máquina crugió y un frasco apareció en la hierba.

—Para usted —dijo Pedro.

**P**EDRO tomó el frasquito, lo levantó y se lo entregó a ella. Era un triunfo del arte vidriero y resplandecía con iridescentes colores a la luz del sol veraniego.

—Me imagino que debe de ser perfume —dijo él.

Ella le quitó el tapón.

—Magnífico —exclamó, tendiéndoselo para que lo oliera.

Realmente era magnífico.

Volvió a cerrar el frasco.

—Pero, señor Chayá...

—No sé —dijo Pedro—. Simplemente, no lo sé.

—¿Ni siquiera lo sospecha?

El meneó la cabeza.

—¿Lo encontró aquí?

—Salí a dar un paseo y...

—Y aquí estaba esto, esperándolo a usted.

—Bueno, en realidad... —comenzó a explicar Pedro; pero, al pensar en ello, le pareció que había sido exactamente así: no había encontrado la máquina: la máquina lo estaba esperando.

—Fué así, ¿no es cierto?

—Ahora que usted lo menciona... —dijo Pedro—. Sí, creo que me estaba esperando. No específicamente a mí, quizá, sino a cualquiera que fuera por el camino. Estaba esperando que la descubrieran, aguardando una oportunidad de cumplir con su función fuera cual fuere.

Porque ahora le resultaba tan claro como el día que alguien la había dejado allí.

Allí, en el prado, estaba él ahora, junto a María Martel, la hija del granjero, rodeado de la hierba familiar los arbustos, el ruido estridente de las cigarras, despertadas por el creciente calor del día, y el lejano sonido de una esquila... y sintió dentro de sí el frío de un pensamiento terrible que le atravesó el cerebro: pensamiento que tenía por fondo el negro espacio, el tiempo oscuro e interminable. Sintió como si algo, una cosa fría y desconocida, tendiera las manos hacia el calor de la humanidad y la Tierra.

—Volvamos —dijo.

**V**OLVIERON a través del prado, hasta la casa, y permanecieron un momento en la puerta.

—¿Cree que deberíamos hacer algo...? —preguntó María—. ¿Deberíamos decírselo a alguien?

—Primero quiero pensar en ello.

—¿Y hará usted algo?

—Creo que ni yo ni nadie vamos a poder hacer nada.

La vió alejarse camino abajo, y él se volvió a su casa.

Sacó la máquina de cortar césped. Cuando terminó de cortarlo, se dedicó a arreglar las flores. Las zinias estaban saliendo muy bien, pero a los ásteres les debía de pasar algo, porque no crecían como era debido. Y la hierba invadía el macizo. Hiciera lo que hiciera, la hierba lo invadía siempre y ahogaba las plantas.

Después de comer pensó, tal vez iré a pescar. Quizá el ir de pesca me hará...

Y se contuvo antes de terminar la frase.

Se agachó junto al macizo, empuzó a revolver la tierra con la pala y pensó en la máquina que había en el prado.

No quiero pensar en ella, le había dicho a María; pero ¿en qué iba a pensar si no?

Algo que alguien había dejado en el prado..., una máquina que hacía "clic" y ponía un regalo, como un huevo, cada vez que se le pasaba la mano por encima.

¿Qué significaba?

¿Por qué estaba allí?

¿Por qué hacía "clic" y ponía un regalo cada vez que uno le pasaba la mano por encima?

¿Como respuesta? ¿Del mismo modo que un perro meneaba la cola?

¿En señal de gratitud? ¿Porque un ser humano se fijaba en ella?

¿Negociación?

¿Gesto amistoso?

### "O sole mio..."

**E**L hombre aprovecha sólo una parte mínima de la energía que la Tierra recibe del Sol. En un año, el Sol envía  $10^{18}$  kilovatios hora, es decir, 1 uno seguido de 18 ceros. De esta cantidad las plantas utilizan  $10^{15}$  kilovatios hora, transformándola en energía química. La humanidad no sabe aprovecharla, y la energía se pierde debido a la descomposición de la materia orgánica por bacterias, etc. Si encontráramos el método de hacer como las plantas, se desvanecerían nuestros temores ante el posible agotamiento de los combustibles. La energía que nos entrega el Sol en tres días equivale a toda la energía almacenada en los "yacimientos" de combustibles de la Tierra.

¿Trampa?

¿Y cómo había sabido que él sería capaz de vender su alma por una pieza de jade la mitad de hermosa que la que le había dado?

¿Cómo sabía que a una muchacha le gustaría el perfume?

Oyó ruido de pasos que se acercaban corriendo detrás de él y, cuando se volvió, vió a María que atravesaba corriendo el prado.

**A**L llegar a su lado, se dejó caer de rodillas junto a él y le agarró de un brazo.

—Juanito la encontró también —jadeó—. Vine corriendo todo el camino. Juanito y el chico de los Álvarez. Atravesaron por el prado cuando volvían de pescar...

—Quizá debería haber dado cuenta de mi hallazgo —dijo Pedro.

—Les regaló también algo. Una caña y un aparejo de pesca a Juanito, y una pelota y unas botas de fútbol al chico de los Álvarez.

—¡Oh, Dios mío!

—Y ahora se lo están diciendo a todo el mundo.

—Es igual —dijo Pedro—. Es decir, me imagino que es igual.

—¿Qué será eso? Usted dijo que no lo sabía, pero tiene usted que tener alguna idea, Pedro. Tiene que tener alguna idea.

—Creo que es algo extraño —dijo Pedro embarazosamente y de mala gana—. Tiene un aspecto raro y no se parece a nada de lo que conozco o he visto en fotografías; además, las máquinas de la Tierra no regalan cosas cuando uno les pasa la mano por encima. Hay que echar antes una moneda. Eso no es... eso no es de la Tierra.

—¿Quiere decir que es de Marte?

—No de Marte —contestó Pedro—. Ni de este sistema solar. No tenemos motivos para pensar que en este sistema solar exista otra raza de elevada inteligencia, y el que ideó esa máquina tenía gran inteligencia.

—Pero... si no es de este sistema solar...

—Será de otra estrella.

—¡Las estrellas están tan lejos! —protestó ella.

Tan lejos, pensó Pedro. Tan fuera del alcance de la raza humana. Al alcance de los sueños, pero no al alcance de las manos. Tan lejanas, tan frías, tan indiferentes. Y la máquina...

—Como esas máquinas de juegos —dijo—; pero en ésta siempre se saca el premio mayor y ni siquiera hay que echar una moneda. Es una locura, María. Esa es una de las razones por las que no puede ser de la Tierra. Ninguna máquina de la Tierra, ningún inventor de la Tierra haría una cosa así.

—Los vecinos vendrán.

—Ya lo sé. Vendrán por sus regalos.

—Pero no es muy grande. No puede llevar adentro lo suficiente para todo el contorno. No creo que tenga mucho más lugar que el necesario para los regalos que ha entregado ya.

—María, ¿quería Juanito una caña y un aparejo de pesca?

—Prácticamente no hablaba de otra cosa.

—¿Y a usted le gusta el perfume?

—Nunca tuve un perfume realmente bueno. Sólo perfumes baratos —rió nerviosamente—. ¿Y a usted le gusta el perfume?

—Soy lo que podríamos llamar un

experto en jade, en pequeña escala. Es una de mis pasiones.

—Entonces, esa máquina...

—Le da a cada uno lo que desea —terminó Pedro.

—Eso me asusta —dijo María.

Y resultaba extraño que algo pudiera asustar en un día como aquél: un dorado día de verano, con nubes blancas hacia occidente y un cielo de seda azul pálido; un día tranquilo, tan vulgar como los trigales de la Tierra.

**D**ESPUÉS de irse María, Pedro entró en la casa y se preparó la comida. Se sentó junto a la ventana, para comerla, y vió cómo iban llegando los vecinos. Venían de dos en dos y de tres en tres, atravesando el prado desde todas direcciones, llegando desde sus granjas, dejando los montones de heno y las trilladoras, abandonando su trabajo en mitad del día para ver aquella extraña máquina. Se quedaban en torno a ella, hablando, o atravesaban el bosquecillo donde él la había encontrado, y a veces, sus voces altas y agudas llegaban hasta él aunque no podía entender lo que decían porque la distancia apagaba y deformaba las palabras.

De las estrellas había dicho. De algún lugar situado en las estrellas.

Y si eso es una fantasía, pensó, tengo derecho a pensar en fantasías.

Primer contacto, pensó.

¡E inteligente!

Si un ser extraño llegara a la Tierra, las mujeres correrían chillando a sus hogares, y los hombres saldrían con los rifles dispuestos a cualquier cosa.

pero una máquina...

algo distinto. ¿Qué importaba que fuera un poco diferente? ¿que funcionara de un modo algo extraño? Después de todo, no era más que una máquina. Era algo que podía entenderse.

Y si le daba a uno regalos, mejor que mejor.

Después de comer, salió y se sentó en los escalones de la entrada, y algunos vecinos vinieron a mostrarle lo que les había regalado la máquina. Se quedaron allí hablando, algunos de ellos excitados e intriguados, pero ni uno solo asustado.

Entre los regalos había relojes de pulsera, lámparas de pie, máquinas de escribir y licuadoras, vajillas, juegos de cubiertos, piezas de tejido, zapatos, carabinas, cuchillos de caza, corbatas y otras muchas cosas más. Un chico tenía media docena de trampas para cazar zorrinos, y otro, una bicicleta.

Una moderna caja de Pandora, pensó Pedro, hecha por una inteligencia extraña a la Tierra.

Aparentemente, la noticia había corrido, porque llegaban gentes en autos. Algunos los detenían junto al camino y bajaban a pie por el prado, y otros detenían los autos en el mismo patio del granero, dejándolo allí sin molestarse en pedir permiso.

Al cabo de un rato, volvían cargados con su botín y se alejaban. En el prado había una gran cantidad de gente. Pedro, al mirarlos, pensó en la feria de la región o en los circos que iban a los pueblos.

**C**UANDO llegó la hora de la cena, se habían ido todos, hasta los vecinos que habían venido a charlar un rato con él y a mostrarle sus

regalos, y entonces dejó la casa y subió él solo por el prado.

La máquina estaba allí y había empezado a construir algo. En torno suyo había trazado una especie de plataforma de una piedra que parecía mármol, como si estuviera echando los cimientos de un edificio. Los cimientos tenían unos tres metros por tres y medio, y se hallaban al



mismo nivel de la parte alta del prado, con una especie de pies, de la misma clase de piedra, que se hundían en el suelo.

Se sentó en un tronco caído, a cierta distancia de allí, y miró el pacífico panorama. Le pareció más hermoso, más tranquilo y lleno de paz que nunca, y permaneció sentado, contento, dejando que su alma se empapara del crepúsculo.

**E**L Sol se había puesto hacía media hora. Por occidente, el cielo tenía un delicado tono limón, que se degradaba en tintas verdes, y estaba surcado por alguna que otra nubecilla rosa. Bajo la línea del horizonte, la tierra estaba envuelta en la azulada gasa del crepúsculo, que se accentuaba en los bordes. El límpido canto nocturno de los pájaros se alzaba de los setos y los bosquecillos y, encima de él, sintió el murmullo de las alas de las golondrinas.

Esto es la Tierra, pensó, la Tierra pacífica y humana, un paisaje al que ha dado forma un pueblo agrícola. Esta es la Tierra de las flores del manzano y los orgullosos graneros rojos, y de las hileras de mieses, erguidas como cañones de rifles.

Durante millones de años, la Tierra había vivido así, sin interferencia alguna; un planeta de tierra y vida, un rincón local de la Galaxia, entregada a sus pequeños fines y luchas.

¿Y ahora?

Ahora había ocurrido una interferencia.

Ahora, finalmente, alguien o algo había llegado a aquel rincón de la Galaxia, y la Tierra ya no estaba

## Respuestas a las preguntas del Espaciotest

**Pregunta Nº 1:** A) Este fenómeno es el "efecto Doppler"; las líneas espectrales de la luz proveniente de un lado del disco solar están "corridas" respecto de las del lado opuesto, lo cual comprueba que el Sol está girando.

**Pregunta Nº 2:** E) Es una de las partículas responsables de las fuerzas nucleares, que mantiene unidos a los protones y neutrones en el núcleo del átomo.

**Pregunta Nº 3:** B) El espectroscopio descompone la luz en sus radiaciones de distintas longitudes de onda y permite estudiarlas y medirlas.

**Pregunta Nº 4:** B y D) Con los combustibles actuales el tamaño de la nave tendría que ser extraordinario y, además, no se alcanzaría la velocidad de escape.

**Pregunta Nº 5:** E) Como consecuencia, un hemisferio está más próximo al Sol que el otro y, además, recibe los rayos solares con menor inclinación en el verano e inversamente en el invierno.

**Pregunta Nº 6:** C) La luz es una radiación electromagnética.

**Pregunta Nº 7:** D) Véase "La Conquista del Espacio", Nº 3 de MAS ALLA.

**Pregunta Nº 8:** B) La energía potencial de un cuerpo es una "forma" de su energía y depende de la posición del mismo; por ejemplo, de su altura en el campo gravitatorio.

Por él mismo, no le importaba. Físicamente, ya no había nada que pudiera importarle. Lo único que le quedaba era la claridad de la mañana y la paz del crepúsculo, y, de cada una de ellas, de cada hora o cada día que le restara de vida, extraer hasta la última gota de la alegría de vivir.

Pero a otros les importaría: a María Martel y a su hermano Juanito; al chico de los Álvarez, a quien la máquina le había regalado las botas y el balón de fútbol; a toda la gente que había visitado el prado, y a todos los millones que no lo habían visitado y ni siquiera habían oído hablar de él.

Allí, en aquel lugar solitario, en medio de los grandes trigales, había tenido lugar el drama más importante de toda la Tierra. Aquél era el punto de partida.

Le dijo a la máquina:

—¿Qué piensas hacer con nosotros?

No obtuvo respuesta.

No había esperado obtenerla.

Se quedó allí sentado, viendo cómo

las sombras se acentuaban y las luces empezaban a brillar en las granjas que salpicaban el paisaje. Los perros ladraban a lo lejos y otros les contestaban y las esquilas sonaban en las colinas como pequeñas notas vesperales.

Al fin, cuando ya no pudo ver nada, se dirigió lentamente hacia la casa.

**E**N la cocina, buscó la lámpara y la encendió. Por el reloj vió que eran casi las nueve. . . la hora de las noticias de la noche.

Fué al living, puso la radio, y se sentó a escucharla en la oscuridad.

Las noticias eran buenas.

Aquel día no había habido en todo el estado una sola muerte por parálisis infantil, y sólo se había informado de un caso nuevo.

—Es demasiado pronto para tener esperanzas, claro está —informaba el locutor—; pero, indudablemente, es el primer día en que la epidemia parece ceder. Hasta este momento, no ha habido nuevos ca-

### ¡Colosal! ¡Ahora el colosatrón!

**E**L tan mentado cosmotrón, acelerador de partículas a 2.300 millones de electrón-voltios, va a quedar a la altura de un poroto. Eso ocurrirá de aquí a tres años, cuando esté terminado el nuevo acelerador de protones que se está planeando en los Estados Unidos, que quintuplicará la energía del cosmotrón, pero que costará mucho menos porque usará el método de "enfoque fuerte", sugerido primeramente por un hombre de ciencia griego y desarrollado por el grupo de Física Tecnológica de Massachusetts. Ya se le ha dado nombre: se llamará "colosatrón" y con él se podrá penetrar aun más en los misterios del núcleo atómico.

sos durante más de veinticuatro horas. El director de Sanidad de la provincia dice. . .

Siguió leyendo lo que había dicho el director de Sanidad, que no era gran cosa, sino simplemente una de esas declaraciones públicas que generalmente no significan nada.

El locutor había dicho que por primera vez, en casi tres semanas, no se había producido ninguna muerte por parálisis infantil. A pesar de aquello, declaró que se seguían necesitando enfermeras.

—Si usted es enfermera, agregó, ¿quiere hacer el favor de llamar a este número? Tenemos gran necesidad de sus servicios.

Luego leyó la noticia de un juicio famoso, sin agregar nada realmente nuevo. Después, el boletín meteorológico. Dijo que el juicio de Emmett, acusado de asesinato, se había pospuesto un mes más.

Y luego agregó:

—Alguien acaba de entregarme un boletín. Vamos a ver. . .

Se oía crujir el papel conforme lo leía, y hasta se le oía respirar precipitadamente.

—Aquí dice —leyó— que el comisario Jorge Martínez acaba de recibir la noticia de que un plato volador aterrizó en la granja de Pedro Chayá, cerca del Prado de Martel. Nadie sabe gran cosa acerca de él. Según la noticia se encontró esta mañana, pero nadie pensó en notificárselo al comisario. Repito que se trata de una noticia que acabo de recibir. Sabemos tanto como ustedes. No sabemos si es cierta o no. Si alguien sabe algo del lugar. Les informaremos en cuanto sepamos algo. Sigán escuchando

nuestra emisión. . .

Pedro se levantó y apagó la radio. Luego fué a la cocina para buscar la lámpara. La puso en la mesa y se sentó a esperar al comisario Martínez.

No tuvo necesidad de esperarlo mucho tiempo.

**M**E dicen —empezó el comisario— que en su granja hay un plato volador.

—No sé si es o no un plato volador, comisario.

—Entonces, ¿qué es?

—No lo sé —dijo Pedro.

—La gente me dice que hace regalos.

—Efectivamente.

—Si esto es alguna estúpida campaña de propaganda —gruñó el comisario—, alguien me las va a pagar caro.

—Estoy seguro de que no se trata de una campaña de propaganda.

—¿Por qué no me lo notificaron entonces, en seguida? ¿Por qué me han ocultado una cosa así?

—No pensé en notificárselo —le dijo Pedro—. Pero tampoco quería ocultarle nada.

—Usted es nuevo aquí, ¿no es cierto? —le preguntó el comisario—. No recuerdo haberlo visto antes por esta región. Creí que los conocía a todos.

—Llevo aquí tres meses.

—La gente me dice que usted no trabaja la tierra; que no tiene familia; que vive aquí solo, sin hacer nada.

—Así es —le contestó Pedro.

El comisario aguardó una explicación, pero Pedro no le ofreció ninguna. El comisario lo miró con

desconfianza a la luz humeante de la lámpara.

—¿Puede mostrarnos dónde está ese plato volador?

Por aquel entonces, Pedro estaba ya un poco cansado del comisario, y por eso le dijo:

—Le diré dónde puede encontrarlo. Siga hasta el granero, y luego, atraviese el arroyo...

—¿Por qué no viene con nosotros, Chayá?

—Mire, comisario; le estaba diciendo cómo puede encontrarlo. ¿Quiere que continúe?

—Sí, claro —dijo el comisario—. Claro que sí. Pero, ¿por qué no puede...?

—Lo he visto dos veces —dijo Pedro—. Mi casa ha estado invadida por gente toda la tarde.

—Muy bien, muy bien —le contestó el comisario—. Dígame dónde puedo encontrarlo.

Se lo dijo, y el comisario salió con sus dos agentes.

El teléfono sonó.

Pedro contestó. Era la estación de radio que él había estado escuchando.

—Oiga —dijo el locutor radial—: ¿tiene ahí un plato volador?

—No creo —contestó Pedro—. Pero tengo algo, sí. El comisario va a ir a verlo ahora.

—Queremos enviarle nuestro equipo móvil de televisión; pero, antes, deseábamos cerciorarnos de que tenía ahí eso. ¿No le importa que se lo enviemos?

—No, en absoluto. Envíenlo.

—¿Está seguro de que tiene ahí algo?

—Ya le he dicho que sí. Ustedes mismos podrán comprobarlo.

—Bueno; entonces, si quiere decirme...

Quince minutos más tarde, colgó el tubo.

El teléfono sonó de nuevo.

**E**RA la Associated Press.

El hombre que había al otro extremo del hilo parecía desconfiado y escéptico.

—¿Qué es eso que me cuentan de un plato volador que hay en su casa?

Diez minutos más tarde, Pedro colgó.

El teléfono volvió a sonar casi inmediatamente.

—Artigas, de la *Tribuna* —dijo una voz aburrida—. He oído contar por ahí una historia disparatada...

Cinco minutos.

El teléfono sonó de nuevo.

United Press.

—Me han dicho que tiene un plato volador. ¿Hay en él algunos hombreritos?

Quince minutos.

Sonó el teléfono.

Un ciudadano iracundo.

—Acabo de oír por radio que tiene usted un plato volador. ¿Qué clase de broma nos quiere gastar? Usted sabe que no hay platos voladores...

—Un momento, señor —dijo Pedro.

Dejó el receptor colgando del hilo y fué a la cocina. Tomó un par de alicates y volvió. Todavía sentía la voz del ciudadano iracundo que seguía riñéndole, con una voz fantasma que se escapaba del receptor colgado.

Salió afuera y cortó los hilos. Cuando volvió, colgó el receptor

cuidadosamente, de la horquilla.

Después cerró las puertas y se acostó.

Se acostó, mas no se durmió de inmediato. Permaneció bajo las sábanas, mirando la oscuridad, tratando de aquietar el tumulto especulativo que hervía en su cerebro.

Había salido de paseo por la mañana y había encontrado una máquina. Le había pasado la mano por encima y había recibido un regalo. Más tarde, la máquina había hecho otros regalos.

—Vino una máquina, que traía regalos —dijo, en medio de la oscuridad.

Un primer contacto inteligente, calculado, bien realizado.

Contacto con algo que conocerían y reconocerían, sin tenerle miedo; algo a lo cual podían sentirse superiores.

El primer contacto debía de ser amistoso... ¿Y qué cosa más amistosa que el hacer un regalo?

¿Qué es?

¿Misionero?

¿Traficante?

¿Diplomático?

¿O una simple máquina y nada más?

¿Espía? ¿Aventurero? ¿Investigador? ¿Supervisor?

¿Y por qué, entre tantas tierras, había aterrizado allí, en aquel campo abandonado, en aquel prado de su granja?

¿Y cuál era su propósito?

**¿**CUAL había sido el fin, el motivo casi inevitable de todos esos seres imaginarios de otros mundos, que en las historias fantásticas ocupaban la Tierra.

Dominarla, claro está; no por la fuerza, sino por la infiltración o por persuasión amistosa; dominar no solamente la Tierra, sino también la raza humana.

El hombre de la estación de radio parecía excitado; el de la Associated Press, indignado de que alguien insultara así su inteligencia, el de la *Tribuna* parecía aburrido, y el de la United Press, burlón. Pero el ciudadano estaba furioso. Querían engañarlo con otra historia del plato volador, y eso era demasiado.

El ciudadano estaba furioso porque no quería que turbaran su pequeño mundo. No quería interferencia alguna. Tenía bastantes disgustos con sus cosas, para que fuera a aumentárselos un plato volador. Tenía sus propios problemas: ganarse la vida, sus relaciones con los vecinos, pensar en su trabajo, preocuparse por la epidemia de parálisis infantil.

Pero el locutor había dicho que la epidemia parecía dominada; que no había habido casos nuevos ni muertes. Y eso era algo bueno, porque la parálisis infantil significaba dolor, muerte y espanto en la Tierra.

*Dolor, pensó.*

*Hoy no he tenido ningún dolor.*

*Por la primera vez en muchos días, no he sentido ningún dolor.*

Permaneció rígido e inmóvil debajo de las sábanas, tratando de descubrirse el dolor. Sabía exactamente dónde estaba éste localizado, el lugar exacto de su anatomía donde acechaba, oculto a la vista. Aguardó, tendido en la cama, temeroso de encontrarlo donde lo recordaba, donde lo esperaba.

Pero no lo encontró.

Siguió aguardándolo, con miedo de que su propio pensamiento lo hiciera resurgir de su escondite. Pero no resurgió. Lo desafió a que saliera, lo invitó a mostrarse, se burló mentalmente de él, para atraerlo. El dolor no se dejó atraer.

Descansó, comprendiendo que por el momento estaba a salvo. Pero sólo temporalmente, porque el dolor seguía allí. Aguardaba su momento, y volvería cuando se le presentara la oportunidad.

Con descuidado abandono, tratando de olvidarse del futuro y de su amenaza, gozó de la vida sin dolor alguno. Escuchó los ruidos de la casa, los crujidos de los largos tabloncillos del suelo, el rumor del ligero viento estival contra las paredes, el roce de las ramas del álamo contra el techo de la cocina.

Y otro ruido. Alguien llamaba a la puerta.

—¡Chayá! ¡Chayá! ¿Dónde está usted?

—Ya voy —respondió.

SE puso las zapatillas y fué a la puerta. Eran el comisario y sus hombres.

### La temperatura estelar

EL problema de determinar la temperatura de las estrellas da mucho que hacer. Un método recién imaginado es bastante ingenioso: consiste en colocar un prisma frente al telescopio y luego desplazar una pequeña ranura a lo largo del espectro producido por el prisma, que, como todos saben, dispersa la luz desde el rojo hasta el violeta. Basta luego medir la intensidad de luz correspondiente a cada color de ésta, por medio de una célula fotoeléctrica muy sensible; y, sabiendo que las estrellas de más alta temperatura nos envían más luz azul que las más frías, es posible determinar la temperatura estelar con bastante exactitud. Digamos con error inferior a algunos grados que la temperatura a la cual ya es mucho decir.

—Encienda la lámpara —dijo el comisario.

—¿Tiene un fósforo? —preguntó Pedro.

—Sí, aquí tengo algunos.

Buscando a tientas en la oscuridad, Pedro encontró la mano del comisario y los fósforos.

Localizó la mesa, pasó la mano por encima de ella y tocó la lámpara. La encendió y, a través de la mesa, miró al comisario.

—Chayá —dijo éste—, esa cosa está construyendo algo.

—Ya lo sé.

—¿Es una broma?

—No.

—Me dió esto —dijo el comisario.

Y tiró un objeto sobre la mesa.

—Un revólver —dijo Pedro.

—¿Ha visto alguna vez alguno parecido?

Era un revólver, sin duda alguna, aproximadamente de calibre 45. Pero no tenía gatillo; el cañón resplandecía, y el arma entera estaba hecha de una substancia blanca y translúcida.

Pedro tomó el revólver y vió que no pesaría más de un cuarto de kilo.

—No, nunca vi nada parecido —

lo dejó en la mesa, lentamente. —  
¿Funciona?

—Sí —dijo el comisario—. Lo probé en su granero.

—Ya no existe el tal granero —dijo uno de los agentes.

—Ni ruido, ni fogonazo, ni nada —agregó el comisario.

—Ni granero —repitió el agente, obsesionado con su idea.

Un auto se detuvo en la explanada.

—Salga a ver quién es —ordenó el comisario.

Uno de los agentes salió.

—No entiendo —se quejó el comisario—. Dicen que es un plato volador, pero yo no lo creo. Es una caja, nada más.

—Es una máquina —dijo Pedro.

En el porche sonaron pisadas, y unos hombres entraron en la habitación.

—Periodistas —dijo el agente que había salido a ver quién era.

—No tengo ninguna declaración que hacer, muchachos —dijo el comisario.

Uno de ellos le preguntó a Pedro.

—¿Usted es Chayá?

Pedro asintió.

—Yo soy Negri, de la Tribuna. Y éste, González, de la AP. El tipo aquél de la cara triste es fotógrafo y se llama Acosta. Pero no le haga caso.

Le dió a Pedro una palmada en la espalda.

—¿Qué impresión le produce verse unido a la noticia más grande del siglo? Es algo muy interesante, ¿eh, muchacho?

—Un momento —dijo Acosta

La lámpara del fotógrafo dió un

—Tengo que hablar por teléfono —dijo González—. ¿Dónde está?

—Ahí —contestó Pedro—. Pero no funciona.

—¿Y por qué habrá dejado de funcionar en un momento así?

—Yo corté el hilo.

—¡Cortó el hilo! ¿Está loco, Chayá?

—Llamaba demasiada gente.

—¡Caramba! —intervino Negri—; pero ¿no cree que fué un disparate hacer eso?

—Yo lo arreglaré —se ofreció Acosta—. ¿Tienen un par de pinzas?

AGUARDEN un minuto, muchachos —dijo el comisario.

—Vaya a ponerse unos pantalones —le dijo Negri a Pedro—. Queremos retratarlo en el lugar del suceso. Parado con un pie encima, como el tipo que ha matado un elefante.

—Oigan —dijo el comisario.

—¿Qué quiere, comisario?

—Esto es algo importante. No quiero que hagan ninguna tontería.

—Claro que es importante —contestó Negri—. Por eso estamos aquí. Millones de personas aguardan con la lengua fuera nuestras noticias.

—Aquí tienen las pinzas —dijo alguien.

—Enséñeme dónde está ese teléfono —pidió Acosta.

—¿Por qué estamos perdiendo el tiempo aquí? —exclamó Negri—. Vamos a ver eso.

—Yo tengo que hablar por teléfono —dijo González.

—Oigan, muchachos —insistió confuso el comisario—. Aguarden...

—¿Cómo es, comisario? ¿Se pa-

rece a un plato? ¿Qué tamaño tiene? ¿Hace algún ruido? ¡Eh, Acosta!, sácale un retrato al comisario.

—¡Un momento! —gritó Acosta desde fuera—. Estoy arreglando el hilo.

Más ruido de pisadas en el porche. Una cabeza asomó.

—El camión de la televisión —anunció—. ¿Es éste el lugar? ¿Dónde está eso?

Sonó el teléfono.

González contestó.

—Es para usted, comisario.

El comisario atravesó a paso lento la habitación. Todos aguardaron, escuchando.

—Sí, habla el comisario Martínez... Sí, está aquí... Claro, yo la he visto... No, claro que no sé lo que es... Sí, ya comprendo... Sí, señor... Sí, señor. Yo me encargaré de ello.

Colgó el receptor y se volvió hacia los demás hombres.

—Me hablaban desde el servicio de inteligencia militar —dijo—. Nadie puede acercarse a la máquina. Nadie puede moverse de la casa. La policía militar se encarga del asunto.

Los miró, con mirada feroz.

—Son órdenes militares —les dijo.

—¡Diablos! —exclamó Negri.

—Yo vine hasta aquí para algo —gritó el de la televisión—. No me iré de aquí sin...

—No soy yo el que da las órdenes —dijo el comisario—. Es el gobierno. Muchachos, más les conviene hacerme caso.

Pedro fué a la cocina, atizó el fuego y puso agua a hervir.

—Voy a hacer café —le dijo a Acosta— y a ponerme alguna ropa.

**L**ENTAMENTE, fué transcurriendo la noche. Negri y González telefonaron las informaciones que habían escrito con lápices que trazaban signos misteriosos, mientras hablaban con Pedro y el comisario. Después de discutir un rato con el comisario, éste permitió que Acosta se fuera con las fotografías. El comisario comenzó a pasearse por la habitación.

La radio estaba puesta a toda potencia. El teléfono sonaba constantemente.

Bebieron café y fumaron cigarrillos, llenando el suelo de colillas. Más periodistas fueron llegando; el comisario les dió instrucciones, y todos se dispusieron a esperar.

Alguien sacó una botella y la pasó a los demás. Otro quiso empezar una partida de poker, pero nadie pareció interesarse.

Pedro salió a buscar una brazada de leña. La noche era tranquila, estrellada.

Miró hacia el prado. No pudo ver nada. Trató de distinguir el lugar vacío donde antes se alzaba el granero; pero estaba demasiado oscuro para decir si había granero o no.

Última hora oscura que precedía al alba: quizá el alba más brillante y maravillosa que haya visto la humanidad en todos sus años de luchas.

La máquina estaba construyendo algo, construyendo algo en medio de la noche.

¿Y qué construía?

¿Un santuario?

¿Una factoría?

¿Una misión?

¿Una embajada?

¿Un fuerte?

No había medio de saberlo.

Fuera lo que fuere, era el primer puesto de avanzada construido en la Tierra por una raza extraña a ella.

Volvió Pedro con su carga de leña.

—Van a mandar tropas —le dijo el comisario.

Mandar, mandar, mandar —dijo Negri, con cara inexpresiva y el cigarrillo colgándole de un extremo de la boca.

—La radio acaba de decirlo —prosiguió el comisario—. Ya han mandado a llamarlas.

Negri y González volvieron a repetir lo de mandar, mandar, mandar...

—Muchachos, les aconsejo que no se burlen de los soldados —les previno el comisario—. Si les hincan una bayoneta...

Negri imitó un toque de clarín para el ataque. González tomó dos cucharas e imitó con ellas el ruido de los cascos de un caballo al galope.

—¡La caballería! —gritó Negri—. ¡Muchachos, estamos salvados!

—¿No pueden portarse como personas mayores? —dijo alguien, en tono de hastío.

Siguieron aguardando, bebiendo

café y fumando. Pero ya no hablaban tanto.

Finalmente, la estación de radio acabó su transmisión. Alguien trató de buscar otra, pero las baterías estaban demasiado gastadas. Cerraron la radio. Hacía bastante tiempo que no sonaba el teléfono.

**F**ALTABA todavía una hora para la salida del sol cuando llegaron los soldados. No marchaban a pie ni a caballo; iban en cinco camiones cubiertos de lona.

El capitán entró un momento para preguntar dónde estaba aquel objeto endemoniado. Era un tipo inquieto y nervioso. Ni siquiera se quiso quedar para tomar una taza de café. Salió, gritando órdenes a los chóferes.

Dentro de la casa, los otros siguieron aguardando, mientras oían el ruido de los camiones que se perdía en la distancia.

Llegó el día, y entonces vieron que en el prado había un edificio, cuyo aspecto confundió a todos porque lo estaban construyendo de un modo muy poco ortodoxo. Las cosas o personas encargadas de su construcción habían empezado de dentro a fuera, de modo que ahora se veía el corazón del edificio, como si lo estuvieran derribando y

### Microondas

“**M**ICROONDAS” son, por ejemplo, las ondas del radar. Estas radiaciones electromagnéticas producen efectos extraños sobre los seres vivientes: sometiendo perros a ellas, su temperatura aumenta, pero, al cabo de 20 minutos, disminuye, aunque se manejan con una gran intensidad de las microondas. Un efecto más grave son las cataratas que estas radiaciones producen en los ojos.

alguien hubiera tirado ya del todo la parte exterior.

Ocupaba unas veinte áreas y tenía cinco pisos de altura. A la luz del alba brillaba con resplandor rosado, de hermoso y suave tono, que conmovía ligeramente, porque recordaba el color del vestido que había llevado a la fiesta alguna niña, el día que cumplió los siete años.

Los soldados lo rodeaban, y la luz de la mañana relucía en sus bayonetas, mientras montaban la guardia.

Pedro hizo el desayuno: gran cantidad de tortas de maíz, todo el tocino y los huevos que le quedaban, y más café.

—Saldremos a buscar algo de comer —dijo Negri—. Tenemos que pagarle de algún modo las molestias que le estamos causando.

Después del desayuno, el comisario y los agentes volvieron a la comisaría. Negri hizo una colecta y se fué a la ciudad a comprar comestibles. Los demás periodistas se quedaron. El camión de la televisión se preparó para hacer algunas tomas a distancia.

El teléfono comenzó a sonar de nuevo. Los periodistas iban contestando por turno.

Pedro se fué caminando hasta la granja de los Martel, para pedirles más leche y más huevos.

María salió corriendo a la puerta, para recibirlo.

—Los vecinos empiezan a asustarse —le dijo.

—Ayer no estaban asustados —repuso Pedro—. Todos quieren ver la máquina a pedirle regalos.

—Pero ahora es distinto, Pedro.

Esto no hay quien lo domine. El edificio...

Esa era la cuestión: aquel inmenso edificio.

Nadie se había asustado ante una máquina de aspecto inocente, porque era algo pequeño y amistoso. Tenía un brillo precioso, hacía "clíc" y le daba a uno un regalo. Era algo que podía reconocerse superficialmente, y sus fines eran comprensibles, si uno no miraba demasiado lejos.

Pero el edificio era enorme, podía crecer aún, y lo erigían de dentro a fuera. ¿Quién diablos había visto que un edificio se construyera tan rápidamente como aquél: ¿cinco pisos en una sola noche?

—¿CÓMO lo hacen, Pedro? —preguntó María en voz baja.

—No lo sé —dijo él—. Por algún principio que nos es completamente desconocido, algún procedimiento en el que los hombres ni siquiera han pensado, completamente diferente a los modos humanos.

—¡Pero si es un edificio como los que construyen los humanos! —objetó ella—. Quizá los nuestros no tengan esa clase de piedra; quizá no exista una piedra así en todo el mundo; pero, en lo demás, nada tiene de extraño. Parece como una escuela superior muy grande, o un almacén.

—Mi jade era jade —dijo Pedro— y su perfume era perfume, y la caña y el aparejo de Juanito eran una caña y un aparejo.

—Eso significa que nos conocen, que saben lo que hay que saber acerca de nosotros... ¡Pedro, nos están vigilando!

—No tengo la menor duda de ello.

Pedro vió el terror en los ojos de María y extendió una mano para abrazarla; ella cayó en sus brazos, y él la estrechó con fuerza, pensando, mientras lo hacía, en lo extraño de que fuera él quien la consolara y tranquilizara.

—Soy una tonta, Pedro.

—Es usted maravillosa —le aseguró él—.

—Realmente no estoy asustada.

—Claro que no.

Habría querido decirle: "La amo". Pero sabía que nunca podría decir esas palabras..., aunque el dolor no había vuelto aquella mañana.

—Voy a buscarle la leche y los huevos —dijo María.

—Déme todos los que pueda. Tengo que alimentar a mucha gente.

Cuando volvía, pensó en el miedo de los vecinos y se preguntó cuánto tiempo transcurriría antes de que el mundo se contagiase de ese miedo...; cuánto tiempo pasaría hasta que la artillería se formara frente al edificio, y una bomba atómica cayera sobre él.

Se detuvo en lo alto de una colina que dominaba la casa y por primera vez se fijó en que el granero había desaparecido. Lo habían arrancado tan limpiamente como cortado con un cuchillo, y sólo quedaba la línea de los cimientos.

Se preguntó si el comisario seguiría teniendo el revólver y supuso que lo tendría aún. Se preguntó qué haría con él el comisario y por qué se lo habían dado. De todos los regalos que había visto, éste era el más familiar en la Tierra.

En el prado, que ayer estaba vacío, donde sólo había árboles, hierba y viejas zanjas, bordeadas con cercos de ciruelos silvestres, se alzaba el edificio. Le pareció que ahora era más alto que cuando lo vió por última vez, hacía menos de una hora.

CUANDO volvió a la casa se encontró a los periodistas sentados en el patio, mirando el edificio.

Uno de ellos, le dijo:

—Los militares han llegado. Lo esperan a usted ahí dentro.

—¿Inteligencia? —preguntó Pedro—.

—Un coronel y un mayor —aclaró el periodista—.

Lo aguardaban en el living. El coronel era joven, pero de cabellos grises. El mayor llevaba un bigote espeso, muy militar.

El coronel se presentó a sí mismo.

—Soy el coronel Whitman. Éste es el mayor Rocamora.

Pedro dejó los huevos y la leche, y saludó.

—¿Usted encontró la máquina? —preguntó el coronel—.

—Así es.

—Cuéntenos cómo fué.

Pedro se lo contó.

—Ese jade... —dijo el coronel—. ¿Nos permite que le echemos un vistazo?

Pedro fué a la cocina y trajo el jade. Los dos militares se lo pasaron del uno al otro, examinándolo con atención, dándole vueltas en las manos, con cierta desconfianza, pero admirándolo, aunque Pedro comprendió que no entendían nada de jade.

Como si hubiera sabido lo que

Pedro estaba pensando, el coronel levantó los ojos del jade y los fijó en él.

—¿Usted entiende de jade?

—Sí, mucho —dijo Pedro.

—¿Ha trabajado con esas piedras?

—En un museo.

—Cuénteme algo de su vida.

Pedro vaciló un instante. Después empezó a contar su historia...

—Pero, ¿por qué está aquí? —le preguntó el coronel.

—¿No ha estado usted nunca en un hospital, coronel? ¿No ha pensado nunca en lo que sería morir allí?

El coronel asintió.

—Comprendo. Pero aquí no irá usted a...

—No esperaré a tanto.

—Ya, ya —dijo el coronel.

—Coronel —interrumpió el mayor—, mire esto, por favor. Este simbolismo es idéntico a...

El coronel se lo arrancó de las manos para mirarlo.

—¡El mismo que figuraba en el membrete de la carta! —gritó, y levantó la cabeza para mirar a Pedro, como si fuera la primera vez que lo veía y le sorprendiera el verlo.

De repente, el mayor sacó un revólver y apuntó a Pedro con mano fría y segura.

Pedro trató de echarse a un lado. Demasiado tarde. El mayor lo derribó.

**P**EDRO cayó en un vacío grisáceo, atronador, eterno... Comprendió que aquello era un sueño: sueño atávico de caídas sin fin, heredado a través de millones de años, de sus remotísimos antepasados, que vivían en los árboles, en constante miedo de caer. Trató de pellizcarse para salir de su pesadilla, pero no pudo, porque no tenía manos con que hacerlo, y al cabo de un rato sintió que tampoco tenía cuerpo en que pellizcar. Era una consciencia incorpórea que rodaba a través del abismo sin límites.

Cayó durante un millón de años a través de aquel vacío que le gritaba. Al principio, los gritos le atravesaban el alma (ya que no tenía cuerpo) con terrible dolor que aumentaba y aumentaba sin llegar nunca al punto culminante que lo haría caer en el alivio de la locura. Pero al cabo de un tiempo se acostumbró a este tormento. Entonces cesaron los gritos, y siguió cayendo a través del espacio, en medio de un silencio más espantoso que el anterior estruendo.

Gaía y caía, eternamente. Mas luego pareció que todo había termi-

nado: descansaba sobre algo que ya no descendía.

Vió una cara. Era de épocas increíblemente lejanas; cara que había visto una vez y olvidado hacía muchísimo tiempo. Registró su memoria tratando de identificarla.

No podía verla con mucha claridad, porque se movía de arriba a abajo, sin permitirle observarla. Lo intentó una y otra vez; pero no pudo, y cerró los ojos para borrar del todo aquella imagen.

—Chayá —dijo una voz—. Pedro Chayá.

—Márchese —dijo Pedro.

La voz se fué.

Volvió a abrir los ojos, y la cara seguía allí, más clara ahora y sin moverse.

Era la cara del coronel.

**C**ERRÓ los ojos de nuevo, recordando el cañón del revólver que el mayor sujetaba firmemente en la mano. Él había saltado hacia un lado, o había tratado de hacerlo, pero fué demasiado lento. Algo había ocurrido, y él había caído y caído durante un millón de años, y allí estaba, frente a la mirada del coronel.

Lo habían herido. Sí, esa era la respuesta. El mayor lo había herido, y él estaba en un hospital. ¿Pero dónde estaba la herida? ¿En el brazo? Los dos brazos parecían sanos. ¿En la pierna? Las dos piernas estaban sanas también. No tenía dolor alguno. Ni vendajes. Ni yeso.

—Recobró el conocimiento un minuto, doctor —dijo el coronel—;

pero me volví a perderla.  
—No le pasa nada —contestó el médico—. Déle un poco de tiempo.

Le disparó una dosis excesiva; eso es todo. Todavía tardará un rato en reaccionar.

—¡Enemos que hablar con él.

—Tendrán que esperar.

Por un momento, reinó el silencio.

Y luego:

—¿Está absolutamente seguro de que es humano?

—Lo hemos reconocido centímetro a centímetro —dijo el médico—. Si no es humano es una imitación tan buena que nunca podremos descubrirlo.

—Me dijo que tenía cáncer —dijo el coronel—; que estaba muriéndose de cáncer. Comprenda usted; si no era humano, si había en él algo extraño, siempre podría tratar de hacerlo parecer...

—No tiene cáncer. Ni el más pequeño síntoma de él, ni señal alguna de haberlo tenido, ni de que lo tendrá.

**A**UN con los ojos cerrados, Pedro sintió que abría la boca, en señal de asombro e incredulidad. Se esforzó por mantener cerrados los ojos, temiendo que aquello fuera una treta.

—El otro médico —dijo el coronel— nos dijo que, hace cuatro meses, Pedro Chayá tenía seis de vida. Le dijo que...

—Coronel —le interrumpió el médico—, no trato de explicar eso. Lo único que puedo decirle es que el hombre que está en esa cama no tiene cáncer. Está tan sano como el que más.

—Entonces, no es Pedro Chayá —declaró tercamente el coronel—. Es algo que se apoderó de Pedro

### ¿Tiene atmósfera la Luna?

LA cuestión está prácticamente resuelta en el sentido de que no hay atmósfera lunar. Incluso fotografías tomadas con el telescopio gigante de Monte Palomar apoyan esa conclusión. No obstante, el doctor S. G. Weiler del Observatorio de Harvard) sostiene que nuestro satélite está rodeado por una gada capa atmosférica de argón, y quizá de criptón y xenón, todos gases raros y nobles.

Chayá, o un duplicado de Pedro Chayá, o...

—Vamos, vamos, coronel —intervino el médico—. Más vale que nos atengamos a lo que sabemos.

—¿Está seguro de que es un hombre, doctor?

—Estoy seguro de que es un ser humano, si eso es lo que quiere usted decir.

—¿No hay pequeñas diferencias? ¿Alguna desviación, al parecer sin importancia, de la forma humana?

—Ninguna —dijo el médico—. Y aunque la hubiera, eso no probaría lo que usted quiere que pruebe. Pueden haber variaciones biológicas en cualquiera. El cuerpo humano no está siempre de completo acuerdo con su modelo ideal.

—En todos los regalos que hizo la máquina había diferencias; diferencias muy pequeñas que no se descubrieron hasta ser examinadas detenidamente..., pero que significaban cierta semejanza entre la manufactura humana y la manufactura extraña.

—Muy bien; existiría esa diferenciación. Aquellos objetos habían sido hechos por seres extraños. Pero, aun así, le digo que ese hombre es un ser humano.

—Todo concuerda —declaró el coronel—. Chayá compra la granja..., una granja vieja y abandonada. Según los vecinos es un tipo realmente excéntrico. Pero su misma excentricidad atrae la atención de los demás, lo que tal vez no sea de desear; más, al mismo tiempo, esa excentricidad puede servir para cubrir y suavizar cualquier cosa anormal que hiciera. Alguien como él era, al parecer, la persona indicada

para descubrir la máquina. Sería...

—Está usted construyendo un caso —le dijo el médico—, sin tener nada en qué basarlo. Me pidió usted que buscara cualquier pequeña diferencia que hubiera en Chayá, para basar su absurda teoría (no se ofenda, pero como médico, yo la considero así). Pues ahora yo le pido que me presente un hecho, por pequeño que sea, para apoyar esa teoría suya. —¿Qué había en el granero? —preguntó el coronel—. Eso es lo que quiero saber. ¿Construyó Chayá la máquina dentro de él? ¿Por eso lo destruyó?

—El comisario destruyó el granero —dijo el médico—. Chayá no tuvo nada que ver con eso.

—¿Pero quién le dió el revólver al comisario? La máquina de Chayá. Y sería muy fácil, por medio del hipnotismo, del control de la mente, o como quiera llamarlo...

—Volvamos a los hechos. Usted empleó un revólver anestésico contra ese hombre. Lo tiene preso. Por orden de usted, se le ha sometido a un examen profundo, lo que constituye una clara intrusión en su intimidad. Dios quiera que él no lleve el asunto a los tribunales. Podría darle a usted un buen disgusto.

—Ya lo sé —reconoció de mala gana el coronel—; pero tengo que aclarar este asunto. He de descubrir la causa. ¿Tenemos que recuperar la bomba!

—La bomba es lo que le preocupa.

—Colgando de ahí arriba —dijo el coronel, estremeciéndose—. Colgando simplemente de ahí arriba.

—Tengo que irme —replicó el médico—. Tranquilícese, coronel.

LOS pasos del médico atravesaron la puerta y se perdieron a lo largo del corredor. El coronel se puso a pasearse por la habitación y luego se sentó pesadamente en una silla.

Pedro permaneció en la cama, mientras un pensamiento pasaba una y otra vez por su mente:

¡Voy a vivir!

Pero no estaba preparado para ello.

Se había preparado para el día en que finalmente ya no podría soportar más el dolor.

Había elegido el terreno donde iba a pasar sus últimos días, donde iba a enfrentarse con la muerte.

Y ahora, lo habían perdonado. Ahora, sin que supiera cómo, le habían devuelto la vida.

Siguió en la cama, luchando contra una excitación y tensión crecientes, tratando de aparentar que se hallaba aún bajo la influencia de la droga que le habían dado.

Un revólver anestésico, había dicho el médico. Un arma nueva de la que nunca había oído hablar. Sin embargo... Recordó haber oído algo a un dentista: una nueva técnica que empleaban los dentistas para insensibilizar las encías, pulverizándolas con un fino chorro de anestesia. ¿Sería algo parecido, pero cientos o miles de veces más fuerte?

Le habían disparado una carga anestésica y lo habían llevado allí porque un coronel del Servicio de Inteligencia quería demostrar una absurda fantasía.

¿Fantasía?, se preguntó Chayá. Sin sospecharlo ni quererlo, ¿no habría él representado un papel en todo aquello? No; esto era absurdo; no recordaba haber dicho ni hecho nada que pudiera indicar qué papel había jugado en la llegada de la máquina a la Tierra.

¿Podría el cáncer ser algo más que una enfermedad? ¿Algún huésped que sin invitación venía al cuerpo humano, para vivir dentro de él? ¿Un inteligente huésped extraño, venido de muy lejos, a través de Dios sabe cuántos años luz?

Pero comprendió que esa era una fantasía digna del coronel, una maligna pesadilla de desconfianza, un instintivo mecanismo de defensa que condicionaba a la raza para esperar lo peor y reaccionar contra ello.

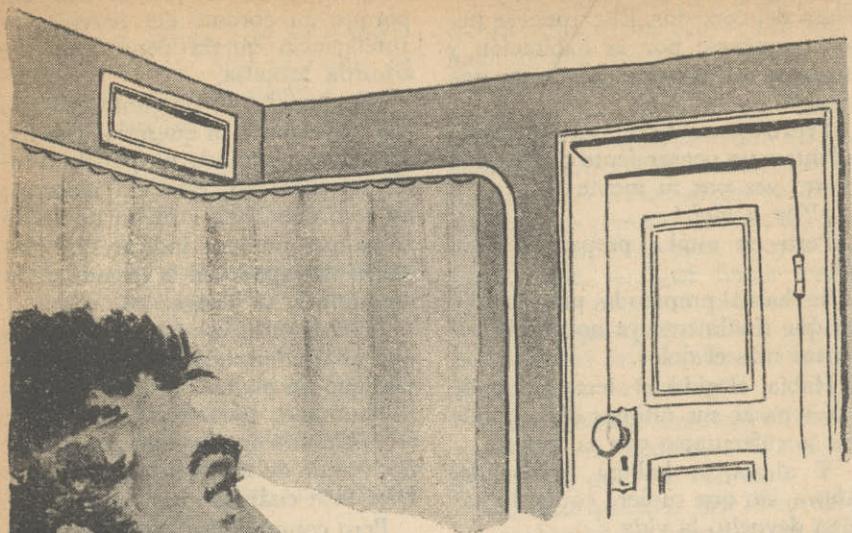
Nada se temía tanto como un factor desconocido; contra nada había que ponerse tanto en guardia como contra lo inexplicable.

Tenemos que aclarar este asunto, había dicho el coronel. Tenemos que descubrir qué es esto.

Y eso, claro está, era el motivo del terror que sentían...: el no tener un medio de descubrirlo.

### Llamémosla nuclear

LA bomba atómica tiene muy poco de "atómico", y debería cambiársele el nombre. Su explosión es un proceso típicamente nuclear: es el núcleo, y no el átomo, del uranio que se fisiona, liberando en varios pedazos, liberando una enorme energía. Lo que ocurre con el resto del átomo, o sea con los electrones, no tiene importancia alguna.



SE movió al fin, deliberadamente, y el coronel le dirigió la palabra.

—Pedro Chayá —dijo.

—¿Qué ocurre, coronel?

—Tengo que hablar con usted.

—Muy bien; hable.

Se sentó en la cama y vió que estaba en una habitación de hospital. Lo notó en el aspecto frío y antiséptico, en el suelo de baldosas, en las paredes blancas...; y la cama en que estaba acostado era también de hospital.

—¿Cómo se siente? —le preguntó el coronel.

—Muy bien.

—Fuimos un poco bruscos con usted, pero no nos quedaba otro re-



medio. Lo hicimos por lo de la carta, las máquinas de regalos, las máquinas de estampillar, y todo lo demás.

—Usted dijo algo acerca del membrete de una carta.

—Sí. ¿Qué sabe acerca de ella Chayá?

—No sé nada.

—Se la enviaron al presidente —dijo el coronel—. Hace un mes o cosa así. Y todos los jefes de estado de la Tierra recibieron una carta similar.

—¿Diciendo...?

—Eso es lo malo. Estaban escritas en un idioma desconocido en la Tierra. Pero en cada carta había una línea que podía leerse. Decía:

“Cuando hayan descifrado esto, podrán portarse de un modo lógico.” Y eso era lo único legible...: una línea en el idioma del país adonde iba dirigida la carta. El resto era algo que nadie lograba comprender.

—¿No la han descifrado?

El coronel tenía la frente cubierta de sudor.

—Ni un solo carácter, y mucho menos una palabra.

Pedro extendió la mano, tomó la jarra del agua y la inclinó sobre el vaso. Estaba vacía.

El coronel se levantó de la silla.

—Le traeré agua —tomó el vaso y abrió la puerta del baño—. Voy a dejarla correr un poco para que se enfríe.

Pero Pedro casi no le oyó, porque estaba mirando la puerta. Tenía un cerrojo y...

El agua comenzó a correr, y el coronel levantó la voz para hacerse oír por encima del ruido.

—Entonces fué cuando empezamos a hacer averiguaciones acerca de las máquinas. ¿Se lo imagina? Una máquina que vendía cigarrillos, pero que era algo más que eso. Era algo que nos vigilaba. Algo que estudiaba a la gente y su modo de vivir. Y máquinas de estampillar, o máquinas de juegos y regalos, y toda clase de máquinas inventadas por el hombre para tales usos. No eran máquinas, sino vigilantes. Nos vigilaban todo el tiempo. Nos vigilaban y aprendían...

PEDRO echó las piernas fuera de la cama. Con los pies descalzos, se acercó silenciosa y rápidamente a la puerta, salió, la cerró y corrió el cerrojo.

—¡Eh! —gritó el coronel.

¿Ropas?

Tal vez en el ropero.

Pedro corrió a él y abrió de un tirón la puerta; allí estaban, colgadas de las perchas.

Se quitó el pijama, tomó sus pantalones y se los puso.

¡La camisa ahora! Estaba en un cajón.

¿Y los zapatos? En el suelo del guardarropa. No tenía tiempo de atárselos.

El coronel golpeaba la puerta, pero sin gritar aún. Más tarde lo haría, pero ahora no, porque quería evitar en lo posible el ridículo. No quería reconocer inmediatamente que lo habían engañado.

Pedro registró sus bolsillos. No tenía cartera. Todo lo demás había desaparecido también... : su cortaplumas, su reloj, sus llaves... Probablemente, se los habrían quitado y los habrían guardado en la caja fuerte del hospital.

No tenía tiempo de pensar en ello. Lo único que le interesaba ahora era huir de allí.

Salió del guardarropa y bajó por el corredor, cautelosamente, esforzándose por no ir demasiado de prisa. Se cruzó con una enfermera, pero ella casi ni lo miró.

Vió la puerta de una escalera y la abrió. Ahora podía correr un poco más. Bajó los escalones de tres en tres, con grandes chasquidos de los cordones de los zapatos.

Las escaleras, se dijo, eran un lugar seguro. Casi nadie las usaría, habiendo ascensores. Se detuvo, y se inclinó un momento para atarse los zapatos.

Encima de las puertas estaban pintados los números de las habitaciones. En el piso bajo, entró de nuevo en el corredor. Hasta entonces, no se había dado al parecer la voz de alarma, aunque en cualquier momento, el coronel podía empezar a gritar.

¿Intentarían detenerlo en la puerta? ¿Lo interrogaría alguien? ¿Haría...?

Delante de una puerta había un cesto con flores. Miró a un lado y a otro. Por el corredor había varias personas, pero ninguna lo miraba. Se inclinó y cogió las flores.

En la puerta, le dijo al portero:

—Fué un error. Las flores eran para otro.

El portero sonrió ásperamente, pero no intentó detenerlo.

Al salir, dejó las flores en la escalinata y se alejó rápidamente.

Una hora más tarde se consideró

a salvo. Reconoció que se hallaba en una ciudad a más de treinta kilómetros de donde quería ir, sin dinero, hambriento, y que los pies comenzaban a dolerle de tanto andar por el duro asfalto de las calles.

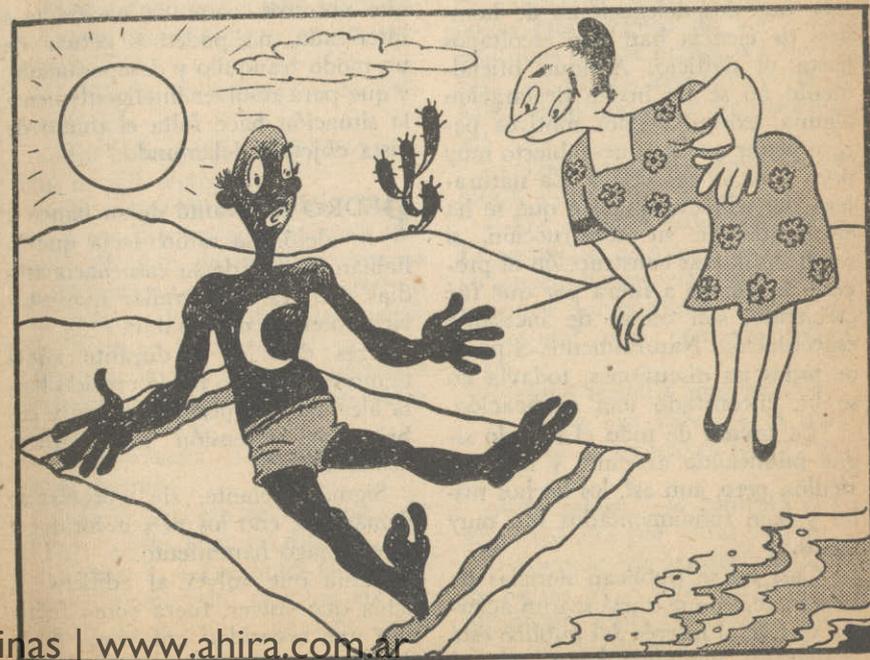
Encontró un parque y se sentó en un banco. A cierta distancia, unos ancianos jugaban a las damas. Una madre paseaba a su bebé en un cochecito. Un joven, sentado en un banco cercano escuchaba su aparatito de radio.

LA radio decía:

“...aparentemente, el edificio está terminado. En las últimas dieciocho horas no se le ha visto crecer. Actualmente tiene mil pisos de altura y cubre una extensión de más

de cuarenta hectáreas. La bomba, que se lanzó hace dos días, sigue flotando sobre él, mantenida en suspensión por una extraña fuerza. La artillería aguarda la orden de abrir el fuego, pero esa orden no llega. Mucha gente piensa que como la bomba no logró caer, las balas no producirían ningún efecto.

“Un vocero militar dijo que, en realidad, los cañones de gran alcance no son más que medidas de precaución, que tal vez sean muy acertadas, pero que, aun así, no explican por qué se lanzó una bomba. Con gran insistencia, no sólo en el Congreso, sino en todo el país, piden que se especifique por qué se lanzó la bomba. Todavía no se ha observado ninguna manifestación hos-



—¿Por qué me habré dormido durante el eclipse?...

### Combustibles

HACE cien años, el 90 % de los combustibles utilizados en los Estados Unidos provenían de la madera. En 1920, el carbón había suplantado a la madera y suministraba el 80 % de la demanda. En la actualidad, el petróleo y el gas natural son los principales combustibles y proveen más de la mitad de toda la energía de los mismos; el *Archivo Histórico de Revistas Argentinas* | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar) no contribuye por ahora en nada, aunque se espera que pronto. Ya se están construyendo plantas, pero todavía no pueden competir económicamente con las otras.

til en el edificio. El único daño de que se tiene noticia es que el edificio ha cubierto la granja de Pedro Chayá, el hombre que encontró la máquina.

“Hace tres días que se desconoce el paradero de Chayá, quien sufrió un ataque y tuvo que ser trasladado de su casa a un hospital. Se cree que se encuentra bajo custodia militar. Hay grandes discusiones acerca de lo que Chayá puede saber o no saber. Probablemente es el único hombre en toda la Tierra capaz de verter alguna luz sobre lo ocurrido en su granja.

“Mientras tanto, la guardia militar que rodea el edificio se ha estrechado, evacuando un corredor de unos veinte kilómetros en torno a él. Se sabe que dos delegaciones de hombres de ciencia han sido escoltados hasta el edificio. Aunque oficialmente no se ha hecho declaración alguna, existen buenos motivos para suponer que han descubierto muy poca cosa en sus visitas. La naturaleza del edificio, quién o qué se ha encargado de su construcción, si se puede llamar construcción al proceso de dentro a fuera por qué fué creciendo, son temas de incesante especulación. Naturalmente, a pesar de todas las discusiones, todavía no se ha encontrado una explicación.

“La prensa de todo el mundo sigue publicando artículos y más artículos, pero, aun así, los hechos reales y bien fundamentados son muy pocos.

“Casi no se publican noticias de otra clase. lo que quizá es un acierto, ya que el interés del público está acaparado completamente por el misterioso edificio. Además, por ex-

traño que parezca, casi no existen otras noticias. Como ocurre muchas veces, cuando sucede algo importante, parece como si los demás acontecimientos esperaran su turno. La epidemia de parálisis infantil decrece rápidamente. No hay grandes crímenes. En las grandes capitales del mundo, la actividad legislativa está paralizada, mientras los gobiernos siguen atentamente los acontecimientos del edificio.

“En muchas de esas capitales se piensa que el asunto del edificio no es simplemente un asunto de interés nacional, sino que las decisiones que se tomen con respecto a él deben hacerse en plano internacional. El intento de bombardeo ha producido muchas discusiones, y se dice que nosotros, como la nación más interesada, no podemos actuar de un modo tranquilo y desapasionado, y que para resolver inteligentemente la situación hace falta el punto de vista objetivo del mundo.”

**PEDRO** se levantó de su banco y se alejó. La radio decía que lo habían sacado de su casa hacía tres días. No era de extrañar que estuviera muerto de hambre.

Tres días..., y durante aquel tiempo el edificio había crecido hasta alcanzar mil pisos de altura y cubrir una extensión de cuarenta hectáreas.

Siguió adelante, sin apresurarse demasiado, con los pies doloridos y el estómago hambriento.

Tenía que volver al edificio..., tenía que volver, fuera como fuere. Era una necesidad vital. Era una necesidad que ahora se daba cuenta, aunque no veía claramente el motivo. Era

como si se hubiera dejado algo en el edificio y tuviera que ir a buscarlo. ¿Qué podía haberse dejado? Nada más que el dolor, la certeza de su triste compañía y la pildorita que siempre llevaba en el bolsillo para el momento en que el dolor se hiciera demasiado fuerte.

Buscó en su bolsillo, pero la pildora ya no estaba allí. Había desaparecido junto con su cartera, su cortaplumas y su reloj. No importa, pensó. Ya no necesito la pildora.

Oyó detrás de él el ruido de unos pasos tan precipitados que le hizo volverse.

—¡Pedro! —exclamó María—. Me pareció que era usted y corrí para alcanzarlo.

Él se detuvo y se quedó mirándola, como si no creyera en su presencia.

—¿Dónde ha estado? —le preguntó ella.

—En el hospital —dijo Pedro—. Huí de allí. Pero usted...

—Nos evacuaron, Pedro. Vinieron y nos dijeron que teníamos que irnos. Algunos de nosotros estamos en un campamento, al otro extremo del parque. Papá está disgustadísimo, y no se lo censuro... ¡Tener que dejar la casa cuando estábamos recogiendo el heno y cuando había tanto que hacer!

Levantó hacia él los ojos y lo miró de frente.

—Tiene aspecto de agotado —le dijo—. ¿Está peor de nuevo?

—¿Peor? —Preguntó él. Y entonces comprendió que los vecinos debían de saber... que la razón de su huida era la granja. Era de ser conocida de todos, porque en el campo no hay secretos.

—Lo siento, Pedro —dijo María—. Lo siento muchísimo. No debería...

—No importa —le dijo Pedro—. Aquel dolor ya no existe, María. Ya no lo tengo. No sé cómo ni por qué, pero el caso es que ya no lo tengo.

—¿El hospital? —sugirió ella.

—El hospital no tuvo nada que ver con eso. Me había desaparecido antes de ir allí. En el hospital lo descubrieron; eso es todo.

—Quizá el diagnóstico estaba equivocado.

Él meneó la cabeza.

—No lo estaba, María.

**PERO**, ¿cómo podía estar seguro? ¿Cómo él, o el mundo médico, podía estar seguro de que habían sido unas células malignas y no otra cosa...: un parásito extraño al que había dado hospedaje sin sospecharlo?

—¿Dice usted que huyó del hospital? —preguntó ella.

—Me estarán buscando, María. El coronel y el mayor piensan que yo puedo haber construido aquella máquina que encontré. Me llevaron al hospital para ver si era humano o no.

—¡Qué tontería más grande!

—Tengo que volver a la granja —dijo él—. Es necesario que vuelva.

—No podrá —le contestó ella—. Hay soldados por todas partes.

—Aunque sea arrastrándome por las zanjas, iré. Viajaré de noche. Me escabulliré entre sus líneas. Lucharé si me descubren y tratan de impedírmelo. No hay otra alternativa. Tengo que intentarlo a toda costa.

—Está enfermo —dijo ella, mirándole ansiosamente la cara.

Él le sonrió.

—Enfermo, no. Simplemente hambriento.

—Venga entonces —y lo tomó de la mano.

Él la contuvo.

—No quiero ir al campamento. No quiero que me vean. Dentro de poco, seré un hombre perseguido... si no lo soy ya.

—A un restaurante...

—Me quitaron la cartera, María. No tengo ningún dinero.

—Yo tengo.

—No —dijo él—. Ya me las arreglaré. Ahora nada podrá vencerme.

—¿Lo dice realmente en serio?

—Se me acaba de ocurrir —reconoció Pedro, confuso y sin embargo seguro de que no era fanfarronada, sino un hecho cierto.

—¿Va a volver?

—Tengo que volver, María.

—¿Y piensa que podrá conseguirlo?

Él asintió.

Pedro —comenzó ella, vacilante.

—¿Qué?

—¿Le molestaría yo mucho?

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

¿Molestarme de qué manera?

—Si lo acompañara.

—Usted no puede ir. No tiene ninguna razón para ello.

Ella levantó un poco la barbilla.

—Hay una razón, Pedro. Es casi como si me llamaran desde allí; como si una campana sonara en mi cabeza... una campana llamando a los niños a la escuela...

—María —dijo él—, ese frasco de perfume... tenía un símbolo, ¿no es así?

—Grabado en el cristal —dijo ella—. El mismo símbolo, Pedro, que estaba tallado en el jade.

Y el mismo, pensó él, que había en los membretes.

—Vamos —decidió de repente—. No me molestarás.

—Comeremos antes —dijo ella—. Vamos a gastarnos mi dinero.

**BAJARON** por el camino, tomados de la mano, como una pareja de novios de quince años.

—Tenemos tiempo de sobra —dijo Pedro—. No podemos ponernos en camino hasta que sea de noche.

Comieron en un restaurante pequeño de una calle extraviada y después fueron a comprar viandas. Compraron un pan grande, unos pedazos de mortadela y un trozo de queso, con lo que gastaron todo el dinero que le quedaba

### Una esperanza para los casi ciegos

**H**E aquí un rayo de esperanza para los infortunados a punto de sumirse en las tinieblas. Nuevos tipos de lentes, recientemente contruidos, han hecho posible mejorar en gran medida la visión confusa de personas parcialmente ciegas. El nuevo sistema óptico consiste en dos o tres lentes de un espesor total de un centímetro. Con este sistema, personas que debían depender de otras para la visión y la lectura, podrán bastarse a sí mismas, e inclusive las personas de avanzada edad mejorarán apreciablemente su visión.

a María, excepto unas monedas por las que el dueño del almacén les vendió una botella vacía, que podía servirles de cantimplora para el agua.

Fueron hasta el límite de la ciudad y, atravesando los suburbios, llegaron al campo abierto. Caminaron despacio, porque de nada les serviría llegar antes de que fuera de noche.

Encontraron un arroyo y se sentaron junto a él, como una pareja que sale de picnic. María se quitó los zapatos y hundió los pies en el agua, y los dos se sintieron enormemente felices.

Llegó la noche y se pusieron en camino. No había luna, pero el cielo resplandecía de estrellas. Aunque tuvieron algunos tropiezos y en más de una ocasión se preguntaron dónde estaban, siguieron adelante, evitando las carreteras, atravesando los campos y los prados, dando un rodeo al llegar a las granjas, para evitar encontrarse con los perros guardianes.

Era poco después de la medianoche cuando vieron la primera hoguera de los campamentos y se apartaron de ella. Desde lo alto de un montecillo vieron el campamento entero, con sus tiendas de campaña y las oscuras siluetas de los camiones cubiertos de lona. Después estuvieron casi a punto de darse de manos a boca con un puesto de artillería, pero lograron alejarse sin encontrarse con los centinelas que seguramente estarían estacionados en torno al perímetro del vivac.

Se hallaban ya dentro del área evacuada, atravesando el círculo ex-

terior de soldados y cañones que rodeaban el edificio.

Avanzaban cautelosamente, moviéndose más despacio. Cuando las primeras luces del alba comenzaron a surgir por oriente, se escondieron en un espeso bosquecillo de ciruelos, a la orilla de un prado.

—Estoy cansada —suspiró María—. Durante toda la noche no me sentí cansada, o, al menos, no me di cuenta de ello; pero ahora que nos hemos detenido, me siento agotada.

—Comeremos y dormiremos —le dijo Pedro.

—Primero quiero dormir. Estoy tan cansada que no tengo ganas de comer.

Pedro la dejó y, arrastrándose, llegó al borde del bosquecillo.

**A** la luz de la mañana vió el edificio, una gran masa envuelta en niebla azul que se erguía sobre el horizonte, como un enorme dedo apuntando al cielo.

—¡María! —murmuró Pedro—. ¡María, allí está!

La oyó arrastrarse por el bosquecillo, hasta llegar a su lado.

—Está muy lejos, Pedro.

—Sí, ya lo sé. Pero iremos hasta allá.

Se quedaron escondidos al borde del bosquecillo, mirándolo.

—No veo la bomba —dijo María—: la bomba que cuelga sobre él.

—Está demasiado lejos para que la veamos.

—¿Qué significa esto para nosotros? ¿Por qué somos los únicos que volvemos? ¿Por qué somos los únicos que no tenemos miedo?

—No lo sé —dijo Pedro frunciendo el ceño, perplejo—. En realidad,

no hay ninguna razón. Yo vuelvo porque quiero... , no porque tenga qué volver. Era el lugar que había elegido. El lugar para morir. Como los elefantes que van a morir al lugar donde han muerto los demás elefantes.

—Pero ahora estás bien, Pedro.

—Es lo mismo... , o así me parece. Allí fué donde encontré la paz y la tranquilidad.

—Y allí vimos los símbolos, Pedro. Los símbolos del frasco y del jafe.

—Volvamos al bosque —dijo él—. Aquí puede descubrirnos alguien.

—Nuestros regalos eran los únicos que tenían símbolos —insistió María—. Los demás no tenían. Se lo pregunté a todos. En los demás regalos no había símbolos.

—No tenemos tiempo para pensar en eso. Ven.

Voivieron al centro del bosquecillo.

El Sol había salido ya y sus rayos caían de lleno sobre los árboles; el silencio de la mañana los envolvía como una bendición.

—Pedro —dijo María—. No puedo permanecer más tiempo despierta. Bésame, antes de que me duerma.

El la besó, y se abrazaron con fuerza, separados del mundo por las ramas bajas de los ciruelos.

—Oigo campanas —murmuró ella—. ¿Las oyes tú también? Pedro meneó la cabeza.

—Como las campanas de la escuela —continuó ella—. Como las del primer día de escuela... , el primer día que vamos a clase.

—Estás cansada —le dijo él.

—Las he oído antes. Ésta no es la primera vez.

Él la besó de nuevo.

—Duérmete —le dijo—. Y casi en seguida, ella se tendió en la hierba, y sus ojos se cerraron.

Él se tendió a su lado, y se ensimismó buscando el dolor escondido en su cuerpo. Pero no halló ningún dolor. Había desaparecido para siempre.

El dolor había desaparecido, la epidemia de parálisis había decrecido y tal vez sería una locura pensararlo, pero él lo pensó de todos modos:

*¡Misionero!*

**¿QUÉ** hacían los misioneros humanos cuando iban a tierras de paganos?

Predicaban, claro está, pero hacían también otras cosas. Luchaban contra las enfermedades, se esforzaban por sanear el país y procurar el bienestar de las gentes que vivían en él, trataban de educarlas para que vivieran mejor. Y por eso, no solamente llevaban sus libros de preceptos religiosos, sino que trataban también de conquistar la confianza de los paganos.

Y si un misionero de otro mundo hubiera venido a la Tierra, ¿cuál sería una de las primeras cosas que seguramente haría? ¿No era razonable pensar que también él trataría de luchar contra la enfermedad y de mejorar el nivel de vida del pueblo que había elegido? De ese modo se ganaría su confianza; aunque, al principio, no esperaría conseguir demasiadas cosas. Esperaría hostilidad y desconfianza. Sólo un puñado lastimoso de hombres no le tendría odio o miedo.

Y si el misionero...

Si ese misionero...

Pedro se quedó dormido.

Lo despertó un rugido; se sentó, completamente despierto de repente.

El rugido seguía fuera del bosquecillo, pero iba alejándose.

—¡Pedro! ¡Pedro!

—¡Silencio, María! ¡Alguien anda por ahí!

El rugido se acercó de nuevo, creciendo hasta tener la intensidad del trueno, y la tierra tembló bajo él. Luego, el rugido se alejó otra vez.

El sol del mediodía penetraba a través de las ramas, convirtiendo el escondite de Pedro y María en un cuadro salpicado de sol y sombra. Pedro percibió el olor fuerte de la tierra calentada y las hojas marchitas.

Se arrastraron cautelosamente hasta el borde del bosquecillo y, al llegar a un lugar donde las hojas eran más escasas, vieron el tanque que corría por el campo. El rugido que producía su veloz marcha llegaba hasta ellos, creciendo o decreciendo con los desniveles del terreno; la boca de su cañón asomaba belicosamente por delante.

Un ancho camino atravesaba el campo, un camino que Pedro no había visto la noche antes. Era recto, absolutamente recto, llegaba hasta el edificio y estaba hecho de una substancia metálica que resplandecía al sol.

Y allá a lo lejos, hacia la izquierda había otro camino, y otro hacia la derecha, y parecía que los tres caminos se unían en el horizonte, como parecen convergir los rieles del tren al alejarse.

Otros caminos corrían en ángulo recto, cortando los tres principales,

de tal modo que daban la impresión de grandes escaleras de mano, tendidas sobre el campo, la una al lado de la otra.

**E**L tanque corría hacia uno de los caminos que cortaban a los tres principales; en la lejanía parecía pequeño, y su rugido se oía apagado, no más fuerte que el zumbido de una avispa irritada.

Llegó al camino y patinó, zigzagueando y dando vueltas, como si se hallara sobre algo liso y sólido: como sobre una superficie metálica enjabonada. Hubo un momento en que estuvo a punto de volcar, pero conservó el equilibrio y por fin retrocedió y bajó pesadamente al campo, dirigiéndose de nuevo hacia el bosquecillo.

En la mitad del campo se detuvo, dió media vuelta y dirigió su cañón hacia el camino de intersección.

La boca del cañón bajó y disparó hacia el camino. La bala explotó con un fuerte resplandor y una nubecilla de humo. El ruido del disparo hirió los oídos de Pedro y María.

Una y otra vez, el cañón disparó sobre el camino a boca de jarro. Una nube de humo envolvió el tanque y el camino en el que las balas seguían explotando, pero sólo a este lado del camino y no más allá.

El tanque avanzó de nuevo, hasta el camino mismo. Esta vez se acercaba cuidadosamente, con lentitud, como si buscara un lugar por donde cruzarlo.

A lo lejos se oía fuerte ruido de artillería. Una batería entera de cañones debía de estar disparando contra el edificio. Dispararon du-

rante largo rato, y por último, cesó el fuego.

El tanque seguía buscando el camino, como perro que olfatea el terreno buscando un conejo escondido en su madriguera.

—Allí hay algo que los detiene —dijo Pedro.

—Una pared —aventuró María—. Una pared invisible que no pueden atravesar.

—Y a través de la cual tampoco pueden disparar. Han tratado de demolerla con sus disparos y ni siquiera han logrado hacer mella en ella.

Desde el borde del bosquecillo, Pedro vió cómo el tanque avanzaba a lo largo del camino. Llegó a un punto en que el camino de la izquierda cortaba al transversal. El tanque torció para seguirlo, y su blindaje chocó contra la invisible pared.

Está acorralado, pensó Pedro. Aquellos caminos habían fraccionado y acorralado las unidades militares. Un tanque en uno de los corrales, media docena de tanques en otro, una batería en el de más allá, varios autos en otro recinto. Acorralados, atrapados, inútiles.

Y nosotros, se preguntó, ¿estaremos acorralados también?

Un grupo de soldados bajaba andando por el camino de la derecha. Pedro los vió a lo lejos, como puntitos negros que se movían dirigiéndose hacia el este, alejándose del edificio. Cuando se aproximaron, vió

que no llevaban armas y que caminaban a paso lento, sin recordar en nada una formación, y, por el modo de caminar, comprendió que estaban muertos de cansancio.

**N**O se dió cuenta de que María se había alejado hasta que la sintió de nuevo junto a él, agachando la cabeza para impedir que las ramas bajas se le engancharan en los cabellos.

Se sentó al lado de Pedro y le dió una gran rebanada de pan y un buen pedazo de mortadela. Luego, puso entre los dos la botella de agua.

—Fué el edificio —le dijo— el que hizo los caminos.

Pedro asintió, con la boca llena de pan y carne.

—Quiéren facilitar el acceso al edificio —dijo María—. El edificio quiere que la gente vaya a visitarlo.

—¿Las campanas de nuevo? —preguntó él.

Ella sonrió y le contestó:

—Las campanas.

Los soldados habían llegado ya lo bastante cerca para ver el tanque. Se detuvieron y se quedaron en el camino, mirándolo.

Luego, cuatro de ellos salieron del camino y entraron en el campo, dirigiéndose hacia el tanque. Los demás se sentaron a esperar.

—La pared sólo funciona de un modo —dijo María.

—Probablemente —contestó Pedro— funciona solamente cuando

se trata de tanques, pero no cuando se trata de personas.

—El edificio quiere atraer a la gente.

Los soldados atravesaron el campo, y el tanque les salió a encuentro. Se detuvo, y sus ocupantes saltaron afuera. Los soldados y la tripulación del tanque se quedaron junto a él, hablando. Uno de los soldados no hacía más que mover los brazos en amplios gestos, señalando acá y allá.

A lo lejos, se volvió a oír de nuevo el ruido de la artillería.

—Algunos —dijo Pedro— siguen empuñados en derribar esas murellas.

Finalmente, los soldados y los ocupantes del tanque volvieron al camino, dejando el tanque abandonado en el campo.

Lo mismo tenía que ocurrir con las demás fuerzas militares que rodeaban el edificio, pensó Pedro. Los caminos y las paredes las habían dividido en grupos separados. Y ahora, los tanques, los cañones y los aviones eran como otros tantos juguetes inútiles de una raza de niños, esparcidos por mil corralitos.

Cuando llegaron al camino, los soldados y los ocupantes del tanque se dirigieron lentamente hacia el este, en retirada del asedio que habían terminado con tan poca gloria.

**M**ARÍA y Pedro se quedaron en el bosquecillo, mirando el edificio.

—Dijiste que venían de las estrellas —dijo María—. Pero, ¿por qué vinieron aquí? ¿Por qué nos buscaron? ¿Por qué razón?

—Para salvarnos —le contestó

Pedro—. Para salvarnos de nosotros mismos. O para explotarnos y esclavizarnos. O para usar nuestro planeta como base militar. Por cien otras razones. Quizá por una razón que no podríamos comprender, aunque nos la dijeran.

—Pero tú no crees en esas otras razones, ni piensas que quieran esclavizarnos o emplear la Tierra como base militar. Si lo creyeras, no iríamos camino del edificio.

—No, no lo creo. No lo creo porque antes tenía cáncer y ahora no lo tengo. No lo creo porque la epidemia de parálisis infantil comenzó a decrecer el mismo día en que ellos llegaron. Nos están haciendo bien, del mismo modo que lo hacían los misioneros a los pueblos primitivos y llenos de enfermedades. Espero...

—a través del campo miró hacia el tanque atrapado y desierto, hacia la brillante escalera de caminos—. Espero que no harán lo que hicieron ciertos misioneros. Confío en que no acabarán con nuestra dignidad, que no nos librarán de las enfermedades para condenarnos a la inferioridad racial. Espero que no partirán los cocos y nos darán...

Pero ellos nos conocían, reflexionó; sabían todo lo que hay que saber acerca de nosotros; nos estudiaron ¿durante cuánto tiempo?... Agazapados en el rincón de una farmacia, disfrazados de máquinas vendedoras de cigarrillos, vigilándonos desde los mostradores como máquinas de estampillar...

Y escribían cartas... cartas a todos los jefes de gobierno del mundo. Cartas que, cuando por fin se lograra descifrarlas, les descubrirían la causa de todo aquello. O tal vez ha-

**M**ás de 3.000 personas de Nueva York donaron sus ojos a un Banco de Ojos. Pero, tranquilícense los lectores, sólo después de fallecidas se desprenderán de tan preciados órganos, a fin de que sean trasplantados a personas de escasa vista.

**¡Donaron sus ojos!**

rían ciertas demandas. O, más posible, no serían más que solicitudes de permiso para construir una misión o una escuela, un hospital o una iglesia. Era difícil averiguarlo.

Nos conocían, pensó. Por ejemplo, sabían que nos encanta todo lo que es gratis, y por eso nos hicieron los regalos... como en los programas de preguntas y respuestas de la radio y la televisión, pero sin concursos y con premios para todo el mundo.

Durante toda la tarde, Pedro y María estuvieron allí, mirando el camino, y en todo aquel tiempo vieron pasar pequeños grupos de soldados que caminaban despacio. Pero hacía ya más de una hora que nadie pasaba por el camino.

**S**E pusieron en marcha poco antes del anochecer; atravesaron el campo; cruzaron la pared invisible, y, una vez en el camino, siguieron hacia el oeste, hacia la nube púrpura del edificio que se alzaba sobre el cielo enrojecido de poniente.

Viajaron durante toda la noche sin tener que esconderse y esquivar los obstáculos como la noche anterior, porque no había nadie en el camino, excepto un soldado.

Cuando se encontraron con él se hallaban ya bastante cerca del altísimo edificio que subía hasta el cielo, como un manchón de resplandeciente neblina, a la luz de las estrellas.

El soldado estaba sentado en el centro del camino y se había quitado los zapatos.

—Tengo un dolor de pies que me muero —les dijo, a modo de saludo y con expresión de cansancio.

Ellos se sentaron junto a él para hacerle compañía. Pedro sacó la botella de agua, el pan, el queso y la mortadela y los puso en el suelo, sobre un pedazo de papel a guisa de mantel.

Comieron durante un rato, en silencio, y por fin el soldado dijo:

—Bueno, esto es el final.

Pedro y María no le hicieron ninguna pregunta y aguardaron pacientes, comiendo pan y queso.

—Esto es el fin de la milicia —dijo el soldado—; el fin de la guerra.

Con un ademán les indicó los corrales circundados por los caminos. En uno de ellos había tres piezas de artillería; en otro, un camión de municiones, y en otro, varios vehículos militares.

—¿Cómo vamos a luchar en la guerra —dijo el soldado—, si cosas como ésa pueden partir nuestros ejércitos en pedazos? Un tanque no vale ni para guardar cien metros, cuando no puede salir de esos cien metros. Un cañón de gran alcance no sirve de nada si sólo puede disparar a menos de un kilómetro.

—¿Cree que lo harán? —le preguntó María—, es decir, ¿que harán esto en otras partes?

—Aquí lo han hecho. ¿Por qué no hacerlo en otro lugar? ¿Por qué no en cualquier lugar que quieran? Nos detuvieron a nosotros. Nos detuvieron en seco, sin verter una sola gota de sangre. No ha habido una sola baja entre nosotros.

Tragó un pedazo de pan y queso que tenía en la boca y tomó la botella de agua. Mientras bebía, su nuez subía y bajaba.

—Voy a volver —les dijo—. Iré a

buscar a mi novia y con ella regresaré aquí. Las cosas que hay en ese edificio necesitan quizás ayuda, y yo voy a ayudarles en lo que pueda. Si no la necesitan, ya encontraré algún medio de hacerles saber que les agradezco el que hayan venido.

—¿Cosas? ¿Vió alguna cosa?

El soldado se quedó mirando a Pedro.

—No, no vi nada.

—Pero entonces, ¿por qué dice que va a buscar a su novia y a volver aquí? ¿Cómo se le ocurrió la idea? ¿Por qué no viene ahora, con nosotros?

—No me parece bien —protestó el soldado—. Tengo que verla primero y decirle lo que siento. Además, tengo un regalo para ella.

—Se alegrará de verlo a usted —le dijo María dulcemente—, y le gustará el regalo.

—Estoy seguro de ello —el soldado sonrió, orgulloso—. Es algo que ella quería.

**M**ETIÓ la mano en el bolsillo, sacó un estuche de cuero y lo abrió. La luz de las estrellas brilló suavemente en el collar que había dentro del estuche.

María extendió la mano hacia él.

—¿Me permite? —preguntó.

—Sí —dijo el soldado—. Deseo que lo mire. Usted sabrá si puede gustarle o no a una muchacha.

María lo sacó del estuche y lo levantó en su mano. Era como un chorro de fulgurantes estrellas.

—¿Diamantes? —insinuó Pedro.

—No sé —dijo el soldado—. Quizá. A mí me parecen verdaderamente buenos. Al final hay una especie de pendentif, una piedra verde que

no brilla mucho, pero...

—Pedro —interrumpió María—, ¿tienes un fósforo?

El soldado metió la mano en el bolsillo.

—Yo tengo un encendedor, señorita. Esa cosa me dió un encendedor. ¡Una maravilla!

Lo encendió, y María lo aproximó al pendentif.

—Es el símbolo —dijo—. Como el de mi frasco de perfume.

—¿Esa talla? —preguntó el soldado—. En mi encendedor está también.

—¿Quién le dió ésto? —le preguntó con ansiedad Pedro.

—Una caja. Aunque, realmente, era algo más que una caja. Me incliné para pasarle la mano por encima y me dió el encendedor. Yo me acordé de Luisa y del encendedor que ella me había regalado. Lo había perdido y me sentía muy a disgusto, y ahora tenía uno igual, excepto por el tallado. Y cuando pensé en Luisa, la caja hizo un ruido raro, y salió de ella el estuche con el collar.

El soldado se inclinó, y la luz del encendedor iluminó su rostro.

—¿Saben lo que pienso? —dijo—. Creo que la caja era uno de ellos. Corren por ahí historias; pero uno no puede creer todo lo que oye...

Los miró a los dos.

—¿No se ríen de mí? —dijo, extrañado.

Pedro negó con la cabeza.

—Por nada del mundo nos reíríamos de usted.

María le devolvió el collar y el encendedor. El soldado se los guardó en el bolsillo y comenzó a ponerse los zapatos.

—Tengo que seguir adelante —dijo—. Gracias por la comida.

—Volveremos a vernos —le contestó Pedro, en tono amistoso.

—Así lo espero.

—Yo sé que nos veremos —declaró positivamente María.

Lo vieron alejarse lentamente, y ellos reanudaron su camino en dirección contraria.

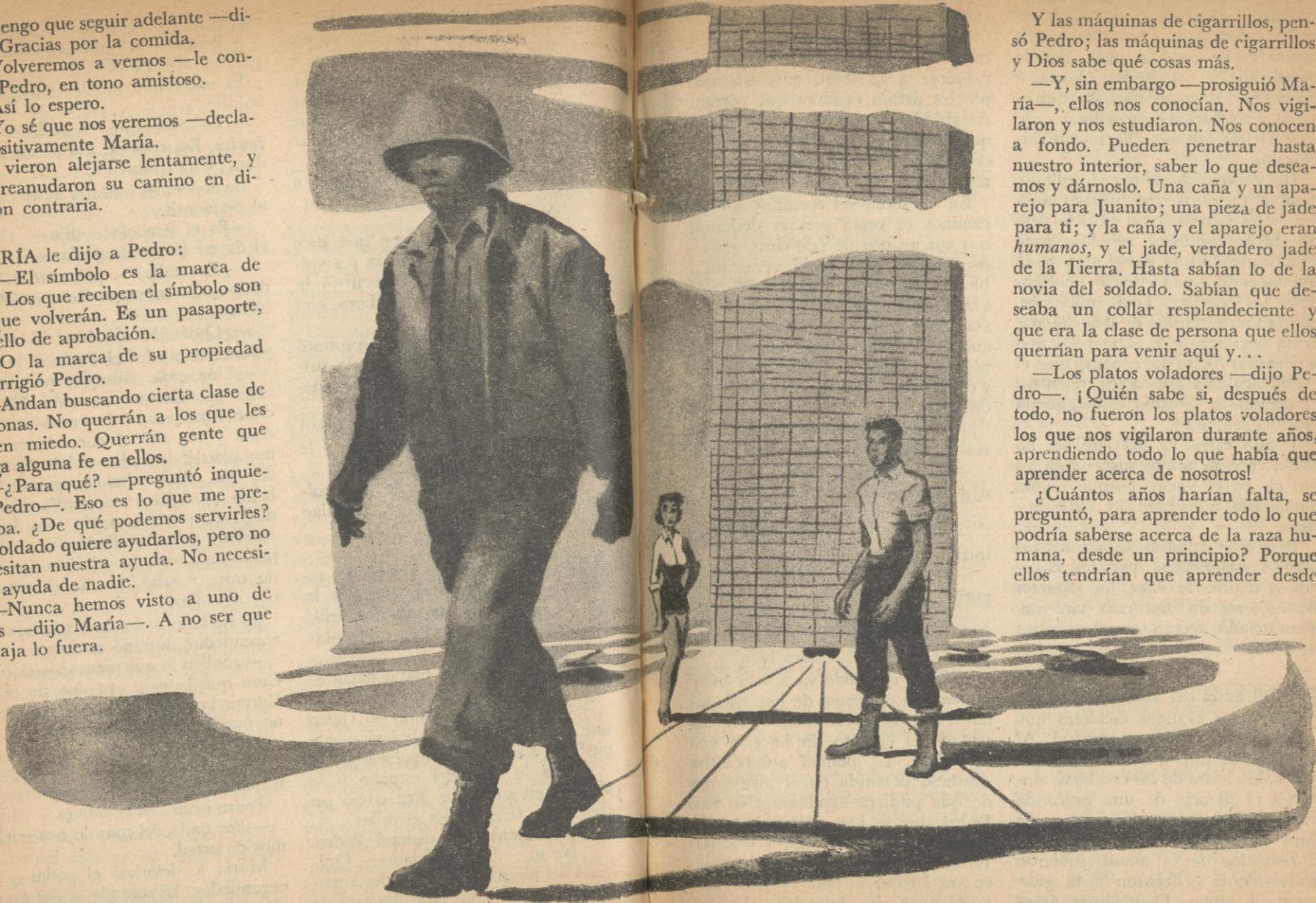
**M**ARÍA le dijo a Pedro: —El símbolo es la marca de ellos. Los que reciben el símbolo son los que volverán. Es un pasaporte, un sello de aprobación.

—O la marca de su propiedad —corrigió Pedro.

—Andan buscando cierta clase de personas. No querrán a los que les tienen miedo. Querrán gente que tenga alguna fe en ellos.

—¿Para qué? —preguntó inquieto Pedro—. Eso es lo que me preocupa. ¿De qué podemos servirles? El soldado quiere ayudarlos, pero no necesitan nuestra ayuda. No necesitan ayuda de nadie.

—Nunca hemos visto a uno de ellos —dijo María—. A no ser que la caja lo fuera.



Y las máquinas de cigarrillos, pensó Pedro; las máquinas de cigarrillos y Dios sabe qué cosas más.

—Y, sin embargo —prosiguió María—, ellos nos conocían. Nos vigilaron y nos estudiaron. Nos conocen a fondo. Pueden penetrar hasta nuestro interior, saber lo que deseamos y dárnoslo. Una caña y un aparejo para Juanito; una pieza de jade para ti; y la caña y el aparejo eran *humanos*, y el jade, verdadero jade de la Tierra. Hasta sabían lo de la novia del soldado. Sabían que deseaba un collar resplandeciente y que era la clase de persona que ellos querrían para venir aquí y...

—Los platos voladores —dijo Pedro—. ¡Quién sabe si, después de todo, no fueron los platos voladores los que nos vigilaron durante años, aprendiendo todo lo que había que aprender acerca de nosotros!

¿Cuántos años harían falta, se preguntó, para aprender todo lo que podría saberse acerca de la raza humana, desde un principio? Porque ellos tendrían que aprender desde

un principio ya que la raza humana, para ellos, sería una raza extraña y compleja y tendrían que ir conociéndola paso a paso, detalle por detalle. Y cometerían errores; a veces sus deducciones serían equivocadas y les harían retroceder.

—No sé —dijo—. No puedo calcularlo.

Siguieron adelante por el brillante camino metálico que brillaba a la luz de las estrellas, y el edificio dejó de ser un fantasma nebuloso para convertirse en una pared gigantesca que ascendía hasta el cielo, ocultándoles las estrellas. Tenía mil pisos, cubría una extensión de más de cuarenta hectáreas y le obligaba a uno a levantar tanto la cabeza, que el cuello acababa por doler, mientras el cerebro se aturdía ante aquella gloriosa majestad.

Y aun cerca ya del edificio, no podía verse la bomba suspendida sobre él, en el vacío, porque estaba demasiado alta para la vista humana.

Pero sí se veían los diminutos cubículos deslindados por los caminos y, dentro de ellos, los juguetes destructores de una raza violenta, abandonados como simples trozos de metal.

**P**OCO antes del alba llegaron por fin a las grandes escaleras que subían hasta la puerta central. Al atravesar la amplia terraza enlosada que había antes de las escaleras, sintieron el silencio de una profunda paz que reinaba a la sombra de aquel edificio.

Tomados de la mano, subieron las escaleras y llegaron a la gran puerta de bronce. Detuviéronse fren-

te a ella. Se volvieron y miraron hacia atrás, en silencio.

Los caminos salían del cubo del edificio, como radios de rueda, perdiéndose a lo lejos, entrecruzados por los demás caminos que corrían en círculos concéntricos, de modo que parecía como si uno se hallara en el centro de una gigantesca tela de araña.

En las secciones cortadas por los caminos se veían granjas desiertas, con sus grupos de edificios: graneros, garages, silos, cochiqueras, establos... En otros sectores había máquinas de guerra, que ahora sólo servían para nidos de pájaros o madrigueras de conejos. El trino de los pájaros se elevaba desde los prados y campos, y se percibía el olor fresco de la hierba.

—¡Qué hermoso! —dijo María—. ¡Ésta es nuestra tierra!

—Era —corrigió Pedro—. Ahora, nada volverá a ser lo mismo

—¿No tienes miedo, Pedro?

—Ninguno. Sólo estoy un poco intrigado.

—¡Pero antes parecías tan seguro!

—Lo sigo estando —le dijo—. Intimamente, estoy tan seguro como antes de que todo saldrá bien.

—Claro que todo va a salir bien. Había una epidemia de parálisis infantil y ahora ha terminado. Han derrotado al ejército sin hacerle una sola baja. La bomba atómica ha quedado detenida en el aire antes de que pudiera explotar. ¿No ves, Pedro, que ya han empezado a mejorar el mundo? El cáncer y la parálisis han desaparecido: dos cosas contra las que el hombre luchó durante años sin vencerlas. Terminó

la guerra, la enfermedad, las bombas atómicas... Nos han resuelto muchas cosas que nosotros mismos no podíamos resolver.

—Ya lo sé —dijo Pedro—. Sin duda alguna, pondrán también fin al crimen, al robo y la violencia, a todas las demás cosas que han venido atormentando y degradando al hombre desde que bajó de los árboles.

—¿Qué más quieres?

—Nada más... Lo que pasa es que toda esta evidencia es solamente circunstancial. Todo lo que sabemos, o creemos saber, lo hemos aprendido por deducción. No tenemos ninguna prueba real.

—Tenemos fe, Pedro. Debemos tener fe. Si no puedes creer en algo que acaba con la enfermedad y la guerra, ¿en qué creerás entonces?

—Eso es lo que me preocupa.

—El mundo se mantiene por la fe —dijo María—. La fe en Dios, en nosotros mismos, en la decencia de la humanidad.

—Eres maravillosa —exclamó Pedro.

La abrazó con fuerza y la besó. Ella se estrechó contra él y, cuando finalmente se soltaron, la gran puerta de bronce comenzaba a abrirse.

**S**ILENCIOSAMENTE atravesaron el umbral, con los brazos pasados por la cintura, y entraron en un vestíbulo de alta bóveda. En ella y en las paredes había pinturas murales, y al final, se alzaban cuatro grandes tramos de escaleras.

Pero éstas estaban cerradas por un grueso cordón de terciopelo. Otro cordón sujeto en brillantes abrazaderas, y unos carteles con flechas,

les mostraron la dirección que debían seguir.

Obedientes, Pedro y María avanzaron en ceremonioso silencio, atravesaron el vestíbulo y se hallaron ante la única puerta abierta.

Entraron en una gran sala, con altos y esbeltos ventanales, por los que entraba el sol matinal, en claros raudales que iluminaban las pizarras satinadas, las sillas de grandes brazos, las pesadas mesas de lectura, las estanterías llenas de libros y el pupitre del maestro.

Se detuvieron en el umbral, miraron en derredor, y María le dijo a Pedro.

—Tenía yo razón. Eran las campanas de la escuela. Hemos venido a la escuela, Pedro. Es el primer día de escuela.

—El jardín de infantes —dijo Pedro con voz ahogada por la emoción.

Aquello era perfecto, pensó, humanamente perfecto: El sol y la sombra, las hermosas encuadernaciones de los libros, la pátina oscura de la madera, el profundo silencio. Era una clase de acuerdo con la mejor tradición terrena. Era Oxford, la Sorbona, Salamanca, unidas en una sola escuela.

Los seres extraños no habían olvidado ni un solo detalle.

—Tengo que entrar a ver —dijo María—. Aguárdame aquí.

—Aquí te esperaré —le prometió él.

La vio atravesar la sala y abrir una puerta. A través de ella, vio un corredor que se perdía de vista a lo lejos. María cerró la puerta, y él se encontró solo

Permaneció un momento donde

estaba. Luego se volvió rápidamente, atravesó casi corriendo el vestíbulo y llegó a la puerta de bronce. Pero ya no había puerta, no podía verla por ninguna parte. Ni siquiera una rendija que le mostrara el lugar donde había estado. Recorrió la pared, centímetro a centímetro, sin encontrarla.

Se apartó de la pared y se quedó en el centro del vestíbulo, desnuda el alma, mientras el inmenso vacío del edificio le atronaba en el cerebro.

El edificio, pensó, subía con sus mil pisos hacia el cielo. Y allí abajo estaba el jardín de infantes, y en el segundo piso, sin duda, el primer grado; uno iría subiendo y subiendo... ¿Cuál sería el fin..., el propósito de ese fin?

¿Cuándo se graduaba uno?

¿Llegaría uno a graduarse?

Y cuando se graduara, ¿qué sería uno entonces?

¿Qué sería?, se preguntó.

¿Seguiría siendo humano?

**D**URANTE días y días, asistirían a la escuela las gentes que ellos habían elegido, los que habían aprobado el examen de ingreso, necesario para asistir a aquella escuela. Vendrían por los caminos metálicos,

subirían las escaleras de entrada, y la gran puerta de bronce se abriría para dejarlos entrar. Y otros vendrían también, por curiosidad, pero si no tenían el símbolo, las puertas no se abrirían para ellos.

Los que habían entrado, cuando sintieran impulsos de huir, se encontrarían con que no había puertas.

Volvió a la clase y se quedó en el lugar donde había estado antes.

Esos libros, pensó... ¿Qué habrá en ellos? Dentro de un rato, reuniría el valor suficiente para tomar uno y verlo. Y el pupitre del maestro... ¿Qué se situaría en él?

Qué, no quién.

La puerta se abrió. María atravesó la clase y se acercó a Pedro.

—Dentro hay departamentos —le dijo—. Los departamentos más lindos que te puedas imaginar. Uno de ellos tiene nuestros nombres; otros tienen los nombres de otras gentes, y otros, ninguno. Van a venir más personas, Pedro. Nosotros llegamos un poco temprano, eso es todo. Fuimos los primeros en ponernos en camino. Llegamos aquí antes de que sonara la campana de la escuela.

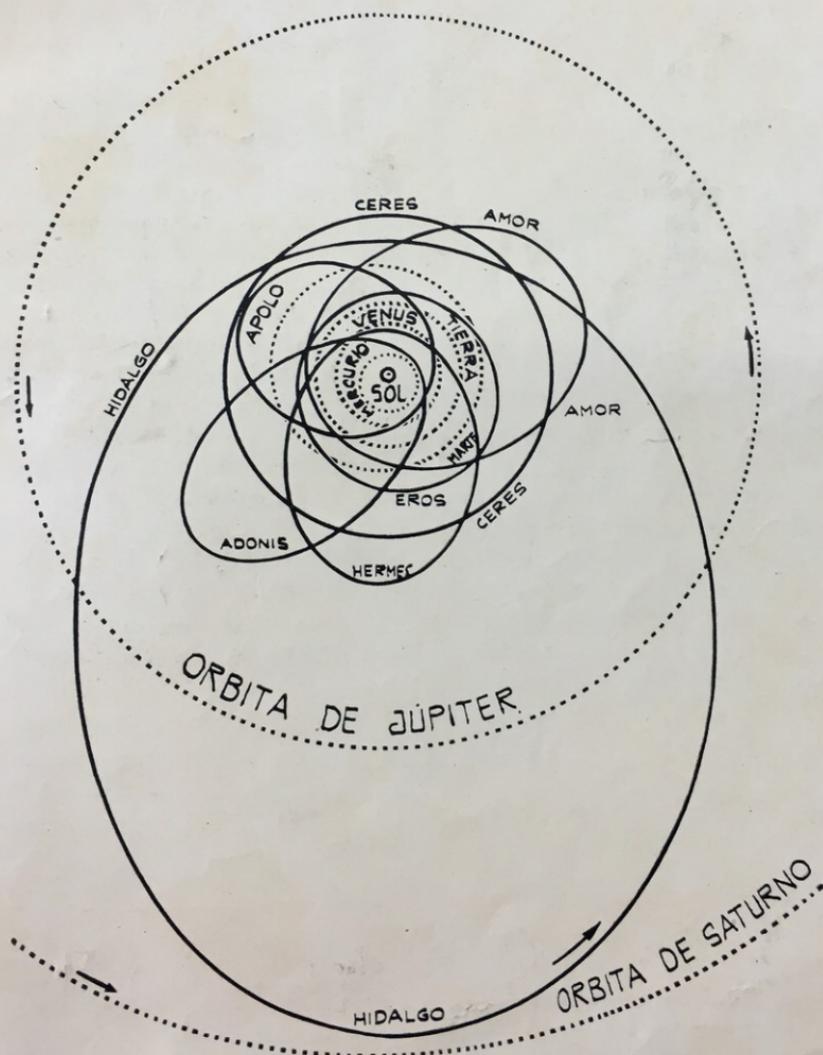
Pedro asintió, y dijo:

—Sentémonos y esperemos.

Y se sentaron, uno al lado del otro, para esperar al Maestro. ♦

## ALGUNAS ORBITAS DE PLANETOIDES MACHOS

Como se ve, hay tres planetoides cuyas órbitas están cruzadas con la terrestre: Adonis, Apolo y Hermes. Cuando fué descubierto, Hermes estaba a 700.000 Km. de distancia de la Tierra, y se calcula que puede llegar a pasar a sólo 350.000, es decir, 2.000 Km. menos que la menor distancia a que se puede colocar la Luna.



Está llegando a su culminación  
**LA CONQUISTA del ESPACIO**  
la formidable obra de Willy Ley  
ilustrada por Chesley Bonestell

**más allá**

publicará en el  
próximo número  
un capítulo  
insuperable:

# Cohetes y Trayectorias

Willy Ley, después de analizar el estado actual de nuestros conocimientos, lanza una mirada sobre el porvenir de la raza humana en pos del infinito.

y además:

- ★ APASIONANTES NOVELAS Y CUENTOS
- ★ MAS INFORMACIONES CIENTIFICAS
- ★ UN ENTRETENIDISIMO "ESPACIOTEST"
- ★ UNA TAPA MAGNIFICAMENTE ILUSTRADA

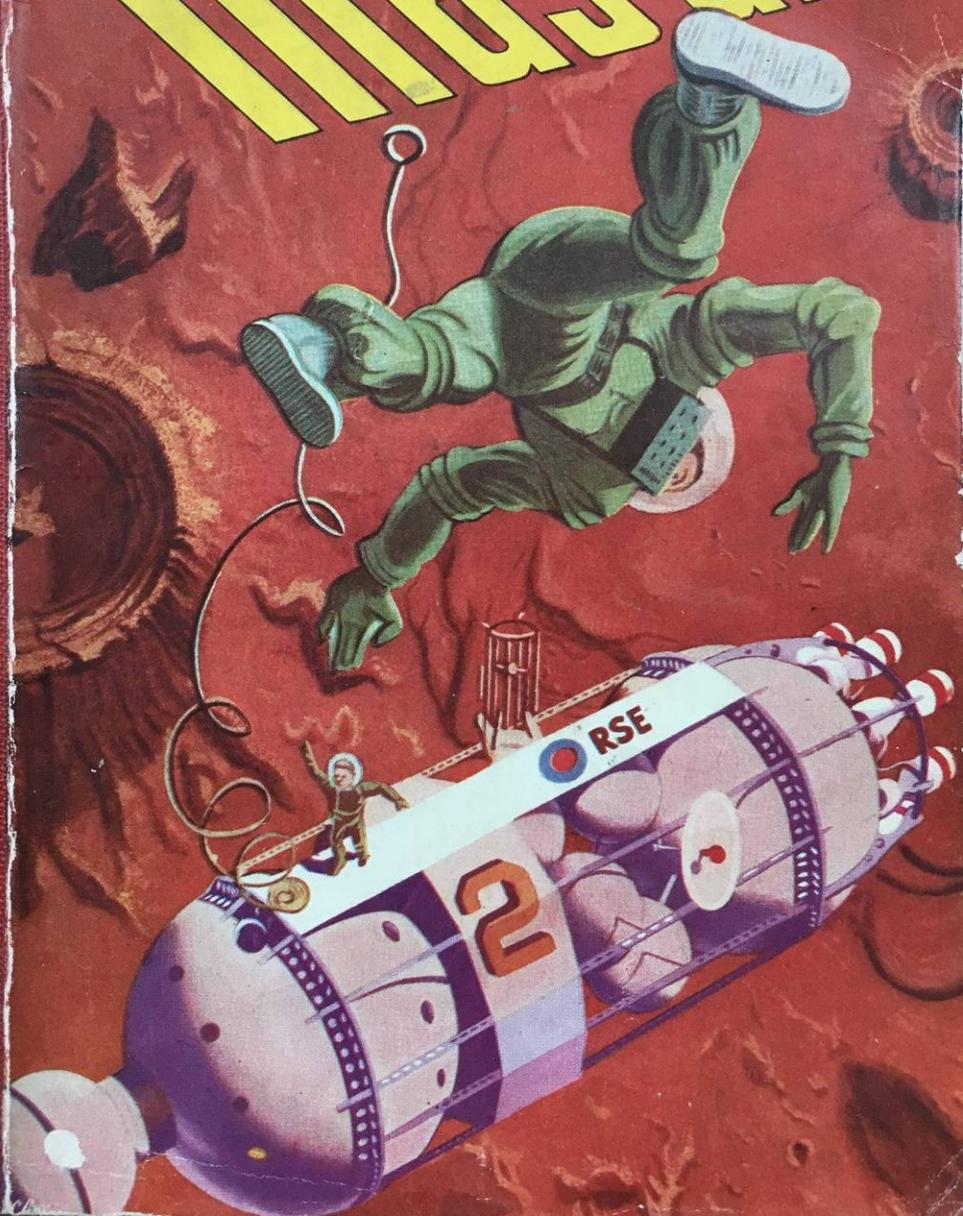
**MAS ALLA DE LA CIENCIA Y DE LA FANTASIA**

\$ 5.-

VOL. 1 N° 7

DICIEMBRE 1953

# Alas de Plata



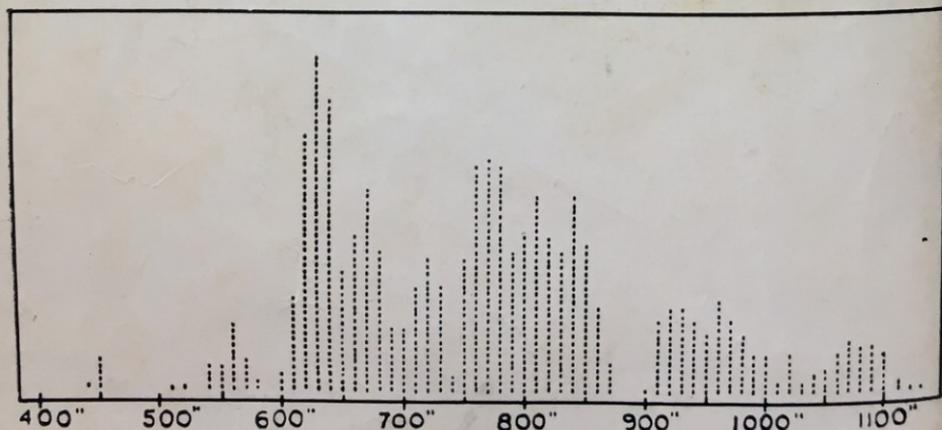
# EL SISTEMA SOLAR (VI)

## DISTRIBUCION DE LOS PLANETOIDES

Los planetoides no están uniformemente distribuidos en el sistema solar. La mayor cantidad de ellos se encuentran entre Marte y Júpiter. En el gráfico cada punto representa a un planeta. Están ordenados de acuerdo con los segundos de arco que recorren en un período de 24 horas, de manera que todos los que barren el mismo arco en ese tiempo están sobre la misma columna. Cuantos más segundos de arco recorren, más cerca están del Sol, en promedio. El último punto de la izquierda representa a Thule, que en un tiempo se consideró el más lejano del Sol. El planeta Eros, que

es el más cercano al Sol, aparecería en el gráfico mucho más a la derecha (2015").

En este gráfico aparece sólo una parte de los planetoides. Su distribución en los dominios del Sol es irregular: en cierto modo, ellos destruyen la armonía del sistema solar, como se la concebía antiguamente. Aunque la mayoría de ellos están entre Marte y Júpiter, hay algunos que se acercan a la Tierra y hasta a Mercurio, mientras que otros se alejan del Sol tanto como Saturno y Urano. El estudio de los planetoides presenta algunos problemas muy difíciles en la mecánica celeste.





**MAS ALLA DE LA CIENCIA  
Y DE LA FANTASIA**

Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica

## SUMARIO

### ILUSTRACION DE LA TAPA

por Mel Hunter

La pequeña espacionave ha salido de la Base Lunar para efectuar un salvamento: el naufrago del espacio estaba flotando en el vacío, satélite del satélite.

### NOVELAS CORTAS:

- PERO YA HEMOS COMENZADO, por RAYMUND Z. GALLUN  
A cada cual su monstruo ..... 88  
JARDIN DE INFANTES, por CLIFFORD D. SIMAK  
Sin precio, sin sentido y desesperadamente necesario 126

### CUENTOS:

- REQUIEM, por ROBERT A. HEINLEIN  
El último viaje de Delos Harriman ..... 6  
MAL DIA PARA VENTAS, por FRITZ LEIBER  
El buen vendedor nunca se rinde ..... 53  
NO QUEREMOS EMBROLLOS, por JAMES H. SCHMITZ  
La hidalguía del enemigo es un arma secreta ..... 64  
¡ABAJO CON LOS REFEREES!, por DONALD COLVIN  
En el principio fué el fútbol ..... 74  
HOMBRES CONTRA MAQUINAS, por M. C. PEASE  
Una máquina incoherente en un mundo extraordinario ..... 116

### CUENTOS CORTOS:

- NEMOBIUS FASCIATUS, por ABEL ASQUINI  
El segundo cuento de la serie "Los crímenes del LIO" 24  
BOOMERANG, por JORGE MORA  
El mensaje macabro de la espacionave que vuelve .. 48

### NOVEDADES COSMICAS:

- LA CONQUISTA DEL ESPACIO (VII), por WILLY LEY y CHESLEY BONESTELL  
Gusanos del espacio ..... 30  
ESPACIOTEST ..... 62  
CONTESTANDO A LOS LECTORES ..... 71  
PEOR EL REMEDIO ..... 73  
SONSACANDO Y SONDEANDO (EDITORIAL) .. 3

estaba. Luego se volvió rápidamente, atravesó casi corriendo el vestíbulo y llegó a la puerta de bronce. Pero ya no había puerta, no podía verla por ninguna parte. Ni siquiera una rendija que le mostrara el lugar donde había estado. Recorrió la pared, centímetro a centímetro, sin encontrarla.

Se apartó de la pared y se quedó en el centro del vestíbulo, desnuda el alma, mientras el inmenso vacío del edificio le atronaba en el cerebro.

El edificio, pensó, subía con sus mil pisos hacia el cielo. Y allí abajo estaba el jardín de infantes, y en el segundo piso, sin duda, el primer grado; uno iría subiendo y subiendo... ¿Cuál sería el fin..., el propósito de ese fin?

¿Cuándo se graduaba uno?

¿Llegaría uno a graduarse?

Y cuando se graduara, ¿qué sería uno entonces?

¿Qué sería?, se preguntó.

¿Seguiría siendo humano?

**D**URANTE días y días, asistirían a la escuela las gentes que ellos habían elegido, los que habían aprobado el examen de ingreso, necesario para asistir a aquella escuela. Vendrían por los caminos metálicos,

subirían las escaleras de entrada, y la gran puerta de bronce se abriría para dejarlos entrar. Y otros vendrían también, por curiosidad, pero si no tenían el símbolo, las puertas no se abrirían para ellos.

Los que habían entrado, cuando sintieran impulsos de huir, se encontrarían con que no había puertas.

Volvió a la clase y se quedó en el lugar donde había estado antes.

Esos libros, pensó... ¿Qué habrá en ellos? Dentro de un rato, reuniría el valor suficiente para tomar uno y verlo. Y el pupitre del maestro... ¿Qué se situaría en él?

*Qué, no quién.*

La puerta se abrió. María atravesó la clase y se acercó a Pedro.

—Dentro hay departamentos —le dijo—. Los departamentos más lindos que te puedas imaginar. Uno de ellos tiene nuestros nombres; otros tienen los nombres de otras gentes, y otros, ninguno. Van a venir más personas, Pedro. Nosotros llegamos un poco temprano, eso es todo. Fuimos los primeros en ponernos en camino. Llegamos aquí antes de que sonara la campana de la escuela.

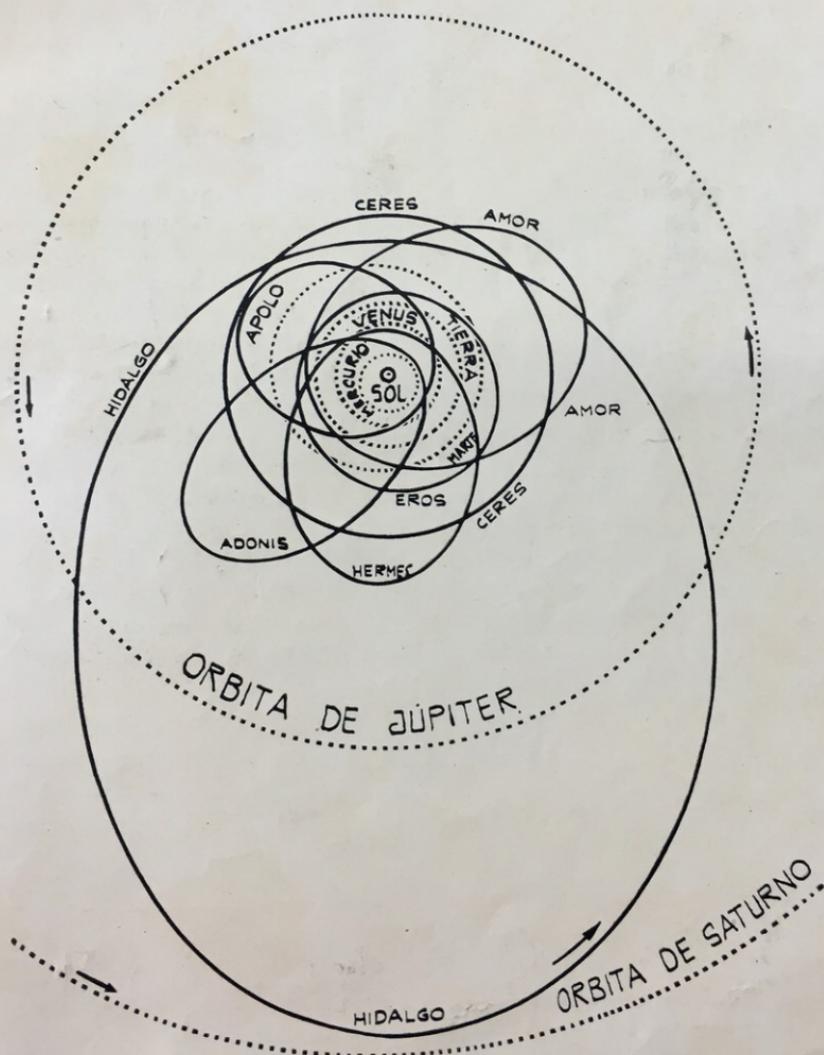
Pedro asintió, y dijo:

—Sentémonos y esperemos.

Y se sentaron, uno al lado del otro, para esperar al Maestro. ♦

## ALGUNAS ORBITAS DE PLANETOIDES MACHOS

Como se ve, hay tres planetoides cuyas órbitas están cruzadas con la terrestre: Adonis, Apolo y Hermes. Cuando fué descubierto, Hermes estaba a 700.000 Km. de distancia de la Tierra, y se calcula que puede llegar a pasar a sólo 350.000, es decir, 2.000 Km. menos que la menor distancia a que se puede colocar la Luna.



Está llegando a su culminación  
**LA CONQUISTA del ESPACIO**  
la formidable obra de Willy Ley  
ilustrada por Chesley Bonestell

**más allá**

publicará en el  
próximo número  
un capítulo  
insuperable:

# Cohetes y Trayectorias

Willy Ley, después de analizar el estado actual de nuestros conocimientos, lanza una mirada sobre el porvenir de la raza humana en pos del infinito.

y además:

- ★ APASIONANTES NOVELAS Y CUENTOS
- ★ MAS INFORMACIONES CIENTIFICAS
- ★ UN ENTRETENIDISIMO "ESPACIOTEST"
- ★ UNA TAPA MAGNIFICAMENTE ILUSTRADA

**MAS ALLA DE LA CIENCIA Y DE LA FANTASIA**

\$ 5.-